

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

OBRAS COMPLETAS
DE
JOAQUIN V. GONZALEZ

*Edición ordenada por el Congreso
de la Nación Argentina*

Volumen XX

BUENOS AIRES

1936

OBRAS COMPLETAS
DE
JOAQUIN V. GONZALEZ



JOAQUÍN V. GONZÁLEZ

Buenos Aires, 1915

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

OBRAS COMPLETAS

DE

JOAQUIN V. GONZALEZ

*Edición ordenada por el Congreso
de la Nación Argentina*

Volumen XX

B U E N O S A I R E S

1936

Es propiedad. Se ha hecho el depósito de ley.
IMPRESA MERCATALI, ACOYTE 271. — BUENOS AIRES.

RITMO Y LINEA

1896 - 1921

JOAQUIN V. GONZALEZ

JOAQUIN V. GONZALEZ

Los ensayos, artículos y confesiones de este libro, que Joaquín V. González ha llamado, con palabras tan suyas, Ritmo y línea, pertenecen a diversos momentos de su vida; si los reintegramos al orden cronológico los veremos nacer conjuntamente con obras que abarcan otros aspectos de la extensa labor del polígrafo, como notas que se responden, con idéntica resonancia, al fluir de la certidumbre interior. El ritmo inicial fué adquiriendo conciencia de su fuerza, y esa armonía múltiple y a veces fluctuante, pero no insegura, que va llenándose de aspiraciones, de ideas y de voces, pone en su pensamiento activo de artista y de hombre de ciencia las convicciones del educador y del filósofo; educador y filósofo de mirada penetrante y comprensiva, de parecido indefinible con aquellos apasionados indagadores que conversan en los diálogos antiguos. La meditación le atraía irresistiblemente. El bien le llamaba a la acción. Conocía la historia y la realidad nuestras. Desde su biblioteca se asomaba a lo visible y a las moradas de lo infinito invisible. Supo y sintió mucho; por eso fué alma buena, de amor y de perdón, flexible y enérgica. Llegó a la bondad por los difíciles intentos de hallarse a sí mismo y de aquilatar la experiencia humana. Buscó sinceramente la belleza y la justicia. En su obra están vivientes La República y Las Leyes, del ateniense y del romano. La patria, la tierra, la raza, le hablaban al oído. Fué educador y legislador con espontaneidad fervorosa. Creía que sólo la cultura que penetra en el corazón y en la conciencia, puede enaltecer a nuestro pueblo y darle la estructura dise-

ñada por quienes lo forjaron. Hace años, admiradores y amigos, discretos o indiscretos, le pedían continuamente que aceptara su candidatura a la presidencia de la República. Yo —era joven— escuchaba. González sonreía con indulgencia irónica y agregaba a veces: “Sí, a la presidencia de una biblioteca popular”. Al declinar de una tarde, en que algunos insistieron demasiado, íbamos solos. Se volvió a mí, confidencialmente, y me dijo: “No deseo ser presidente de la República, ni aun en el caso que hubiera seguridad de serlo. A un presidente le falta el tiempo. Quisiera, más bien, ser ministro de Instrucción Pública para servir a mi país”. Educar era la parte que le había correspondido en su esfera terrena. Entregó las energías de su espíritu a la nación, al bien. El móvil estaba en una alta región de ideas, en esa región teórica donde viven las grandes almas. Confiesa, en la madurez de su vida, al dirigirse a los jóvenes, que ha decidido consagrar el resto de sus días “a la misión de la cultura patria”; que se queda, “al fin, en la última jornada, con este propósito, digno de la larga fatiga, y una intensa y ardiente llama de amor y de ideal hacia la humanidad y hacia la patria, por toda luz y estrella conductora”. Muchas gradas nos acercan al umbral; el paso que se da hacia dentro ha de ser guiado por “el amor al saber, esa deliciosa fruición del alma, creadora de todas las virtudes más fecundas”. Los rudimentos de las ciencias y las letras, con la ética de empezar a saber y a obrar, son la primera grada, grada que tiene su fin en sí misma, la más difícil e inestable, si se hace alto en ella, y si no se recapacita que el alma del niño fué en la mayoría de los hogares “madrugada por la cizaña”. ¿Qué ráfaga tempestuosa arrebató a millares de jóvenes, tan altamente dotados, a quienes la vida pervierte? González piensa en estos jóvenes y les habla de “esa fiebre de la calle que os arrastra y precipita en un vértigo peligroso y funesto para vosotros y para la patria de todos”. Con palabras de convicción inquebrantable se propone continuar la obra de su vida en los años de la vejez que se aproxima y aun después de la muerte: “y mientras haya una voz que me responda y un signo que ex-

prese una idea o un esbozo de idea, yo he de seguir demoliendo la fortaleza de la ignorancia y edificando, si puedo, el palacio o templo de la sabiduría y de la belleza”.

Desde La tradición nacional, priva en González un pensamiento dominante que se acrecienta en sus postreros años, hasta adquirir fuerza inusitada, valor de credo filosófico y de prédica moral, de vehemencia doctrinaria y estética, como de maestro que reúne en las últimas lecciones el caudal transformado y ahondado de sus anteriores enseñanzas. La vida interior y pública, la eficacia inmediata de la acción, el estímulo de la política que en González fué idea meditada, eran necesarios, para que en nuestra democracia naciente, pueda hablarse, sin temer al interés grosero, de la necesidad de alcanzar el sentido del ritmo y la belleza, y afirmar la jerarquía suprema del arte en función conjunta con la verdad y el bien. Porque la unidad indestructible del espíritu, el dichoso humanismo renacentista, esa libertad en el orden, que resucitó con la aparición de una palabra o un mármol griegos, que habían inspirado ya los tratados ciceronianos, la perfecta doctrina de los moralistas latinos, no pueden olvidarse sin que la democracia pierda su estructura y ahogue el esfuerzo que va hacia la justicia y la equidad, la nueva vida que comunican el arte y la ciencia.

González no se aisló en las limitaciones. Volvió, con la visión del universo a “amar y comprender la naturaleza”, a considerarse “un fragmento de piedra de la montaña”, y en la montaña y en la ciudad, confesaba su “culto más acendrado por las bellas letras”, y oía con las voces de la cultura europea, en medio de la ansiedad que le produjeron la guerra y las discordancias de la paz, — él era latino y demócrata, — a los “habitantes animados que expresan el ser de la tierra”, las “voces internas de la naturaleza”. En esas voces estaban “las fuentes puras”. Casi podría decirse que el artista era para él, en estos últimos años, cuando meditaba en la soledad de las colinas, una Deifobe, a quien inspira una gruta, una grieta o la Egeria del manantial. Interrogó

a la Sibila en los peñascales. Quien ha vivido en la hondura de esas noches, noches de cosmogonías; en la claridad del sol que reverbera en lo azul de cielo y cimas, ha sentido el lenguaje multiforme de la naturaleza, de los seres y las razas; pero González vió la belleza y la verdad fuera del tiempo y del espacio, las contempló en el mundo de las ideas platónicas, en la secreta metafísica del espíritu, quizá como una comunicación divina; y como era un pensador, habla de “la belleza que depura el alma”; de la belleza purificadora. Es grato en este momento, en que la poesía pura y la catarsis aristotélica, son un tema de tan singulares y misteriosos problemas, hacer resaltar en la política de González (libro V, cap. VII, en la de Aristóteles), esta ampliación de la música, — y de la poesía —, a todas las esferas de la belleza. No es arte, en su significación esencial, lo que no produce la catarsis, lo que no purifica y ennoblece el alma. Por eso González es tan grande argentino, porque no concibe la educación pública sin esa partícula de belleza, sin el artífice, sin la aspiración que nos eleve a lo ideal y lo perfecto, sin la correspondencia o concordancia que Luis de León ha expresado tan admirablemente en su oda a Salinas: que León Bautista Alberti difundió en la atmósfera del Renacimiento.

Hombre de su tierra; si gustáis, de su lugar, no ha olvidado lo perfecto; y ve aparecer la euritmia del arte griego en las montañas andinas, “como se alzó bajo la evocación de Praxiteles, de las canteras del Laurión o del Pentélico”.

Es cierto; Praxiteles, Fidias, recogían la herencia innumerable, y nacían, ellos mismos, del milagro viviente, impregnado de trabajo, de pensamiento, de fe y de lirismo. En las líneas y en los planos de la geometría eterna se engendran el frontón, la arquitrabe, pero sólo el saber, aligerado por la gracia, los descubre y les da, con la forma, la definitiva transcendencia. Así lleguen, Maestro, a nuestras colinas pedregosas, los áticos tesoros, y en esta hora oscura, asomen los alados conceptos griegos, que tú amaste, palabras

de cordura y de justicia, animación perpetua del espíritu, dentro del encontrado equilibrio.

En muchas páginas de Ritmo y línea se advierte una elevación abnegada y casi profética, una vocación ruskiniana, — Ruskin, el admirable amante de la belleza natural o creada por el hombre y el tiempo, Ruskin a quien él llama genio, fué uno de sus guías, — y hay un acento de idealismo, como libertado y vencedor, una generosidad conmovedora; vuelven las palabras de la amistad helénica o de romanticismo transformado en las meditaciones que arrancan de una realidad espiritual impregnada de la madurez de los grandes siglos. Cada tema es invitación para que González, diga lo que piensa; lo que piensa del poeta y de la poesía, del árbol y del pájaro, de la piedra y de la tierra, de la montaña y de la patria. En el Senado, habla de la poesía como si estuviera en una isla bienaventurada dictando lecciones de belleza y de respeto “al sacerdocio poético” a discípulos coronados de mirtos, como en algún cuadro que pudo pintar Rafael a la evocación de un pórtico grato a los filósofos antiguos. El lector ve animarse el mundo áureo. Y este buen Don Alonso, tocado por la virtud mágica del tema que se transforma, en su fantasía, en una apoteosis de Homero, exclama: “los poetas tienen el doble poder de ver el pasado más que los historiadores y el futuro más que los profetas”; “tienen un poder que la ciencia no alcanza”. Así en él, la prosa, a la que comunica su convicción persuasiva, como si quisiera colmarla de buena fe cordial, deja de ser la trabazón lógica de sus estudios científicos, para convertirse en voz apasionada, estimuladora, en voz de muchedumbre pródiga de alabanzas. Ve en el esfuerzo la gloria. Los que encuentran a veces exagerado el elogio que dispensa González, siempre generoso para todo noble impulso ajeno, deben pensar, que en ese momento no es analista ni crítico, es hombre de gobierno y alma sensitiva que quiere exaltar las virtudes del espíritu, la aristocracia de los valores del arte

y del empeñoso heroísmo, conducirnos al tesoro de todas las culturas y descubrir la fisonomía definitiva de su pueblo.

Consiguió consagrarse, sin descanso, al culto de la patria, hija de España; de la patria, brote latino, cristiano y renacentista, unidad fraternal, aspiración al bien, ascendente arquitectura, hermosa y limpia, de indestructible basamento, concordia entre los hombres y las cosas; hogar común. Y predica en sus años postreros, con celo apostólico, el amor al prójimo, el respeto mutuo. Nos recuerda, con la encíclica famosa, que somos "miembros iguales de una sola familia". Señala, con valor y cabal conocimiento, nuestros errores. La historia le sirve de voz aleccionadora. Es, para él, maestra de la educación y la política, estímulo que nos obliga a crear la solidaridad nacional, ejemplo que nos impulsa a unirnos y a extirpar "el mal originario del odio y la disociación". González llegó a ver, con pesar no contenido, esa interior disociación, fermento de residuos ponzoñosos, obra de quienes no quieren acercarse y entenderse, del falso orgullo, anti-patriótica y estéril. Oía venir en la sombra las perseverantes fuerzas destructivas. Su espíritu libre, erguido ante la ignorancia y la ambición dañosa, indicaba fraternalmente el camino. Todavía no fué oída del todo, en su palabra, la enseñanza de la razón, de la cordura y la experiencia "Nosotros, — y decimos "nosotros", los del tipo moral del occidente europeo y del americano, — hemos sido engendrados, criados y educados en el ambiente del ideal puro, abstracto, inmanente y eterno, nacido de las más claras fuentes platónicas, incontaminado de las desviaciones sectarias del cristianismo, y sublimado por la acción selectiva de razas superiores en constante labor cultural altruista", escribe en La Patria Blanca.

Este hombre ávido de futuro, de la voz nueva, siente lo pasado, mora en el seno de la tradición, tradición universal y tradición nacional, en el acervo vivo del arte, del pensamiento y de la naturaleza; no concibe la ciencia sin amor; y vituper a los naturalistas sin alma "que no conocen la sonrisa

ni ante las maravillas que describen". Naturalistas que matan el prodigio del ser para ofrecerlo embalsamado, a los niños, en los museos escolares. Habla del desprecio que la literatura gastada y de coturno tuvo "de las pequeñas cosas del mundo animal". Esas petites choses que gustó ver descritas y amó en lo inanimado Boileau y que quizá contemplase en el mundo animal con su amigo La Fontaine. González las observó con simpatía y perspicacia. Ya estaba cerca del hombre futuro, del legislador venidero que establecerá la fraternidad de toda vida en la tierra y penará a quienes se gozan en la destrucción y en el crimen de la caza. El oye al tordo y a cualquier animal porque se siente hermano de esos seres armoniosos que persigue la crueldad devastadora. Esta superior humanidad de González es, para nosotros, el más incuestionable orgullo, porque este hombre que se detiene en las pequeñas cosas del mundo animal y vegetal, que cuida en su huerto el arbusto del desierto y lo ama en la vida de la tierra, es altísimo poeta y, por tanto, nuestro mejor político. De allí ha nacido mi cariño, insumergible en el tiempo, por González, cuando sentado en un peñasco me hablaba de la más humilde hierba con la feliz curiosidad de quién la estudia y la ama; por eso escribía así, como si fuera un santo. "Dicen que escribo bien, me dijo, con cierta amargura, una tarde, en 1913, porque he sido ministro". Sí, porque fué intérprete de la historia y del pensamiento, y fué el alma argentina arrancada de las piedras de La Rioja y nutrida de universal cultura humana. El cree ya en "invisibles mensajeros del infinito". Sabe de casi todas las ciencias. Y escucha la flauta del indio, el canto de la calandria, cree oír en esas modulaciones el alma de la tierra; ha sentido la voz del universo animado, como la oyó Fabre en la página sorprendente que dedica a la cigarra nocturna; es indudable la influencia del místico entomólogo francés en González. Pero ya había en nuestro escritor una inclinación a la fábula, al estudio de la psicología animal, al análisis de la inteligencia que anima a los seres; hacía años que trataba de acercarse al secreto de la

*vida, que estudiaba a los químicos, a los biólogos. Y oyó más en sí mismo. Y en la escala espiritual de las revelaciones, escribió El niño es divino (1920), poema de iniciación en el descubrimiento de la riqueza de los seres que traen al nacer el designio sagrado con la vida incesantemente creada; égloga y mensaje de oriente, de la criatura del jardín, capullo o flor, del niño en la inocencia y alegría evangélicas, en el umbral de la edad nueva, donde el misterio cristiano, de las religiones de la India, de la bucólica IV de Virgilio, se confunde con el misterio y las promesas de la ciencia contemporánea y milenaria. **

Desde 1914 empezó este renacimiento o nueva juventud de González. En Música y danzas nativas, en sus ensayos sobre Rabindranath Tagore, en el Prólogo de los Cien poemas de Kabir, y en tantas otras páginas de confesiones íntimas, se acerca a nosotros como un inspirado; como si le hubieran comuni-

* En 1931 apareció, en tirada aparte de *La patria blanca*, *El niño es divino*, edición de Carlos Alberto González, existencia consagrada silenciosamente a la obra de su padre, con hondo amor y exquisita dedicación de bibliófilo. Yo escribí el siguiente:

ENVÍO

A JOAQUÍN V. GONZÁLEZ

Después de leer *El niño es divino*

Has llegado nuevamente a mi corazón; venías con los pies desnudos entre la hierba de la madrugada; traías en el cabello húmedo de rocío los pétalos de las ramas que apartaste al salir del huerto paradisiaco donde habías asistido a la revelación de la diosa de los lotos y las rosas entreabiertas; traías las manos mojadas en el agua de los estanques floridos, los labios llenos de sutiles melodías que se dicen en silencio, de palabras que ascienden en la oscuridad poblada de resplandores de la noche; traías en los ojos la claridad del alba naciente. Llegaste a mi corazón; te vi venir aun unguado por el milagro del esplendor de las tinieblas luminosas. Te vi llegar, casi flotante, en el aroma de los cálices, entre las corolas; irradiaba de ti el halo de la iniciación del espíritu recobrado en su ser divino. Te vi venir y te dije: "Maestro, condúceme al huerto paradisiaco de la bondad inextinguible".

cado una taumaturgia latente. Ya no es sólo el profesor, el estadista, el constructor incansable, el González aún no encanecido, que tiene en la mano el último libro del sabio, del pedagogo, del jurisconsulto, que escribe discursos de amplia y equilibrada visión de la cultura moderna; el poeta de La tradición nacional y de Mis montañas ha renacido, sin perder el caudal de la experiencia y la copiosa erudición; pero la esencia antigua se ha impregnado de otras esencias. Aquella mirada que penetraba en una lejanía seductora (en un horizonte de montañas, de mar, o se detenía en un friso griego, y en una adivinación de perspectivas, en la patria futura de la que él era obrero), había vislumbrado nuevos espacios. Y una voz conmovida, un acento entrañable, reproducen en él, la fe hallada, las voces de la tierra, la inextinguible bondad de la sabiduría antigua, el secreto de santuarios brahmánicos y búdicos, la espiritualidad y el panteísmo; entonces habla del “universo invisible”, de la “consubstanciación del alma universal con el alma vasta, difusa y real del universo”, de “la divinidad oculta, soñada, entrevista o contemplada” y dilata el non omnis moriar de Horacio, con su confesión: “no creo en la muerte absoluta”. Ya sus montañas están en el universo, y el agua y el pájaro son acentos múltiples de una unidad de viviente armonía. Y entonces hace pensar en las palabras de Sófocles en boca de Antígona: “No nací para compartir odio sino amor”. De allí que se acrisolara en él la intensidad de su filosofía; y diese cabida más amplia, en su República, a la belleza; que quisiera despertar en lo íntimo del niño la irradiación ética y estética, y próximo a tomar su “hatillo” para el viaje esperado, hablara con palabras de amor búdico y cristiano, —y muy platónicas—, como si en sus grávidas horas de otoño pusiera lo más penetrante de vitales y espirituales esencias.

Dante encendió en su aspiración de joven, con el ejemplar de la hermosura terrena, la visión resplandeciente de la rosa divina que irradia con fulgor tan vivo en la vejez de González. “El político —dice en el prólogo de los Cien poemas de Kabir

— que había pasado por todos los horrores de la guerra civil, de odios, miserias y torturas sin número, es redimido por la poesía que lo visita, lo inspira y lo guía bajo la forma de una Beatriz ideal, en cuyo amor su alma se trasmuta"... El culto a Dante, de tan honrosa tradición argentina, se une en los otoñales días alciónicos de González, con el amor a Platón, a Plotino, a Leonardo, a los místicos y poetas de Persia y de la India — ex Oriente lux —, y entonces encuentra en la diversidad del espacio y del tiempo la común substancia del genio. En lo alto está la "sola Entidad indivisible, el Uno". Salvado él también y redimido por la poesía, fué, con ese perenne incipit vita nova, de cada instante, de cada paso, hacia

L'amor che muove il sole e l'altre stelle.

Y supo que es necesario amar para comprender y comprender para amar, según nos enseña con palabras que son el *abstractum* de su doctrina.

González, inteligencia comprensiva, lúcida y atenta, era una energía mansa pero fuerte; hombre de amistad y de cordialidad; de amistad en los bellos estudios, en la conversación que toca los problemas queridos. Tenía una reserva de misterio jamás agotada, el aguijón metafísico que incesantemente impulsa hacia horizontes ignorados.

Cima mística de su labor reconcentrada o dispersa, flota, sobre la obra del maestro, su grande alma, cariñosa y nostálgica, amiga de la flor y del niño, del artista y del pájaro; y al recordarlo, —hemos de recordarlo siempre—, vuelve la emoción de lo pasado, el hálito de la hora vivida, el bien de la amistad que con él era un retorno a la esperanza, y la certidumbre de encontrarlo, como una resonancia inextinguible, paso que nos sigue, voz que nos alienta, en los más dulces sueños de la vida que no envejece, en cada pórtico ilustre, en la sorpresa de todo noble hallazgo, y "en la ignota región sideral", de que nos habla, sin velos de tiniebla, nuestro.

ARTURO MARASSO.

I

MUSICA Y DANZAS NATIVAS

Lectura en el Museo Nacional de Bellas Artes, 1920.

MUSICA Y DANZAS NATIVAS

I

NATURALEZA Y ARTE

Un momento de intensa emoción, despertada en mi por la evocación que hiciera en esta misma sala la inspiración musical de Julián Aguirre, ha sido el origen de lo que ahora va a escuchar el cultísimo auditorio de estas conferencias, instituidas en hora feliz por el director del Museo de Bellas Artes, sin duda para que concluyese aquí también el sistema de las colecciones muertas, y por eso mudas, características de la mayor parte de estas casas aun en los países más adelantados. La cátedra, al lado del fósil pampeano o de la urna calchaquí o incásica, y en el seno de estos salones donde ya puede mirarse un reflejo de la antigua Grecia o del Renacimiento, tiene la virtud de resucitar en estos recintos la vida, que sólo vive en ellos en forma representativa, para que vuelva la humanidad contemporánea como a contemplar la realidad de la existencia de la naturaleza o del arte en sus épocas correlativas.

De ahí mi entusiasmo: de mi vocación educativa, de mi pasión literaria, de mi admiración ingénita por toda forma y grado de arte, y de cualquier naturaleza. Y cuando en el aturdimiento de mi impresión, me sentí arrastrado por la corriente armónica suscitada por la mano y el cálido impulso del inspirado maestro, estuve muy distante de reflexionar sobre mis condiciones para realizar la promesa de ocupar yo

también esta tribuna, a la cual tan finos espíritus la han realizado hasta volverla temible.

Yo no sé nada de arte en concreto: no soy pintor, no soy escultor, no soy músico; pero confieso que tengo una facultad admirativa vivaz para la obra plástica o pictórica, y en cuanto a lo último, sólo puedo ofrecer a mi auditorio esta declaración sincera e íntima: yo mismo soy un instrumento de música, de una sensibilidad y una afinidad tan vasta y universal, que no hay forma, grado, intensidad o profundidad de música, que no halle en mi organismo, o en alguna de mis facultades, una resonancia, una correspondencia, una comprensión. Desde la gota de agua que cae monótona sobre su vasija de piedra en el fondo de la gruta, hasta la nota más sutil puesta como un grano de oro rimado en el inmenso conjunto de una orquesta, me causan una sensación y despiertan un eco en esta extraña *caja de resonancia* que yo tengo por cuerpo y por espíritu.

Eso no basta para atreverse a una conferencia sobre *Música y danzas nativas*, y cuando más, autorizaría a convertirse en individuo infaltable a toda audición, salón o espectáculo, en los cuales se requeriría, sin duda, un concurso armónico de sensibilidades como la mía, para formar el caldo en el cual han de cultivarse y surgir las glorias del futuro arte nacional. Pero tengo que reclamar en mi favor una cualidad más que acaso dé la clave de mi situación; y es aquella que Leonardo de Vinci y Ruskin señalan como fundamento y razón de toda conciencia artística: la de amar y comprender la naturaleza bajo todas sus manifestaciones, y de poder distinguir en ella los detalles, los conjuntos y las intimidades, de entender y ponerse en comunicación con su alma. Y tampoco tengo esta aptitud por estudio ni por excelencia mía: la tengo porque yo me considero un fragmento de piedra de la montaña, a cuya sombra se alza todavía la casucha donde he nacido, y dormita el valle indolente donde pasó mi infancia, y viven aún los olivos centenarios, bajo cuyas ramas, como en los de la Biblia, se sucedieron las vicisitudes y las calmas

de una vida que dejó impresas en todo mi ser sus huellas, sus conmociones, sus alegrías, sus ternuras, sus lágrimas, sus anhelos, sus dolores.

Y luego, debajo de una tupida corteza, formada de política, derecho, didáctica, como las brasas dejadas bajo la espesa ceniza del fogón casero, he salvado vivo, para poder encender el fuego en caso necesario, el culto más acendrado por las *bellas letras*, ya que en un museo de *bellas artes* puedo valerme de la expresión similar, de una de ellas, la que me da su venia, y pronuncia el sacramental *dignus est intrare*, en este templo, en el cual no merezco ser considerado como un herético. Alguien dijo, — uno de mis críticos, — que yo era en mis libros un *musical*; y aunque también los hubo que me descubrieron un *colorista*, creo en la verdad de los primeros, porque en descripciones escritas de escenas o de cuadros, el color y la forma son los elementos naturales, inherentes al género. Mis escritos de este orden no tienen más mérito que el de ser un reflejo directo, sentido y transmitido por un temperamento unísono, de los caracteres de la región nativa; y como tal, yo soy, no un autor, sino un instrumento natural de que se ha servido ella para hacer a las gentes su confianza. Y la he transmitido con toda la fidelidad visual, auditiva y emocional que ella ha depositado en mis facultades, desde las generaciones perceptibles de mis antepasados, hasta el testimonio positivo de mis propios sentidos durante la época más receptiva de la vida, que es la infancia.

Por la misma causa que yo, pero en forma infinitamente más exacta y bella, expresan las que llamaré sensaciones y sugerencias de la tierra, sus habitantes animados, y dotados de una voz o de un canto más perfecto, cuanto menos se necesita del lenguaje humano. Así, en la escala de los seres reveladores de las voces internas de la naturaleza, el primer grado correspondería a los pájaros y el segundo al hombre indígena; porque el primero no altera la esencia primitiva de la revelación musical con ningún elemento interpretativo o crítico, mientras que el segundo, al percibirla, asimilar-

la y emitirla al espacio, la exhala ya transformada en mucha parte por la propia elaboración psíquica, siquiera sea informe o rudimentaria esta facultad. El pájaro es más artista que el hombre, en el sentido técnico del concepto, porque él da a cada valor musical su propia y neta expresión, de manera que en un conjunto de rumores y sonidos y cantos, de una noche de luna, en el llano o la montaña, se puede decir que se ejecuta una complicada sonata, en la cual cada instrumento o cada voz tiene su individualidad clara y distinta. El hombre no puede dar esta impresión, porque es necesaria y fatalmente monocorde; y porque comunica a todos los sonidos que reproduce la unidad emocional inevitable en su psicología y en su fisiología. El pájaro cuenta el drama de la naturaleza por medio de sus cuerdas vocales, puestas al servicio de una creación extraña; el hombre cuenta siempre su propio drama afectivo, por medio de los sonidos o imágenes de la naturaleza, que se apropia e incorpora a la suya, como instrumentos u órganos de expresión.

La naturaleza tiene su alma, y ésta hace al exterior sus revelaciones, mediante innumerables órganos y elementos vitales que se mueven, circulan y hablan en los senos ignotos del mundo subterráneo, en los infinitos parajes de su superficie, llanos, valles, montañas, firmamento, océanos; y los animales y los hombres, son, en grado más inmediato o más remoto, otros tantos órganos por los cuales esa alma de la naturaleza se manifiesta. Pero el hombre ha podido elevarse, por la cultura de todas sus facultades y sentidos, muy por encima de los animales más superiores, y ha creado un mundo distinto, en el cual el arte mismo, aun hecho de imitaciones de formas, reproducciones de colores y traducciones de sonidos, llega a veces a creerse independizado de la fuente común originaria, inexhausta, de la naturaleza. Así es como el arte es cada vez más imitación y artificio, hasta que exánime y anémico, debe volver, como arrepentido, a nutrirse de nuevo en las puras fuentes de lo originario, de lo primitivo, de lo inagotable. En esos momentos históricos, las artes extravia-

das, como la grey alejada del culto verdadero, vuelven en peregrinación contrita al viejo y magno templo de la raza a recobrar valor y fe para las nuevas jornadas.

Sí; las artes que tienen por esencia el sonido, la forma o el movimiento, son una emanación de la tierra, más inmediata o más remota. El canto de las aves y el lenguaje humano son los grados primarios de la *onomatopeya* natural; el primero es más puro y más exacto; el segundo es más reflejo y progresivo, hasta elevarse a las alturas inaccesibles de la metafísica. Pero hay, sin duda, otra *onomatopeya* más viviente, más impresiva y más animada: es la del movimiento, que, reflejado por el cuerpo humano, en ingénita e invencible tendencia, desde las primeras formas de la vida social, da origen a la danza, la que refleja en líneas movibles y armoniosas, las ondulaciones, las cadencias, los ritmos, las variantes de la línea primitiva, en las mil formas que le imprimen las agitaciones y los dinamismos de la vida en todas las etapas de su evolución, y en todos los reinos en que ella impera. Es así como ha nacido ese arte inconmensurable y misterioso de la *pantomima*, susceptible de seguir a la naturaleza en toda la vastísima escala de su evolución, desde la rigidez hierática del monolito, semejante a un rey o a un pontífice petrificado en plena solemnidad, hasta los más imperceptibles matices del gesto fisionómico, muscular o nervioso, que corresponde a otro matiz de una sensación, de una idea, de un sentimiento, de un acto volitivo interno.

Y bien; el canto y el lenguaje de las aves, ¿son un hecho inconsciente e insensible, o debemos reconocerles un alma? Los griegos las creían *hombres transformados, mujeres encantadas*, y así, no podían suponerlas desprovistas de un lenguaje, dice Saint Victor; “la interrogación, la respuesta, la burla, la alegría, el espanto, la ternura, resuenan en ellas con acentos bien distintos. No hay nido que no tenga su diálogo, y una conversación rumorea en cada arbusto... Todos los poetas comprenden la elegía del amor y del éxtasis que el ruiseñor, ebrio del perfume de las rosas, entona bajo el fo-

llaje bañado por la luna. Todos se esfuerzan por repetirlos en sus versos, y este poema de las noches estrelladas no será jamás traducido por completo”.

En las quietudes de los lagos montañoses, muchos tan grandes como el baño de Salomón, la misma luna evocadora despierta una miriada de voces tan armónicas como las de un coro religioso, en cuyo conjunto sinfónico, alternado de solos monótonos o de melodías, un técnico puede escribir en su pentágrama las antífonas, los recitados, los salmos, los crescendos, y los altos y poderosos conjuntos en los cuales la plegaria colectiva de los hombres ha necesitado auxiliarse con los potentes tubos y fraguas de los órganos, para acercarse, sin duda, a las supuestas moradas de los dioses, en las altas cumbres de la imaginación, mientras que los inspirados y calumniados batráquidas, habitantes de cumbres verdaderas, al alzar sus himnos inimitables en el espacio de las noches estrelladas, saben que sus ecos van sin esfuerzo a adormecer y a propiciar dioses más accesibles, que los alumbran con amor, los escuchan con honda simpatía y les envían en recompensa más rocío, más verdor y más linfa para sus baños transparentes.

Un prodigio de *onomatopeya* natural es el canto de la alondra, calandria americana, que los sabios nombran *mimus modulator*, *mimus orpheus*, saludada por Darwin en su insuperado viaje científico por estos países como la reina del canto en Sud América, y de la cual dice un escritor especialista que “sus potencias vocales, realmente sorprendentes, han hecho de ella uno de nuestros más admirables cantores. Tan variadas son sus notas, y tan sugerentes del lenguaje (musical) de otras especies, que el oyente debe preguntarse con frecuencia si la calandria es en realidad un cantor original, o sólo un hábil plagiario, capaz de robar fragmentos de cincuenta melodías diferentes, y soldarlas, en cierto modo, en una composición completa. En suma, su canto es distinto del de cualquier otro pájaro, porque nunca repite las mismas notas en el mismo orden, y aunque tenga mu-

chas notas favoritas, sabe variarlas de cien modos diferentes". Yo la he oído en su ambiente propio, con toda la atención y el reposo con que se asiste a un concierto, y he aprendido en esa audición más filosofía musical que en todas mis lecturas posteriores; y como es tan perfecto el *arte* de imitación y de asimilación de este cantor, respecto de toda voz, rumor, sonido, canto o expresión armónica de la naturaleza animada o viviente, no vacilo en afirmar que constituye una síntesis completa de todas las leyes naturales, que pueden darnos la clave de los orígenes de la música nativa, en las aves y en los animales superiores cuya cúspide ocupa el hombre. ¿No hay, acaso, músicos cuyas *óperas* son sólo reminiscencias más o menos veladas o asimiladas de todas sus audiciones o lecturas anteriores, y aun célebres poetas, cuyos cantos, como el del *mimus modulator*, no son más que ecos concretos, o difusos, o matizados, de otros más antiguos, o contemporáneos, no escuchados todavía en el medio consagrado por las celebridades actuales?

La humana criatura no escapa a la ley de la imitación, en las voces, gestos y movimientos que constituyen su propia modalidad. No le contenta ni le satisface la de la voz, el grito, el lenguaje hablado y el lenguaje musical: necesita dar mayor énfasis y relieve más saliente a su ansia íntima de representación y reproducción de sí mismo, o de las cosas y seres de otros reinos, aunque sean los de su fantasía. Ha nacido así la danza, en sus tres períodos conocidos: "1.º el de la actividad espontánea de los músculos bajo la influencia de las fuertes emociones, o la forma ruda e instintiva de exteriorizar la exuberancia del sentimiento; 2.º el de la pantomima, en que se simulan combates, o se representan ceremonias o ritos, o símbolos reales o religiosos; 3.º el de la danza artística y cultivada que exhibe toda la poesía del movimiento, la gracia de la actitud, y que, poniendo en juego toda la flexibilidad de que es susceptible el cuerpo humano, expresa el placer, el dolor, la emoción, la pasión o la sensación íntima de otros sujetos".

En su aspecto más intenso, la danza es la expresión universal, humana, por medio de los movimientos de los miembros y del cuerpo todo, de ese sentido del ritmo, de que ha sido dotado el mundo animal entre sus instintos primitivos: principio rítmico extendido en todo el universo, que rige el vaivén de las olas, el flujo de las mareas, las reverberaciones de la luz y del sonido y las revoluciones de los cuerpos celestes, y que en el organismo humano se revela en las automáticas oscilaciones del pulso y en las flexiones de la sangre y de los tejidos. “El ritmo musical es inseparable aunque no esencial al de la danza en sí misma; y siempre, desde sus formas más primitivas, ya sea con las manos, ya sea con la más ruda percusión, un sonido rítmico ha marcado las *medidas* más o menos definidas del movimiento mímico. Lo que he llamado *onomatopeya* del movimiento, está en la esencia misma de la acción, la cual consiste en reflejar los caracteres salientes de una región, como las sinuosidades de las colinas, las vueltas y repliegues de los ríos en las llanuras, como lo observa Mistral; y las curvas y series de curvas de los grandes reptiles, o las inflexiones de la marcha y cadencias de ciertos animales de gracia y elegancia. La poesía ha comparado siempre la danza con las formas bellas de la dinámica natural. En el *Winter's Tale*, Florizel dice a Perdita: “Cuando tú danzas me pareces una ola del mar”. “La danza —dice un sublime poeta de la crítica,— transfigura el cuerpo y le da dos alas que son el impulso y el ritmo; lo liberta por un instante de las tristes leyes de la pesantez. Un sentido vago se insinúa pronto en sus movimientos cadenciosos; la pantomima se mezcla en ellos y los inspira; la complica con llamamientos y fugas, de atracciones y resistencias; y cada gesto bosqueja una idea, y cada paso da un vuelo hacia un sentimiento. En las danzas primitivas se esbozó el drama helénico”. La tragedia esquiliana surge de las danzas dionisiacas, y la alta y mística Pantomima nace como una floración del silencio, y como una magia de la curva, de la sola contemplación estética de la forma humana, sugerida por el poder oculto e irresistible de la

emoción y de la idea. Tanto es así que en las altas regiones del arte llegaría a dudarse si la Pantomima es, en suma, la última y más acabada forma de la poesía dramática. Pero lo que no admite duda es que la danza, en cualquiera de sus grados de evolución, constituye un paso intermedio, tiende un puente de gracia flexible y emoción original e insustituible, entre la música que marca el ritmo interior, y la escultura que recoge y exalta el ritmo más intenso de la vida.

¿Y es esto todo lo que hay sobre esas íntimas correlaciones entre el alma de la tierra y el alma del hombre? No puedo, no debo dejar de transmitir a mi auditorio toda mi idea ya enunciada hace un instante. El ritmo de la música como el de la danza sólo son ondas reflejas del ritmo de la vida universal y de nuestro mísero planeta, tan lleno de encantos en su pequeñez. Pero, ¿quién transmite al pájaro, al reptil, al animal mayor, al hombre, esa influencia real y efectiva, como una corriente electro-magnética sin hilos conductores, que comunica a los seres vivientes el impulso dinámico de las fuerzas infraterrestres? Un químico-físico diría: “Reflexiónese en todo aquello de que nos veríamos privados si el hierro no entrase en proporción suficiente en la composición de la tierra, y se percibirá en qué estrecha dependencia se halla nuestra vida material y moral del suelo al cual vivimos adheridos”; y más aun se comprenderá esta relación cuando se recuerde que el hierro, — en combinación con otras varias sustancias minerales que determinan, en razón inversa de su cantidad, el poder o impulso dinámico de la persona, — entra en la composición media de nuestra sangre en un 0,50 por ciento, y en la de la hemoglobina humana, junto con el carbono, el hidrógeno, el ázoe, el oxígeno, el azufre, en un 0,43 por ciento, siendo admisible, por fin, la proporción de un átomo de hierro en cada molécula.

“Así, el electro-magnetismo de que ciertos seres están saturados, investidos por él de un poder ambiente más o menos extenso, sólo ha comenzado a actuar en el universo el día en que la pila voltaica ha agrupado sus elementos. El hombre

sólo ha conocido por la electricidad su primer contacto voluntariamente renovable con el infinito rítmico. Los elementos de una orquesta son los mismos de una pila. El maestro sinfonista no hace más que condensar, en una serie de chispas sonoras, la electricidad latente de la naturaleza. La batuta pone en relación al hombre con el ritmo infinito y generador: es la tangente de este ritmo universal y de un alma que habita una forma de carne sobre la tierra; y de esta conjunción resulta una sonoridad que es la sinfonía. El cuerpo humano es también una pila, y cada una de las vibraciones magnéticas expresadas por las combinaciones y reciprocidades de los instrumentos engendra entre los elementos musculares, nerviosos, sanguíneos, del cuerpo del auditor, una vibración equivalente”.

Se comprende así que bajo el influjo de esta corriente electro-magnética, la razón y la voluntad se esfumen para dar lugar a una sola y exclusiva potencia: la de la emoción sensitiva, la del éxtasis estético, que enajena y arranca de sí misma a la personalidad para conducirla hacia un mundo superior e incorpóreo, que existe, velado aún para nosotros por la intangibilidad del medio físico en que actúan. La sinfonía, lanzada sobre una multitud atenta y afectiva — dice Maclair, — da la idea del frotamiento súbito de un meteoro con la atmósfera: la inflama, la incendia. “Solicita al alma a salir fuera de la carne”. Es lo que le hace decir también que “el *estado místico* en el alma es un estado musical de la conciencia”: esto es, la conciencia razonadora está fuera de su asiento normal, ha traído una situación de ultra, de supraconciencia, ajena al modo ordinario de la vida.

Y bien; somos todos educadores, y debemos saber cuánta influencia ejercería la difusión más amplia de la música en las multitudes, para llevarlas a la zona común de la cultura, que armoniza, combina, une y pacifica la sociedad humana. La fundación de salas de conciertos o de academias, consagradas al arte de la armonía, es un programa de honda reforma social. “Los conciertos serían, entonces, para hablar

con el mismo crítico, como los polos magnéticos esparcidos por el mundo, donde convergen las inmensas corrientes del fluído que circula por el universo, y envuelve todas las cosas en la red invisible de su vitalidad rítmica”.

II

MÚSICA Y DANZAS INDÍGENAS

Pero advierto que acaso se ha producido en mí también una especie de extralimitación de mi propio momento intelectual, seducido por la corriente ideal, de este mundo nuevo de la ciencia, que tantas revelaciones ofrece al espíritu; y me he olvidado que debía hablar de cosas más perceptibles. La aptitud musical del indígena sudamericano es una verdad comprobada: no podría dejar de serlo, cuando los seres inferiores, los reptiles y muchos grandes animales son susceptibles de los encantos del ritmo. Viviendo en contacto íntimo con la naturaleza, su idioma hablado y su idioma afectivo, cantado o ejecutado en instrumentos rudos o más completos, se asimiló las voces, las cadencias, los simbolismos ingénitos que su espíritu le comunicaba. Es el mismo caso de la *onomatopeya natural* — vuelvo yo también a mi *leitmotif* — tanto más sensible en el lenguaje o en la música, cuanto más intensas son las impresiones que el alma colectiva recibe de las cosas ambientes, de los fenómenos naturales, de los extraordinarios espectáculos de la tierra, la atmósfera y el firmamento. Ningún idioma se ha libertado de este poder mágico, y justo es confesar que de allí arrancan sus más bellos efectos. Cita don Juan María Gutiérrez unas frases de guerra de los araucanos, tomadas de las batallas atmosféricas, en que se siente el estallido del trueno y su repercusión sucesiva en los cerros próximos, como descargas repetidas a distancia:

Inabim, puén, ling bimn, urquibilmn...

Cuando se lee, aunque sea sólo en un sentido musical los fragmentos de algunas composiciones indígenas, en particular

en lengua quichua, no puede dejar de notarse, junto con su semejanza orgánica con algunas lenguas madres, la sorprendente correlación de sonidos imitativos, con los del griego y el latín clásicos; y es de suponer que si pudiésemos percibir las sonoridades, ritmos y bellezas del árabe, descubriríamos un mundo de armonías, como si abriésemos un cofre de tesoros cuya llave ha tardado siglos en aparecer. La fantasía alimentada en sus largas correrías y veladas por los desiertos; sus músicas y sus danzas, afinadas al ritmo de sus llanuras onduladas y de sus palmeras batidas por los vientos, trasplantadas a los desiertos llanos o montañosos de América a continuar sus ocios vagos y contemplativos, se confundió sin duda con el espíritu de esta raza, y sus expresiones se comprendieron en la identidad del sentimiento, y crearon o modificaron por adaptación las mismas canciones y las mismas cadencias mímicas en las danzas populares. Mas quiero hablar ahora sólo del indígena y recordar cómo, desde el Cuzco imperial y sagrado, la música y la danza constituyen una fase primordial de las costumbres y civilización alcanzadas, cuando llegó para ellas la inesperada catástrofe de la conquista europea. Existen valiosas colecciones de cántos primitivos, como la del doctor Justiniani, que cita Markham las cuales revelan el genio de la raza, accesible a toda cultura, y son unos, bélicos, otros religiosos o litúrgicos, y los más, afectivos o amorosos en los que siempre el tema dominante ha de ser la pasión, la soledad, la aridez o la pena de la vida servil; se han conservado con solícito respeto, según los viejos cronistas, por el cuidado de los *amautas* de cada *ayllu* (o tribu familiar), educados para el oficio, aprendidos de memoria y transmitidos de generación en generación.

“La música incana, dice el padre Ricardo Cappa, expresa como pocas la condición social del indio. ¡Qué raudales de ternura derraman sus *yaravíes*! ¡Qué sentimientos de melancolía brotan de las apagadas notas de sus cantos populares! La *quena* y el *rondador* gimen en manos del indio. El cautivo amarrado al duro banco, y contemplando a lo lejos

las playas nativas, es la única imagen que concibo capaz de igualar en sentimiento al indio peruano.

“El *zortzico* de nuestras provincias vascongadas es un desahogo del alma que expresa una pena transitoria y de no larga duración; el *yaraví* peruano es la expresión de un sentimiento que no halla alivio; es el remedo de la tortolilla solitaria que no sabe apartarse del nido que halló, al volver, vacío, y que en vano, repentinamente, le interroga con lastimero arrullo”. Esta forma de canto popular se mezclaba en las solemnes ceremonias de la corte de los Incas, o del culto de las deidades domésticas o públicas; y Garcilaso Inca, Salcamañhua y Molina han preservado de la destrucción y el olvido numerosos textos de canciones, plegarias e himnos que algún día entrarán en el patrimonio artístico de la nueva América, incorporados por músicos de alto espíritu, o refundidos en los vastos poemas sinfónicos de la moderna técnica.

Las fiestas palaciegas o militares, las de la cosecha de los frutos y del maíz, la conducción de los rebaños de llamas por las serranías, las orgías y festines semi-báquicos y semi-litúrgicos, los funerales, y bodas, y todo suceso fausto o infausto de la vida cotidiana, tenían su forma propia de música y de danza, con la correlativa expresión de ideas, sentimientos, pasiones o imágenes poéticas, que dan a los primeros su sentido interno. ¡Lástima grande que nuestras bibliotecas no contengan nada de aquellas preciosidades al alcance fácil del estudioso! La referencia histórica y la deducción lógica son nuestro recurso en la escasez, y ellas indican lo suficiente para afirmar cómo la que puede llamarse civilización incásica — que llegó a comprender todo nuestro territorio central y andino bajo el nombre de *Antisuyu*, en el vasto imperio de los cuatro vientos, o *Tahuantinsuyu* — contenía una vida artística de alguna importancia, hasta pensar en la enseñanza y conservación sistemática de los textos de canciones nacionales o sagradas, por la memoria, por el *quipu*, y por la pintura rudimentaria, que, no obstante, ha podido transmitir a nuestra posteridad muchos mensajes de su alma

infantil. Y esta predisposición nativa ha servido para los asombrosos resultados de la dominación jesuítica en América. Ella penetraba en el alma del indio por la caricia rítmica de la fibra sensible que el conquistador militar cortaba de un sablazo, y la disciplinaba a maravilla con el canto y la instrumentación modernos, dirigidos a magnificar las ceremonias del culto dominante.

Las reducciones del Uruguay y del Paraguay, las misiones heroicas del interior, tuvieron en la música su más irresistible aliado, y aun quedan vestigios en Santiago y La Rioja de la conquista espiritual por el violín mágico de aquel gran iluminado que fué Francisco Solano. Si, como cuentan todos los viejos cronistas, los conquistadores adoptaron para sus fiestas de iglesia o de palacio, las aptitudes musicales del indio; si existen colecciones de textos de canciones, aires, himnos o plegarias, traducidos a escritura, de boca de los mismos naturales, y aun por descendientes de éstos, que llegaron a traducirlos ellos mismos; si aun pueden conocerse relatos románticos, idílicos o trágicos, como los referidos por Garcilaso, Morúa, Molina y otros, y los que esbozan en sus breves estrofas los *yaravíes*; si además del celebrado y discutido *Apu Ollantay*, modelo del género dramático a que hubiesen alcanzado los Incas, se refieren los de los amores de Quilacu y Cusi Coyllur, y los de la princesa Chuqui-Llantu y del pastor Acoya-Napa, se concibe cuánto argumento virginal, impresionante y descriptivo darían al operista que quisiera entrar por el camino de la creación literario-musical de sabor nativo, como han realizado célebres autores con el Africa y las mitologías primitivas de la misma Europa. ¡Oh! no les faltaría ni el escenario, ni el aparato escénico, ni los temas conductores, ni el colorido propio, ni el movimiento de vida palpitante, ni las líneas fundamentales de la arquitectura, escultura y del indumento, ni menos, por cierto, la magia, en una raza de magos y encantadores, con poetas, rapsodas, sacerdotes, guerreros y vírgenes del sol, de blanca túnica, negra y enorme cabellera, ceñida por el *llauto* de oro, ni *Coyas* (rei-

nas), y *Ñustas* (princesas) de rica vestidura; dominada por los sutiles *acsus* y *Uicllas* de lana de vicuña o de llama.

Del catálogo de cantos referidos por los historiadores, casi todos han quedado aún en el papel de las crónicas, a manera de música o literatura muerta que esperasen un evocador genial. Entretanto, como lenguaje pasional o fantástico de la gente humilde, del pueblo, como diríase hoy, el *yaraví* parece ser la forma viviente de la expresión musical, originaria, genuina, hija de la sangre y del alma indígena, que contaron por sus dulces y penetrantes acentos los íntimos, los incurables dolores de una raza que al nacer a los esplendores de la vida y de la civilización, fué herida de muerte por la ruda e irreparable conquista, sujeción y servidumbre. Lo cantaba el indio *yanacona*, el *mitimae* y el *chasqui*, en las soledades de sus labores, correrías y viajes a través de las montañas, cuando semejantes a Mercurios de una mitología primitiva, calzaban su *ushuta* (sandalia) invulnerable, para volar sobre los agudos cerros, lo mismo que por los grandes caminos, conduciendo los reales mensajes a los extremos del inmenso imperio. Imaginaos un mundo en la juventud, de bosques ilimitados y de montañas inmensurables, poblado por los rumores de una naturaleza virgen y desbordante de vida, y en medio de ellos los hondos lamentos de esas almas sencillas y dolorosas, que arrullaban las noches y las siestas con los desgarradores cantos de sus voces, o las íntimas vibraciones de la *quena* misteriosa y sacra, que, como ningún instrumento conocido, arrancó y gimió con sus propios acentos aquellas indecibles dolencias.

El *yaraví* es la canción inmortal del alma indígena, que vivirá mientras una gota de sangre americana corra por las venas de estos pueblos; que sobrevivirá a la propia raza de que fuera eco íntimo e innato, porque es como su espíritu mismo superviviente a la gran catástrofe, y como la del drama de Rostand, seguirá resonando entre los follajes de nuestras selvas, aunque sus cantores desaparezcan, porque la canción, como el alma que la exhala, no perece jamás. Es la can-

ción de América; y desde los primeros días de la conquista cautivó el corazón de los dominadores, que la estudiaron con amor, la escribieron, la tradujeron y la imitaron. Como la voz humana tiene su órgano inconfundible, el *yaraví* nació con su instrumento, la *quena*. Cuando la intensidad del dolor hacía imposible la palabra, la quena lo decía todo, como en los grandes y sublimes conceptos de la música moderna, en que las palabras, aun de la más alta poesía, se hallan fuera de lugar: las notas hablan solas y dicen todo cuanto el humano lenguaje es incapaz de traducir. No en vano ha nacido la leyenda que parece de un origen real, de que las primeras quenas fueron construídas de la tibia humana, que ninguna madera ni caña de la tierra pudieron igualar en dulzura y en melancolía, cual si todas las *lágrimas de las cosas* se transmitieran al mundo espiritual por ese frágil trozo de hueso del esqueleto humano.

Las transformaciones operadas en la música indígena por la de los conquistadores y dominadores de tres siglos, hasta implantar en América la suya propia con variantes a veces sensibles, no han logrado borrar del espíritu popular la huella profunda del *yaraví* que sigue imperando en las regiones paternas y originarias, aun bajo otros nombres, y que a nuestro país ha llegado revestido con las formas y los tonos de la *vidalita* montañesa, hermana del *triste* llanero, pampeano o rioplatense, realizando así la simpatía sentimental del pasado con el presente, y entre las más apartadas regiones de la tierra patria. En *Apu Ollantay*, el padre Antonio Valdés, que lo tradujo en lengua quichua escrita en 1770, de inmediato origen indígena, según las pruebas de Sir Clement R. Markham, incluye dos canciones o *yaravíes*, y un *Kcashua* o aire de género danzante, las primeras sentimentales, amorosas, de intensa y delicada poesía. El último me interesa no sólo por su significado y aplicación a los regocijos de la cosecha, celebrada con cantos y bailes simbólicos, en homenaje y loor de la suprema deidad el Sol, como padre de la vida, sino por su forma rítmica y métrica, que adelanta la *vidalita*

y se asemeja a la combinación castellana de la *seguidilla*, por la intercalación, después de cada verso cantante, de una palabra imitativa y acompasada, cuya *onomatopeya* indica que sigue el ritmo de un tamboril o de varios instrumentos en consonancia, que marcan un movimiento o inflexión de danza. El estribillo que Sir Clement R. Markham deja en quichua en su traducción inglesa, y que Pacheco Zegarra en su versión castellana traduce *tortolilla*, designa una pequeña paloma llamada *tuya* por los indios, dañina para los sembrados, y que la ciencia clasifica *cocoburus crisogaster*, y cuyo nombre puesto en diminutivo cariñoso con la partícula *llay*, hace la fuerte y rítmica expresión *tuyallay*, que sigue a cada verso de la canción:

KCASHUA

Ama, Pisku, micuychu,
Tuyallay!

Ñusta, llaypa chacranta,
Tuyallay!

Ama, hinam, tucuychu,
Tuyallay!

Illuryna saranta,
Tuyallay!

Parakaimi rurunri,
Anchactami miskimpas,
Ñuhñuracmi ukhunri
Llulluracmi raphinpas,
Huastacaña hilluyta,
Pupaskayka katampas;
Cuchusacmi silluyta,
Happiskaiki katampas;
Ppiscacata huatucuy;
Sipiscata kahuariy;
Soncullanta tapucuy
Phuruntatac maskhariy,
Llickiscanta ricunki,
Huc ruruta chapchastín,
Hinatacmi ricunki,
Huc llallapas chincaptín.

*No vengas a comer,
Palomita,
La chacra de la Ñusta (1)
Palomita.*

*No vengas a acabar
Palomita,
El maíz que ya madura,
Palomita.*

*Los granos están blancos,
dulces para comerlos,
por adentro blanditos,
en hoja verde envueltos;
la trampa ya está armada,
la liga está en el medio;
te cortaré las uñas
para prenderte presto.
Pregunta a la Piscaca, (2)
de la rama en suspenso,
dónde está el corazón,
sus plumas qué se han hecho;
mírala sin cabeza
por picar grano ajeno;
es el fin que te aguarda
si no oyes mi consejo. (3)*

La palabra-estribillo *tuyallay* yo la traduzco *palomita* o *paloma mía*, no sólo porque así está más en la índole del idioma hablado en América, sino porque ella entra en varias canciones nativas de la montaña, verdaderas vidalitas, en las cuales el apóstrofe amoroso indica siempre un objeto o ave, o interjección de los más afectivos. Los otros *yaravíes* incluidos en el poema trascienden más a composición del traductor, que no hubiese podido prescindir de las formas clásicas bí-

(1) *Ñusta*, la princesa: algunos sostienen que sólo designa a la princesa heredera.

(2) *Piscaca*: *Cocoburus torridus*. (Mark.).

(3) Traducción libre según las versiones de Mossi, Markham y Spilsbury.

blicas, latinas o castellanas, pero cuyo espíritu refleja en toda su ingenuidad el del indígena, como lo dicen estas dos tiernas estrofas que elegimos de entre las seis que contiene el yaraví siguiente al antes transcripto, y hacen una verdadera égloga castellana del siglo XVI puesta en la lengua del antiguo Perú:

Urpi hyhuascayta chincachini
Huc chimiyllapi;

Payta ricuhuac tapucuyuni
Chay quitillapi.

“He perdido una paloma querida — precisamente en este momento; — buscándola pedí noticias de ella — en toda la vecindad”.

Is cay muna cusay urpi
Llaquin, pputin, anchin, huackan;
Is cay, ñintas kcase pacan,
Huc chaqui mullpa cucurpi.

Que en castellano dice: “dos tiernas palomitas se afligen, suspiran, gimen, lloran; parece que la nieve las cubre a las dos en el tronco de un árbol carcomido”.

III

EVOLUCIÓN DE LA RAZA Y DE LA EXPRESIÓN MUSICAL

Tres siglos de convivencia de la raza blanca con la indígena en América han borrado las formas genuinas de la música y de la danza primitivas, con excepción del yaraví, que en mi opinión ha logrado, por su belleza e incomparable dulzura y potencia emotiva, pasar íntegramente al corazón del vencedor blanco, para que se cumpla aquí también la ley histórica de la conquista del vencedor por el alma del vencido.

La clase laboriosa, los trabajadores de la montaña y de la selva, los labradores del campo a los rayos del sol, y los

arrieros en las soledades de la llanura o de la cordillera, continuaron sintiendo la necesidad de cantar a las estrellas sus penas íntimas y sus vagos anhelos indefinidos; y ya en la lengua culta, pero llena de incrustaciones indígenas, que la enriquecen en todo sentido, siguieron entonando el clásico *yaraví*, transformado en la no menos clásica *vidalita*, que, en suma, sólo se diferencia de él por la palabra amorosa que acompaña como un eco a cada verso de la estrofa, y que corresponde a la expresión castiza de *vida mía, vidita*, con que se acarician los enamorados en sus transportes íntimos, y acentúan su sentido afectivo los trovadores o payadores populares.

Digna sucesora de la canción incásica, la criolla y triunfante *vidalita* ha venido a llenar, como el romance castellano, una aspiración permanente del espíritu poético de la raza nueva, al satisfacer con sus formas métricas y acentos melódicos todos los estados del alma, desde las más tiernas de las sensaciones afectivas, hasta los más altos y heroicos tonos de la pasión colectiva o pública. Pero la *vidalita* es ante todo montañesa, como el *yaraví*, y se acompaña con el tamboril, como a éste se asociaba la *quena*; y no limitada a un solo o divulgado aire o *tonada*, como dicen los paisanos, sino rica en variedades, algunas de ellas mucho más tiernas e intensas y elevadas que aquella, pero que han tenido aún la suerte de salvar los límites del terruño originario. Yo las he oído de todas modalidades y en todas las situaciones de la vida, y en todos los parajes en que la poesía o el dolor les transmitían el más profundo encanto: en la fiesta de la cosecha o de la trilla; en las festividades religiosas, seguidas siempre de festín popular; en las más somnolientas noches de viaje, de reposo o de contemplación; en la cancha de la mina, en la cima solitaria, al resplandor del fogón, que lucha con la nieve y el viento para alzar su llama anémica y su resplandor mezquino, que apenas alcanzaba a iluminar la faz del autor, bronceada por los cierzos y sombreada por las emanaciones metálicas, y surcada al terminar cada estrofa, por la inevitable lágrima confidente de una pena verdadera,

la misma del indio, incurable, la del paisano argentino, tan inconsolable como misteriosa.

*Cuando salí de mi tierra
De naides me despedí,
Sólo de los tristes montes,
Que ellos me vieron salir...*

Hombres de armas y espíritus superiores de la política y la literatura han recurrido también a la forma amable de la estrofa popular montañesa para expresar pensamientos de más honda filosofía; del general La Madrid, se ha dicho, que, como Tirteo, animaba a sus soldados al combate con sus propias vidalitas. ¡Oh, quién nos diera la alegría de ver incorporar alguna vez a nuestras marchas bélicas, o a nuestros himnos o canciones patrióticas, los acentos genuinos de nuestra música nativa, para que la fuerza invencible del amor a la tierra resucite en las jornadas o en los combates, o levante los corazones a las esferas del ideal argentino! Los mártires de la libertad, en las épocas sangrientas de nuestros tiranos grandes y pequeños, consagraron alguna vez con su sangre y su vida la inspiración patriótica de una vidalita heroica. Quiero contaros su breve relato, y haceros conocer sus rudas pero vibrantes estrofas, ya que La Rioja fué su cuna y su teatro, como de tantas otras inmolaciones ignoradas de la grande historia. La llaman la *vidalita de Quiroga*, porque fué compuesta en condenación y fulminación del déspota que después de la derrota de Famaillá, volvió a La Rioja, como dice Sarmiento, semejante al tigre corrido por la jauría, a guarecerse en su cueva, de la cual solía arrancar, mediante prodigios de crueldad y de bárbara astucia, nuevas fuerzas, nuevos hombres, nuevos caudales para sus guerras insaciables. Los patriotas y libres ciudadanos de La Rioja, como toda su sociedad amedrentada, creyeron que el vencido de Famaillá no volvería más a la escena política, y el regocijo público estalló espontáneo y henchido de nobles esperanzas para el porvenir. Uno de ellos, don José del Moral, compuso

la letra de una vidalita que, como la canción de Rouget de Lisle, prendió como una chispa en las almas ansiosas de libertad, y encantó con sus versos los salones y las reuniones de toda clase de la modesta y culta ciudad de los naranjos olorosos y de las noches de luna incomparables. ¿Queréis oír esos versos? A mí se me figuran esculpidos en bronce, como los escudos germánicos, colgados de las encinas sagradas; y en su misma dureza encuentro su grandiosidad y su timbre heroico y casi religioso, como un treno bíblico, como un salmo del ostracismo:

“Religión o muerte”

Vidalita,

Dice tu pendón:

Tú matas y robas:

Vidalita,

Es tu religión.

De padres e hijos,

Esposos y hermanos,

Has hecho tu presa

Tigre de los Llanos.

¿Dónde están, ¡oh, Rioja!

Tus hijos más caros?

Presos, fugitivos,

Muertos, expatriados.

Ese cruel Quiroga,

Ese parricida,

Pagará su crimen

Sólo con la vida.

¡Las arenas mismas

De su patrio suelo,

Ahogadas en sangre

Claman hasta el cielo!

No habría color para describir el espanto de la reaparición de Quiroga en La Rioja, en el momento en que se celebraba el final de su predominio. El terror engendra las traiciones y las delaciones más viles; y así, no hubo de faltar el

anónimo revelador de la *vidalita* terrible, que aún vibraba como látigo de fuego sobre quien fuera apodado con el nombre de una fiera. Poseído de ira felina, manda el general buscar un cantor que le hiciese oír la celebrada trova; y satisfecho su deseo, lanza a sus esbirros en persecución de su autor, que no tarda en caer en las garras del monstruo. Y la ciudad de La Rioja quedó consagrada, ungida, entonces, por uno de esos martirios de que la historia ha erigido santos y semidioses, por la enormidad y la superioridad del suplicio sobre las fuerzas humanas. El tirano manda formar cuatro soldados provistos de varas de mimbre o látigos de cuero trenzado, y que al golpe de los azotes continuados se hiciese dar al sentenciado tantas vueltas a la plaza, cuanto pudiesen aguantar las fuerzas de los verdugos.

Pero el horror se agranda todavía cuando se sabe que la orden llevaba un complemento de ludibrio insuperado por la imaginación de ningún tirano argentino, si no es por la secular anticipación de la sublime prueba a que su piedad y la barbarie de su señor y esposo de horca y cuchillo, impuso a lady Godiva en el poema de Tennyson. Si los conmovidos vecinos de Coventry se vendaron los ojos para no violar con sus miradas la blanca y pura desnudez de la santa de su pueblo, los consternados moradores de La Rioja, de 1830, dejaron, sin duda, que el Tigre desde su cuartel gozase solo de la macabra gloria de su venganza. El mártir de la *vidalita* contra Quiroga, murió de sus heridas en muy breve tiempo.

IV

EL ALMA DE LA TIERRA

Señoras; Señores: En el curso de esta conversación escrita he expuesto las ideas fundamentales y mis juicios sobre lo que ahora, al terminar, llamaré filosofía de la música y la danza nativas; pero ignoro si he logrado expresar con claridad mis propios conceptos, y compensar por ello la falta

de referencias más especiales a las canciones y formas múltiples que la danza nacional ha adoptado en el transcurso de tres siglos. Mi intención no era descriptiva, sino historiográfica. He querido sólo haceros la confianza de mis ideas acerca de la unión consubstancial entre la forma de arte derivada de las fuentes puras de la tierra madre; y al examinar sus orígenes y medios de transmisión de sus influencias íntimas, que he denominado su *alma*, señalar el ambiente común del arte que aproxima y armoniza los espíritus, disciplina las voluntades y crea una euritmia colectiva en la vida moral y en sus tendencias hacia el más allá. Si hemos de buscar para nuestros semejantes y conciudadanos un reino mejor, de paz y armonía, nada puede mostrarnos con más nitidez la vía derecha, que develar la fuente común de nuestras más puras inspiraciones, emociones e ideales, — que es nuestra propia tierra materna, — y marcar el punto de conjunción, en las regiones más altas de la cultura artística, en la cual volverán a reunirse esas fuerzas primarias, para consagrar el sublime convite definitivo en el seno infinito de la paz y de la armonía supremas.

Inútiles y vanas serán por los siglos de los siglos las instituciones políticas y las creaciones y fundaciones de la riqueza o el poder, para establecer el imperio de la justicia y la libertad verdaderas sobre la tierra: las desigualdades y las diferencias alzarán en una u otra forma fronteras y fantasmas que dividirán las sociedades y los estados, y agitarán sin cesar la superficie del océano moral en que la raza humana viaja sin rumbo definido. La ideación humana no conoce sino dos lugares del universo donde puedan hallarse los dones supremos de la dicha, que se resumen en la paz fundada en la justicia. En esos sitios residen dos deidades maravillosas como las de los cuentos: La Verdad y la Belleza. Se sabe que las palabras mágicas para abrir sus puertas, tras de las cuales se amontonan tesoros innumerables, son estas dos: *ciencia* y *arte*; y sin duda por eso el hombre corre sin cesar tras de esas conquistas remotas. La ciencia sola contiene la ver-

dad, que nivela y funde las almas en un solo estado de igualdad y de justicia: y sólo el arte conduce a la contemplación de la belleza, que depura el alma de sus impurezas, aguza e ilumina las facultades perceptivas de toda senda material o moral; y al crear un medio armónico, abstracto, ideal, extrahumano y extraterreno de conjunción espiritual, hace del alma del mundo una sola alma, movida y arrullada en su vuelo por la armonía esencial de las leyes de la vida, hasta suprimir la muerte, por la eliminación de su concepto en la mente humana. Y la belleza como la verdad no tienen tiempo, ni lugar; han *sido* y *serán* en todo tiempo y lugar del universo físico y espiritual. Y así como el fluído armónico uniforma el ritmo interno y externo del mundo, la mente concibe también una comunicación invisible que viene desde el pasado hasta el presente y el futuro, a través de los organismos de la tierra y de la sucesión moral de las generaciones; de manera que la belleza ideal y plástica que se condensa en la Venus de Milo o en la Victoria de Samotracia, o en el frontón de los Propíleos o del Partenón, pueda reproducirse después de veinticinco siglos bajo el cielo americano, surgiendo del fondo de las montañas andinas, como se alzó bajo la evocación de Praxiteles, de las canteras del Laurión o el Pentélico.

Alma de mi tierra nativa, peregrina luminosa de las cumbres, los valles y las llanuras; compañera incansable del cóndor y de la nube y del lampo de sol que los enciende y los transfigura; vibración vital que arranca en la cueva, en el nido, en la selva, en la ladera, en la tiniebla, el canto de las aves y los acordes del viento; rostro, mirada, sonrisa y gesto divinos, que aparecen en la grieta de la roca bañados por la espuma, adornados por la flor silvestre, besados por los frescos labios del rocío matinal, para recibir en secreto, en hora mística, la confianza del infinito estelar, traída por el Dios Kuntur desde los reinos lejanos donde residen la Sabiduría y la Belleza perfectas; armonía corporizada de forma, color

y ritmo, que traes desde el seno recóndito de la tierra santa, donde duermen su sueño beato mis mayores, los de la raza, los del patrimonio ideal, y en cuyo altar de piedra rústica celébrase el himeneo místico de aquellas altas y prístinas virtudes; alma de la tierra nativa, alma mía y del linaje, que llenas con tu presencia y tu unción poéticas toda la extensión de la patria, con sus mares, ríos, llanuras, pampas, cordilleras, cielos y entrañas de oro y de limo eterno, tú revelarás un día al alma contemporánea, el secreto de la armonía, de la Verdad y de la Belleza, cuando abras las puertas del templo infinito bajo cuyas bóvedas amantes como el seno de las arpas de todos los profetas y bardos del mundo, irrumpa por fin la inmortal sinfonía, la del amor, germen de toda ciencia, creador de toda Belleza, dispensador de toda Justicia.

II

RAFAEL OBLIGADO

Algunas impresiones y recuerdos.

RAFAEL OBLIGADO *

I

Señoras; Señores:

Tan extraño me siento por mi edad y mi incompetencia, en un festival como éste, tan rico en notas de jubilosa belleza, que habría declinado el honor de mi participación, tal vez disonante, si no me impulsasen deberes ineludibles: el de la amistad admirativa más acendrada de que pueda haber otro ejemplo, que me unía a Rafael Obligado desde hacía más de un cuarto de siglo, y la imposibilidad de desacatar el gentil mandato de las nobles damas del Consejo Nacional, consagradas a una de las labores culturales más dignas de respeto en la república. Por más que la prensa y los círculos sociales hubieran hecho en honor del poeta de la patria en el día de su muerte, ella le debe todavía, y un día le ofrecerá, sin duda, el tributo de la glorificación nacional. La fiesta de esta noche, nacida del corazón de una sociedad que contó su hogar patricio entre los pilares maestros de la familia argentina, sólo es, en toda su honda significación, una anticipación de aquella otra definitiva del tiempo venidero. Porque, cuando pase el aturdimiento en que la tremenda guerra y sus conmociones universales han sumido la conciencia de nuestro pueblo, despertará en su plenitud el espíritu de justicia, y la brasa de la gratitud irradiará su fuego reparador desde el fondo de las cenizas apagadas: serán, así, tan

* En la velada conmemorativa del poeta, a iniciativa del Consejo Nacional de Mujeres, el 15 de julio de 1920.

breves mis palabras, como honda y profética es mi esperanza en la obra de una próxima generación menos agitada que la nuestra.

Los poetas no traen al seno de las sociedades misión alguna obligatoria ni dogmática: son personificaciones espontáneas de esa eterna fuerza espiritual que anima, sostiene y perpetúa la vida del mundo. Oyen su revelación, ya de las profundas cavidades de la historia, ya de las conmociones del alma de los pueblos en ciertas épocas, ya del seno de la naturaleza en que aquellos aparecieron y fueron destinados a crear un hogar, una fábrica, un templo; reciben su voz, su inspiración y su don de videncia y de profecía de esos invisibles mensajeros del infinito, que de tiempo en tiempo encienden un astro nuevo, dejan percibir una conmoción etérea desconocida y dotan al pensamiento humano de una vía nueva, de una fuerza nueva, de un ideal nuevo de ascensión y de perfeccionamiento. La Nación Argentina tuvo su gestación secular: no surgió de la nada, ni es una raza autóctona, ni vino en una irrupción violenta a ocupar este vasto territorio: tiene una raíz en diversos orígenes históricos, y la naturaleza física de esta región del continente americano le imprimió el vigoroso sello de su potencia, su genio y su belleza. La servidumbre y dura minoridad no amenguaron sus impulsos originarios; la libertad civil y política la sorprendió en su infancia intelectual; las pasiones desencadenadas de súbito, sin rienda ni orientación, la lanzaron en la anarquía y en el desconcierto. No supo atinar entre las tendencias divergentes de sus conductores y consejeros, capitanes, estadistas y poetas.

Acaso estos últimos, enredados entre los hilos de la tela desflecada de la vieja musa ancestral, fueron los más extraviados en la primera hora. Vientos exóticos traían acentos, imágenes y formas tan extraños como ellos mismos, y no lograron conmover el alma de este pueblo naciente. Era éste semejante al cuadro de la pampa, que Obligado describe en la impecable primera estrofa del *Canto a Echeverría*:

Faltaba el alma a la extensión vacía

y el cantor de *La Cautiva* la arrancó del desierto, y la hizo vivir y penetrar en la conciencia de la nación y en la conciencia literaria de su tiempo. Así como en la vida mental y afectiva, este encuentro del alma le dió también al pueblo la facultad de buscar la senda de su verdadera liberación política. Despojada la poesía de aquella época, de las infantiles y artificiosas ligaduras de un pasado pseudo-clásico, y en realidad, decaído y torpe, cobra de pronto impulsos de lucha; y enriquecida con las tintas, tonos y elementos vírgenes de la vida nativa bajo las formas deslumbrantes y más libres del romanticismo europeo, llamado del año XXX, comienza a volar con vuelo más seguro y ágil. Echeverría determinó la existencia del *alma de la extensión*; Obligado vino a imponerle un ritmo más armonioso, un timbre más afinado, y una más íntima y más amplia relación con otras fuentes de la vida nacional, y de la poesía en sí misma como un arte. Echeverría era la crisálida; Obligado fué la mariposa espléndida que surgió de aquélla, para lucir en pleno cielo todos los esplendores de la belleza, del ritmo y de la comprensión íntima del alma de la tierra patria.

II

Perdóneme el auditorio si no sigo ahondando el arado en este campo de nuestra historia literaria. El poeta nacional ha surgido radiante del bloque primitivo: alcémoslo sobre su pedestal, y en esta hora de confianza con las hijas de su inspiración, iluminemos en conjunto su figura en sus rasgos más salientes, las tres principales fases de su vasta personalidad. Y no es de los que fundan su grandeza en una enorme labor cuantitativa: su obra, de este punto de vista, como la original de Leconte de Lisle y de Heredia, no es célebre por su magnitud material, sino por el valor esencial que ella encierra en relación con su tiempo y su medio físico y social.

La primera época o forma es la que llamaríamos *nativa*, regional e inmediata con relación a la vida del poeta: abra-

za la pampa, la selva mesopotámica, y el hogar como simiente y templo de la nacionalidad; la segunda comprendería todos los poemas de carácter específicamente patriótico, en los cuales, ya en el romance heroico de la musa castellana, ya en la décima tan cara y simpática, como una apropiación al sentir poético de nuestro pueblo, ha querido perpetuar algunos episodios históricos, en los cuales, por el heroísmo en la victoria o en el desastre, el temple moral de los héroes y de sus soldados ciudadanos, se reveló con rasgos imperecederos. Su estrofa no vibra con la profunda conmoción de la belleza de los hechos y la grandeza moral de los personajes, sino que presiente la voz trémula y robusta del cantar nativo: es un bardo, un romancero, un trovador, destinado a comunicar a las gentes la emoción de la historia, transmitida en la melodía íntima de la música genuina: se siente en la cadencia, en la dulzura y en la imagen, su caricia ausente y difusa. Así, no es extraño que los payadores modernos se hubiesen apoderado de la mayor parte de sus rimas para sus torneos, desbordantes de inspiración y de sentimiento, cuando en los intervalos de sus improvisaciones querían regalar a su público con las delicadezas de una poesía más alta y más pulcra que las propias coplas espontáneas. A ese género histórico pertenecen las dolientes estrofas de *Ayohuma*, de *La retirada de Moquegua* y de *Falucho*, en que, semejante a Ossian, arranca la más honda emoción poética del sacrificio y la inmolación inspirados de sus héroes:

*Ayohuma! ingrato día,
en que, rasgada la entraña,
sola, en áspera montaña,
la dulce patria moría!*

Y luego, confirmando aquel rasgo supremo que la crítica reconoce en el general Belgrano, de la entereza inquebrantable en la derrota, para reavivar la llama del valor y la disciplina, traza, en versos como cuerdas de bronce sonoros la sublime acción de la reconstrucción del ejército vencido, en

torno de dos símbolos, — uno patriótico y otro místico, — la bandera y la oración...

*Firmes en cuatro formaron,
y a un breve toque marcial,
se arrodilló el general...
y todos se arrodillaron;*

hasta aquel cuadro trágico de la puesta del sol tras del océano distante y sobre los humeantes despojos del triste campo de la batalla perdida:

*Suelta el sol, que está muriendo
su corona rota al mar,
y se oye al lejor sonar
como estertor de aquel día,
vagarosa melodía
que va llorando al pasar.*

Pero antes de seguir más allá en el alto vuelo, al poeta de la segunda mitad de la vida y del período de su mayor apogeo, quiero invitaros a volver a oírlo en los cantos juveniles, del tiempo de sus íntimas confidencias con la pampa, cuyos misterios, soledades y voces difusas absorbieron su alma entera y marcaron, acaso, los tonos más altos de su lírica. Su descripción de la llanura, que abarca tan vasta extensión del territorio, tiene algo de la quietud del éxtasis contemplativo de los místicos orientales, neoplatónicos, o heleno-cristianos, y entonces su inspiración alcanza las alturas y las armonías de los más altos poetas de otras civilizaciones más perfectas. Su canto a Echeverría es una rica página de análisis psicológico argentino, de historia literaria y política, y un vaticinio, — que las revueltas mareas de la hora presente pugnan por ahogar en el vacío — cuando en el rapto final de entusiasmo exclamaba:

*¡Poetas! de la patria es nuestra lira,
la inspiración sagrada
que en sed de gloria al ideal aspira!*

Las tres primeras estancias del gran poema en que describe la pampa en su soledad pristina y que recuerda la inmortal primera estrofa de *La Cautiva*:

*Gira en vano, reconcentra
su inmensidad, y no encuentra
la vista en su vivo anhelo
do fijar su fugaz vuelo
como el pájaro en la mar;*

vais a escucharlas en artística y animada recitación, en la cual podréis percibir, junto con el suave ritmo que tan bien refleja el éxtasis contemplativo, la sutil y vaga anunciación del drama humano que pronto va a iluminarse en los senos ignorados del desierto, por el soplo del genio creador de *La Cautiva*. (1).

III

La efusión más amorosa y tierna la ha derramado el poeta en las obras de su juventud, cuando cantó las bellezas de los sitios familiares, ilustrados en colores y en fantasías de ensueño, por las gracias del río, las nerviosas vibraciones del pajonal ribereño, las gamas sorprendentes de la flora selvática y las virginales melodías y diálogos musicales de los cantores alados de sus frondas siempre verdes y risueñas: esa región, semejante a aquellas lejanas de los ríos sagrados de la India y del Egipto, donde el loto azul despréndese de las orillas temblorosas para ir a perderse en la línea esfumada del horizonte, en la cual el peregrino ideal de la belleza pasa sin transición aparente del mundo de las realidades y de las formas, al espacio incorpóreo de las verdades puras e informes.

El camalote es el loto de los ríos de la patria, tan majestuosos y serenos como los del Oriente de la luz, y en cuyas islas flotantes y floridas viaja la flor como un cáliz abierto,

(1) Recitación del *Canto a Echeverría*, por la señorita Berta Singerman.

llevándose hacia mundos irreales el voto íntimo de las almas nativas, inconscientes de su origen y de su destino, pero conducidas sin sentirlo hacia un reino supremo en el cual sus ojos serán abiertos y sus almas, como lotos en capullo, por una mano que tañe las arpas intangibles y hace germinar flores de luz en senos de tinieblas.

Allí, en esa región que bañan los más grandes ríos de la patria, y que, para mayor y más alto augurio, crean una delta simbólica y mística, como un frente en cuyo tímpano resplandeciese una estrella, se desenvuelve como una *féerie* esplendente el mundo de la creación poética juvenil de Rafael Obligado. Allí su musa ha vivido sus mejores horas y sus ensueños más cálidos e inefables; cada una de sus poesías es una sonrisa, un encantamiento, un himno de paz y de amor. Allí existen árboles, cuya vida tiene por único objeto dar una flor en cada primavera, como hay insectos y aves creados y organizados sólo para dar una nota blanca, o un puñado de sonidos como pétalos derramados; tal la cigarra de Anacreonte; tal la calandria, admirada de Darwin; tal el tordo musical que cantó Lugones; así nacen también criaturas humanas, cuyo destino es sólo amar, sufrir y vagar en pos de una luz intermitente y lejana, como en seguimiento de un ideal irrealizable.

Dicen que el ceibo no sirve para nada útil, como los poetas, cuya misión en la sociedad todavía hay gentes que no comprenden y no justifican; pero cuando da su gran racimo de flores rojas, como un interrogante de fuego, y se inclinan a mirarse en las linfas transparentes del río, se sienten así como si viviesen almas de hadas invisibles del paisaje, y tomasen cuerpo bajo las aguas, como las náyades, como las nereidas, como las ondinas, como las sirenas, todas encantadoras, envahidoras, seductoras y terribles; son, acaso, las que arrastran al navegante deslumbrado hacia el remanso; o al rayo de la luna llena, sobre la barca sonámbula, lo llevan sin sentir hacia las lindes del océano, y lo sueltan en la inmensidad del vacío...

Obligado, si bien no pensó en este poder fascinante de las ondas de su río, porque quizá entonces no había sumergido sus alas de cisne en las aguas sagradas de las selvas helénicas, en cambio, nos animó los idilios nativos de los bosques vírgenes de América; y recordando a los Manrique y los Santillana, y rivalizando victorioso con el cubano Plácido, el de *La flor de la caña*, dotó la corona poética de sus islas amadas con esta piedra fina de extraordinaria nitidez y gracia, que titula *La flor del ceibo*, y que vais a escuchar en voz tan armoniosa y gentil, como acaso la soñara el poeta. (2)

IV

Ahora, sigamos la ruta de su vuelo máximo, cuando la meditación y el contacto más directo con la vida de su país le abre los horizontes más dilatados, hacia los cuales se extiende la tierra patria. En este instante de su vida tuve la suerte de aproximarme por la amistad, hija de una espontánea admiración y simpatía literaria, al alma del poeta, que después, hasta el fin, fué mi amigo tan amado. El punto luminoso de su atracción sobre mí fué su *Santos Vega*, con su concepto del diablo, como encarnación del progreso, del genio civilizador del extranjero, de la civilización misma, del trabajo, de la ciencia, de la libertad ordenada del derecho — que yo estudié en un ensayo sobre el eterno mito del ángel caído, que hizo conocer la ciencia del mal y dió el primer grito de rebelión, el *nom serviam* inicial, que repetido de era en era, como un eco en las montañas, viene recordando la revolución social desde el principio de los tiempos hasta este momento en que vivimos, y en el cual, al grito del *nom serviam* originario, los ejércitos insurrectos amenazan romper todas las fronteras y violar todas las lindes consagradas...

(2) Recitación de la poesía *La flor del ceibo*, por la señorita Sara Ligia Olivari.

Mi juvenil estudio sobre *Santos Vega* me valió la insigne recompensa de la amistad de su autor. En sus recibos históricos he conocido a muchos príncipes del pensamiento argentino; allí fuí ungido por un abrazo eucarístico de Ricardo Gutiérrez, quien, al inclinar sobre mí su inmensa figura hierática y doliente, en gesto de soberana indulgencia y bondad, me abrió las puertas maravillosas de la más noble ambición: la de merecer aquella gracia del cantor de *Lázaro* y *La fibra salvaje*. Yo, casi un niño, al calor de aquellos dos corazones, y a la luz de esos dos espíritus, me sentí transfigurado, porque creí desde entonces que el odio no reina solo en el mundo, y que existen grandes almas que, como grandes aves, pueden salvar todavía sobre sus alas a los extraviados en los desiertos del mundo, a los perseguidos por la duda o la desesperanza, a los heridos por el desaliento. Obligado, Ricardo Gutiérrez: no sé por qué misteriosa conjunción estas dos estrellas desaparecidas se ciernen juntas sobre mi cabeza en este instante de meditación.

Comienza en esta época el período de expansión de la musa de Rafael Obligado hacia fuera de los límites de su selva paranaense, y de la absorta y extática contemplación de su pampa difusa y nebulosa. Oyó hablar con frecuencia de otras regiones de la patria, de los llanos interiores y centrales, de los bosques subtropicales, de Tucumán a Jujuy, por donde fué la ruta del ejército libertador del norte, y de las altas montañas, con sus paisajes y habitantes y poesía ignotos; y sintió ansias de penetrar en ellos en busca de sus secretos tesoros de tradición y poesía. Estudió los tipos, las supersticiones y leyendas de cada región, aún de aquellas más lejanas y arduas y quiso pintar en un poema legendario o *folklórico* el rasgo fundamental de su psicología y carácter. Le pareció a él mismo restringido el campo de acción de su musa adolescente y juvenil, y su poema *Los hornos*, refleja su honda preocupación del porvenir de la patria, personificando en el pájaro portentoso, — que abarca en su dominio geográfico más que toda la extensión histó-

rica de la patria — la idea fundamental del hogar nacional, de la virtud laboriosa, de la unidad fundada en la cooperación y en el mantenimiento discreto de todos nuestros elementos tradicionales, sin exclusión del más atrevido progreso de las ciencias y de las industrias.

*¡Ah cuán triste, Felicia, es ver que todo
lo argentino se va!
La antigua sencillez de la familia,
La sombra de la casa paternal!
Que la fe de los héroes y las madres,
apagándose está...*

Este poema, llegado a la luz en momentos de transformación y de invasión de nuevas corrientes literarias, más ornamentales que intensas, no ha sido leído con atención por el público, ya desviado de sus antiguos y más familiares poetas. Es, con todo, uno de los más comprensivos de su pensamiento patriótico y humano, y de los que, en adelante, contienen el simbolismo trascendental de la serie nueva de sus obras, como la *Salamanca*, *La mula ánima*, *El cacui*, en los cuales ha procurado apoderarse del alma indígena para hacerle revelar sus más íntimas supersticiones y sus más ingénitas idealidades.

Desde *Los horneros*, Obligado comienza a cambiar de ruta, y en su concepto melancólico y lamentatorio del pasado que se desvanece ante las avenidas del progreso moderno, no puede cerrar los ojos frente a la evidencia cautivadora de la nueva civilización, que entre estrépitos y derrumbamientos de viejos ombúes, de ranchos y nidadas o guaridas de chillones caranchos y chajáes, de grutas embrujadas o demoníacas, trae la nueva forma, más fecunda, más vigorosa, más pletórica de vida, de riqueza y de bienestar, que la antigua y estéril quietud contemplativa o vagarosa sobre el caballo pampa, o bajo el alero del rancho de enervantes y atractivos ocios. El horrible misterio de la misa negra, blasfema y sacrílega de la *Salamanca*, se desvanece como una pesadilla ante la explosión de una mina de dinamita que abre una

mina de oro, o un corte al paso de una locomotora; y hasta el mismo genio del trovero inagotable de Santos Vega tiene que ceder ante el genio alimentado por la ciencia de aquel Juan sin Ropa que, viniendo de extraño país,

*y con voz que modulaba
blandamente los sonidos,
cantó tristes nunca oídos,
cantó cielos no escuchados.
que llevaban, derramados,
la embriaguez de los sentidos.*

V

El viaje de Obligado a La Rioja, en 1889, como el de algunos otros poetas geniales de europa a regiones especiales del continente, aparte del nuevo horizonte abierto a la expansión de su genio, fué un verdadero desposorio patriótico y místico con la poesía de la montaña. Se había manifestado en su espíritu una irresistible vocación por integrar en él la unidad territorial y mental de la patria, y le faltaba penetrar en el corazón de la piedra. Ansiaba presenciar la caída de la cascada entre los grandes peñascos; sorber la gota de agua inmaculada en el poro mismo de la roca musgosa, en el fondo de la gruta donde se generan el manantial, el torrente y el río; contemplar el vuelo del cóndor en su propio medio etéreo inaccesible, y ver la blancura de la nieve eterna sobre las cimas. Tuve yo el privilegio inolvidable de guiarlo en su sagrada peregrinación, y de sorprender la primicia emocional de su grande alma, tan potente como el ave imperial de las cordilleras, y tan sensible y vibrante como una libélula.

¡Oh, sí! fué mi emoción tan honda como la suya; ésta, ante la taciturna belleza del paisaje riojano, y la mía, ante la conmoción de una naturaleza tan exquisita como la del cantor del nido de boyeros. Salí a encontrarlo a alguna distancia de La Rioja; venía materialmente cubierto de polvo, co-

mo de un disfraz ceniciento. “No importa —fueron sus primeras palabras— es tierra argentina!”. A lo lejos, los huertos de naranjos hacían llegar sobre la brisa sus efluvios perfumados como de fiesta nupcial. Era el príncipe esperado tanto tiempo por la ciudad cautiva. Él ha cantado su impresión en estrofas que son para mí objeto de un culto íntimo:

*¡Cuán bella! La guirnalda desceñida,
el seno abierto a la ilusión inquieta,
aquella noche te encontró el poeta
de tus naranjos a los pies dormida!*

*Cuando en la tarde me acerqué a tus lares,
enviaron por los bosques ya sombríos,
al cantor de las pampas y los ríos
largo beso nupcial tus azahares...*

Yo no podría describir con toda su delicadeza las alternativas emocionales de aquel viaje a través de las alturas de la Sierra de Velazco; su alegría infantil ante el rebaño bíblico que baja del monte Galaad con ondulaciones de cabellera de la Sulamita; su agitación febril por dormir al lado de la cascada espumosa y rotunda; sus éxtasis ante los brochazos de oro del sol sobre las cimas; el movimiento de sorpresa de los cóndores al vernos aproximar a sus guaridas; las vibraciones de los abismos; los asombros de la arquitectura y escultura naturales, y, por fin, su repentino estupor ante la aparición lejana y ardida por el sol poniente, del Famatina, más bello, más blanco, más gigantesco, más misterioso y sacro que el admirado Fugi-Yama del Japón — allí donde según sus palabras en un prólogo famoso de un libro mío — “se le agigantó el alma y se le asustaron los ojos en presencia del Famatina”, y al que recordó después en su inspirada poesía ya citada:

*Y el Famatina allá, tu Famatina,
corona suspendida eternamente
sobre la excelsa y despejada frente
de la joven República Argentina!*

*¿Cómo no amarte quien miró tus galas
ardiendo a un sol de vigorosa lumbre,
y al cóndor arrojar de cumbre en cumbre
la sombra inmensa de sus quietas alas?*

Cuando nuestro gran poeta nacional llenó así el ciclo ideal de su vida, tuvo menos pena sin duda, al retirarse de la publicidad de nuevos trabajos, o de emprenderlos en absoluto: la edad y las enfermedades hicieron el resto. No será él, acaso, lo que se llama un poeta fecundo, ni aspirará su numen a reposar sobre una pirámide de libros; pero su obra cualitativa es pura, diáfana, unguada, cálida y comprensiva de un amplio ideal de belleza, grandeza moral y virtudes cimentales como base de toda democracia digna de respeto. Ha podido así ausentarse con la serena convicción de haber legado a su patria lo mejor de su alma, su alma misma, en su obra selecta.

La pampa argentina ha perdido a Santos Vega, pero los noveles trovadores lo han resucitado en las décimas inmortales de Rafael Obligado, que tiemblan en los labios de la virgen campesina y en los del payador errante; y como la musa nativa no ha de morir, así se transformen sus medios de expresión, podemos asegurar que nuestro bardo no ha muerto; más si Juan sin Ropa — la ciencia — derrotó a Santos Vega, el arte ha renovado la musa vaga del payador legendario y la ha unguado de inmortalidad.

Los poetas como Obligado no mueren, y cuando desaparecen sus formas corporales, sus espíritus se embarcan entre los pétalos del Loto, y al llegar al límite esfumado entre el agua y el cielo, la barca conductora traspone sin interrupción el vacío entre la tierra y el espacio, y van a ser en el firmamento nuevos astros que nos guían en las noches de la duda y del desaliento, nos hablan en las voces de la sombra y mantienen en nosotros la fe y la esperanza en las promesas del ideal.

III

EL POETA Y LOS PAJAROS

Sobre *El Libro de los Paisajes* de Leopoldo Lugones

EL POETA Y LOS PAJAROS

I

En un poema inédito que sólo yo tengo razón para conocer, titulado *La Sinfonía de la Calandria*, oigo estos versos sin rima, recitados por la diva de los bosques:

*¿Y aquí en tu tierra? ¡Vaya si hay modelos
donde beber a chorros la miel pura
de las colmenas! Sabes que Lugones,
El Buonarroti de la pluma, su hacha
clavó en el tronco de la vieja forma,
y como el de la higuera siempre encinta,
la hinchada ubre en leche inunda el suelo.
Ese es tu hermano en el fervor del culto
del lenguaje animal; él que es poeta,
en flauta pastoril trocó su lira;
en su paleta la color desborda
y en su haz de nervios una orquesta canta.*

Los pájaros, porque viven en el espacio de todas las ondas transmisoras de mensajes sin palabras, de mensajes de signos y toques, pero traducibles en monosílabos combinados de dos, de tres, y hasta de mayor número, son adivinos; y así, la calandria de mi referencia desenredaba en su gargantita policroma la sinfonía poética sobre el alma de las aves, y sobre la fábula que bregó por entenderla desde el principio de los tiempos. Por ese don telepático que sólo es un don de simpatía, de ritmos universales, ella supo que Lugones rimaba su último libro, (1) el cual le muestra amigo

(1) *El Libro de los Paisajes.*

de los pájaros, como amigo de la humanidad; y así, en su lírica preceptiva a lo Horacio y Boileau, ensarta su nombre junto con los de Rostand, Kipling, Darío, para no referir los de anteriores épocas sólo relativos a la fábula, pues la Calandria pedagoga se ha alistado de plano, y sin ninguna ambigüedad neutralista, en el grupo avanzado de los poetas nuevos, de la democracia estética y rítmica, la que viene derribando los absolutismos de las academias y de los cenáculos y de los areópagos de soporíferas y sobadas prosas rimadas.

¿De dónde toma la nueva poesía sus ritmos y sus cadencias y sus *números*, no usados antes por la dogmática tradicional? Pues, los ha absorbido del aire, el cual le trae todos los rumores, los lenguajes, las confidencias armónicas o melódicas de cuanto en la naturaleza tiene un alma, y de esta alma emana una vibración musical.

Ahí está la diferencia entre la nueva y la vieja forma; lo mismo que pasó en la evolución musical; contra las medidas consagradas por las academias y los cánones, las libres combinaciones de una métrica más elástica y comprensiva; contra los dogmas de una inspiración de casi exclusivo origen antropocéntrico, las sugerencias ilimitadas de las formas, tonos y sinuosidades de la vaga inmanente y antes nunca tañida música de las cosas, pues todas las cosas tienen un alma, y a esta alma la ha descubierto, precisamente, la repercusión de las ansias del alma humana, no comprendida, o si puede decirse, descomprendida por un arte envejecido, empobrecido, desdentado, como un piano sin teclas, como un insecto sin antenas.

Luego, ¡qué testarudez para no rendirse ni siquiera ante las evidencias de la experimentación científica! Desde el siglo de Pericles, y acaso desde mucho antes, en sus orígenes más orientales, los cino-hindúes, era cosa consagrada que la cigarra ociosa le pedía a la hormiga un poco de su cosecha sobrada, — a esto le llaman *trabajo* los fabulistas clásicos hasta La Fontaine, el último y más poético de los

rapsodos, — mientras ella “pasó el verano entero” ocupada en cantar, la haragana incorregible, como si este divino oficio no fuese la más perfecta de las formas del trabajo. ¡Qué mucho si se cuenta que la esposa de Juan Jacobo Rousseau, le reprochaba que se pasase los días y las noches *escribiendo*, en vez de irse a trabajar para sostener la casa!

¡Pobre cigarra! La ciencia de Fabre la ha vindicado, echando a rodar toda la secular torre de mentiras poéticas acumuladas desde antes de Pericles. Ella, que es en sí misma un instrumento musical admirable, es a la vez su fabricante y su ejecutante: después de su larga gestación subterránea, sale a recibir de manos del maestro Sol el último toque, al desentumecer sus miembros envueltos por la inconsútil membrana larvática de la cueva; y entonces, libres ya sus alas, sus patas y su trompa aspirante, la introduce en la corriente artesiana de la savia dulce de los más tiernos gajos de la selva, se compenetra así de su alma y del genio universal que en ella y de ella vive, y cuando ha llenado de azúcar su bolsita abdominal, para resistir los largos éxtasis de su nota única, — preñada de notas y sinfonías y sonatas no percibidas por el oído vulgar de los hombres, — se entrega en cuerpo y alma, como una sacerdotisa, en unión con los millares y millares de sus similares de toda la tierra, a entonar el gigantesco Himno al Sol, el Salmo universal al Dios Padre de la vida, cuyo dardo y mirada luminosos penetra hasta el extremo recóndito de la cueva del insecto, de la rajadura del granito y de la capa sedante donde toman su primitivo átomo de alimento las radículas exploradoras del bosque. Ella es una de las partes de la potente orquesta de aquel canto de Francisco de Asís, disperso en tantos fragmentos de su culto panteístico a las divinas fuerzas del mundo, en el cual, con sencillo y santo fervor, exclamaba:

*Landatu sii, mi Signore, con tutte le tue creature,
specialmente miser lu frate Sole,
li quali jorna, e alumini noi per lui;
et illu é bellu e radiante cun grande splendore...*

Y toda la mística religiosa de las razas primitivas de América se inspira en la misma divinidad, más activamente ligada al culto de la vida que en las ya refinadas civilizaciones, o mejor, en las ya más veladas simbolizaciones del mismo hecho eterno, en las religiones derivadas del cristianismo. La cigarra, la *chicharra* del vulgo, el *coyoyo* del indígena, es más que un insecto, un canto heráldico de hondas esperanzas y goces, que coinciden con los vahos vitales de todos los desiertos, de todas las selvas, de todas las montañas, traídos por las calientes ráfagas estivales. Las chicharras,

*Cascabeles del sol cuyo pandero
las despilfarra en cáscaras de oro,*

anuncian los días de las caravanas, de los éxodos, de las peregrinaciones colectivas a los vecinos bosques, donde

*la blonda madurez de la algarroba
peina bucles de sol...*

Y a su cosecha en bandas íntimas y en aduares libérrimos, se lanzan las comunidades aldeanas a vivir bajo los árboles, entre músicas de tamboril, bailes sudorosos y borracheras de aloja, libando, danzando y oficiando los ritos augustos de la Pachamama, hermana trashumante de la clásica Deméter-Terra Mater.

Hasta ahora entre nosotros no hubo quien se dedicase a la psicología de los pájaros, si bien no desconozco a aquellos abnegados cataloguistas cuyas nomenclaturas necesitan un relleno, si no a lo Buffon, evidentemente a lo Fabre. La descripción ornitológica no tiene sentido sino para el museo; pero lo que interesa tanto como un romance, y acaso más, es la historia, el drama, la vida de esos seres alados, y de todos los animales, por fin, — ya que no hablamos ahora de las flores y las plantas con alma y con lenguaje, — los cuales se hallan tan ligados al hombre, que su sociabilidad viene a ser común, y los unos se limitan y modelan por los otros, sin mimetismo, aunque con mucho de curso forzoso, que es ley de necesidad.

El idioma castellano se ha empobrecido a causa del desprecio de las pequeñas cosas del mundo animal, por los escritores de coturno; y la prueba de esta afirmación se halla en los siglos de formación, cuyos poetas nos asombran y nos sirven de modelo hoy, por la soltura, la riqueza, la armonía y la flexibilidad de su métrica y de su rima, todo procedente de la libertad mental, de la novedad del idioma recién independizado de un latín de toga y de ritual, como pájaro — justamente — que empieza a volar por sí mismo y a tomarle el gusto a la excursión sin la compañía tutelar de la madre...

Al principio de la revolución modernista encabezada aquí por Darío, como si se tratase de una invasión de los persas, se alarmó toda la pelásgica grey, sin pensar en que de allí nos venía una ráfaga de liberación, saturada de limo, arrancado de los libros misteriosos del Oriente, así como el Nilo que comenzara a acarrear el suyo para el famoso "regalo de Egipto", desde las montañas de la luna.

Si la poesía es la música del idioma humano, no veo la razón por la cual no hemos de reproducir en nuestros sonidos las cuitas y los gritos de los mejores animales, que por su intimidad con el hombre son una parte de su propia vida; a punto de que, acaso, la enemistad o la agresión de algunos de ellos contra él, provienen de la falta de atención a su lenguaje, vale decir, a sus necesidades, a sus dolores, a sus confidencias, a sus quejas contra un amo reconocido y acatado, pero demasiado soberbio en su carácter de animal superior. ¿No había antiguamente, — y los habrá sin duda hoy mismo, — árabes cuidadores y conductores de caballos, que les hablaban al oído cosas que les hacían correr más veloces y dar saltos excepcionales en los momentos críticos de la carrera?

II

¡Pero los cantos de los pájaros! Es necesario ser un monolito de testarudez para no admitir que una observación continuada y atenta de sus reuniones, sus relaciones entre sí y con el hombre, su vida de familia, sus luchas por la existencia y por el amor, sus cantos, sus gracias, tienen una expresión traducible en los instrumentos musicales y en la lengua hablada y escrita por nosotros los *humanos*. Así se ha podido ver, como lo observa Darwin respecto de la Calandria, — *mimus orphœus*, — que al lado de las aves de canto limitado, repetido, acompasado, monótono y constante, apenas de unos cuantos monosílabos, existen aquellas que no reconocen medida, ni compás, ni exigencias de tiempo, ni premuras de la necesidad, sino que, como la Calandria, *cantan por cantar* y nada más, por puro deliquio artístico, o como el tordo, — el pobre, tan calumniado, — realizó mucho antes que Wagner, la ideación melódica o armónica sin sujeción a compás ni medida, y sí sólo a la necesidad de transmitir su sentir, su voluntad, su deseo, su confianza a la prole, a la compañera, a los amigos del grupo, según las varias distribuciones de sus faenas o preocupaciones del día.

Cuando se publique el ya mencionado poema inédito *La Sinfonía de la Calandria*, se conocerá hasta qué grado de conciencia llega este admirable músico alado en el arte de la imitación, — digamos más bién la asimilación, — de todo cuanto rumor alcanzan sus oídos en todas las direcciones del espacio, que pueda expresarse armónicamente. Esto no es imitar, sino crear; es hacer verdadero y original clasicismo, si hemos de entender por ello la directa expresión de la naturaleza en nuestro lenguaje. Para dar una idea de su genio artístico es mejor la música que la poesía si bien ésta puede también, como en algunos versos de Lugones, representarse en nuestra escritura y engarzarse entre las medidas de nuestros octosílabos o endecasílabos, o alejandrinos, y hasta reproducir todo el canto, en la inmensa variedad de

combinaciones métricas, desde la de dos sílabas que usó Zorrilla en algunos poemas, hasta la de diez y seis, que es la más larga de todas. ¿Se recuerda, acaso, aquella bellísima poesía de José Selgas, *El Ruiseñor*, en la cual se realiza de modo insuperable la que llamaré *onomatopeya extensiva*, como una sonata, o una sinfonía? ¿Por qué se olvida, además, que el lenguaje humano ha nacido de los ruidos y sugerencias de la naturaleza ambiente, y que, mientras más genuino y nacional, es más imitativo? Si se pudiera transportar una calandria a un salón de conservatorio, de manera que no perdiese su libre confianza salvaje, ella nos comprobaría la verdad de aquel postulado, y daría la explicación, sin palabras, de algunas de las sonatas más famosas de Beethoven.

Una apasionada de los pájaros, Alda Chanler, artista musical ésta a su vez, ha publicado en una famosa revista norteamericana un estudio que intitula *El ambiente y las canciones de los pájaros*, el cual no sólo expresa la íntima correlación entre el medio local inmediato y el estilo e índole del canto de cada uno de los trovadores del bosque, sino que traduce en el lenguaje musical los temas, los fragmentos, los períodos más completos del canto de los más caracterizados, como el gorrión cantor, la alondra casera — ¿nuestra calandria, acaso? — y el allí llamado *veery*, cuya música parece no tener rival en aquellas regiones del continente, si bien por la descripción se asemejaría siempre a nuestra calandria, en los momentos de la abstracción en su propio estilo. “Su efecto, dice la autora, es atractivo, con la atracción de lo desconocido. Es el espíritu de la más honda sabiduría, la sabiduría que sabe que el misterio de la vida excede de lo comprensible”.

III

Dije también algo de los tordos, que han inspirado talvez la mejor de las poesías de *El Libro de los Paisajes*; y so-

bre este punto me debo alabar de una coincidencia afectiva con el autor hacia este pájaro aun no estudiado por nuestros naturalistas ni interrogado por nuestros poetas. Una circunstancia prolija de contar me ha puesto en relación frecuente con una verdadera colonia de tordos, allá en un rincón del valle de Famatina, donde una piedra, un naranjo y una parra, me dan el único placer, el de respirar aún el aire de mi infancia, el de mis padres que allí duermen. Un viejo tamarindo, ahogado y casi substituído ya por una hiedra, sirve de asiento a aquella turbulenta y numerosa familia, que allí, frente a mi cuarto, a la puesta del sol, se reúne y pasa la noche hasta la hora de la cotidiana dispersión matinal. Los he escuchado y observado durante mucho tiempo, en diversas situaciones de espíritu, y he creído percibir sus cariñosas alusiones al amigo que nunca permitió hacerles daño, y antes les deja libre y soberano goce de los frutos de su cepa y de su naranjo.

La impresión de conjunto de sus conversaciones y movimientos es la de una familia numerosa y unida por una íntima confianza, en la cual el padre rige y la madre vigila y acaricia, y la parentela tiene libre acceso al aduar perfumado y fresco por las rosas circundantes y los azahares sugestivos. La primera en llegar es ella, y él no tarda mucho cuando no vienen juntos al árbol doméstico; luego los hijos y los parientes; y todos dicen una palabra al entrar y ocupar su rama. Un poco de conversación sobre los casos más impresionantes del día; y luego, a descansar, a esperar el otro sol, la siguiente faena. A media noche, como madre abnegada, ella se acerca al más niño, le susurra algo a media voz; no tiene nada; bueno, quieto, y no despertar a los mayores que necesitan reposo de veras.

El canto del tordo es un recitado melódico, vivo, bien vocalizado, y de tal similitud con las inflexiones de la frase humana, que se pueden adaptar a sus períodos las más extrañas e impensadas oraciones. No se repite dentro de un mismo período, y si se le oye a veces renovar un canto an-

terior, es porque la causa es la misma. ¡La monotonía de la vida en aquellas regiones! Personas hay que usan un léxico mucho más limitado, y que repiten todos los días la misma salutación, la misma pregunta de salud, de novedades de la política, la misma insinuación malevolente sobre ciertos vecinos, la misma queja y la misma aspiración... El tordo es más variado, y más bueno, y menos curioso y más entretenido, porque es tal la belleza y novedad de su canto, que es fuerza suspender nuestras torpes conversaciones habituales para escucharlo, sin perder una nota.

*Del árbol que aterido se avejenta,
Brotó un trino de lírico deleite...*

*Poco a poco, otro trino se levanta,
Y otro, otro y otros, en concierto tal,
Que parece que todo el árbol canta
Cual si se hubiera vuelto de cristal.*

Y el trino evoca las mañanas de oro...

*Y la vendimia audaz, cuando al arrimo
De los pámpanos de oro y de arrebol,
La sombra violeta del racimo
Se inquieta en su evasivo tornasol.*

Estoy seguro de que si Lugones se hubiera propuesto como asunto principal de su poema el canto del tordo, habría penetrado en secretos profundos de la vida de este personaje, tan extraordinario como desconocido en su propio valer, por el común de las gentes que sólo ven en él un dañino de las plantas frutales; pero el asunto es el paisaje, del cual el pájaro es un accidente, accidente tan absorbente que no tarda en anular el principal objetivo, porque todos sus valores son supremos, como el íntimo sentido de su trova genial. Se parece a esos talentos despectivos que, ignorando su propio mérito y eficacia, se abandonan a una especie de bohemia soñadora y extática, indiferentes a los afanes y a las premuras de la vida. Como la calandria, su destino, su misión y su deleite es el canto, y lo demás... de lo demás...

sólo es un patrimonio consagrado al sostenimiento del culto, de ese sublime culto de la armonía, ante el cual todas las cosas del mundo carecen de valor. Por eso el cóndor, durante su apogeo de vuelo que casi podría llamar un perihe-lio, al cual ha ascendido haciendo escalones de víctimas, sintiéndose capaz de sobrepasar todas las persecuciones, puede exclamar ante la turbamulta enfurecida:

—¡Eh! ¡el genio no debe nada a nadie!

IV

Rafael Obligado es el primer poeta argentino que ha cantado al hornero en toda su significación simbólica, acaso adivinando, o sospechando, o en todo caso apropiándose como cierta la creencia de que ese adorable constructor de casitas de barro — *furnarius rufus* — tiene su imperio geográfico limitado por las antiguas fronteras del Virreinato. Los más hoscos *nomenclatores* ornitológicos se han detenido ante él, para obsequiarlo siquiera con un adjetivo amable, — ¡ellos que no conocen la sonrisa, ni siquiera ante las maravillas que describen! Los naturalistas viajeros son otra cosa: lo adoran, le hacen su historia, le cantan alabanzas y hasta lo señalan como modelo de padre, marido, ciudadano y obrero.

Lugones, como poeta, no ha escapado a este entusiasmo, y sus quartetas de puro metal bruñido y sonante, transparente de puro sensible, traslucen esa impresión, más que admirativa, amorosa, hacia el famoso albañil del ranchito de barro y paja, como el del buen gaucho argentino. Lo pinta en la faena alegre de su edificación, con rasgos tan delicados y movimientos tan graciosos, como los del héroe mismo cuando se halla ocupado en su trascendental oficio. Es que construye su hogar, el hogar sencillo y cálido de amores ancestrales, donde se calienta un sentimiento colectivo, hecho de bondad, de tolerancia, de solidaridad, y dignificado por su ardiente culto y absorción de la ciencia, que

reconoce portadora de toda buena nueva y de toda moral cimentada.

*Allá, si el barro está blando,
Canta su gozo sincero,
Yo quisiera ser hornero
Y hacer mi choza cantando.*

*Así le sale bien todo,
Y así, en su honrado desvelo,
Trabaja mirando el cielo
En el agua de su lodo.*

*Pues como su casa es centro
De todo amor y destreza,
La saca de su cabeza
Y el corazón pone adentro.*

Un libro se me ocurre escribir cuando me veo incitado a este género de ideación. Todo el problema nacional, todo, todo, está ahí, en ese humilde y primitivo bosquejo de vivienda, que debiera decirse un altar, como un dolmen, como una sombra de encina, como una gruta natural, los que albergaron los primeros núcleos humanos, donde se calentó la primera llama de amor, de esa religión aun no diferenciada, que hizo de la casa hogar y templo a la vez... Todo el ideal nacional, que un gran poeta de la raza ha magnificado en aquel *Vendimión doméstico*, que es una vasta visión de pasado ancestral y de futuro glorioso.

Encantador símbolo el de este diminuto arquitecto, que en todo sitio, fijo o movable, a sol y a sombra, encuentra cimiento para su sencillo palacio, como quien dijera que el amor es amor, y nada significan para él los lugares, ni los peligros, ni las contingencias de un suelo inestable como todas las cosas. Y así como él alza su choza en cualquier sitio — ya en la cúspide de una torre radiográfica, ya en la chimenea de una locomotora en reposo, ya en su árbol favorito o en los pies o en los hombros de la estatua, — así los hijos de una misma tierra, de una misma civilización y de

un común ideal, pueden fundar y engrandecer una patria, en cualquier región de la tierra donde sea posible el milagro de reunirse, conocerse y amarse los hombres destinados a constituir un núcleo perdurable.

Ahí está la razón de por qué los grandes políticos, los más profundos pensadores, los más respetados sabios, aman la fábula con la pasión de niños, que por esa puerta vuelve a entrar en el corazón de los que nunca dejaron de serlo del todo: Maquiavelo, Froude, Emerson, Poincaré, Goethe, Richet... Pues nada diré de los príncipes orientales, enamorados de la fábula, creadores de ella, allí donde nacieran revelados por la divinidad difusa de la naturaleza los más altos principios morales conocidos. Y Lugones, con sus *poemetti* de *El Libro de los Paisajes*, ha tocado ya a la puerta de la fábula, y nunca se curará de ese mal una vez probado su deleite.

El chingolo, El loro, La golondrina, El tero y otros, son verdaderas fábulas sin asunto determinado, pero de una fecunda moraleja, a la cual sólo le falta la acción. Y es un fabulista que ha estudiado sin estudiar, y con sólo nacer y vivir en provincias, el alma de nuestra tierra en la de sus pájaros más familiares o más persistentes en las variadas regiones del país. Su amor de la naturaleza, sus conceptos de la vida y su destreza sin superior en el manejo de los colores y de las líneas de su rica paleta, le han permitido ofrecer, pues, un libro delicioso, sin pretensión, ligero, suave, insinuante de paz, amistad y reconciliación, con sus dulces tonos de acuarela, y sus apenas perceptibles temblores de emoción, y sus siempre sorprendentes imágenes y formas, que le erigirían, si no estuviera ya consagrado, en un príncipe del canto nuevo, que tantos paladines ha conquistado ya en nuestra tierra.

Su página *El nido ausente* es una nota de una delicadeza, melancolía y dulzura tales, que penetra en el tejido más tenue de nuestra sensibilidad, se remonta a las nebulosas épocas del *yaraví* primitivo, y se armoniza a maravilla con

el *lied* heiniano, y rememora la ancestral belleza de la *gacela* árabe, y tantas otras canciones que revelaron la íntima y vaga tristeza de todas las razas ante el amor y la muerte:

*Sólo ha quedado en la rama
Un poco de paja mustia,
Y en la arboleda la angustia
De un pájaro fiel que llama.*

¿Para qué más? ¿No percibe el lector que hay aquí una pausa necesaria, para renovar el ambiente de la conversación, dejar entrar el aire fresco, y evitar que la humedad de los ojos se haga menos disimulable? No faltará día para reanudar este monólogo, sobre asunto tan sugestivo y amable...

V

Como uno de esos ecos de montaña, que devuelven musicalizada la primitiva voz campesina, la carta del autor de *El Libro de los Paisajes*, terminará estas páginas de impresiones a él dedicadas. Así, el lector tendrá una audición completa del experimento:

Señor doctor don Joaquín V. González.

Mi querido amigo:

El viernes pasado no llegó a casa La Nota; acontecimiento único desde su fundación. Esperada el sábado, sin que llegara tampoco, vino el domingo, día de incomunicación carnavalesca, y sólo ayer por la tarde me comunicó un amigo la grata nueva de su crítica a El Libro de los Paisajes.

¿Qué le voy a decir, yo que soy el único obligado a no decirle más que gracias? Muchas y muy cordiales le sean dadas, pues, por su bella página y por su gentileza. Y dígame a la calandria del poema inédito que no tarde en venir, trayéndonos memorias de su Rioja lenta y dulce como el andar del tiempo en los parrales añosos...

Y lo que más le agradezco, desde luego, es la sinceridad. De notar su falta, es que me viene la indiferencia para las críticas, con que, alternativamente, me protegen y zahieren los pedantes tan numerosos siempre en los países de aventura. Al ser ellos los suficientes, y el deficiente yo, no cabe de ellos a mí más que el favor o el desprecio: ambos, cosas inaceptables. Pero yo sé que la suficiencia prueba la capacidad mental de quien la padece. Lo chico se llena pronto. Los hombres de inteligencia superior, se mueren aprendiendo: vale decir, insuficientes y modestos. La ignorancia les viene con la profundidad, como la sombra a la mina laboreada. Pero nada hay tan suficiente de su vacío como el agujerillo inútil que forma usted al paso con la contera del bastón.

Mi preferencia por aquellos ignorantes a los cuales pertenece usted, es, pues, decidida. ¿Cómo no he de comprender yo la sinceridad de quien sintió la emoción poética en esa nadita de El nido ausente, que apenas la insinúa, dejando al buen lector la plenitud de su desarrollo y de su deleite? Yo dí en usted con el buen lector, o sea con el espíritu culto y sensible, en quien, tal cual era mi propósito, la emoción poética engendró la bondad. Esto me basta.

Mucho me satisface, asimismo, que le salga particularmente grato el elogio de los tordos. Este es otro "hallazgo del lector", más interesante para mí que las preferencias del sufragio universal. Porque no ignora usted que en materia estética sigo estrictamente la regla del padre Horacio: neque te ut miretur turba (salvo el tur-tur, que no me gusta, aunque resulte "tórtola") labores contentus paucis lectoribus (Sat. X, lib. I). Y no añade todavía, "como dijo el insolente Arbúscula: basta con que me aplaudan los caballeros?".

Nuestro tordo, aunque no es el verdadero turdus de la historia natural, merece como éste el adjetivo musicus que completa su denominación clásica; pues, efectivamente, es uno de los pocos pájaros que cantan por el gusto de cantar, desde que lo hace fuera de la estación de sus amores. Un

poco de sol, un árbol seco y la paz de una siesta provinciana, componen su medio poético. Allá se pone a inventar como el negro poeta, vamos al decir, en la payada de Martín Fierro.

Del propio modo que usted, yo también he sentido profundamente en esa melodía el encanto del hogar y la dulzura de la patria. Esa es la significación de mi poesía, y colma usted mis aspiraciones con haberla sabido comprender.

En la ciudad cosmopolita y brutalmente sacudida por el tráfago, raros son los que pueden tener en la jaula amiga, que debiera ser tan necesaria como la lámpara y el cesto del pan, un pájaro del país. Tuve la pretensión de que ese libro de amor y de sinceridad, puesto bajo la advocación de un alma pura, sirviera para evocarlo en tal cual velada sencilla, de esas que a semejanza de una estrella habitual, crean en la noche del hogar feliz la santidad y la belleza.

Eso es todo, y no creo que sea mucho pretender.

Gracias muy sentidas otra vez, y créame su siempre affmo.

L. Lugones.

IV

**ALMAFUERTE Y LA CONSTELACION DE SUS
CONTEMPORANEOS**

ALMAFUERTE Y LA CONSTELACION DE SUS CONTEMPORANEOS *

I

ANTECEDENTE PARLAMENTARIO

Honorable Senado:

Vuestra Comisión de Peticiones y Poderes ha considerado el proyecto de ley en revisión por el que se acuerda pensión de doscientos pesos moneda nacional mensuales al señor Pedro B. Palacios (Almafuerte), y por las razones que dará el miembro informante os aconseja le prestéis vuestra aprobación.

Manuel I. Esteves. — Víctor S. Guiñazú — M. Albarracín.

PROYECTO DE LEY

El Senado y Cámara de Diputados, etc.

Artículo 1º. — Acuérdate al señor Pedro B. Palacios (Almafuerte), la pensión vitalicia de doscientos pesos moneda nacional.

Artículo 2º. — Mientras este gasto no sea incluido en el presupuesto, se abonará de rentas generales, imputándose a la presente ley.

Artículo 3º. — Comuníquese.

Sr. Presidente. — En la sesión anterior se resolvió dar preferencia a este asunto. Está en discusión en general.

Sr. Esteves. — Pido la palabra.

La Comisión de Peticiones ha despachado esta pensión bajo la influencia de las palabras que a su favor se han pronunciado en la Cámara de Diputados, como también de la opinión general que con cien-

* Discurso en el Senado de la Nación, el 27 de setiembre de 1916.

tos y cientos de firmas acompañan una solicitud que se ha presentado al Congreso pidiendo se acuerde una pensión al poeta Almafuer-te. No me creo con suficiente autoridad para hacer el elogio de un hombre como Almafuerte, habiéndoselo hecho en forma tan concluyente en la otra Cámara. Por esta razón he pedido al doctor González que con toda su autoridad quiera hacer este informe, para lo cual reitero mi pedido.

II

DISCURSO

Sr. González. — Pido la palabra.

En realidad, sentía la necesidad de expresar al honorable Senado, algunas ideas respecto del asunto de que se trata. No creo tener yo más autoridad que el señor miembro informante de la Comisión de Peticiones, sino una conocida afinidad de ideas sobre cultivo literario, aunque no en la alta medida a que el ilustre poeta señor Palacios ha llegado, hasta formar una personalidad tan descollante.

Creo que la novedad del caso autoriza el empleo de unos momentos para dejar fijados algunos conceptos que abonen esta clase de subsidios del Estado. Hasta hoy no se han acordado con esplendidez, ni con frecuencia. Recuerdo que el desgraciado cuanto inspiradísimo poeta Gervasio Méndez, mereció también la atención del Congreso hace muchos años por moción del que habla, cuando ocupaba una banca en la Cámara de Diputados. Posteriormente el veterano de nuestros poetas, Guido y Spano, también tuvo una pensión del Estado, la cual goza actualmente, pero no en su calidad de cultivador de las letras, sino como vocal del Consejo Nacional de Educación, en cuyo puesto fué jubilado.

Después, varias veces hubo iniciativas en el sentido de producir actos que no se realizan con frecuencia en homenaje de los grandes poetas: me refiero a la coronación. Se ha tratado de llevarla a cabo en la persona del mismo Guido y Spano; se habló de hacer lo mismo con Andrade y pudo haberse realizado con don Rafael Obligado; pero no se ha

llegado nunca a realizar este hecho, debido sin duda a la falta de un concepto social y nacional para una sanción en esta forma.

Sin embargo, instituciones particulares o corporaciones, con los juegos florales, han reemplazado la acción social y pública, adjudicando premios de tan alto mérito a los vencedores en los diversos certámenes que han tenido lugar, y de resultas de los cuales fueron premiados con la más alta distinción tres poetas argentinos: el mismo Andrade, el señor Joaquín Castellanos y el señor Calixto Oyuela. Tal vez olvide algún detalle; pero, en realidad, poco importaría para mi tema principal.

Ahora bien; ésta es materia que entre nosotros no ha alcanzado a conquistar la preocupación del público. Para que llegáramos a este estado de cosas, en que una nación se crea en el deber de mantener en situación de honor, de consideración y de comodidad excepcionales a sus mejores poetas, creo que necesitaríamos vivir todavía algunas décadas, y me aventuraría aún a decir algunas centurias. Esto depende de un concepto ético y estético en la masa, formado después de largas series de evoluciones literarias y filosóficas, hasta que pueda decirse que tal nación tiene tal concepto de arte o de poesía.

Veamos lo que ha ocurrido en muchos otros países, y hablemos antes de los más antiguos, como las naciones orientales. La India, madre de la poesía, generadora de casi todas las grandes ideas filosóficas y poéticas, transmisora de su genio poético a la misma Grecia y de ahí a la Europa, ha tenido y tiene actualmente, sin duda alguna, los representantes más excelsos de la inspiración poética y del sentimiento nativo de su pueblo.

No hablaré de los antiguos, los de las *biblias de luz* de Michelet; me referiré a uno contemporáneo, a Rabindranath Tagore, descendiente de una familia de poetas y filósofos. Incorporada como se halla la India al dominio británico, él se ha convertido en un poeta nacional de la Gran

Bretaña, expresando siempre, con el sentimiento colectivo, étnico y geográfico de la vasta península, el anhelo de asimilación de la cultura de su raza con las del Occidente europeo. Ahí ha nacido también el famoso poeta Rudyard Kipling, laureado ya en la conciencia de toda la nación británica; y es, sin duda alguna, en este momento de tanta gravedad y de tanta agitación para el alma del mundo, el que ha producido la nota más elevada, convertido en el verdadero poeta nacional de la Gran Bretaña.

Al estallar la guerra actual, Kipling ha hecho resonar su lira insuperada, produciendo un movimiento en el alma de la nacionalidad, tanto o más intenso que el del imperio de las leyes y reglamentos militares, que llaman a las armas a todos los ciudadanos cuando la patria está en peligro. El poeta Kipling es célebre por algunos antecedentes de su vida genial y consagrada. Cuando la guerra de independencia de los boers se le pidió su concurso personal para aumentar el fondo de guerra y sostenimiento de los contingentes de tropas que peleaban en Sud Africa. El escribió la exquisita y espiritual historieta titulada: *The absent minded beggar*, o *El mendigo distraído*, — la cual, vendida al pueblo, produjo ciento ochenta mil libras esterlinas, que valió su contribución al fondo de guerra. Esto revela el grado de compenetración del alma nacional con el alma del poeta, y la convicción de toda una nación en el valor real de la poesía como fuerza dinámica colectiva.

Es que los poetas son, en realidad, los conservadores, los guardadores del ideal nacional. Son ellos como los viejos ídolos tenidos ocultos en los rincones secretos del alma, y que sólo aparecen iluminados cuando los grandes peligros anuncian a los pueblos el momento de apelar a las fuerzas supremas, reservadas, del espíritu colectivo.

Son, en verdad, los poetas, sacerdotes de las naciones. Se ha olvidado este concepto, por muchos pueblos modernos; y por eso es que los poetas son sinónimos de miseria, de privaciones y sufrimientos. Antiguamente no era así:

los grandes poetas eran los ídolos de los pueblos, como lo eran de los emperadores y de los reyes; porque los gobiernos de aquellos *pueblos de luz* antiguos, al decir de Paul de Saint Victor, aludiendo sin duda a Marco Aurelio, eran de filósofos y poetas coronados, sentados sobre el trono del mundo. En este sentido, cuando los pueblos son gobernados por espíritus superiores, toda el alma de la nación se levanta a su altura; y por eso, cuando los pueblos son elevados en su mentalidad y en su sentimentalidad, generalmente buscan para representarse en las altas esferas de la política o del gobierno a los espíritus superiores, puestos a su mismo nivel; y es natural entonces que el alma del pueblo vibre al unísono de la de sus conductores. Las democracias modernas, por lo común— y casi nunca las democracias en formación,— no dan este lugar en sus gobiernos a los poetas: sin duda era una profecía la de Platón, cuando decía que era preciso desterrar a los poetas de la República. La democracia moderna se mueve por otros cauces y por otras orientaciones; salvo en los días de sus ansiedades, sus dolores, o peligros supremos, ella ha echado en olvido a sus más poderosos elementos de cultura y conducción de las grandes masas sociales.

He dicho, señor Presidente, que los poetas, cuando llegan a representar realmente el timbre superior de la cultura o el ideal nacional, son verdaderos sacerdotes, guardianes de este ideal nacional; y ello es una verdad comprobada por la experiencia. En los momentos de las grandes catástrofes, cuando los pueblos advierten que los recursos de la defensa común contra las calamidades son insuficientes, ¿a quienes acuden? Acuden a la voz de sus poetas, de esos sacerdotes ocultos o ignorados, que están cuidando el fuego santo de las inspiraciones colectivas para que los conduzcan y los lleven a la salvación, dondequiera que ella exista, y que sólo los poetas pueden ver; porque en las grandes confusiones y dudas en el espíritu de los pueblos sólo ellos ven el porvenir; porque los poetas tienen este doble poder: de

ver el pasado más que los historiadores y el futuro más que los profetas. Ellos tienen el poder de ir más adelante de lo que la ciencia misma puede ir; pues muchas veces son los conductores de la ciencia, porque con sus grandes adivinaciones marcan el sendero para la investigación científica. Se ha visto en los actuales momentos, en que las naciones en guerra necesitaban acudir a las más poderosas fuentes de sus energías, aparecer a los poetas a la cabeza del pueblo para despertar el sentimiento nacional, adormecido y como entumecido por la inercia habitual de los días ordinarios; y así en Italia, Leopardi y Carducci en otros tiempos y D'Annunzio en los de ahora, cuyas poemas en prosa y en verso, como su oración ante la *Sacra dei Mille*, han valido tanto como todas las exhortaciones de los gobiernos y los discursos de los oradores, hasta ser guía y conductor de las tropas italianas al teatro de fuego de su más anhelada reivindicación nacional.

En Francia, donde la poesía puramente patriótica había perdido con Paul Deroulède su cultor más ardiente, el diapasón del alma colectiva se mantiene en el tono de la más alta idealidad, por sus poetas, románticos, historiadores y oradores; y si es una dolorosa certidumbre que la personalidad de Rostand pasa por una especie de penumbra, cuyas causas ignoro, es también cierto que no se ha extinguido el eco de sus poesías líricas, ni de sus grandes poemas dramáticos, en los cuales había removido el ardor de la epopeya napoleónica, como en *L'Aiglon*, el genio de heroica aventura, como en *Cyrano*, sublime Quijote latino, el fondo religioso de la raza, como en *La Samaritaine*, y hasta el admirable *Chantecler*, en el cual ya se contiene difusa la profecía de la gran guerra. Tanto él como otros contemporáneos, y sus eminentes oradores y estadistas han presentado el espíritu de la Francia revivida, fortalecida en el culto intenso de sus ideales ancestrales, seculares, para ofrecer al mundo este ejemplo admirable de que el solo ideal, la sola espiritualidad, pueden constituir una fuerza tanto o más po-

derosa que la férrea disciplina de los cuarteles; y más que la ciencia misma, porque ya he dicho que los poetas ven más allá que ella, iluminando a veces el camino de los descubrimientos y soluciones materiales largamente esperados; porque ellos tienen un poder que la ciencia no alcanza.

La ciencia puede dar a los pueblos y a los ejércitos los instrumentos materiales de la destrucción; pero sólo la poesía, sólo el ideal pueden dar aquello que no pueden ofrecer los laboratorios ni las usinas: la pasión del sacrificio, el valor supremo, la fuerza invencible del ideal colectivo, en virtud de la cual los hombres van a la muerte como se va a un festín. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

No voy a tomar a la Cámara más tiempo que el necesario, y me voy a permitir decir aún dos palabras sobre nuestros propios poetas. Tenemos en realidad tres generaciones de poetas: los de la época heroica, sobre los cuales no voy a hablar porque están ya lejos de nuestra actualidad; los de la generación anterior a la actual juventud, representada por algunos que viven y otros que ya han muerto, pero los cuales forman una constelación inextinguible, y cuyos nombres principales son los de Olegario Andrade, Ricardo Gutiérrez, y entre los que viven, Guido y Spano, Obligado, Oyuela, Castellanos y Palacios, conocido este último con el nombre de Almafuerite; y si olvido algún otro no es por falta de consideración, sino por falta de memoria en este instante. Ellos son nuestros sacerdotes, nuestros apóstoles del ideal más venerado. De tiempo en tiempo vemos aparecer un resplandor de sus ingenios, cuando algún asunto público, cuando alguna faz del ideal argentino se revela y atrae su atención; y sólo es de lamentar que no sean más frecuentes las manifestaciones poéticas de estos nobles espíritus.

Almafuerite, entre ellos, es, sin duda alguna, el espíritu poético más potente, no diré en el sentido de méritos literarios, porque cada poeta tiene su personalidad, como cada

ave del espacio tiene su característica, su modo de volar, sus giros y su potencia de altura, sino por la índole exclusiva y por el tono propio de su estro poético.

Ricardo Gutiérrez, sin duda alguna, fué el poeta que más hondamente cantó los dolores y los ideales del alma humana, en cuanto está representada por nuestra raza y en particular, por esa parte de nuestra nacionalidad diseminada por las pampas y las campañas; no a la manera de Martín Fierro, que traduce las del gaucho en su propio idioma, sino a la del psicólogo moderno que estudia el alma de su generación a la manera del sabio, del psicólogo, del crítico; y, por cierto, esta ciencia le debe ese poder tan grande de análisis y emoción con el cual supo arrancar de las dolencias humanas acentos tan profundos como los de un Job dotado de ciencia; fué también, como Almafuerite, un poeta intenso y un filántropo abnegado.

Andrade fué una sorpresa, con su vuelo de cóndor, de esa ave que él magnifica en uno de sus poemas, y con la cual puede compararse por la oración y majestad del vuelo, así como alcanza a la comparación con uno de sus grandes modelos, con Víctor Hugo. Muchos han dicho que Andrade imitaba más de lo permitido, y aun hubo crítico que hizo prolijas comparaciones de sus más celebradas estrofas, haciendo ver en ellas reminiscencias de otros poetas extranjeros; pero de él puede decirse, — no sé si alguien lo ha dicho ya, pero si no se ha dicho, yo lo digo, — que se parece en sí al mismo pájaro gigantesco que él canta en uno de sus poemas. Porque el cóndor es un ave de rapiña; pero de rapiña tan poderosa, de vuelo tan potente, que podría erigirse en símbolo de genios humanos de la especie en la historia; acaso podría decirse que él es dueño de todo, y como dueño, toma aquello que sirve de sustento a sus poderosas alas para volar a la altura que ninguna otra ave del continente alcanza. Andrade fué un artista, y si alguna vez tomó ladrillos de una fábrica ajena fué para construir los enormes palacios de poesía que le dieron su gloria, como el *Nido*

de Cóndores, la *Noche de Mendoza*, la *Atlántida*, los cantos a *San Martín*, a *Víctor Hugo*, y otros de igual valor y fama. En un instante la vida argentina llegó a concentrar en su persona la ansiosa expectativa de la nación entera. Por eso, cuando apareció en nuestro cielo el maravilloso cometa de 1882, que llenó de asombro al mundo todo, el alma argentina se estremeció de emoción, y buscó en su espacio mental el poeta que cantase tanta magnificencia. Todos exclamamos a una voz: ¡Andrade!. Andrade, por desgracia, estaba enfermo y se extinguió junto con la desaparición del gran astro errante; y la nación quedó sin expresar en forma poética la inmensa sensación colectiva de aquel astro magnífico, que al anunciar para el mundo el advenimiento de sucesos extraordinarios, pasó, según los hombres de ciencia, para no reaparecer más en nuestro cielo.

Joaquín Castellanos, quien había recogido el arpa andriana, en su triunfal poema *El viaje eterno*, se caracteriza acaso por la doble cualidad de la lírica heroica y la dulzura elegíaca. Es difícil poder hallar un poeta en quien se unan más íntimamente el alto vuelo de Andrade con la profunda sensibilidad de Gutiérrez y la delicadeza exquisita de las trovas nativas expresadas en la décima, este género admirable que parece haberse inventado para la canción argentina, y del cual ofrece tan delicado ejemplo, aquella estrofa que empieza:

*La existencia es un Océano,
Nuestros sueños son su espuma,
Y la esperanza es la bruma
De su horizonte lejano.*

Es éste sólo el primer cuarteto de una décima, pero cuya dulzura y serena profundidad revelan hasta dónde pudo haber llegado el autor, si hubiera seguido cultivando esta faz de su genio poético. No sé por qué tan insigne poeta ha hecho enmudecer su musa. Es de desear que en algún momento en que el alma argentina se sienta conmovida por un acontecimiento próspero o adverso — no espero esto último

por cierto — se escuche todavía alguna canción suprema, que muestre a nuestro espíritu atribulado o glorioso, el camino de la victoria o el camino de la redención.

Rafael Obligado es el poeta del litoral, es el cantor de los grandes ríos, es el trovador de las pampas y de las selvas bañadas por estos ríos enormes, enormes como mares. Si no es tan intenso como Gutiérrez, ni de vuelo tan potente como Andrade, en cambio es el pintor excelso de la naturaleza argentina. Nadie como él ha sabido dar a la poesía del gaucho la expresión culta que conviene, sin duda, para incorporar este elemento psíquico a nuestra alta literatura, como en sus poemas sobre Santos Vega. Después de los estudios de Lugones sobre Martín Fierro, creo que habrá, en la opinión de muchos o de todos los argentinos, una renovación respecto del valor de la poesía gauchesca representada por los poemas de Ascasubi, el *Martín Fierro* y aun de Estanislao del Campo, quien trató de incorporar aquélla en forma más pulcra y artificial a la literatura del país. La sensación contemplativa de la pampa, como un éxtasis místico, es expresada en forma insuperable en la estrofa primera del *Canto a Echeverría*:

*Era esa pampa dilatada y sola,
Sin otra vida que la vida aquella
Que hace rodar la ola
Y girar en los cielos una estrella;
Sin más palabra que la voz vibrante
Del buitre carnicero,
El alarido de la tribu errante
Y el soplo del pampero.*

El ilustre veterano de nuestros poetas, Guido y Spano, a quien una larga enfermedad mantiene inactivo, hace más de veinte años, tuvo y tendrá siempre, en nuestra historia literaria, el honor singular de haber renovado el interrumpido contacto de nuestra poesía con la luminosa fuente helénica, saturando las desaliñadas formas de la primera época, de la pulcritud y la delicadeza clásicas. Además, sus can-

ciones y elegías *A Nenia* y *Al pasar*, serán piedras preciosas de inextinguible valor. Su casa es una gruta de tiernas y patrióticas peregrinaciones, donde jóvenes y mayores acuden contritos a calentar ideales que el noble anciano guarda en ánforas de oro.

Calixto Oyuela ha pulido aún más la lira clásica, renovada en las fuentes de la poesía y el espíritu de la madre patria hispana; y su canto *A Eros*, laureado en los juegos florales, que comienza

*Hoy vengo, dulce sueño,
A arrojar a tus plantas
Flores del corazón; si aroma esparcen
Es porque al riego de tu amor brotaron;*

quedará como una de las obras de más puros quilates de nuestra joven literatura poética.

Permítaseme no hablar hoy de la generación nueva, la que, según una expresión de Martín García Merou, debería apellidar la *musa joven*. Este es día de los viejos, de mi generación; y ya vendrá aquél en el cual tenga la dicha de hablar en este mismo recinto de los poetas de la era nueva. No obstante, es grato al patriotismo poder afirmar que la floración contemporánea es de una esplendidez magnífica, y promete para la República días de altas emociones y de legítima gloria espiritual. El alma Poesía no nos ha abandonado. Por el contrario, podemos esperar, para el futuro, triunfos morales legítimos, que obtendremos por el calor de ideal y la luz conductora que otros pueblos más antiguos obtuvieron, guiados por el genio de sus poetas.

Pero hablemos de Almafuerde. Este es un poeta original en nuestro medio. Almafuerde no tiene en estricto sentido de forma y de doctrina, con quien comparársele entre nosotros. Si es verdad, que, como he dicho, se asemeja al espíritu analítico de Gutiérrez, sale de este género por la entonación profética de su estro. Viviendo en otros tiempos, por ejemplo, en los de la Judea antigua, Almafuerde sería un Ezequiel, un Isaías, un Salomón de los *Proverbios* y del *Can-*

tar de los Cantares. Es la comparación más exacta que he podido encontrar, ya que en materia de juicios literarios las comparaciones son casi indispensables. Almafuerite es un profeta, porque el profeta clásico no era solamente un conductor de pueblos; era un inspirador, era un vidente, que encendía la zarza famosa, y el pueblo seguía tras él. Además, Almafuerite ha hecho una vida tan original, se ha comprometido de tal manera con la vida de la masa popular y es él tan hondamente una parte de la muchedumbre, que puede llamársele una flor de esa masa; y así como vemos que en los litorales de nuestros grandes ríos se desprende de la costa y viaja sin término hacia el infinito del mar la flor del camalote, Almafuerite es como un florecimiento del alma del pueblo; va delante de él hacia lo ignoto, y llega hasta penetrar en esa región iluminada que los poetas religiosos de la India llaman el Nirvana, hacia donde sólo se llega viajando "entre los mil pétalos del Loto", según la mística expresión de Kabir.

Sería difícil poder enumerar en un discurso parlamentario la obra literaria de Almafuerite ni de ningún otro poeta, pues que debemos sintetizar nuestros juicios en su mayor concisión; pero Almafuerite ha producido poemas de un lenguaje tan extraño, tan potente en su entonación y rico en su variedad de tonos y de rimas, de giros, de efectos musicales y efectos morales, que forma él solo un género único, exclusivo, suyo. Es, en suma, solamente comparable, bajo este aspecto, con los profetas de la Judea antigua, Ezequiel e Isaías, en sus invectivas y anuncios, y con Job en sus lamentaciones.

En tal sentido pueden ser citados sus poemas *Jesús*, *El Misionero*, *El Cantar de los Cantares*, *Las Olímpicas*, *La sombra de la patria* y tantos otros en que su robusta y profética, y no pocas veces juvenalesca inspiración, llega a su máxima amplitud, que pueden ser considerados como poesías guías, poesías superiores, en las que el espíritu del pueblo puede sentirse siempre retemplado en un principio de alta

moral, de energía suprema, y, sobre todo, por lo que éste poeta más inculca en el espíritu de *su mundo*, esto es, el sentimiento de la independencia personal, y de valor tan grande de la individualidad humana, que bajo este solo aspecto merecería ser colocado entre los grandes educadores de nuestro tiempo entre nosotros. He estudiado su obra ampliamente, pues, he leído todo lo que de él ha podido llegar a mis manos; y dejando de lado las comparaciones proféticas, buscaré otra más al alcance de nuestras preocupaciones habituales: puede ser llamado “el poeta de la democracia”. En Estados Unidos apareció hace tiempo un poeta incalificable, e incalificable del punto de vista académico, o retórico, o literario: me refiero a Walt Whitman. Es un poeta de fibra natural; es un poeta genésico, que expresa las cosas que ve y como las ve en la naturaleza; es un poeta por cuya boca la naturaleza habla. Se le llama allí “el poeta de la democracia”. Y es, efectivamente, el poeta de la democracia; y Almafuerite se le parece tanto, bajo este aspecto, como dos identidades; solamente que Whitman es más bárbaro en el sentido antitético de la Academia, y en el de vivir de las fuerzas de la naturaleza misma, que son de producción y de renovamiento continuo, como se revela en su terrible apóstrofe que, de memoria, traduzco:

¡Parid, parid, parid!

¿Qué hacéis con vuestros frutos encerrados?

¿Queréis, acaso, que se os pudra en las entrañas?

¿Y no se está oyendo rugir en estos *bárbaros* la musa de Almafuerite? Este puede llamarse un poeta *bárbaro*, como Leconte de Lisle llamó *bárbaros* a sus poemas de asuntos exóticos o primitivos, y también en esa forma de interjección tan argentina que empleamos cuando no viene a los labios el adjetivo suficiente para expresar nuestra admiración o sorpresa.

Es un verdadero poeta de la democracia. Este es uno de sus mejores títulos a la gratitud nacional. Es un hombre

que enseña en todas las formas: con su vida, con su abnegación, con sus ideas. Sería un romance escribir la vida de este poeta dedicado a la dignificación de eso que él ha llamado tantas veces *mi chusma*; pero eso que él llama su chusma es la masa del pueblo de que ha de nacer todo; es como el vasto pantano donde se forma el humus de la tierra; de allí nacen todos los humus que van a desparramarse para fecundar las tierras; allí se producen los fuegos fatuos que guían al viajero en la noche, y allí nace también el loto americano, el camalote, que después arrastran las aguas hasta la inmensidad del mar.

Almafuerte agranda, sin duda, en su estro magnificante de todas las ideas y de todas las cosas, los elementos de donde saca los asuntos de su inspiración. Lo que el alma del poeta siente es el alma de la muchedumbre; es la multitud desvalida, aquella que no tiene guías, aquella que no tiene conductores, aquella que no tiene representantes, aquella que no tiene docentes. Pero es que allí está la inspiración más potente de la nacionalidad, y así es cómo este gran poeta, que a la vez es un apóstol, que a la vez es un maestro, es un alto y luminoso guía de la conciencia colectiva.

En su poema *El misionero* ha hecho, a no dudarlo, como muchos otros poetas de su talla, su profesión de fe de apostolado evangélico, moderno, libre, sin dogmas limitativos, como un San Pablo contemporáneo, cuando dice:

*Soy el que puso paz en la discordia,
Pan en el hambre, alivio en las prisiones
Y en la obsesión tenaz, más que razones,
Puso, sin razonar, misericordia.
Yo renuncié las glorias mundanales
Por el arduo desierto solitario,
Para sembrar, también, abecedario,
donde mismo se siembran los trigales.*

Es un apasionado santo, es un *consagrado* al amor de la niñez y de la juventud, como esencia de la patria. Como el bardo hindo-británico Rudyard Kipling, ha tenido la inspi-

ración de escribir el *Himno nacional infantil*, como aquél, al comenzar la guerra europea, tuvo la inspiración de cantar el amor supremo, de evocar el alma de la infancia, de la patria futura, en su *Canción de los niños*, (*The children's song*) en la cual no hay un solo acento de odio, sino de íntimo amor por la tierra nativa.

Estos son los poetas que deben leer con preferencia los jóvenes. Y nuestros jóvenes argentinos merecen una gran atención de los poderes públicos; ellos son víctimas inadvertidas de diversas corrientes disolutivas del espíritu y el culto del ideal, esenciales en la formación de las generaciones del porvenir. Nuestra juventud es distraída; es dispersa en sus hábitos y ocupaciones; es indiferente para todo cuanto contribuye a fundir la unión de las almas en una euritmia alta e intensa. Ella debe ser cuidada como un tesoro patriótico, y es por eso que las cuestiones relativas a la enseñanza pública son tan primordiales en todo país bien gobernado; y más aquí, donde esa dispersión de ideas en materia de enseñanza, la disociación de los sistemas que se ponen en práctica, va interrumpiendo continuamente los métodos de enseñanza, de modo tal que ninguno llega a consumarse; y así, cada generación sale de las aulas, valiéndome de la honda comparación de Marco Aurelio, como las generaciones de las hojas caídas al suelo, las cuales unas se convierten en humus, otras son arrebatadas por el viento. Nuestra juventud es dispersada en demasía por las influencias de la moda, de las ideas ambientes, de las corrientes exóticas; de todo lo que disuelve, de todo lo que disgrega. No se preocupa como debiera de lo que más le interesa, porque no tiene suficiente serenidad para consagrarse a esa tarea de la unificación del espíritu nacional.

Esta es la misión de los grandes poetas; ellos son los únicos que, a falta de escuelas públicas, hacen los eternos maestros; ellos están debajo, y encima, y al lado de los pueblos, para hablarles al espíritu, a la inspiración y al alma; ellos mantienen vivos nuestros ideales y nos hacen ver la me-

ta suprema, que perdemos de vista por nuestras preocupaciones utilitarias o habituales de la vida cotidiana.

Bien, señor Presidente; he hablado más de lo que pensaba, y, aunque tanto se puede decir en este orden de cosas, sólo he querido cumplir con un alto deber público, al pedir a la Cámara que sancione este subsidio en favor de este gran argentino, como un medio de facilitar, tal vez, la producción de una nueva grande obra, que ha de ser, sin duda alguna, una sorpresa para el espíritu nacional. Asegurémole la vida tranquila, la vida propicia para la meditación, la meditación poética que requiere un ambiente delicado y sereno, sin las mil sorpresas del mundo exterior, que distraen el pensamiento, que perturban la paz, pues no hay verdadera elaboración de arte ni belleza si el alma del artista no respira un ambiente de paz, propicio a la fecunda contemplación.

En los actuales momentos, señor Presidente, yo creo que el país necesita dar una nota de este género; necesita estimular este linaje de espíritus y mostrar que no es lo que cree la opinión común, un país dedicado sólo a la mercancía, a la industria y al trabajo lucrativos, sino que sabemos también mantener vivo el culto de la Belleza por el estímulo a nuestros poetas y artistas, como el ilustre compatriota de quien tratamos. Mostremos al mundo entero que la República Argentina es también un hogar cálido de los más elevados ideales que ennoblecen la raza.

(¡Muy bien! ¡Muy bien! en las bancas y aplausos en las galerías).

Se vota el despacho de la Comisión
y se aprueba.

V

RABINDRANATH TAGORE

RABINDRANATH TAGORE *

Ha tenido el autor de este libro el privilegio de hacerme hablar por la primera vez del poeta bengalí, que hoy llena el mundo con su suave canto y su aureolado nombre, y recorre los pueblos como el mensajero de un nuevo ideal para el alma humana. Rabindranath Tagore, — bardo, filósofo, maestro, — me interesó desde hace algún tiempo bajo su triple aspecto, y lo seguí paso a paso en su despliegue como de nube matinal, a medida que el sol va calentando sus senos ateridos por el frío de la noche. Como todas las trinitades, él se condensa en una unidad simple, indisoluble e indistinta: el maestro de Shantiniketan, el filósofo de *Sadhana* y evangelista en el Kabir, y el poeta de *Gitanjali*, u *Ofertorio lírico*, *El Jardinero* o *Cantos de amor y vida*, de los delicadísimos poemas infantiles de *Luna creciente*, de *La cosecha de la fruta*, ahora traducida por Muzzio Sáenz Peña, y otros libros de diverso matiz del mismo pensamiento, y el moralista sutil y amoroso de los *Stray birds*, o *Aves extraviadas* y de toda su obra poética, dramática y novelesca, este profeta y vidente extraordinario venido como todas las *magnas luces* desde el Oriente incógnito, se ha alojado en mí, en sus tres encarnaciones como el avatar de un sereno apocalipsis.

Cuando los príncipes y estadistas de Europa lo han conocido, adhirieron a su pensamiento y se preguntaron, —

* Prefacio al libro *La cosecha de la fruta*, de Rabindranath Tagore, versión castellana de Carlos Muzzio Sáenz Peña.

¿qué filosofía es ésta que nos llega de esa India misteriosa y luminosa de todas las anunciaciones? ¿Nos trae la esperanza, la fe, el valor de la acción o de la lucha, o viene a adormecernos en su nirvana letárgico y evanescente, eliminador de toda energía y expansión? El depurado espíritu de la Princesa Elena de Francia y Duquesa de Aosta, fija en él su atención y le impresiona la idea impenetrada de la *renunciación*, sin duda por no haber leído a *Sadhana* (1) el evangelio de esta nueva y vieja filosofía mística, impregnada de suprema e incorporizada sabiduría; y por eso el hombre de Estado y sociólogo Luzzatti, le recuerda la grande idea renovadora de la civilización, que aquel inspirado trae consigo: “La vida, para Tagore, ennoblecida por la acción, tiene un altísimo valor, es digna de la fe máxima, dispensadora de las más amplias compensaciones”. Quien lea aquel libro verá que *renunciación* es elevación, que sabiduría es identificación del yo con la vida del mundo, y que su nirvana ha sido transfigurado en un ideal de acción y fuerza expansiva del hombre y de las sociedades, hacia un alto destino común hecho de solidaridad y de amor con todo lo humano y lo divino (2).

Siempre que un poeta verdadero encuentra a otro poeta, puede asegurarse que se ha realizado una conjunción de astros: Víctor Hugo y Shakespeare se hallaron en las riberas del mar, en la hora del ostracismo, y se compenetraron a través de su lejanía de tiempo, en un misterioso sincronismo ideal. Tagore resucita de su sueño de cinco siglos a Kabir, el poeta-profeta de la raza, reformador positivo de la antigua religión filosófica, adormecida y enervante, de la India budista; y traduce al inglés la sabia selección de los *Cien poemas*, donde se contiene toda una revelación-revolución, desbordante de sugerencias creadoras, y de concordancias maravillosas con el pensamiento de la ciencia contemporánea. (3) Una vida se requiere para leer todos los libros santos y sabios de la India antigua, — las *biblias de luz* de Michelet, — y el Tagore nos los ofrece en una diadema de

acero con incrustaciones sorprendentes de piedras preciosas de la más pura poesía y misticismo, para afirmarnos que esos tres conceptos, — de religión, poesía y ciencia, — tienen una unidad donde se funden en una sola idealidad, en una verdad única, que es vida, acción, ascensión.

Este bardo-profeta no es de la familia heroica de los osiánidas consagrados al culto de la muerte, sino de la raza triunfadora de los abnegados del amor y de la naturaleza, para la cual el amor es la acción creadora, en toda su esencia. El nos trae desde las selvas del Ganges y del Sumna, — los ríos sagrados — en peregrinación gigantesca, a la raza de los antiguos videntes, guiados por sus visiones nuevas de una grandeza no soñada por ellos, fascinados por su música, que los atrae con una fuerza sugestiva irresistible, alentados en sus desfallecimientos por una promesa de amor que no tiene lo falso del Profeta islámico, ni la irrealidad divina del de Galilea. Este es otro linaje de divinidad, una que se forma de la consubstanciación del alma individual con el alma vasta, difusa y real del universo. “Sí, — dice un historiador de esa raza madre, — el más firme fundamento de la moral será la seguridad de que la vida individual no tiene grandeza ni fuerza sino como parte de la vida del todo, y que la vida egoísta sólo es un estado de obscuridad y de ignorancia”. (4) La ciencia es el principio vital y dinámico de esta doctrina, o mundo de ideas, que llamamos budismo, y está destinado a realizar la transformación de nuestra resquebrada civilización, por su vuelta a las fuentes incontaminadas de su origen indo-helénico, de las cuales se apartara un día funesto para la raza occidental, cuando se desvaneció el ensueño imperial del conquistador-constructor que creara a Alejandría. La derrota del cristianismo, revelada por la inmensa conmoción que hoy agita a la humanidad, no consiste en la muerte, sino en la desviación de los ideales iniciales oídos de la boca de Jesús de Nazareth, (5) por la cual hablaban los espíritus de los antiguos sabios del Oriente, en revelación transmutada desde la tierra a su em-

píreo, en el cual tomaba nueva forma mística una conjunción de los tres cielos primitivos, del lejano Oriente, del África egipcia y de la Hélade platónica y panteísta, que sólo transformó la nomenclatura y ropaje de sus dioses-fuerzas, como arrebató al Egipto litúrgico y simbolista, sus misterios, en los cuales la religión fué una ciencia y la ciencia una religión.

El eminente Luzzatti ya advierte la convergencia realizada por el Tagore entre estos dos principios esenciales de nuestra civilización. "Es, en substancia, el credo heleno-latino, heredado de las naciones europeas, proclamado por los poetas ingleses Wordsworth, Shelley y otros", (6) el que el sabio bengalí difunde en su pueblo para aproximarle a la comunión universal, cuyo altar, hoy ensangrentado, se alza en todas las naciones madres de la Europa. Ya Shakespeare había dado forma visible y eterna a esa conjunción íntima de la naturaleza y el arte, cuando "rompiendo con la tradición clásica, y recobrando inconscientemente la del viejo naturalismo ariano, se aproxima a la antigua poesía hindú, por el realismo y la universalidad de su teatro, la infinita variedad, la intensidad de vida de sus creaciones, por esa alma y esa voz devueltos a todos los seres". (7) El Tagore, en su poesía, su mística y su moral, resume y continúa la obra de aquel genio; y con la dulzura de una maternidad de alma, con el encanto de una armonía interior nunca sentida, y con la atracción de estrellas y soles místicos no soñados por el poeta del *Paradiso*, viene guiando a una humanidad ya olvidada, hacia una comunión no esperada más por nuestra alma contemporánea, a los acordes de una poesía musical, que arrastra, embriaga y hace marchar hacia adelante a su innumera grey.

Sabemos bien que el cantor de las *Gitanjali*, escribe sus poemas en el idioma nativo, para siempre tal vez inaccesible a nuestros espíritus; pero ha adoptado la lengua de Shelley y de Tennyson, para hacer llegar al oído del mundo contemporáneo occidental, las revelaciones íntimas de su mu-

sa, tan sutil, tan intensa, tan sugestiva, tan contemplativa y tan difusa, como los cuadros de su hermano el pintor, quien ha revelado en sus animaciones de las *Rubáiyát* de Omar Khayyám, un género de pintura acaso no sospechado por la Europa clásica (8). Sólo él podía consumir esa transmutación de la piedra nativa de su bengalí inaccesible y hermético, en su inglés claro, armonioso y sobrio, que nos permite penetrar en el santuario de su poesía, aunque sea velada por esa tenue gasa o neblina que se extiende entre el texto original y su versión en lengua diferente. ¿Cómo podremos nosotros gozar de la dulzura nativa de aquella fruta traída a través de tan larga distancia, a través de dos idiomas tan desemejantes, si el mismo poeta de la *Cosecha* no cree que ella ha conservado el pristino sabor de la concepción primaria?

Pero ya es un regalo de príncipes el poder gustar la fruta de aquel jardín de delicias, siquiera desvanecida por el largo viaje. No se pierde del todo la esencia, porque la conservan las ideas, inaccesibles a la acción difusiva de la distancia; o si hemos de continuar en la vía de las comparaciones, digamos que ese exquisito perfume de Oriente, envasado en frascos del cristal de Bengala, pierde por evaporación una parte de su esencia, al ser vertido en otros de fábrica europea. Y así también la música de los instrumentos nativos, pierde parte de su encanto al ser reproducida en otros en los cuales no naciera con la inspiración del artista. Y si este desvanecimiento de la esencia, y esta difusión de la armonía, se realizan en perfumes y músicas tangibles y materiales, por así decirlo, ¿cómo habríamos de percibir esa otra música de que habla Kabir oída en el seno mismo del firmamento, la cual nunca en los tiempos por instrumento, ni garganta, ni labio alguno fuera tañida? La *unstruck music* que Kabir oyó y también Tagore, por la gracia infinita que descendió a sus almas de elegidos de Brahma, no podrá jamás ser gustada por oídos profanos, por oídos no educados en el contacto del alma suprema, a la cual se asciende

por la sucesiva renunciación, o sea por las sucesivas batallas ganadas a la Maya pérfida que extravía todos los caminos, hasta llegar al Punto infinito de la infinita contemplación.

Nosotros los occidentales no concebimos sino con extrema dificultad los matices de esos conceptos ideales y abstractos, pero que tienen su realidad en la mente habituada a la meditación. Maeterlinck lanza a veces sus velas desplegadas en el océano del Silencio, y a veces la silueta de su barca se esfuma en la cortina gris del horizonte; y muchas veces Kabir y Tagore, cual otro díptico errante como el de Dante y Virgilio, marchan sobre veredas invisibles por los mares ignotos del Infinito, sin oír más voces que las de esas arpas nunca pulsadas, ni ver más luz que la de los soles inmanentes del caos, ni más colores que los de los inmensos brillantes del Espacio, que llenan de admiración los raptos imaginativos de los dos peregrinos.

¿Qué lenguaje es el tuyo, oh, Mar?

El lenguaje de la eterna interrogación.

¿Qué lenguaje es el de tu respuesta, oh, firmamento?

El lenguaje del eterno Silencio.

(Stray birds, 12.)

Lo que tú eres, no lo ves;

Lo que tú ves, es tu sombra.

(Id. 18.)

Pero ya es tiempo de que recorramos, aunque sea con la rápida síntesis de estas notas, las páginas del nuevo libro traducido por el señor Muzzio Sáenz Peña, el apasionado cultivador de estos jardines y huertos orientales, donde ya nos ha dado a conocer en versos fieles a Kabir, en prosa poética al Tagore del *Jardinero*, después de su versión novedosa del comentado y venerado de las naciones anglo-americanas, — Omar Khayyám, — por fortuna no a través de la paráfrasis de Fitzgerald, sino de los textos vertidos por otros doctos reveladores del hasta hace poco ignorado poeta, astrónomo y matemático de Nishapur. (9)

La elección ha sido feliz entre los varios libros del poeta bengalí, llegados a nuestras manos en estos últimos días. *La cosecha de la fruta* es un momento interesante en la evolución del autor, a través de su obra múltiple y coordinada de cantor, de evangelista, de maestro, de filósofo. Hay en él una selección no buscada de las mejores joyas de su varia y rica pedrería: pinta sin espíritu de moraleja, los más sencillos, fugitivos y tenues cuadros; expresa los más dulces afectos del amor y la amistad terrenos, con una vaga sugestión de amor y amistad místicos, por una persona invisible e innominada, que se presiente nimbada de luz de soles divinos; describe escenas de la vida real y doméstica con una ternura evocadora de lágrimas apenas condensadas; intensifica a veces el afecto de amor con todo el calor de la pasión humana; y no obstante, adivinamos en medio del canto la divinidad oculta, soñada, entrevista o contemplada; enseña en la forma parabólica que tanta fuerza diera a Jesús ante las muchedumbres doloridas y ante las autocracias cerradas a la piedad; y sus consejas y poemas, mezcla de lírica y ética, penetran con la suavidad de un perfume, sugieren ensueños de perfección y hacen sonreír con inocente deleite. Las brisas, los rayos de sol, las nubes, los pájaros, las corrientes mansas o agitadas de los arroyos, cobran sentido, alma y relieve humanos, y nos vemos reproducidos en sus diálogos y aludidos en sus ansias o deliquios amorosos, místicos o emocionales, que sólo son mutaciones incesantes del ánimo del poeta de la naturaleza, en su continuo diálogo con ella y sus criaturas, reflejantes de la belleza suprema y universal. Es tan sutil la evocación del drama humano entre la ligera urdimbre de su tela, que muchas veces nos cuesta esfuerzo develar la intención afectiva, moralizadora o docente en el fondo de la fábula; y pensamos que acaso estos son átomos del lejano perfume de poesía, desvanecido durante la larga peregrinación desde el bengalí del Ganges hasta el castellano de América.

Muzzio Sáenz Peña, con su amplio conocimiento del in-

glés, y su intimidad ya intensa con el espíritu de los poetas y cuentistas orientales, ha penetrado en los más intrincados laberintos de la forma, no siempre normal y sencilla, de aquellas mentes deslumbradas por sus propias visiones, excitadas de entusiasmos y perturbadas por sueños abstrusos, que se reflejan en sus imágenes y frases de un hermetismo inextricable. Los místicos latinos, españoles o americanos, y aun los anglosajones, trascienden más a perfume de santuario que a aliento de selva o tierra removida; se ve en éstos la descendencia platónica, plotiniana, o teológica medioeval, con saltos tan sorprendentes como el que representa San Juan de la Cruz, en quien el cálido manantial del *Cántico de los Cánticos*, parece haber resurgido de un curso subterráneo de dos mil años, durante los cuales hubiese corrido ignorado por las entrañas del mundo. El Tagore tiene también dos misticismos tan intensos como cautivadores: el de la naturaleza y el de la divinidad, que en el lenguaje común se traduce en una poesía objetivada sólo para dar relieve al íntimo pensamiento religioso, la lección moral, o el arrebató lírico o sensitivo; o cuando más, — siempre dentro de su impecable realismo, — toma los sucesos ordinarios de la vida doméstica o pasional de sus personajes para encender en ellos la llama del amor místico que lo consume o lo sostiene.

Dije antes cómo las varias y distintas fases del genio del Tagore se condensan en una sola forma, y esta observación se comprueba al leer aquellos poemas en los cuales no se sabe distinguir qué amor es el que canta en sus estrofas. Comienza el lector a creer en figuras y aspectos terrenos, y de pronto una imagen de la naturaleza, o un movimiento inesperado de la imaginación, lo transportan a la pura región del ideal místico. De cada uno de estos aspectos de su poesía quisiera señalar un ejemplo de entre los LXXXVI poemas del libro; pero el lector los hallará, sin duda, si sigue atento el desarrollo de este himnario místico, hecho de tonos polifónicos, arrebatados, serenos o estáticos, pero reve-

ladores de una misma mano, la que recorre el cordaje en plena libertad y alza la armonía espontánea resultante de la unidad de la inspiración que la mueve, y casi podría decirse que todos sus arpeggios cantan, diseñan o sugieren la presencia y la gloria del Único, del Invisible, del Ignoto:

Así como la mano se mueve sobre el arpa y las cuerdas hablan, así habla en mis miembros el espíritu del Señor, y yo por su amor hablo (10).

Hay, en efecto, un interminable salmo de amor divino en todas las series de poemas del Tagore, ya sea el *Gitanjali*, ya el *Jardinero*, ya la *Cosecha*, o los breves versículos de las *Aves extraviadas*; y aun los deliquios de amor terreno trascienden a aroma sacro de las selvas resinosas del Himalaya o del Ganges, que nos imaginamos enviando al firmamento altísimas volutas de rosas con el aliento de la Naturaleza, yendo hasta fundirse en la llama del sol, en el deslumbramiento de la pupila. Todo es vibración de correrías de almas, el espacio ideal de este taumaturgo del Universo invisible: todas y la suya entre ellas, buscan afanosas un camino anhelado, o como perdido en la oscuridad de la ignorancia primitiva; y así las estrellas desempeñan misión de señales conductoras en el infinito desierto, símbolo, sin duda, del universo moral de nuestro ser.

Allí donde se hicieron los caminos, yo he perdido el mío. En el océano vacío, en el firmamento Azul, no se ve la línea de una huella. El sendero es ocultado por las alas de los pájaros, por los fuegos de las estrellas, por las flores de las estaciones viajeras. Y yo interrogo a mi corazón si su sangre contiene la sabiduría del camino invisible.

(*Fruit-Gathering*, VI.)

Tu palabra es sencilla, Maestro mío, pero no la de los que hablan de ti.

Yo comprendo la voz de tus estrellas y el silencio de tus árboles. Sé que mi corazón quisiera abrirse como una flor; que mi vida se ha llenado en una fuente oculta.

Tus canciones como aves de la lejana tierra de las nieves, vie-

nen volando a construir nidos en mi corazón contra el calor de su abril, y yo me regocijo de esperar la alegre estación.

(Fruit-Gathering, XV.)

Como todos los bardos de las razas fundadoras, el Tagore adora el Fuego, ya sea en su realidad avasalladora, ya en su simbolismo de poder y de transmutación de las cosas. Podría formarse otro libro de selección de sus poemas con el título de *Los himnos del fuego*; y acaso, entonces, comprobaríamos una conjunción estupenda de los sentimientos, las inspiraciones y las ansias más profundas de todos los hombres y seres expresivos, en el culto del Fuego, representado por el Sol, la Luna, las Estrellas, los astros innumerables e innominados, en los cuales en todo tiempo, desde el indio salvaje hasta el teólogo sapientísimo, han forjado y creído en la imponente deidad del calor y la luz. Para unos es símbolo de poder supremo, para otros de amor universal, punto de convergencia, en altura, de todas las filosofías religiosas de todos los tiempos:

L'amor che muove il sole e l'altre stelle.

Yo traje mi lámpara terrenal desde mi casa, y grité:

¡Venid, hijos, yo alumbraré vuestro camino!

La noche estaba aún oscura cuando volví, dejando el camino sumido en su silencio, y gritaba entonces:

¡Alúmbrame, oh, Fuego, porque mi lámpara terrenal yace rota en el polvo!

(Fruit-Gathering, XVII.)

¡Oh, Fuego, hermano mío, mi canto salude tu victoria!

Tú eres la brillante imagen de la temerosa libertad.

Tú agitas tus brazos remando en el firmamento; serpentean tus dedos impetuosos sobre las cuerdas del arpa, y la música de tu danza es deliciosa.

Cuando mis días se acaben y las puertas se abran tú quemarás hasta las cenizas este cordaje de manos y de pies.

Mi cuerpo será uno con el tuyo, mi corazón será preso entre los torbellinos de tu frenesí, y el calor ardiente que fué mi vida, estallará como un relámpago y se confundirá con tu llama.

(Fruit-Gathering, XL.)

Confieso que me domina la tentación de seguir reproduciendo estas flores incomparables de belleza, que en ningún poeta hicieron antes eclosión más espléndida; pero quiero dejar al lector el placer entero de descubrirlas en la traducción de Muzzio Sáenz Peña, tan llena de exactitud como de elegancia y sencillez. Porque el autor alcanza a veces tales alturas de inspiración, que sin darnos cuenta nos lanzamos a repetir sus cantos como incorporados a la canción misma, así como ciertas músicas que nos penetran y nos hacen danzar inconscientes a su ritmo irresistible. En tales momentos el Tagore sale de sí mismo, y trueca la lira de los cantares por el arpa de los himnos o el psalterio, y entonces su poesía es una fuerza dinámica que nos hace perder el sentido de gravedad de nuestra adherencia al suelo en el cual arrastramos nuestra vida terrena. Este admirable bardo se hunde como en el océano, dentro del seno iluminado de la sacra y materna poesía védica de las biblias primitivas; bebe la misma agua cristalina de aquella fuente, se satura del Verbo originario, cuando éste flotaba en la gestación del mundo, como vive informe la Palabra en el cerebro del niño antes de su revelación por la naturaleza.

No hubo antes de ahora un poeta en los Vedas, ni en los Upanishads, ni en los Puranas, que pudiera individualizarse e individualizar la vida del universo geo y antropomorfo, como lo ha realizado el Tagore, con el solo hecho de concordar algunas remotas fuentes en la unidad de la historia de su raza y su nacionalidad, con los ideales y caracteres presentes de las culturas dominantes en otros continentes. Es el poeta del universo, que hace oír y comprender su canción de todos los hombres a quienes quiere acordar en un solo ritmo, — el ritmo único de la belleza y del amor, en el cual solamente concíbese el verdadero fundamento de la paz entre los hombres.

Cada uno de los libros del Tagore tiene su comentario y su común explicación en *Sadhana*, al cual podría llamarse la teoría o sistema general de su credo filosófico, re-

ligioso y ético; y este libro es como un mar al que vienen a derramarse, como a su cuenca única todos los ríos, las demás obras del poeta. Es acaso la más amplia exteriorización de su alma en relación con los demás sistemas filosóficos de otras civilizaciones.

En su acción docente es el Maestro y es el Profeta, es el cultivador de almas de la escuela Shantiniketan, de Bolpur, en la cual ha conciliado sus ideas con los métodos ingleses de educación en medio de la naturaleza, fundados por Luis Vives bajo Enrique VIII; y es el evangelista que en versos llenos de unción moral realiza la predicación parabólica del Galileo; y como éste, prefiere esta sencilla y sugestiva forma, cada vez que quiere agregar un tizón a la hoguera de su credo revolucionario sobre los viejos cánones quietistas del budismo clásico. Por eso ha resucitado a su maestro Kabir, quien, a su vez fuera evocado durante su baño lustral del Ganges por el "Guru" Ramananda; y estamos seguros de que el Tagore se halla ya consagrado Brahma, por el consenso unánime de su pueblo, pues ha alcanzado el ideal preconizado por él mismo, según el texto del Upanishad: "el hombre es una verdad si en esta vida puede poseer a Dios... Sí, debemos llegar a ser Brahma. Nuestra existencia carecería de sentido si nunca pudiéramos esperar la alta perfección que en él existe..." (11).

Muchos de los poemas de la *Cosecha*, (*Fruit-Gathering*) son bellísimos apólogos, consejas o leyendas populares de la raza, convertidos en tema de enseñanza moral objetiva y profunda. Si no hubiera sido ante todo un poeta lírico-místico, habría hablado el lenguaje de Bilpai, del *Hitopadesa* o el *Pantchatantra*; pero él aquí es un profeta y no un cancionero; es un Maestro y no un rapsodista de *folklore*; es Brahma mismo; está ya consagrado por la palabra del santo que lo ha ungido como a su antepasado Kabir: "¡Ram!" (12) Ejemplos de este género tan preferido de los profetas y rabinos de Judea, aprendidos de los libros de Oriente, son los poemas XIX, XXVII, XXXI,

XXXVII, XLIII, LV, LXIV, que reunidos harían una preciosa joya de libro moral para la niñez, ya que la juventud vanidosa pretende haber superado las sencillas enseñanzas de la fábula. En todo caso, ya podrán utilizarse en la nobilísima labor de las escuelas, en la versión tan cuidada del señor Muzzio Sáenz Peña, con el beneficio evidente para el maestro, de poder refrescar su espíritu con las demás exquisitas bellezas de este libro, al cual, como a muy pocos, puede saludarse de *bienvenido* en nuestra arena literaria.

30 de junio de 1917.

NOTAS

(1) *Sadhana, The realisation of life*, 1914, pág. 151:

“Nosotros vemos en la historia del hombre, que el espíritu de renunciación es la más profunda realidad del alma humana. Cuando el alma dice de alguna cosa, “no la necesito, porque estoy más arriba que ella”, da expresión a la más alta verdad que lleva en sí”.

(2) *Sadhana*, etc., pág. 77:

“Cuando encontramos que el estado de *Nirvana* predicado por Budha, es a través del amor, entonces tenemos por cierto que *Nirvana* es la más alta culminación del amor. Porque el amor es un fin en sí mismo... La manifestación de Dios está en su obra de creación, y se dice en el Upanishad: *saber, poder y acción*, están en su naturaleza; no le han sido impuestos desde afuera” (pág. 78).

(3) *One hundred poems of Kabir*, translated by Rabindranath Tagore, 1915, § XXXVII y sobre todo el § XLV. — *Fruit-gathering*, § XXXIV.

(4) JEAN LAHOR, *Histoire de la Littérature Hindoue*, 1888, pág 375.

(5) El mismo Tagore así lo sugiere en la pág. 154 de su *Sadhana*: “Aunque el Oeste ha aceptado como a su maestro a aquel que valientemente proclamó su identidad con su Padre, y exhortaba a sus adeptos a ser perfectos como Dios, nunca se ha reconciliado con esta idea de nuestra unidad con el ser infinito. Aquel condena como punto de blasfemia, todo postulado del hombre, llegando a ser Dios. Esta no es, por cierto, la idea que el Cristo predicó, ni acaso tampoco la idea de los místicos cristianos...”

(6) LUIGGI LUZZATI, *Religione e filosofia dell'India in Rabindranath Tagore*. (*Nuova Antología*, marzo-aprile, 1916).

(7) JEAN LAHOR, *Op. cit.*, pág. 368.

(8) ABANINDRO NATH TAGORE, *Ilustraciones al Omar Khayyám* de Fitzgerald.

(9) Son ya innumerables las versiones que han modernizado en los idiomas europeos al sabio y poeta persa, que de varia manera nombran los que han tenido la dicha de leerlo en su lengua. Así la traducción bilingüe en francés e inglés, de J. B. Nicolás y F. Baron Corvo, respectivamente, prologada por Nathan Haskel Dole, New York, MDCCCIII, contiene 461 estrofas, y lo nombra Umar Khaiyam. La traducción de Johnson Pasha, de la edición Lucknow, se titula *The Rubáiyát of Omar Khayyám*, y contiene 762 estrofas, correspondientes a otras tantas del texto persa. Entretanto, la versión popularizada en todo el mundo por su brevedad y por su lirismo personal, de Edward Fitzgerald, sólo contiene 75 estrofas; lo que nos autoriza a no llamarle una traducción sino más bien un trasiego del texto originario en cristal inglés, quintaesenciado en las pocas estancias a que ha reducido las 762 *quatrains* o *rubai-yat*, o estrofas del texto originario. La bella traducción de Carlos Muzzio Sáenz Peña, editada por *Nosotros*, impresa en La Plata, en 1914, y reeditada en Madrid con un prólogo de Rubén Darío y prefacio de Alvaro Melián Lafinur, ha reproducido en nuestro idioma, en la primera edición 105 estrofas y en la segunda 118, ilustradas ambas con interesantes notas, reclamadas en gran parte por el exotismo de tan preciosa producción del legendario y complejo poeta, matemático y astrónomo. Bajo el título de *L'Algèbre d'Omar Al-Khayyâmî*, publicó en 1851 S. Woepcke, una traducción del texto árabe del famoso tratado. Al decir del mismo en su magnífico prólogo de la edición citada, "Al-Khayyâmî había compuesto también (además de su Algebra), un tratado de la extracción de las raíces de los órdenes superiores; y lo poco que él dice basta para revelarnos ese mismo espíritu generalizador, que lo había conducido a una teoría sistemática de las ecuaciones". También se refiere el traductor a otra obra matemática de Al-Khayyâmî, sobre "la explicación de las dificultades que ofrecen las explicaciones puestas en frente de los libros de los *Elementos*, de Euclides".

(10) *Odes and psalms of Solomon*, by J. R. Harris, 1909, ode 6. No es difícil señalar, como en el versículo transcripto, la íntima semejanza entre las formas líricas del Kháyayám y las del presunto autor del *Cántico de los Cánticos*, pero al parecer indiscutible autor de las *Odas y Salmos* editados por Harris y vertidos del texto sirio.

(11) *Sadhana*, pág. 155.

(12) ERNEST RHYS, *Rabindranath Tagore, A Biographical Study*, 1917. Ch. XI.

VI

EL NIÑO ES DIVINO

Meditación de Navidad

EL NIÑO ES DIVINO

No se puede dejar de tener presente, en un día como el de hoy, que una mitad del mundo civilizado está de fiesta, porque hace veinte siglos nació un niño en la aldea de Bethlehem, de una humilde familia de Nazaret. La humanidad occidental ha edificado sobre este episodio común una de las religiones más expansivas, ha ordenado su vida moral y social, y hasta ha modelado muchos de los principios políticos por los cuales se rigen las naciones, en su capacidad corporativa, por las palabras salidas de la boca de aquel niño, hecho hombre, y consciente del mensaje que traía para los demás.

¿A qué viene un niño sino a conducir un verbo escrito en caracteres immaculados, en su sonrisa, en su llanto, en su frescura? ¿Y cuándo la humanidad va a poder leer por sí sola ese mensaje, sin necesidad de prestarle ella también su idioma, de manera que se lea a sí misma en vez de descifrar la frase venida como en capullo desde el más allá? Un delicado orador inglés, invitado a inaugurar una escuela de jardinería, dijo que “el jardinero es un ser privilegiado, porque cada día y a cada hora se halla en presencia de los más elevados secretos de la naturaleza; él sostiene una íntima conversación con nuestra madre tierra; preside todos esos milagros que se llaman el capullo, la flor, el fruto; él es el primero en ver la hoja que se despliega y el primer tallo verde que rompe su molde”.

El jardinero sabe ya leer la carta que se abre al contacto de la brisa matinal, o del primer rayo de luz de la ma-

ñana. No hay en ella letras y se insinúa por su color, por su escultura, y luego por su perfume; y por ellos, sin palabras, pero con una emoción íntima e intraducible, el jardinero lee la noticia fresca de un mundo lejano, traída por ese mensajero que ha recorrido los más sutiles caminos del seno de la tierra, recogiendo la misteriosa correspondencia para todos los hombres, para todas las almas. Una esencia pura, incontaminada, inexpresada, libre de toda prisión, es la contenida en aquella envoltura, apenas comprimida por una hoja, húmeda de savia y de rocío. ¿Quién tiene las manos tan limpias y suaves para recibir su primer contacto? ¿Quién ha aguzado tanto su oído y su vista para percibir el primer rumor y el primer matiz de la revelación?

Ante la belleza indescriptible, ante la buena nueva indescifrable de los mensajeros de las primeras religiones maternas, éste ha exclamado, presa de un embeleso, de un arrobamiento, de un éxtasis admirativo superiores a sus medios de expresión, e impotente para improvisar el verbo digno del verbo: "Es el enviado de una región ignota, de misterio y de belleza infinitos; es el mensajero de un Dios el que viene, y es hijo de la esencia divina de donde procede". Hay una resonancia, una repercusión, un albergue secreto y difuso en el alma humana para esas comunicaciones incomprendidas, pero sentidas; y las primeras religiones surgieron de aquel misterio, como un canto, como un poema, como una confianza constante de lo desconocido. El "cielo", "los cielos", el "empíreo", le llaman todas aquellas metafísicas y teogonías; y los divinos conductores de esos prístinos mensajes, hijos son de un padre celeste, increado y creador, compenetrado en todo lo existente, renovador incesante de su creación, multiplicador infinito de las unidades vivientes surgidas al ritmo de sus dedos sobre el cordaje invisible del universo.

¿Quién sino un intérprete poseído de la misma esencia originaria puede recibir la onda sutil y reproducirla en nuestro ambiente? El niño, hijo del hombre, nacido como el ca-

pullo en el seno materno, en su "estado de inocencia" purísima, es el único dueño del secreto, y el regazo y la caricia de la madre, los signos de inteligencia entre los dos cielos.

"Si el niño lo deseara, podría volar hacia el cielo en este instante — dice el Tagore; — y por algo es que no nos abandona.

El niño conoce toda suerte de palabras sabias, aunque muy pocos en la tierra pueden comprender su sentido; y así, por algo es que no quiere hablar".

La ley de su predestinación reveladora lo fuerza a vivir nuestra vida, y esperar el momento de la comprensión, que llega alguna vez o no llega jamás; y en el primer caso hemos recibido la visita de un Dios; en el segundo, lo hemos desconocido, lo hemos negado, lo hemos sacrificado a nuestra ignorancia. ¡Y qué tristeza inmensa, insuperable, inextinguible, debe ser la de ese Dios que se ausenta de entre nosotros por no haber sido comprendido!

Yeats y Pascoli han penetrado, junto con el fino misterio de la poesía tagoriana, el de la divinidad encerrada dentro del período de la perfecta inocencia del niño. "Aquel que habla a las bestias, a los árboles, a las nubes, a las estrellas, que encuentra en las cosas su sonrisa y sus lágrimas, y dice en dulce y simple forma cosas vistas y sentidas en un modo suyo, límpido e inmediato, es el divino niño interior cuya sutil voz se escucha cuando calla el mundo externo".

¿No es este el sentido de aquella sentencia de Graf, otra vez recordada por mi en este público?: "Haz el silencio en torno y dentro de ti mismo si quieres oír el canto de tu alma". Y el mismo Yeats agrega que cuando el Tagore habla de niños, quedamos en la duda de si también habla de santos.

El estado de inocencia perfecta, en la poética religión del bardo bengalí, es un estado de divinidad, que envuelve enteramente la persona de la madre, única que puede tras-

mitir al niño el verdadero lenguaje del mundo, hasta que sea penetrado también por los espíritus purificados en la verdadera contemplación. Es también ese el estado de la sabiduría perfecta: en el alma del niño viene cerrado, como en el capullo de la flor, el mensaje de toda la sabiduría anterior y ambiente, para ser develada y gustada por nosotros, con el mismo deleite con que recibimos la gracia del color y del perfume. Y es esa una sabiduría incorruptible, único caso en que saber y creer, en que pensar y sentir, son un acto solo e indivisible de nuestro yo. Hay en el poema LX de *La ofrenda del amante* la visión de este prodigio:

“Yo soy una de aquellas mujeres que tú enviaste, Señor Consejero, al santuario de la selva para seducir al joven asceta que nunca había visto una mujer.

Como un Dios-Niño él abrió sus pupilas y espió nuestros movimientos, y el asombro penetró en lo profundo de sus ojos, y los hizo resplandecer como estrellas en la alborada.

El levantó sus manos enlazadas, y entonó un himno de alabanza con su fresca voz de ave que estremeció las hojas de la selva...

Yo lo conduje al banco de césped, enjugué su cuerpo con el extremo de mi túnica de seda, y arrodillada en la tierra sequé sus pies con mi cabellera desceñida.

Cuando levanté mi frente y miré en el fondo de sus ojos creí sentir el primer beso del mundo a la primera mujer. Bendita soy, bendito es Dios, que me hizo mujer.

Y yo oí que me decía: “¿Qué Dios desconocido eres tú? Tu tacto es el tacto de lo Inmortal, tus ojos tienen el misterio de la media noche”.

—¡Ah, no, no sonriáis así, Señor Consejero del rey!; el polvo de la sabiduría terrena vela vuestros ojos, anciano. Pero la inocencia de este niño rasgó la tiniebla y vió la verdad deslumbrante, vió la mujer divina.

¡Ah! ¡Cómo despertó en mí la diosa, a la luz de esa primera adoración! Las lágrimas llenaban mis ojos, el rayo de la aurora acarició mis cabellos como una hermana, y la brisa del bosque besó mi frente como besa las flores”.

Los recuerdos de nuestras lecturas evangélicas acuden en tropel, como abejas, ante esta página; y vemos conmovidos la escena tan sombreada por la secular malicia humana, de la pecadora redimida por la contemplación del que comprende el arcano de las vidas dolorosas, quien, a su vez, es el único que, con la divina sabiduría de su inocencia, puede penetrar en el alma de la mujer, y ver en ella, a través de la túnica y de los rasgos de la cortesana, la verdadera mujer, la confidente depositaria de la misión secreta de albergar y conducir a la vida un mensajero divino del mundo invisible. Pero los escribas, los sacerdotes del rito, los “Consejeros del rey”, no podían entender este sublime misterio, del perdón, que pertenecía a la “buena nueva”, pero no a la escritura que mandaba lapidar a la pobre víctima caída en el pecado. Era el primero y asombroso milagro del Mesías soñado por la raza elegida y no conocido en su llegada: el milagro de la caridad divina y humana, que eleva el alma a la región de las más altas comprensiones.

Aquel Dios-Niño del poema tagoriano, visto en el fondo de los antiquísimos libros de la sabiduría budhista y brahmánica, ha desaparecido en la mente humana por efecto de una revelación natural y difusa de todo el universo a sus criaturas, por el órgano de sus voces, de sus sonidos, de sus colores, de sus luces, reflejados por los astros, entonados por las aves y los insectos, reproducidos en flores por la savia de la tierra y el calor de los soles.

—“¿De dónde he venido cuando tú me alzaste en tus brazos? — preguntó el niño a su madre. Ella le contestó, ya hablando, ya sonriendo, y estrechándolo contra su seno: —

Tu estuviste escondido en mi corazón con su deseo, amor mío...

Estuviste encerrado en la misma urna con nuestra divinidad doméstica, y en su culto yo te adoraba. En todas mis esperanzas y mis amores, en mi vida, en la vida de mi madre, tú has vivido.

En el seno del Espíritu inmortal que rige nuestro hogar, tú has sido criado durante edades enteras. Cuando en la adolescencia mi corazón abrió sus pétalos, tú flotabas como una fragancia en torno mío".

¿Por qué las religiones derivadas del cristianismo se muestran tan duras ante el reclamo universal de romper los herméticos sellos del libro misterioso, para que surja libre y radiante el espíritu de la interpretación poética? Poesía y religión son esencias afines encerradas en vasos diferentes, que cuando se mezclan, dan un perfume delicioso, de un misticismo tan puro y sugerente, como una revelación. Ellas no pueden vivir separadas; religión sin poesía es una regla mecánica sin alma y sin vida; y la poesía es la religión inconfesada de todas las almas.

La revelación hecha al hombre por un Dios antropomorfo, en lenguaje humano, sujeto a sintaxis y a sus inevitables limitaciones, impropias de la divina omnipotencia, es menos seductora para el espíritu humano, ansioso de ciencia y de poesía, que la revelación difusa y permanente de la entidad creadora a las criaturas, por los millares de órganos conductores del divino mensaje, y ellos reciben con más íntimo deleite la diaria confianza de su Dios por los infinitos agentes de la naturaleza, que por la referencia histórica de un hecho ocurrido una vez, y desde entonces entregado a la guardia y conservación en santuarios, arcas, templos, archivos, bibliotecas, que los terremotos, los bárbaros, los fanáticos contrarios, los incrédulos, derrumban, saquean, incendian, despedazan y profanan.

La revelación permanente de la entidad creadora a sus criaturas es al mismo tiempo una acción renovadora de la vitalidad del mundo. Y no se crea por esto que materializamos la revelación, porque la vida, — el hecho más culminante de ella, — ha sido y es transmitida y renovada sin término, para atestiguar y afirmar la inmortalidad del Creador y de la criatura, ya que la mente se resiste a admitir un espíritu creador que estuviera un instante sin crear nada, o que se impusiera una solución de continuidad en la acción propia de su esencia, que es crear y revelar, en cuyo momento la totalidad de las cosas creadas se disolvería en polvo, como en un *dies irae* discontinuo, para reempezar después la reconstrucción de lo destruido y consumido en cenizas.

Cristo, el Dios-Niño de la religión de su nombre, concibe y describe el estado de divinidad y de suprema sabiduría, de la misma manera que el sumo intérprete moderno del budhismo, en la bellísima, imperecedera y siempre conmovedora escena de los niños que alborotan el templo con sus juegos y algazara. “Dejad que se acerquen a mí, porque así como ellos es el reino de mi Padre”; esto es, reino de suprema inocencia, de suprema sabiduría, de supremo amor. Un niño nacido de mujer — princesa como Maya, sencilla como Miriam — era el anunciado por los ángeles, en la leyenda búdhica y en el Evangelio cristiano.

“La reina dará un niño, — transcribe Mr. Arnold el sagrado texto, en su gran poema *La luz de Asia*, — un niño divino, de asombrosa sabiduría, que se modelará en la carne, librándolo al hombre de la ignorancia y regirá el mundo, si se digna regirlo”. Su nacimiento, rodeado de prestigios, se colmará de homenajes de príncipes y ascetas de diversas regiones del mundo que atestiguan su advenimiento; él llena de unción y de santidad la casa de su padre, y en tierna edad maravilla con su curiosidad, intuición divina de la sabiduría que está predestinado a transmitir al género humano.

Si algún significado consolador para la humanidad ha de tener el respeto religioso que ella profesa a la tradición sagrada del nacimiento de un Dios entre nosotros, es el de la demostración de la bondad y santidad originarias de nuestra naturaleza. La corrupción y adulteración de los orígenes ha cambiado de tal manera los conceptos, que casi dos milenios de historia han transcurrido en la creencia de que el niño nace malo, es decir, predispuesto al mal, como hijo del pecado. Y así se explica cómo ha surgido la escuela penitenciaria, la escuela expiatoria que ha viciado la enseñanza y mantiene aún arraigada en la costumbre y en la pseudociencia de la pedagogía dogmática la convicción inicial de la maldad del niño, sin duda para que la *educación* lo haga bueno, para que los maestros, substituyéndose a él por obra de voluntad y de rutina, malogren el divino designio que ha creado en cada niño un Dios, como un efluvio de la propia substancia.

La ciencia, la calumniada ciencia, la incomprendida ciencia de la naturaleza divina, humana y material, ha recogido el legado de las altas religiones maternas de la civilización, y al descubrir la indivisible esencia humano-divina de la criatura, ha establecido que todo lo que nace nace bueno y predispuesto al bien. “Sería extraño — dice el libro de la ciencia, — que sólo el hombre entre los seres vivientes hubiese nacido malo, al ver que todos los demás animales y las plantas han nacido buenos, en el sentido de que tiene en sí mismo todas las potencias de última perfección, la perfección de su propio tipo o género”. Y la nueva ciencia educadora, practicada a modo de revolución por algunos atrevidos espíritus innovadores, agrega que, “enseñados a creer en la originaria culpabilidad y en la originaria estupidez del niño, ella encuentra sorprendida, que, cuando se le permite desenvolverse por sí mismo, libre en su feliz ambiente, su naturaleza, como si se doblase, demuestra no ser ni estúpida ni pecaminosa, sino *inteligente y buena*”.

¿Quién ha falseado así el ejemplo y la doctrina derivados del insuperable modelo, de aquel que por su propia boca dijo que “así como estos niños es el reino de mi Padre?”. ¿Era el reino de Dios poblado de pecadores y de estúpidos, en ese estado de pura divinidad, que es sabiduría, bondad y pureza? Y ya lo ve el lector: la ciencia, la buena ciencia, tolerante y amorosa, dice, además: “Hay un Cristo potencial en todo niño recién nacido. La doctrina central del cristianismo significa esto, o no significa nada. Cristianidad, *humanidad verdadera*, la ideal perfección de la naturaleza humana, es la Divinidad misma. Todo el que nace lleva en sí *in embryo* la perfección de su propia naturaleza genérica. Y la perfección de la naturaleza humana, perfecta por el dominio de sí misma, perfecta por la emancipación de sí misma, es, en una palabra, divina. Por tanto, en vez de haber nacido malo, el hombre es, de nacimiento, *un dios aunque en el germen*”.

“Algo de la luz del pesebre resplandece en torno de la cuna de todo niño. Desde que el Cristo, hijo de Dios, nació de María, toda infancia es sagrada. Debemos enseñar a reverenciar la niñez. El hogar donde ha llegado un niño es, desde entonces, un sitio santo”.

El punto de partida de la transformación de la escuela nueva está en la admisión de este postulado científico, concordante con los fundamentos de las dos más comprensivas religiones del mundo: la cristiana y la budhista. Ambas consideran la niñez como el estado de la perfecta inocencia y sabiduría inicial de toda cosa divina y humana, y ha inspirado la creación tagoriana de Shantiniketan. La humanidad vieja inculca en ella sus resabios de ignorancia, de error y rebelión contra la propia naturaleza, y engendra el mal, el odio y la muerte, en lugar del bien, el amor y la vida progresiva. La filosofía mística cristiana, extraña a la literatura pesimista del cristianismo dogmático, bebida en las más puras fuentes de la poesía y el arte de los grandes genios, mantiene su inquebrantable unión con el principio ori-

ginario del niño-dios, del dios-niño, depositario *in potentia* de la suma bondad, sabiduría y belleza moral.

A los testimonios, conocidos de toda persona letrada, de la literatura religiosa del mundo occidental, se agrega desde hace pocos años el de un poeta místico inglés, Thomas Traherne, que se ocultara en archivos inviolados, para hacer su revelación hace apenas diez años, en sus *Poemas de Felicidad*, cuyo subtítulo denuncia su pensamiento, al decir que contiene “reflexiones religiosas sobre objetos naturales vistos por los ojos de un niño”. El Edén es para él un estado de “sabia y feliz ignorancia que me apartaba de toda vanidad, de la inercia, de la inquietud, de la tristeza, que anticipan la locura y la miseria del hombre”. En su poema *Inocencia* describe este seráfico estado, diciendo que en él no conoció mancha ni huella de pecado, no vió jamás la obscuridad, ni sombra de culpa, ni de temor,

but all my soul was full of light,
(y toda mi alma se llenó de luz);

y su mayor felicidad era su confianza en que reinaría en la tierra, en que “dentro y fuera de mí todo era puro”, y su esperanza en que volvería otra vez a ser un niño.

Algún día hablaré a mis lectores con mayor detenimiento de este extraño y original poeta místico, al que separan cuatro siglos de su antecesor Langland; ahora sólo es mi deseo concluir estas confidencias espirituales relacionándolas con el más palpitante e inquietante problema del día: el problema de la paz social por el ordenamiento de un mundo mejor y más justo, y más bueno, y más progresivo. El *ideal cristiano* — ya lo he dicho otra vez, — en fecunda armonía con el espíritu de la ciencia, al referirnos a los conceptos originarios de las grandes religiones idealistas, vuelve a colocar al niño en el cimiento de la reconstrucción social, pero mirado a la luz de la nueva filosofía y de la nue-

va ciencia. La niñez y la juventud contemporáneas han absorbido mucho del veneno sedimentado por la vieja humanidad, que ha hecho explosión como un tumor durante la última guerra; y el reino puro, santo y luminoso de la inocencia y la sabiduría inmanentes de la infancia, que vieron los místicos orientales y cristianos, parece amenazado de una desastrosa invasión peor que la germánica, y semejante a una nueva degollación herodiana. La reforma social anhelada por el mundo se fundará en un cuidado más amoroso, más respetuoso, más racional, más prospectivo de los niños, considerados como “las semillas de la raza, como las flores de sus más caras esperanzas”.

No hay necesidad de llegar a la brutal ley de destrucción del amor de familia, generador de todo vínculo social y nacional y humano, de la doctrina comunista de la Rusia actual; pero es ya tiempo de salvarlos e inmunizarlos contra las causas que vician y destruyen la salud, el bienestar y la prosperidad de los padres. “Debe reconocerse — dice un agudo observador — en el nuevo orden social, que todo niño de la nación tiene el derecho de ser vestido, y alimentado, y enseñado con independencia de la suerte de sus padres. Nuestros débiles esfuerzos en lo relativo a habitación, higiene, bienestar y educación infantiles deben hacerse extensivos, a cualquier costo, a algo verdaderamente nacional y más comprensivo... Debemos, por lo menos, cuidar que los dones que el niño trae a la cuna, de la naturaleza, no sean devastados por la cruel fortuna o los accidentes del nacimiento; que su cerebro y su cuerpo no sean deteriorados por falta de alimentos y aire y por la pesada carga de un trabajo prematuro. La época de juego y recreación de la infancia debe ser sagrada para la nación”.

Si la infancia es el estado de divinidad potencial del género humano; si en todo niño existe la semilla y la flor de la raza, y trae en su espíritu, envuelto como pétalos cerrados, el mensaje vital de un mundo superior para el nuestro; si es él la nación y la humanidad misma de mañana,

hagamos de la cuna, la casa, la escuela, la ciudad y la nación entera, un lugar digno de recibirlo, de criarlo y habilitarlo para la vida completa, seguros de que sólo así podremos fundar una democracia perdurable, y haremos posible la eclosión de esos genios surgidos de la multitud, para dar a su patria y a los demás de su tiempo los guías supremos que abren o enderezan los senderos de perfección del género humano.

EL NIÑO ES DIVINO

Bibliografía

- LORD ROSEBERY: *On gardening. An address.*
 SIR EDWIN ARNOLD: *The Light of Asia.*
 RABINDRANATH TAGORE: *Lover's Gift and Crossing.*
 RABINDRANATH TAGORE: *The Crescent Moon.*
 F. BELLONI-FILIPPI: *Tagore.*
 J. R. MILLER: *Personal friendships of Jesus.*
 MABEL DEARMER: *A Child life of Jesus.*
 TRAHERNE'S: *Poems of Felicity.*
 EDMOND HOLMES: *The Tragedy of Education.*
 W. W. PEARSON: *Shantiniketan, the Bolpur School of Tagore.*
 J. R. MILLER: *The Coming of Jesus Crist.*
 C. SHERIDAN JONES: *Bolshevism, its cause and cure.*

25 de diciembre de 1920.

VII

DOS TRADUCCIONES

Las versiones del Dies Irae y de Dante en Santa Croce del Corvo, que van a continuación, fueron publicadas, con las notas que las preceden, en La Nación del 2 de abril de 1920 y del 24 de setiembre de 1921, respectivamente. No recogidas por el doctor Joaquín V. González en sus obras, las incorporamos a esta edición definitiva de Ritmo y Línea.

I
D I E S I R A E
de
FRAY TOMAS DE CELANO

NOTA PRELIMINAR

Hemos creído hacer un verdadero obsequio a nuestros lectores, en el día de luto de toda la cristiandad, con la publicación de una versión nueva del célebre himno de la iglesia católica, el *Dies irae*, que, por la inspiración, la forma y la música de que se lo acompaña en la conmemoración de los difuntos, ha causado en todos los tiempos una profunda impresión.

Esta "secuencia", que es su nombre litúrgico, corresponde a la época de exaltación del terror y del amor divinos, condensados en ella de modo insuperable. Ese período dura casi toda la edad media; y en cuanto a ese género de la poesía mística, dice Chateaubriand: "las "secuencias" de la misa eran magníficas: empleábase en su canto toda la extensión de la voz, y era tan extraordinario el efecto que producían, que, se cuenta que una mujer murió de emoción y sorpresa al oírlas" (1).

Ignora, por lo general, el público, la historia de estos grandes cantos, acaso por abandono del clero mismo, al no cultivarlos como sus antecesores, desde San Ambrosio, al siglo XV; y acaso sean hoy pocos los que sepan quien era el autor del más famoso de aquellos, y cómo se formó o llegó a tomar la forma con que ha sido conservado hasta nosotros y hoy es admirado por altos espíritus de las razas, lenguas y religiones más distintas de la originaria.

El autor, fray Tomás de Celano, compañero y biógrafo autorizado de San Francisco de Asis, en su bellissimo libro *San Francisci Assisiensis Vita et Miracula*, fué uno de los "fratres minores" del santo de Asis, y sin duda, — no obstante la presencia en el grupo del admirable Jacopone da Todi, autor de los dos himnos dedicados a la

(1) *Estudios Históricos.*

Virgen María, el *Stabat Mater Dolorosa*, y el *Stabat Mater Speciosa*, — el de más alta inspiración y dominio más hondo del latín místico.

No es esta breve nota preliminar el sitio para entrar en las discusiones de los eruditos, pero, debemos consignar la afirmación de Remy de Gourmont, de que el *Dies Irae* “se hizo por sí solo, lentamente cristalizado durante siglos, en almas trémulas y adoratrices. El poeta definitivo fué... Fra Tommaso de Celano...” ¿Homero no fué el definitivo poeta de *La Iliada* y *La Odisea*, transmitidas por los rapsodos desde algunos siglos atrás? Si se debe decir que el *Dies Irae* fué más que una “creación”, una “formación” arrancada grano por grano de los más inspirados libros y poetas de la Biblia, habremos de concluir con Marcial: “aliter non fit liber”, “ninguna obra se hizo de otra manera”.

La versión del doctor Joaquín V. González que publicamos, cedida de entre sus estudios de entretenimiento intelectual, o de ratos de reposo, trae la siguiente nota que reproducimos por ser informativa sobre su espíritu y método; pero antes, cumplimos con declarar que su autor no pensó nunca publicarla, si bien algunos amigos suyos, entre los que se cuentan dos ilustres prelados argentinos y otros reputados poetas “profanos”, lo han alentado a darla al público.

“No son muy abundantes, — dice la nota prefacial del manuscrito, — las versiones castellanas de algún valor poético, del célebre himno, que anticipó en un siglo las emociones que la *Divina Comedia* llevaría a la sublimidad. Destinado a recitarse o a cantarse en latín, poco se han preocupado de la forma poética castellana en los breviarios romanos, misales o devocionarios de fieles españoles.

“Para mi traducción me atuve, en primer lugar, al sentido literal del texto; y en lo compatible con nuestra lengua y formas rítmicas adaptables al caso, he procurado no apartarme mucho del molde originario. Para contenerme y mantenerme en un espacio intermedio, entre el literalismo escueto y rígido del texto latino, y la plena fantasía parafrásica de lord Macaulay, por ejemplo (1862), o la menos libre del Gen. John A. Dix, he tomado como límite de concisión la letra, y de expansión interpretativa o parafrásica, el vuelo del inmortal autor de los *Lays of ancient Rome*, quien, con ser inglés y protestante, no ocultó su admiración por el formidable himno de fray Celano. La versión de Remy de Gourmont, con hallarse calcada sobre el original en ritmo y rima, también consigue este fin con la libertad de la interpretación” (2).

Léase, al fin, la versión de nuestro compatriota.

(2) *Le Latin Mystique*, 1885, pág. 302.

DIES IRAE

Vendrá el día de la cólera, día del futuro incierto,
que David y la Sibila vaticinan de concierto,
y el mundo caerá al abismo convertido en polvo yerto.

¡Qué terrible y pavoroso será el estremecimiento,
cuando el Juzgador se alce para el final juzgamiento,
frente al pecador rebaño tras el santo mandamiento!

Las trompetas del Empíreo con sus notas espantosas
irán por toda la tierra despertando de sus fosas
las almas para que acudan ante el trono presurosas.

Inmenso será el asombro de la Muerte y la Natura
cuando reviva del polvo la terrena criatura,
para responder sumisa del Juzgador la censura.

En su mano el libro santo, con igneas letras escrito,
mostrará la negra foja de todo humano delito,
y el mundo será juzgado como en él está prescrito.

Y cuando el Juez implacable en su silla esté sentado,
todo lo que se halla oculto ante El será revelado:
nada, nada de esta vida quedará sin ser juzgado.

¿Qué podré yo, miserable, excogitar en mi ayuda?
¿Quién habrá que ante tu trono por mi salvación acuda?
¿Quién si el varón justo apenas en su santidad se escuda?

Rey de majestad tremenda, creador de la eterna vida,
tú que dispensas la gracia, oye a mi ánima aflijida:
Sálvame, Señor, ¡oh fuente de piedad nunca extinguida!

Recuerda, ¡oh Jesús piadoso! en tu amante ministerio,
que por mi causa encarnaste para tu cruento misterio,
y no me dejes perdido en tan duro cautiverio.

¡Cómo, al buscarme, sangrados tus divinos pies sentiste!
¡Cuánta ignominia y miseria en tu cruz por mi sufriste!
¿Cómo ha de ser malogrado tanto como padeciste?

Tú, de todos los pecados juzgador imperturbable,
perdona las culpas mías en tu bondad inefable,
antes del temido día de aquel juicio irreparable.

Como un reo arrepentido mi alma llora su mancilla;
el rubor de mis pecados enrojece mi mejilla:
perdona, Dios compasivo, al culpable que se humilla.

Tú que a Magdalena diste del perdón la eucaristía;
Tú que al ladrón escuchaste cuando a tu lado gemía,
y a mi me diste esperanza de perdonarme algún día!

¡Oh, mis preces nada valen por mi mortal contumacia,
mas tu piedad infinita valorará su falacia,
y me libraré del fuego, Señor, tu divina gracia!

Ruégote me des cabida en tu rebaño elegido,
entre aquellos que a tu diestra por puros has preferido:
y del medio de los malos me aparta, Señor, te pido.

Cuando a los malditos echés de su expiación en la llama
oye el eco de mi queja que en su angustia te reclama,
y entre el coro de los santos, oh Señor, también me llama!

Mira cómo mi plegaria rezo en el polvo postrado
y mi corazón contrito cuasi en cenizas trocado,
para decirte la gracia de un fin bienaventurado.

Qué terrible y lacrimoso será en los tiempos el día
en que el hombre se levante desde el polvo en que yacía
para concurrir al juicio implacable de aquel día!

Perdona, Señor, al hombre, de tu bondad criatura;
tengan reposo las almas tras de tanta desventura,
y sea eterno su éxtasis en tu divina hermosura!

II

DANTE EN SANTA CROCE DEL CORVO

Uno de los Poemetti Drammatici

de

ARTURO GRAF

NOTA PRELIMINAR

Cuando toca a su fin la serie de actos de celebración del sexto centenario de la muerte de Dante, creemos oportuno dar a conocer, vertido a nuestro idioma por el doctor Joaquín V. González, en momentos de reposo, el bellísimo episodio de la llegada del desterrado florentino al Monasterio de Santa Croce del Corvo, y que Arturo Graf, el agudo y elegante poeta y crítico hace poco fallecido, ha referido en los lapidarios versos de sus *Poemetti drammatici*, junto con otros temas de género místico.

La conmovedora historia procede de una carta —no por lo discutida, menos bella— del padre Hilario, prior del Convento en aquella fecha, y en la cual el autor dice que se inspiró, si bien no tomó literalmente su relato. Entrados en el campo de lo poético, los autores se complacen, y así nos inclinamos a proceder nosotros, en aceptar la verdad de lo que es bello, tanto más si armoniza con el personaje y con su obra fundamental.

“Aquí llegó —dice la carta que tomamos de la preciosa obra de Mr. F. J. Snell, *Handbook to the works of Dante*— de paso por la diócesis de Luni, movido por la santidad del lugar, o por algún otro sentimiento. Y al verlo, aunque desconocido para mí y para todos mis hermanos, le inquirí lo que deseaba y buscaba por allí. El no se movió, se mantuvo silencioso, contemplando las columnas y arcos del claustro. Otra vez le pregunté lo que deseaba y a quien buscaba. Entonces, volviendo lentamente la cabeza y mirando a los monjes y a mí, contestó: Paz”.

Como se verá en la sencilla y vibrante versión dramática de Graf, éste ha seguido fielmente la legendaria narración atribuida a fray Hilario, enriqueciéndola, además, con las referencias al canto del *Dies Irae*, cuya coincidencia con la idea general de la *Divina Comedia* no se puede menos que encontrar de una teatralidad hondamente emotiva.

Se advertirá —es decir, advertirán los conocedores del poema dantesco— las reminiscencias a diversos versos y pasajes notables de éste, así como las circunstancias de su vida más conmovedoras, como su destierro, y su viaje a Francia. Durante este período de errabundez del magno poeta, se han bordado las más curiosas aventuras, hasta la espiritualísima disquisición del gran Gladstone, titulada: *¿Estudió Dante en Oxford?*, de tan graciosa manera concluída, ya que es intencionalmente conjetural.

El traductor, por su parte, observa que si se ha permitido cambiar los tercetos de la inscripción en la puerta del *Infierno* por los trenos, es porque ha creído esta forma más lapidaria y en perfecta consonancia con el carácter religioso y deprecatorio del pasaje, y porque la dificultad que la mayoría de los traductores han encontrado en él ha provenido de la sujeción forzada a la misma forma del original, que en el caso no ofrece una adaptación posible al castellano, sin alterar el sentido.

Creemos, pues, ofrecer a nuestros lectores una verdadera primicia al hacerles conocer la poesía de Graf, seguramente de pocos leída, y dársela vertida a nuestra lengua en el mismo metro y verso libre del original. Será éste uno más de los homenajes que *La Nación* ha consagrado a aquel que Ruskin llamó “el hombre central del mundo como representación del perfecto equilibrio entre las facultades imaginativas, morales e intelectuales en su grado más alto”.

DANTE EN SANTA CROCE DEL CORVO

Claustro en el Monasterio de Santa Croce. En un ángulo, en plena luz, Dante, afirmado a una columna. Del lado opuesto, que está sumergido en la sombra, fray Hilario y fray Eligio se adelantan hablando en voz baja. Declina el día entre la hora nona y el crepúsculo.

FRAY HILARIO

¿Nada te dijo?

FRAY ELIGIO

Nada. En mí sus ojos
fijó en silencio. ¡Qué mirada! Nunca
resistí otra igual.

FRAY HILARIO

¿No le inquiriste
cuál es su nombre?

FRAY ELIGIO

Me faltó el aliento.

FRAY HILARIO

¿Es joven? ¿viejo?

FRAY ELIGIO

Viejo no, mas lleva
en su rostro grabado el infortunio
y de un grave pensar la huella honda.
Míralo, que ni un punto se ha movido,
sus ojos enclavados en el suelo.

FRAY HILARIO

Extraño aspecto el suyo.

FRAY ELIGIO

Al contemplarlo
no sé por qué me turba.

FRAY HILARIO

Vete y déjame
solo con él, que interrogarlo quiero.

(Fray Eligio se aleja. Fray Hilario se
aproxima a Dante, poniéndose delante
de él, sin que éste parezca advertirlo.)

FRAY HILARIO

(Después de algún silencio.)

¡Extranjero!

(Dante alza los ojos y mira a Fray
Hilario en el rostro, sin decir una pa-
labra.)

¿Qué buscas en tal sitio?

DANTE

(Con voz profunda.)

Paz.

FRAY HILARIO

Quiera Dios a todos concederla.
¿Tu nombre?

DANTE

Aun no suena mucho,
y nuevo te será: Dante Alighieri.

FRAY HILARIO

¿Patria?

DANTE

Florenzia.

FRAY HILARIO

Tierra nobilísima,
Florenzia.

DANTE

E infortunada. ¿Y tú quién eres?

FRAY HILARIO

Fray Hilario es mi nombre, y aunque indigno
del oficio, Prior del Monasterio.
¿Cuál es tu condición?

DANTE

Soy un poeta,
secuaz de la verdad.

FRAY HILARIO

Dios sólo es cierto.

DANTE

Así lo creo.

FRAY HILARIO

Mas, ¿por qué huiste
de tu ciudad, para vagar errante?

DANTE

No huyo: es ella quien de sí me arroja.

FRAY HILARIO

¿Por qué falta?

DANTE

Por falta mía ninguna:
más bien por odio hacia el que es justo, y quiere
poner remedio a su inminente ruina.

FRAY HILARIO

Harto así acontece, y tu palabra
mi fe conquista. Inmerecido daño
nos duele mucho más, y así comprendo
cuál será tu ansia de volver al nido.

DANTE

Doquiera luce el sol.

FRAY HILARIO

Cierto; entretanto...

DANTE

“Mi exilio injusto con honor mantengo”.

FRAY HILARIO

Gran corazón revelas y fe firme;
digno eres de suerte menos dura.

(Después de un breve silencio.)

¿Y qué buscas en estas soledades?

DANTE

Paz.

FRAY HILARIO

Y de paz es este asilo.

DANTE

¡Padre!

(Se oyen voces de órgano. Dante queda en silencio, escuchando.)

FRAY HILARIO

¿Por qué callas? ¿Qué piensas?

DANTE

Son recuerdos
del caro "San Giovanni". *

FRAY HILARIO

Los hermanos
más jóvenes a esta hora al canto y órgano
se suelen adiestrar. Mas del camino
la fatiga te agobia, y buen reposo
necesita tu cuerpo. La comarca
vecina es montañosa, insana y ruda,
de toda habitación desguarnecida.
¿Viste de Luni la ruina?

DANTE

En Roma

vi desastres mayores. Todo es muerte
en las cosas de allá.

FRAY HILARIO

Pues que te impulsa
Dios a estos muros, ven, y en nombre suyo,
como un hermano entre nosotros queda
por unos días.* *Inf.* XIX, 17.

DANTE

Padre, con el alma,
gracias te doy; mas mi camino es largo;
debo partir.

FRAY HILARIO

¿A dónde te diriges?

DANTE

Hacia Francia.

FRAY HILARIO

Mas es penosa y ruda
la vía por los montes.

DANTE

Partir debo.

FRAY HILARIO

Quédate hasta mañana.

DANTE

Es que a Lericí
forzoso me es llegar, sin falta, hoy mismo.

FRAY HILARIO

De tu paso tú solo el rumbo guías
y la razón conoces, ¿mas no puedo
en algo darte ayuda?

DANTE

Si, acaso...

FRAY HILARIO

Dime tu idea.

DANTE

¿La virtud conoces
de Uguccion de la Faggiola?

FRAY HILARIO

Nadie

existe que la ignore. Su Gobierno
alaba Pisa, y en Italia entera
no hay un señor más sabio y valeroso.

DANTE

¿Querías hasta él enviar un libro?

(De nuevo se oye el órgano, y de nuevo Dante queda en silencio, escuchándolo.)

FRAY HILARIO

¿Un libro?

DANTE

Un libro que compuse, o parte
de aquel, más bien, y que a su nombre
lo dejé dedicado.

FRAY HILARIO

Poco pides,
y fácil de cumplir. Dámelo...

DANTE

(Extrayendo del seno un pequeño volumen que le entrega.)

Toma.

CORO

(Interior)

LIBER SCRIPTUS PROFERETUR
IN QUO TOTUM CONTINETUR
UNDE MUNDUS JUDICETUR

DANTE

(Con el semblante transfigurado.)

¡Ah!

FRAY HILARIO

¡Este libro! ¡Y el divino canto!

(Después de un instante de silencio,
abre lentamente el volumen y lee en
alta voz:)

“Por mí se va hacia la ciudad doliente,
por mí donde se sufre eternamente,
por mí do expía la maldita gente.

Movió a mi autor designio justiciero,
danme su efluvio imperecedero
divina ciencia y el Amor primero.

Antes de mí no fué cosa creada
sino eterna; jamás seré arrasada:
Dejad toda esperanza en esta entrada!”

(Rápido y tempestuoso pasaje del
órgano.)

CORO

JUDEX ERGO QUUM SEDEBIT
QUIDQUID LATET APPAREBIT,
NIL INULTUM REMANEBIT.

(Dante y Fray Hilario permanecen
mudos y contemplándose el uno al
otro.)

VIII

RECUERDOS DE LA TIERRA

RECUERDOS DE LA TIERRA *

Sorpréndeme la llegada de este libro en momentos azarosos, de lucha y de labor prosaicas, durante las cuales apenas puedo alzar los ojos a contemplar un paisaje del cielo o de la tierra, vestidos ya, sin duda, con la brillantez y el colorido de esta primavera recién venida, que ha de ser como todas, como muchas que en otros tiempos yo conocí y gocé, risueña, opulenta, saturada de perfumes de regiones distantes y del río próximo, poblada de tintas nuevas para los envidiables crepúsculos de sol de esta metrópoli, que quizá los ignora. La transición es fuerte, la sacudida violenta y el efecto doloroso: casi no he tenido alientos para resistirlos, yo que nunca fuí indiferente a las influencias de ese mago llamado *memoria* y sus evocaciones de tiempos felices, ya sean de la propia vida, ya de la grande o pequeña tierra donde nacimos.

Y *Recuerdos de la tierra* es el título con que se aparece en esta época, en la cual creyérase que nadie se ocupara de cosas pasadas. Pero es que él contiene más de lo que promete, y es más libro de lo que su autor tal vez, premeditara; porque más allá de esos *recuerdos* viven, como mal ocultos tras de un velo transparente y movible, sucesos, personajes, leyendas, panoramas y cuadros, ni tan remotos que escapen a la impresión personal del narrador, ni tan cercanos que pierdan para nosotros ese dulce y fantástico prestigio de los días que pasaron.

* Prólogo al libro de este título, de Martiniano Leguizamón.

Quizá fuera mejor, para dar una idea de conjunto, decir que estas páginas comprenden tres elementos fundamentales: el descriptivo de lugares, costumbres y tipos de la región circunscripta por el Paraná y el Uruguay, el tradicional e histórico sobre episodios relativos a tiempos de heroísmos y miserias comunes; y el *folklore*, o sea la exposición de esas creencias y usos locales, que dan a conocer los caracteres ingénitos de las agrupaciones humanas moradoras de sus riberas, bosques, planicies y hondonadas. A través de todas ellas circula, a manera de espíritu invisible, conduciendo el hilo del relato, esparciendo cierto suave aroma de *gratia*, y distribuyendo ya el color, ya la luz, ya la sombra en todos los sitios, personajes, escenas y cuadros puestos, con no poco meditado desorden, sobre el escenario: él les imprime la unción de tristeza de la tierra y del ambiente regional, y la de esos íntimos afectos que nacen y mueren con nosotros, que resisten a las tempestades, a los despojos y a los incendios de todas las esperanzas e ilusiones, y brillan sobre el cielo del pasado y del futuro como la única revelación de lo ideal y lo imperecedero.

Por todo esto, y por las afinidades y propios caracteres literarios de la obra, se imaginaría al autor preocupado de dar a las letras algo como el poema regional, o el libro de la comarca argentina en él sentida y pintada, si no se advirtiese al propio tiempo la ausencia de rasgos intensos y precisos, que, mejor que los hombres, establecen las diferencias geográficas. Porque la grandeza de nuestra patria tiene esta cualidad: no permite que por un solo signo se retrate o califique toda su extensión, pues hay en ella las naturalezas más antitéticas y los climas, las vegetaciones, los hábitos y supersticiones locales más diversos. Causas históricas, además, concurren a hacer que agrupaciones nacidas para un destino común, se separen en la infancia y sigan caminos diferentes en ciertas fases del desarrollo social. No es necesario recordar cómo desde los tiempos primitivos la región bellísima de los ríos caudalosos, de las selvas dilatadas

y las *cuchillas* ondulantes, que circundan el Paraná y el Uruguay, y a la cual conducen sus caudales repletos de limo el Paraguay, el Pilcomayo, el Bermejo, el Salado, el Carcarañá y otros graciosos afluentes de esta Mesopotamia feliz, fué siempre singular en sus manifestaciones sociales, y que muy poco o nada se distingue en el sentido étnico de la ocupada por Buenos Aires que, dominadora del Río de la Plata, era, al fin, ante quien se depositaba tanta magnificencia. Así, pues, si los *Recuerdos de la tierra*, se limitan sólo a la que sustentara el hogar del escritor, con tanta tristeza descrito al final del libro, han realizado, como todas las obras individuales, la expresión del alma y la fisonomía de sociedades hermanas, o vinculadas en una marcha histórica más o menos uniforme; porque tanto nos parece asistir en sus escenas a la vida de la campaña bonaerense y escuchar las revelaciones de su poesía, como a la de la propia gente habitadora de las comarcas selváticas y por mil corrientes surcadas, donde Montiel extiende sus vastas y temerosas obscuridades, y el Gualeguay, cruzándolas de extremo a extremo, se dibuja como haz de nervios conductores de la sensación y de la vida en un cuerpo gigantesco.

Pertenece, pues, este libro, al género valiosísimo de los que preparan en lenta y laboriosa gestación los elementos de la futura historia nacional, la historia verdadera, la que sigue a una nación como organismo fisiológico y como personalidad humana, sin desprenderla de sus orígenes, de sus adherencias fatales hacia la tierra que habita y el ambiente que respira y la rodea. Nuestra historia de hoy, fruto de investigaciones pacientes sobre los archivos de papel y la memoria de los hombres, comprobada por sus propias deficiencias, habrá de transformarse por completo en el futuro, gracias a la observación de aquellas leyes fundamentales; y entonces los hombres y sus actos podrán ser juzgados con la única imparcialidad posible, y puestas de relieve aquellas cualidades superiores que influyeron como fuerzas eficientes de la nacionalidad en la dirección de la corriente ci-

vilizadora. Los estudios de costumbres primitivas, de creencias en dioses y en mitos más o menos racionales o absurdos; las pinturas de cuadros y escenas de multitud, donde se muestran las aptitudes y las cualidades bellas de las razas y pueblos; la descripción simple o colorida de las monstruosidades, aberraciones o extravíos mentales u orgánicos que en su seno aparecen, personificados en seres extraños o exóticos, así como entre las plantas, todos esos aspectos, nuevos por sus aplicaciones, aunque antiguos en el tiempo, que se llaman el *folklore*, que es ciencia y arte fecundísima, constituyen los elementos primarios de aquella historia venidera, que tan sorprendentes revelaciones guarda para nuestra posteridad. Pero, sin duda, la formación de la literatura nacional *folklórica* es obra lenta, de término incierto; porque si hoy existen algunas fuentes escritas, legadas por los viejos cronistas y viajeros, y por poetas o escritores contemporáneos, ellas se refieren sólo a muy escasas regiones, y la más completa obscuridad reina sobre el mayor número de nuestras provincias. ¿Y qué diremos de esa vastísima extensión circundada por el Océano austral en la que hace apenas una década penetraron la luz de la cultura, el brillo de las armas, los signos de la soberanía nacional? No hemos nacido viejos, ciertamente, como quisiéramos creerlo a veces en nuestra vanidad, cuando en el dominio de la vida intelectual, de las labores del espíritu, sólo contemplamos el inmenso vacío y la vasta soledad inexplorada.

Nada, en nuestro país, se halla más disperso e incongruente que los materiales de la historia literaria y geográfica: la tarea de reunirlos, combinarlos y utilizarlos en la investigación de alguna ley histórica nacional, sería quizá de toda una vida y de sacrificios incalculables. Sabemos, no obstante, por pacientes lecturas y propias experiencias, que puede construirse un sistema o un mapa de cualidades y costumbres, creencias, supersticiones, modismos o variantes de lenguaje, y que las diferencias constitutivas de cada zona se hallan determinadas por los caracteres del suelo correspon-

diente y de su historia, comprendidas en ésta la de las razas primitivas y la del establecimiento y desarrollo de la nación conquistadora. En tal variedad de elementos físicos e históricos como existe desde un cabo al otro de la tierra argentina, la formación de esta literatura deberá ser, pues, regional, si ella ha de ser la expresión exacta del espíritu y cualidades de la nación que la habita.

Mientras llega la hora, — que será para otros hombres y tiempos, — de contemplar tan hermosa conquista, fijemos la atención, con el cariño que merecen, en las obras del presente, verdaderos *pioneers* de la múltiple y ardua jornada. Los *Recuerdos de la tierra* están llenos de ese material precioso, como lo estará toda obra, de experiencia directa, amorosa observación y sincero relato sobre las cosas, las creencias y sentimientos de nuestro país: la virtud suprema del que las describa consistirá en saber exhumar los que pasaron, pintar lo que viera, y deducir con acierto sus leyes permanentes para incorporarlas al caudal de la historia común. Todos los matices del color, las pulcritudes de la forma, las delicadezas de la música y las profundidades del análisis tienen su campo abierto en este género de producción literaria que tantos espacios y elementos domina, desde los sutiles y vagos deleites de la fantasía, hasta los hondos y positivos problemas de las instituciones sociales. Aquí los hallará el lector, arrojados con pródiga mano y envueltos en ropaje atractivo y pintoresco, ya en la forma de efectos de los fenómenos naturales sobre la sensibilidad de las gentes comarcanas, ya como residuos moribundos de pasadas existencias, o como frescos retoños de árboles corpulentos que derribaron el hacha, el vendaval o las corrientes de las aguas desbordadas.

El elemento histórico de este libro pudiera comprender dos divisiones: los episodios relativos a acciones o impulsos patrióticos, a personajes y sucesos de la vida política, y el

tradicional, o, como se dice *folklórico*; en la primera podríamos colocar el animado relato de *La maroma cortada*, donde, si más conmueve el sentimiento que la pintura, se revela una cualidad especial del autor, manifiesta en las demás narraciones del mismo género, como el *Sargento Velázquez*, *El chasque*, *Capturar...?*, la unción del patriotismo, visto hacia el pasado, con esa suave melancolía de los recuerdos personales. Ella aparece hasta en las páginas más alegres, — como las que dedica al cómico percance acaecido al teniente Vergara en *Cayó el matrero*, — a manera de leve sombra, necesaria para amortiguar los efectos de los colores sobre una retina muy sensible. Por lo que respecta al caso en sí mismo, lo hemos oído referir en el interior de la República, aplicado a otros personajes y relativo a otros sitios y sucesos, de tal manera que ya podemos anticipar que será materia del futuro *folklore* nacional.

Pero no siempre ha presidido en este punto del material histórico un criterio local, ni la sola información del recuerdo, porque, seducido por el prestigio de la erudición americanista, o quizá por un deseo de fundir en uno solo diferentes caracteres o atributos de nuestro dilatado país, nos habla también de cosas traídas a su suelo nativo desde las distantes regiones que encierran las montañas andinas, reuniendo sobre la tierra del charrúa las reminiscencias o reliquias de la raza incana. Si ésta fué en los tiempos de su gloria la que más amplio espacio abarcara, nunca fundó cosa alguna más al oriente del Río Paraná, que, con su inmenso y profundo cauce, marcó la frontera etnológica de dos grandes porciones de nuestro país. No dejó por eso aquella nación dominadora de imponer hasta las márgenes del Río de la Plata, hasta las orillas del Océano la influencia, ya de su idioma heroico, ya de sus instituciones sorprendentes... Pero queríamos decir sólo que *El chasque*, es una muestra de esa tendencia del autor de este libro, a mezclar las graves enseñanzas de la biblioteca con la sencillez conmovedora de los relatos; y así, no es extraño que en éste veamos al mis-

mo tiempo asomar la cultura quíchua, con sus carreteras gigantescas y sus correos admirables, y oigamos la tierna relación del anciano, vencido por los progresos de la civilización. Tipo bellísimo, sin duda, es el del antiguo correísta en nuestra sociabilidad, desde un extremo a otro del territorio, no sólo porque representa una edad juvenil llena de encantos, y la eterna e inviolable santidad del secreto, sino por las innumerables escenas a que, por ser portador de "lágrimas y sonrisas", debía siempre asociarse.

Del mismo artificio se vale para presentarnos en hermandad simpática las tradiciones del norte con las supersticiones del litoral, y para añadir interés novelesco a las páginas del libro. Aquella *Mama Juana*, tipo real y noble de la antigua raza, asimilada a la nuestra en tres siglos de vida común, que si había adquirido los hábitos de la que conquistara la tierra, no pudo perder lo que era la esencia de la autóctona, el alma, la substancia misma del suelo en que naciera. Los que hemos vivido en el ambiente de esa raza y la hemos experimentado en la compañía de nuestros hogares de provincia, o en la servidumbre, suave como el yugo del predicador de Galilea, sabemos que no se inventa cuando se le atribuye esa fantasía, ese encanto con que refiere los cuentos de sus mayores, que conserva amorosa, solícita, y como consciente de realizar una misión de perpetuidad y legado hacia las generaciones venideras. Así, no es extraño que la anciana ésta, "que parecía hablar con la voz de una raza extinguida, en el reposo imponente de los bosques", deleitase con sus relatos al joven interlocutor, y que más de una vez le hiciese estremecer con los medrosos efectos que ella misma sintiera, al percibir ciertos rumores, notas, gritos o vislumbres en la noche, que despertaban su recuerdo de la tierra lejana, cual si soplasen en el corazón de las cenizas la brasa viva que en ellas se oculta.

Aunque fuese fingida o artificial la presencia de este personaje, en el conjunto de los que llenan el escenario de los *Recuerdos de la tierra*, sería siempre, como antes decía-

mos, portadora del mensaje de fraternidad entre dos regiones distintas y separadas de nuestra patria, las cuales, por tal modo, vendrían a confundir sus almas, a comunicarse sus fantasías del pasado y sus ensueños, informes aún, del futuro. El autor sugiere un bello cuadro rústico, en esa vivienda que los árboles añosos sombrean y las enredaderas nativas, con amor meridional, insaciable, cubren por entero de perfumado y colorido ropaje. La huérfana misteriosa, Cornelia, es quien mantiene la llama de amor en aquel cuadro, pero como tributado a una memoria, pronto a convertirse también en mito, en sobrenatural abstracción, gracias al poder creador de la raza: es el novio muerto, cuyo espíritu vaga en torno y mantiene en exaltación religiosa su apasionado culto, ya repitiéndole en los ruidos nocturnos sus promesas frustradas por el crimen, ya iluminando las selvas con llamadas semejantes al incendio... ¡Oh, eterna virtud de los amores supremos, ésta de ver a través de la muerte la forma, oír la voz, sentir la presencia del ser amado! Esa es una ley universal, y por eso todos los pueblos fundaron sus religiones y epopeyas sobre un recuerdo, sobre un sentimiento del pasado.

Esta leyenda de las almas errantes es una de las que persisten con más fuerza y carácter general en la tierra argentina; alimenta con la misma esencia múltiples y heterogéneas historias y personajes, matizados y aun transformados en las diversas localidades, según la intensidad de sus elementos étnicos. Rafael Obligado ya la cantó en su aspecto más poético en *Santos Vega*, recogió otra de sus formas extrañas en la montañesa *Mula ánima*, y ha ido a aprender en los bosques tucumanos el lamento del *Cacui*,

...el quejido, el sollozo,
el alarido de un llanto
de esos que nacen del fondo
del alma rota en pedazos;

y ahora el autor de este libro, con más gravedad de cronista que sentimiento poético, imprime también su interpreta-

ción arrancada de los libros doctos. Así, para él, que escribe *Kakuy* según la etimología quichua, este animal lloroso simboliza en la mitología del norte “una india que está condenada a llamar a su hermano”, por el trágico suceso acaecido “allá, en los tiempos de los soles largos, entre las quebradas de una sierra de Tucumán”, y que la convirtiera en ave, como Scylla se transformara en alondra, en castigo de haber robado a su padre el fatal cabello. Hacen compañía al dolorido *cacui* en el reino alado, y con él se reparten el imperio del país, otros pájaros de canto melancólico, vinculados hondamente al alma de nuestros pueblos: los buhos fatídicos, habitantes de las tumbas, las cuevas o los nidos abandonados por otras aves o por el hombre; la torcaz que invita al romanticismo y a los ensueños infantiles con su tierno arrullo maternal; el *ñacurutú* que ronda en torno de los campamentos y las tolderías; el *caráu* de las riberas y las lagunas bordadas de tupidos cercos de arbustos acuáticos; las solitarias *viudas* o *monjas*, privadas de canto, pero cuya incurable tristeza se traduce por un lastimero y débil silbido, que apenas turba las noches silenciosas o las siestas ardientes. Todos ellos, y otros que por esas dilatadas llanuras, valles y serranías mezclan sus notas en el concierto gigantesco de lo creado, son los que llevan el tono de la universal, inmanente y eterna melancolía de todas las cosas, que tiene en el organismo humano la cuerda unísona pronta a vibrar a la primera pulsación o a la primera simpatía. Y en tal sentido, la naturaleza patria, como fuente directa de observación y recursos de arte, así para el filósofo y el poeta, como para el pintor y el músico, es un tesoro todavía oculto, reservado a los tiempos venideros, cuando el pensamiento, en su labor creadora, busque en sus senos fecundos la savia que agotaron los vicios, las aberraciones y las vanas y hueras sabidurías.

Las más atractivas, las más animadas, las más sentidas de estas páginas son aquéllas en que figura el elemento poético por excelencia, en las cuales el autor, menos preocupado de poner la unción u óleo santo de la pesadumbre psicológica, se ha entregado al impulso espontáneo de su entusiasmo y seguido los libres caprichos de la imaginación y del recuerdo, tras de escenas, cuadros y paisajes llenos de luz, y de alma y de música, y se ha propuesto pintarlos con sus naturales colores y contornos. Las costumbres de las gentes de campo, — de las gentes argentinas se entiende, — ora las relativas a sus labores agrícolas, a sus faenas rurales que ejecutan sin pena y sí con la esperanza en los corazones, ora las que se refieren a sus goces y comunes alegrías, tendrán siempre en este libro una imagen viviente, porque son su sangre, su carne, su espíritu. Tal como ellas son, están distribuídas en la obra con desorden, con mezcla, con algazara, en confusión de líneas y colores, de sombras y sonidos, y no pocas de sus creaciones se apagan y reaparecen, de trecho en trecho, cual si transmigrase la substancia de unas páginas a otras, o cual si el pintor, enamorado de ellas, no se resignase a dejarlas, sino que quisiera que le acompañasen todo el camino. Razón tiene, en verdad, en no querer privarse un momento del arrullo adormecedor de esas fiestas, zambras y cantares, y por eso le vemos en diversos pasajes reanimar los mismos cuadros y encender las mismas luces que ya brillaron en otros. Reconoceremos, además, en todas ellas, aunque habiten las suaves y favorecidas llanuras de la Mesopotamia, los mismos caracteres esenciales del alma nativa, de ese gaucho argentino, que lo mismo afronta los horrores de una pelea y las miserias de la suerte, que en torno del fuego regenerador, bajo la sombra del ombú, o al aire libre de la primavera, se alza radiante de arrogancia y hermosura íngénitas para la danza nacional, en la que mozos y mozas, desbordantes de savia, remedan en sus giros graciosos el ondular de los ríos y el serpentear de los arroyos que fecundan sus campañas:

*Ero lou règne, aqui, di farandoulo,
La naciounalo danso roudanenco,
...i jour de voto,
Di viravout dou Rose imitarello,
Ersejo e fai la serp au long di dougo.*

Se nos figura que el autor, en presencia de la naturaleza, ha extendido un gran lienzo, y presa de un capricho, o de un vivo deseo de bosquejar, reunidos, todos los asuntos para una serie de trabajos de detalle, hubiese en unos prodigado las tintas, diluído las sombras, borrado o confundido los contornos y las facciones, y en otros, por el contrario, puesto más análisis, más precisión técnica, más amor: así sucede que en el campo de su obra aparecen repartidas con intensidades diversas, con dibujos desiguales, con rasgos comunes muchas escenas, cuadros, tipos, que, a haberse realizado la tarea definitiva del taller, habrían salido a luz con su dibujo concluído, sus matices nítidos, sus sombras y luces acentuadas y cada una con su marco propio y en su sitio aparente. Pero, ésta es, quizá, regalía de espectador metropolitano, que exigiese del artista algo que bien pudiera depender de su propia atención y raciocinio; porque, cuando se analiza esa tela imaginaria, se distinguen con claridad y se iluminan con toda la luz externa e interna necesaria los bosquejos que contiene. Así, se sienten el bullicio y las correrías, se oyen los cantos, las exclamaciones y estrépitos de concursos alegres y festivos en *La minga*, en que junto con los frutos de la común fatiga, llegan las bellas ilusiones y despiertan las ternezas y las imágenes, forma indefinida de la gratitud de la criatura hacia la tierra materna, que no sólo le nutre y vigoriza, sino también le arrulla y hermosea. Lo mismo, pero con mucha mayor hondura de concepto, de color y de dibujo, hasta el punto de resaltar sobre todo el escenario del libro, se nota el cuadro, en que hay más de una pincelada heroica, titulado *Parando rodeo*, en que el observador queda suspenso ante aquella "isleta de espinillos en flor, ataviados con el manto regio de las rubias aromas",

a presenciar la lucha conmovedora del toro embravecido que, después de hacer temblar la selva y la comarca, se rinde ante el valor y la pericia del campesino, auxiliado por sus perros de caza. Al lado de este episodio podemos colocar *La creciente*, fenómeno interesante no conocido en tal forma por los hijos de las montañas, porque en la región de los bosques litorales los ríos se hinchan y agrandan, cual si sacasen del fondo de la tierra todo su cuerpo sumergido, y ahogan entonces los rebaños, los campos y los bosques más altos en majestuosa inundación; pero allá, donde las cumbres abruptas rompen con el blanco filo de sus nieves el intenso azul, cada vez que rebalsa el agua de sus torrentes, y se derrumban hacia los abismos, es porque arden en la altura las fraguas, se entrelazan los rayos, se incendian las cimas, estallan los truenos hórridos y repercuten sin término como los ecos de una batalla de gigantes ejércitos; y entonces el alma sólo tiende a difundirse, a lanzarse de la vida terrena, y convertida en una nube de incienso, en un acorde sagrado o en un rayo de luz, envolver en un rapto de suprema admiración a la fuerza, la mente, la ley, la idea que rige los mundos, los lanza al espacio y los aniquila con un soplo:

¡Con cuánta alegría sellan los hombres las paces con la naturaleza irritada! Y en aquellas donde las luchas son más frecuentes, por hallarse al borde de los ríos caudalosos, bajo las selvas tropicales o entre las montañas escarpadas, tienen más que los otros riqueza de artísticas manifestaciones de ese júbilo íntimo con que se festejan las horas de tregua, de sosiego, de adormecimiento de todas las energías. Por eso después de cada labor, al fin de toda jornada de la diaria faena, la danza, la música, la confidencia, la poesía, hacen su entrada triunfal. Y no habrá país en la tierra que pueda exhibir al arte variedad más abundante de bailes nacionales, de canciones y estilos poéticos, los cuales adquieren formas, tonos y modalidades como los caracteres de las regiones principales del territorio, y según las influencias he-

reditarias, o de otras sociedades vecinas. En no pocas especies de bailes se mezclan en estrecho consorcio los ejercicios del ingenio nativo, ya en la poesía con que se anima el aire musical, ya en las tiernas o picantes *relaciones* que en instante propicio han de dirigirse las parejas, en versos improvisados o aprendidos, que tienen toda la gracia, el color y el aroma de las flores y hierbas campestres. Algunos de ellos son comunes a todas las provincias, porque lograron salvar, en fuerza de su hermosura y donaire, las fronteras interiores, e imponerse a la admiración de los más cultos: el *pericón* y el *cielito* reinantes en la campaña bonaerense y en todo el litoral de nuestros grandes ríos, con sus cuadros de conjunto, actitudes estatuarias, zarandeos y giros multiformes, y con los prodigios de picaresca y agil versificación, que los convierte en torneos donde se lucha con la estrofa y la melodía, como en una batalla de flores y de luces; el *gato*, el *trunfo*, la *huella*, el *malambo*, los *aires* y las *mariquitas*, en Córdoba y demás provincias del centro y del norte, que se caracterizan por la rapidez, la viveza y combinación de los movimientos y dibujos, por la música y las palabras, de estilo e índole especiales, y en los que tanto hace la apostura del galán, como cautivan los ojos y arrancan delirantes palmoteos de aplauso el cuerpo cimbrador y ondulante, las curvas y arabescos, que en el suelo trazan los pies ligeros de las muchachas campesinas, desbordantes de rosas en las mejillas y de pasión nativa en las almas; la *zamacueca*, el *escondido*, la *chacarera* de las tierras andinas, en los que domina un estilo más severo, sin ceder nada en encanto a sus congéneres, antes bien, elevándose por su pensamiento musical la primera, por su marcada forma escénica el segundo, y la tercera por la delicada, exquisita y adorable gracia de los juegos y huídas a que se entregan, al compás de música resplandeciente de alegría, los gentiles y jóvenes cazadores de amor. Y este libro despierta todas las reminiscencias, evoca todos los recuerdos, conjura todas las sombras errantes

de las costumbres nativas, que van ya desvaneciéndose ante la hoz mortífera de las nuevas generaciones...

Con harta razón después de cada uno de sus cuadros llenos de la vida y del calor de la patria, hay siempre una despedida triste a todo lo esencialmente argentino, que se va, se esfuma, se pervierte.

Aquí he sentido, después de tanto tiempo de ausencia de mi tierra provinciana, llegar los ecos arrobadores de los cantares del pueblo, no recopilados aún ni en el pentagrama, ni en el libro, destinados a unirse para perpetuar y legar a tiempos mejores, del porvenir, antes que desaparezcan por siempre, las armonías sencillas, casi primitivas de nuestros campos, fuente virgen aún de la futura música nacional, apenas vislumbrada hoy por algunos espíritus sinceros, y desconocida por los demás que no ven en ella lo que Beethoven percibiera en los ruidos de la noche, o en los ingenuos cantos de los pastores. No; es casi una iniquidad convertir las sagradas melodías en que el alma de la tierra ha llorado sus dolores, soñado sus esperanzas y exaltado sus victorias, en objeto de espectáculos exóticos o de mercantiles acomodados; porque les faltará "el paisaje decorativo del bosque, la inmensidad desolada de los campos que parecen murmurar voces extrañas, y las sombras nocturnas que avanzan..." La *vidalita* es de origen montañés, viene su abolengo de aquella raza que tuvo al Sol por deidad suprema y lo adoraba en templos colosales de piedra, o bajo el infinito cielo de América a la hora en que se hundía envuelto en llamaradas rojas en el pavoroso occidente, y cuando aparecía de nuevo, aprisionado aún por las nubes de la noche, que al asomar la aurora se bañan de deliciosos rubores. Ella tiene su unísono en el *triste* de la llanura donde cantó Santos Vega. Tiembla la voz que modula aquella música, lo mismo que la de las vírgenes consagradas cuando entonan sus salmos ante los altares; y cuando el campesino la repite sin palabras en las laderas y en los bosques, en la *quena* legendaria de sus antepasados, se siente brotar lágrimas de

las peñas y de los árboles centenarios, y correr en silencio sobre el granito el llanto secular de la Niobe de Ovidio:

...ubi fixa cacumine montis
Liquitur, et lacrymas etiamnum marmora manant.

Ha querido también aquí el autor de los *Recuerdos de la tierra*, unir en fraternal abrazo la melancolía montañesa, la dulce tristeza que brota de la leyenda antigua, con la alegría abierta y la chispeante galantería de la región oriental. Las varias escenas en que nos exhibe esta atractiva fase del carácter argentino, como en *Juvenilia*, *Junto al fogón* y otros capítulos ya enunciados, pueden dar la verdadera impresión de lo que es el espíritu del gaucho, su imaginación siempre veloz, la ternura de sus afectos y la sutileza de su ingenio; y se sabe que el autor conoce como pocos el vasto repertorio de la poesía y la música populares. Algunos clásicos ejemplos nos ofrece en sus páginas, risueños o conmovedores, y al leerlas se ocurre desear que compilase los más auténticos e indiscutibles, porque es fuera de duda que mucha mezcla moderna, nacida de las payadas de teatro, ha venido a enturbiar el límpido seno de la que brotara en la pampa, en las riberas, en la llanura, en los valles andinos.

No daríamos a estas líneas color ni forma de crítica, si no dijéramos algo del libro en sí, como obra de estilo y de concepción literarios, pues que así ha de entrar en la no abundante nomenclatura de los que realizan la creación de un arte propio. Sus elementos constitutivos, como los de toda labor culta entre nosotros, — el nativo o criollo, y el universal o clásico, diremos así, para designar el idioma sancionado por los doctos, — lucharán sin cesar hasta fundirse en una unidad indivisible de fondo y de forma, a que den vida los preceptos originarios, en racional y natural fusión con los libres, nuevos e ingénitos caracteres de esta sociedad. Pero no será sin duda por medios violentos o fac-

ticios cómo esta metamorfosis se realizará en el tiempo, sino por una gradual, sucesiva y latente serie de evoluciones, presididas en todo momento por esos insaciables soberanos de toda obra intelectual, que se llaman el buen gusto, la conciencia estética, la cultura de la forma y la pureza de la idea.

Quizá en este nuevo libro que la literatura nacional adquiere, se encuentren en desequilibrio notable esos dos atributos, pero deberá todo lector reconocer que hay en él riqueza grande de uno y otro; y en cuanto a poesía y arte nativos, no sólo ha sido fecunda la mente que lo trazara, porque ha habido derroche a manos llenas, sino que, abierto el seno de la tierra, han surgido de él, como después de largo encierro, en torrentes desordenados y rumorosos. Por eso entre los tópicos diversos que abraza, algunos de los cuales no hemos analizado en particular, se advierte cierto descuido, formas difusas, tonos desiguales, y caprichosas y, por tanto, no siempre justas distribuciones del color y de las sombras, exceso visible de determinados recursos y efectos, cual si repitiendo su ejecución hubiera querido grabarlos más en la memoria o en el corazón de sus lectores. Pero hay mucho de interesante en esta confusa galería de retratos y de escenas pintados con colores de selvas, ríos y cielos, en la tela nunca agotada de la tierra argentina! Aquel *Curandero* recuerda a veces a un Diógenes agreste, y otras a un rey Lear sin corona y sin hijas ingratas, y dentro de esta rara familia podría figurar tal vez ese otro loco advenedizo llamado *Chabaré*. Las mujeres que llevan en estas páginas el estandarte inmortal del amor y la ternura, son las "morochas" apasionadas o despreciativas que encienden la inspiración del poeta campesino, despiertan los impulsos caballerescos o enfermizos en las almas incultas del hijo de los llanos, los bosques y las montañas, y son también tipos originales del escritor, por él sólo observados, pero que pudieran confundirse como hermanos en un solo hogar, sombrío, abandonado, del que hubiese huído la esperanza. Dionisia, Cornelia

y Marcela son hijas de una misma concepción espiritual, huérfanas las tres de amor, de ilusiones y de todo afecto, pero la última se aparta con relieve singular del grupo melancólico: nacida en brazos de la miseria, un incendio la dejó sin padres y sin hermosura; su bondad y su tristeza la hicieron encontrar hermanos, pero reclamaba la tierra su fruto y un rayo la redujo de nuevo a cenizas. ¿Por qué el autor, — diremos el poeta, — no ha elegido mejor sus personajes predilectos, y no ha consagrado al idilio de Marcela todo el religioso culto de arte que encerraba? Fué un sueño doloroso la vida de esta criatura adorable y piadosa, y también una tenue lumbre que llena de unción las breves páginas en que atraviesa su silueta deleznable, como una flor misteriosa del agua y del viento.

Debemos terminar, bien a pesar nuestro, aunque nos falte decir tantas cosas contenidas en este pequeño volumen, que es, al propio tiempo que un tesoro de recuerdos íntimos de hogar y de infancia, de episodios patrióticos, de costumbres nativas y relatos animados y coloridos, un nuevo y positivo concurso al estudio de nuestro idioma en América, su genio local y su crecimiento, aparte de lo mucho que en él deberá descubrir quien investigue con amor en las intimidades del alma argentina.

Octubre 25 de 1896.

IX

PRÆLUDIUM

Al libro de Lucía Bosque Moreno, *Voces Interiores*, 1912

PRÆLUDIUM

Tarea difícil para un hombre ya casi envejecido en la vida política, en el trabajo profesional y en el estudio y enseñanza del derecho, como el que estas líneas escribe, es penetrar en el ambiente en el cual han germinado y han echado sus brotes y sus flores, las ideas y sentimientos de este libro. No obstante, un profundo interés despierta su lectura en un espíritu no desprendido del todo de las meditaciones, que para no caer en preciosismo científico, llamaremos sencillamente prácticas; tanto más cuando se tiene en cuenta que su autora fué una consagrada al culto de dos afectos internos, capaces de sublimizar una vida: el de la familia propia, y el de la inmensa familia de los niños que buscan en la escuela el calor de la ciencia.

Hemos leído estas páginas con creciente curiosidad y apenas contenida emoción, impulsados por la armonía atractiva de su estilo rítmico, pulcro y colorido, y arrastrados por el intenso deseo de descubrir la causa del dolor que las embalsama con tal suavidad y unción, que parece un perfume antiguo, más bien brotado de las cosas mismas, que puesto por la mano del artista. Si es verdad que aparece en todos sus períodos y estrofas el genio triste de la llanura y de la montaña andina, como el inmanente *lacrymæ rerum* que percibió el poeta latino, se advierte también una fuente más íntima, más invisible, más subjetiva, más ignota, más secreta, de esa melancolía difusa que se comunica a las primeras confidencias con el alma de la autora.

Después de leer esta que llamaremos confesión póstuma de una bella alma de mujer, que vivió en este mundo el

espacio de un sueño acaso para no hacer desbordar de amargura el exquisito y frágil vaso que la contuvo, se imagina el lector una peregrina de otro mundo, desterrada, llorosa, de una nostalgia inconfesada, por un país de ensueño que fué su patria incorpórea, y a la cual volvió bien pronto, después de cruzar esta vida como un vuelo de ave viajera, deteniéndose en ella apenas el tiempo necesario para tomar aliento, refrescar las fauces sedientas y reposar las alas inquietas.

Todos los poetas primitivos, los que hablan el lenguaje y cantan con las inspiraciones originarias de la tierra, tienen acentos, imágenes, ensueños y creaciones semejantes, y a veces estos fragmentos, vibrantes de vida juvenil, hacen pensar en la cálida poesía del *Cántico de los Cánticos*, y se cree ver llegar, radiante de regocijo estival, al amado ausente, saltando los collados y orlada su sien con rosas de Engadí.

No se busque entre este manojito de flores tesoros ocultos de trascendentales pensamientos, ni filosofías abstrusas, ni rumbos nuevos para el arte, ni innovaciones deslumbrantes en la forma; es un manojito de flores, y entre éstas sólo se hallará encanto de color, caprichos de escultura y embriaguez de perfumes, con esas vagas y sutiles abstracciones hacia las cuales, a todo espíritu meditativo, conducen siempre esas bellas cosas. Y tan suave, tan dulce, tan etérea es la región en que se cierne esta ave canora de las selvas montañosas de los Andes, que la hemos imaginado una corporización de esa música doliente y nativa, que ya tradujo la quena indígena, balbuce el tamboril rústico con sus breves notas evocadoras, como llamadas a la puerta de sepulcros antiguos, y luego se diluye en lacrimosas melodías en la flauta pastoril de caña del torrente, para cantar las informes y casi borradas memorias de un pasado desvanecido.

Son una mente y un corazón de mujer los que han hablado en estos fragmentos de prosa y de verso, saturados del mismo fluído rítmico, que a veces se siente la armonía

de la prosa en el verso y la música del verso en la prosa: virtud esencial que habría llevado tan alto el vuelo de su musa, si la muerte no hubiese querido transportarla a otro empíreo, a otro país de armonías, cuyos ecos difusos descienden y penetran en toda la naturaleza, para que vayan a recogerlos los poetas vivientes, a manera de revelaciones de esas almas que se fueron en viaje prematuro y precipitado, sin haber tenido tiempo para decirnos su pensamiento, insinuarnos su confidencia, ni enunciarnos siquiera la causa de su dolor y el dolor de su partida.

Fragmentos de prosa y de verso nacidos de un cerebro de mujer, de mujer joven y pensadora, contienen una vida interna que nosotros, los encallecidos en la lucha de la política y en los conflictos de sus intereses, apenas podríamos presentir y acaso nunca comprender. Por eso hemos querido arrancar, a modo de experimento, la resonancia viviente de otra alma femenina, templada en los altos tonos de la armonía, la cual, después de la íntima confidencia solitaria con la invisible, la incorpórea, la ausente, nos ha confiado su impresión:

“Hay tanta delicadeza, tan honda melancolía, tanto dolor de la vida en el poema que vive en las sencillas páginas de este libro, que su lectura ha despertado en mí un intenso sentimiento de amistad hacia esa alma diáfana, luminosa, como nacida del beso de dos astros, y que llega hasta nosotros en el eco rítmico, vago, de una armonía sideral. Alma tierna y sensitiva que a su paso por este mundo plegó sus alas en un sublime gesto de púdico temor, para desplegarlas luego al lanzarse hacia el infinito, como la onda de luz en el vacío, sin una queja, sin un rumor, sin un acento...”

Amigas, compañeras y hermanas de ideales y de misión docente, han querido hacer conocer, en la forma de un libro impreso, las íntimas confidencias de este bello espíritu que fué Lucía Bosque Moreno, hija de las montañas de San Juan, y consagrada aquí al alto apostolado de la escuela. En su cotidiana comunicación con las almas infantiles, man-

tuvo, sin duda, en la suya, la unción de las puras idealidades, reveladas en estas páginas con una claridad transparente. La dura faena del aula, en el ambiente silencioso y a veces ignorado en que transcurre, no había mellado la fina lámina de la piedra preciosa ni del sonoro metal; y así, mientras labraba, ella también, en las mentes de los niños sus cristales, pulía y timbraba en culto de belleza impersonal y contemplativa, su propia mentalidad, y su concepto del arte, fundido en el crisol soberano, imperativo, absoluto de Goethe, que se sublima en Nietzsche: “lo bello se basta a sí mismo”, como lo recuerda en los intensos “párrafos” que cierran con fuerte broche este libro de secretos.

Se me ha pedido unas palabras de introducción en la creencia de que algo valdrían para propiciar el buen hado, — *habent sua fata libelli* — y sólo podemos dar una impresión y no un juicio de academia. ¿Y qué más puede darse sobre un conjunto de inspiraciones poéticas, musicales, como las contenidas en estas páginas fragmentarias, legadas por una mente juvenil que cesó de pensar y un corazón de mujer que dejó de latir en la mañana de la vida? Fué una vida dedicada al más noble oficio conocido, y su alma soñadora, como libélula inquieta y fascinada, al girar enegrecida en torno de la llama del arte, fundió sus alas en ella, y quemó su vida en el ara consagrada de su noble culto.

Que sea feliz este libro, confidente apacible de la soledad, en cuyo silencioso regazo fué ideado, compuesto, soñado y ungido por un oculto dolor que ya nunca más será conocido...

6 de agosto de 1912.

X

EL Dr. ADOLFO E. DAVILA

EL DR. ADOLFO E. DAVILA *

Sr. González. — Señor Presidente:

Hay momentos históricos en los cuales es más necesario que en otros poner de relieve ante los pueblos los ejemplos más educativos, de vidas consagradas a las mejores causas, las que elaboran los tejidos esenciales de la cultura colectiva; es éste uno de ellos, y la figura moral, intelectual y política de nuestro colega desaparecido, la indicada para representar los contrastes con las realidades no deseables o las personificaciones más resaltantes de las cualidades más apetecibles.

Perteneciente el doctor Adolfo Dávila a una familia de alta tradición histórica, social y política en su provincia y en la república, su vida individual sólo contribuyó a imprimirle mayor lustre y prestigio, extrayendo de las influencias ancestrales, y renovándolas en constante acción de reciprocidad, las virtudes íntimas y civiles, que dan al país su timbre de cultura propia e inconfundible. De ahí obtuvo sin duda, ese imperturbable espíritu de cordialidad, tolerancia y respeto por sus conciudadanos y por todo hombre civilizado, que le hizo tan amable en la sociedad de su tiempo; y esa condición de su carácter, inherente a toda superioridad, lo condujo hasta ser en la vida pública y en las luchas propias de ella, un modelo de gentileza, de consideración y de valerosa hidalguía, hija de la raza.

* Discurso pronunciado en el Senado de la Nación, el 19 de mayo de 1918.

Durante varios períodos en que fué miembro de nuestro Congreso, elegido siempre por el pueblo de su provincia, y con el concenso moral de todos los partidos, junto con la alta y digna dedicación a los intereses económicos y morales de su electorado y de la nación entera, se singulariza su conducta por la acentuación del respeto por la cámara a que pertenecía, por las opiniones más divergentes de la suya entre sus miembros; y en suma, pudo ser calificado la representación más genuina y natural de esa condición tan reveladora y sugestiva de las naciones modernas, sintetizadas en la denominación de *cultura parlamentaria*, la cual sólo es un reflejo de todas las demás culturas, — de la sangre, de la educación, de la vida, del saber —, llevadas en ofrenda al servicio superior de la patria.

El Senado argentino que le contó en su seno desde el año 1912, — en virtud de una elección y una reelección en 1916, que fueron un noble acto político y un libre homenaje de los partidos representados en la legislatura de La Rioja hasta la disolución *manu militari* de 1918 —, no ha tenido un legislador más dedicado, más respetuoso de sus fueros, y más penetrado de su misión de concordia, contrapeso y conservación de los resortes esenciales de nuestro sistema de gobierno; y todos los que le sobrevivimos no olvidaremos, por cierto, sus insinuantes consejos, sus amistosas sugerencias, sus conciliadoras pláticas de la vida intraparlamentaria, en la cual se realiza la efectiva fusión de aspiraciones, propósitos e ideales del bien común.

Espíritu amplio, expansivo, generoso, susceptible de ese noble entusiasmo por el valor y los triunfos de los demás, que tanto preconiza Ruskin, fué en todo tiempo un foco de estímulo para los jóvenes, de aliento para los novicios y de confortante seguridad para los que algo realizaban. Colocado por su esfuerzo en una alta posición social, y dueño de una gran fuerza de propaganda y acción entre sus contemporáneos, no dió jamás asidero a las bajas pasiones, rivalidades, envidias, odios y venganzas, que una funesta co-

rriente de orígenes remotos parece lanzar en estos tiempos sobre las sociedades de más antigua y refinada civilización pero que, sin duda, hará sus más seguras víctimas entre las más nuevas, las más incipientes, las más incapaces de defenderse contra la mortífera epidemia.

Conocía yo el pensar recóndito del doctor Dávila sobre los principales problemas de la vida nacional; estoy seguro de que su gran espíritu de tolerancia, ecuanimidad y conciliación, provenía de la penetración de los defectos, insuficiencias y confusión de valores inherentes a nuestra joven nacionalidad. Había sufrido en su infancia las trágicas consecuencias de la barbarie, el odio y la incultura legados por la tiranía y el caudillaje, enseñoreados del poder como de un arma; y pudo acaso presenciar en su propio terruño, que es también el mío, los excesos de las masas analfabetas enardecidas por los odios y represalias políticas alzadas en armas, en actitud de revancha contra las clases ilustradas, que hasta ayer habían servido como obreros u obedecido como soldados.

Creía con firme convicción en el desarrollo progresivo y en el triunfo definitivo de nuestra democracia; y de ahí su consagración absoluta e irrevocable al periodismo, que él concebía y practicaba como una misión superior, de orientación, corrección, enseñanza y estímulo constantes de las virtudes activas que dan razón de ser a toda comunidad política. Su hábito de estudio y meditación sobre todos los problemas actuales y palpitantes de la vida nacional le habían dado una visión certera y una actitud real para la función gubernativa. Un concepto ortodoxo sobre el carácter de su misión de escritor público, le impidió aceptar y privó al país de su participación en el gobierno, de la cual habría dejado hondas e indestructibles huellas; pero las que quedan de él en la prensa argentina, cuya alta reputación mundial de fuerza y cultura, son ya una escuela y un patrimonio indiscutible de la nación, no podrán ser borradas, siempre

que se trace la historia de sus progresos y vicisitudes desde la organización de la república.

Las instituciones políticas, como los moldes de los metales en fusión, pasan a veces por las más arduas pruebas de resistencia; pero cuando la institución de la prensa, como representación de las fuerzas de la palabra hablada y escrita, conserva su soberanía, nunca delegada en poder alguno de la tierra, como no se enajena el pensamiento, el alma de las instituciones democráticas, que es la libertad, persistirá en su labor modeladora de pueblos y gobiernos, para operar todas las reparaciones y generar todas las reconstrucciones.

He dicho. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*).

XI

JAVIER LAZCANO COLODRERO

JAVIER LAZCANO COLODRERO

Un hombre de talento, de distinción y de rara bondad acaba de terminar sus días en Córdoba, donde vivió su vida de afectos íntimos, de estudio y de consagración al mejor oficio conocido: el de enseñar y educar a la juventud. Le profesaba yo un cariño filial y un culto tan intenso como silencioso, pues durante mucho tiempo nos sostuvimos en nuestra recíproca y segura amistad, sobre la fe inquebrantable, más poderosa que las continuas declaraciones y ceremonias.

Lo conocí al poco tiempo de mi permanencia en el internado del Colegio de Monserrat; y no recuerdo ya cómo se inició nuestra más próxima relación aparte del obligado acatamiento que yo le debía, como alumno sometido a su vigilancia de prefecto de estudios. Recuerdo su noble, sereno y dulce aspecto de padre joven y amable, sentado o paseando sin ruido por entre las avenidas de bancos de la enorme sala de estudios en común, en la segunda hora nocturna, después de nuestro breve recreo *d'après diner*.

Era la hora en que yo más me distraía en pensamientos propios, por la misma razón que nos mandaban ocuparnos de estudiar pensamientos ajenos. Más de una vez, en reemplazo de mi aritmética, mi gramática o mi geografía, me pasaba la hora haciendo figuras o copiando retratos de cualquier historia, o escribiendo de mi cabeza las primeras tonterías literarias. "Don Javier", como le llamábamos todos, algunas veces se acercó a mi lado, fijó sus lentes lindos, de reluciente oro, que limpiaba con excesiva frecuencia con su

pañuelo, aburrido también como nosotros de hacer cosas mandadas, y me dijo:

—Amiguito, me parece que usted no estudia; lo veo siempre distraído y como si hiciera versos.

Pero no me reprendía, y aún creo que se empezó a preocupar de mí más que de otros discípulos. Y a mí me gustaba mucho cuando se me acercaba, porque, además de su limpieza, su bondad y el timbre musical de su voz, a la que contribuía su acento cordobés, el corazón me decía que yo tendría que ser amigo suyo.

No tardó un inspector riojano en llamar su atención sobre mí, en llevarme al ángulo sombrío del claustro, donde tenía "Don Javier" su habitación, y en hacerme entrar en más frecuente trato con él. Descubrí entonces que era poeta; y a mí, que desde mi escuela de la Villa Argentina, de La Rioja, ya me había picado ese insecto venenoso, me interesó doblemente, porque ví en él un confidente tolerante de alguna posible tropelía poética, que yo tuviera *in mente* contra la más inofensiva de las nueve musas.

Para que mis lectores comprendan mejor este episodio de mi vida colegial, es indispensable que les cuente cómo en mi aldea nativa, en la alcoba de la casa de mis abuelos, de Nonogasta, donde íbamos a pasar nuestras vacaciones, ya me había dado largos baños en las fuentes de la literatura clásica española, en una abundante biblioteca del género, dejada allí por un estudioso de la familia. Y la gran sorpresa de mi amigo el prefecto fué al enterarse de mis relaciones, aunque infantiles, con Lope, Moreto, Calderón, Moratín, Hartzenbusch, Zorrilla, sobre todo éste, que me traía sorbido el seso con sus *Cantos del trovador*, su *Poema de Granada*; y de alguna que otra zambullida en el lago místico de *El Genio del Cristianismo*, que solía leerle a mi madre durante los crepúsculos de oro del Famatina.

Los primeros maestros de uno lo toman siempre como una especie de bestiecilla salvaje, porque, como su oficio es enseñar, se imaginan, de buenas a primeras, que el estu-

diante va a desayunarse con ellos hasta del alfabeto. ¡Ah, y qué libros bonitos tenía, y qué raros, y con qué avidez los miraba yo, como si hubiera de entenderlos! La razón más substancial de mi grande apego por el prefecto, fué la llana y segura confianza con que me dejaba urgar la biblioteca y pasar largos ratos leyendo en su cuarto, sin incomodarse, e invitándome su café cuidadito y oloroso, cuando coincidía con mis visitas.

Un día le dí una gran sorpresa, que se convirtió en sorpresa mía, porque le llevé un romance asonantado sobre no sé qué asunto, sin duda imitado de Zorrilla; y al leer los primeros renglones, soltó una carcajada tan abierta y espontánea, que no me pareció ofensiva. ¿Qué había sucedido? Pues que yo, en vez de rimar los versos pares, había rima-do los impares y así cada final resultaba como un pistoletazo; y la primera lección que recibí en este arte de rimar se la debo a él. Pero ¿cómo yo no me había fijado en esto durante mis lecturas de tanta poesía? Vaya uno a saberlo. Ya me veo a algún psicólogo de hoy deduciendo que yo no he nacido para poeta; y tendrá razón de sobra.

Y bien; muchos años más anduvimos juntos por los caminos de ese mundo de los estudios. Yo pasé a la universidad; él ascendía en jerarquía y en cultura; y venciendo una timidez, que era delicadeza y cuidado de la corrección, publicaba poco de lo que escribía; y alguna vez lo hizo a mis instancias. Tenía bellas y sentidas páginas de prosa y verso; y conquistó una justa fama de literato fino y de juicioso pensador. Los periódicos juveniles de aquella época vibrante, en los cuales tuve siempre una culpa, no salían sin una primicia de mi maestro, que yo me encargaba de obtener.

Después, en la rectoría del Colegio Nacional, ocupó con dignidad la silla prestigiada hasta entonces por los doctores Bedoya, Cabanillas, Posse, los sacerdotes Justino Juárez, Domingo Castellanos, el inolvidable naturalista Garibay, cada uno de los cuales ofrecería materia exquisita a un biógrafo de "vidas consagradas" como dice lord Haldane. La natura-

leza paternal y dulcemente severa de Javier Lazcano Colodrero quedaba bien debajo de aquellos claustros, que respiraban aún ese "aire de antigüedad" de que habla Avellaneda en su boceto biográfico de Esquiú, y que transpira de los gruesos muros jesuíticos de Monserrat; entre los cuales, por más que se quiere huir de su influencia inmanente y difusa, por todas partes brota como un aroma de arcón centenario; de manera que la supervivencia de aquellos tiempos, aun no bien comprendidos, como las piedras de la Acrópolis, según Dury, palpita y vibra todavía porque la vida que habitó en ellos parece circular aún por sus corredores e intersticios más recónditos.

Ya ven mis lectores lo que a mí me pasa. Cerca de cuarenta años hace que yo salí de esas queridas moradas, y de la tutela de mi prefecto de estudios, y mi emoción es tan intensa y tan grata al recordarlos, que me parece vivirlos de nuevo. Y pienso y pregunto: cuándo se convencerán los educadores y pedagogos modernos, de que vale más un hálito de emoción, que volúmenes de discursos y lecciones dogmáticos, los cuales resuenan como rezos de ritual, mecánicos y huecos, sin penetrar en la corriente invisible y cálida del sentimiento, que hace el milagro de ponerla en contacto con todas las verdades que salen de la inteligencia calentada por el corazón, como el perfume encerrado en viejo frasco de cristal...

Javier Lazcano y Colodrero ha sido, durante su vida de acción intelectual y política, un exponente de ese tipo de educación, tan propio e inconfundible de la noble y venerable ciudad universitaria, en cuyas calles modernas y en cuyos salones novísimos, del abolengo o de la cultura, parece circular un cierto perfume ancestral, como si allí se concentrase toda esa unción de antigüedad, desaparecida o desconocida de las demás ciudades de la república.

Semejante a su lejano discípulo y pupilo, la política, que logró aprisionarlo algunas veces en elevadas posiciones representativas, no le apasionó mayormente, sino más bien le dió ocasión de mostrar la fina constitución de su temperamento

moral y artístico. Tal le ocurrió a aquél en este otro escenario en que aun se mueve, acaso a punto de *mutis*; pues, según una sabia observación conocida, no se puede conservar el favor del público cuando se ha estado en escena demasiado tiempo. Pero válgame la confesión que un día hube de hacer en casa de Rafael Obligado, el glorioso bardo hace poco desaparecido, cuando a una observación de Calixto Oyuela sobre mi escasa vocación política, les dije que, al contrario de muchos argentinos, que hacían de la literatura escala para llegar a la política, yo había hecho de la política escala para subir hasta la literatura.

Mi amigo y antiguo prefecto de estudios de Monserrat, corrector incansable de mis informes borroneos literarios de niño; guía certero de direcciones futuras para mí y mis compañeros, — que le seguimos y le amamos en todo tiempo sin desmayo, — llevó sus postreros años de obrero jubilado, en el retiro de su hogar convertido en una continuidad de su misión educadora y constructiva. Esta última etapa, así dedicada al culto de las más nobles virtudes e ideales, podría considerarse una ilustración de los dos libros más puros de Cicerón: *De Amicitia* y *De Senectute*, sobre cuyos libres preceptos e inspiraciones, puede hacerse de la patria nuestra una civilidad compenetrada de esa unción de alma y pura ética, que tuvieron por precursores a Zenón de Elea y a Marco Aurelio, para divinizarse en el drama del Evangelio, y revivir en los fundadores de las más grandes democracias contemporáneas.

Yo no acostumbro a ponerme triste cuando se van para siempre los hombres buenos que han recorrido su camino y han realizado su fatiga fecunda. El mayor bien deseado a un amigo es el reposo, y es también el mejor premio al obrero de la fábrica o del surco, cuando han hecho su jornada. Como no creo en la muerte absoluta, y por el contrario, sé que existen hilos invisibles y lenguajes luminosos o musicales, por los que nos comunicamos con los que se han ido amándonos, yo no les digo nunca adiós para siempre.

Dichosos los que han partido primero. Felices también los que estamos aguardando la hora de tomar nuestro hatillo de viaje para ir a reunirnos con ellos. Los únicos desgraciados son los que nada ven ni esperan ver más allá del horizonte que miran sus ojos.

Mayo de 1920.

XII

ALMONACID

ALMONACID

I

LA CALUMNIA

Cuando un hombre ha entrado en el nimbo de la gloria, toda su vida pasada se ilumina por su resplandor. Los más íntimos e ignorados sucesos cobran relieve inmortal, y un invisible e inanimado plebiscito funda una aristocracia para toda su ascendencia, su posteridad y su pueblo. Errores, dolores, angustias, miserias, todo se transforma y adquiere valor de pruebas como los varios fragmentos de metal que entran en la fundición del bloque, de donde surge la estatua. La gestación hasta entonces ignorada, se convierte ante la historia, en un proceso de purificación por el fuego.

Vicente Almandos Almonacid, es hijo de la lejana y melancólica Rioja, en cuyas piedras gigantescas, desnudas de vegetación, mas imponentes por su magnitud, anunciadoras de cien pirámides futuras, han nacido caracteres de hierro y heroísmo de vida y de combate, que ilustraron los anales de sangre de la guerra interior, no menos épica por ser ignorada, los de la cruzada libertadora de San Martín, y la colectiva inmolación del Paraguay, en cuyos campos de batalla, y en cuyas lagunas y pantanos quedó íntegramente sepultado el batallón "Rioja". La patria grande tiene entre los sillares graníticos de su basamento, centenares de vidas inmoladas por aquella tierra humilde, en el altar de su engrandecimiento.

Sangre de soldados es la del héroe sencillo del Iser y de Alsacia, y de los combates aéreos en la guerra mundial, quien, como un cóndor arrancado de su roca por la inmensa campanada de 1914, surca de un vuelo la distancia desde su nevado Famatina, a través del Océano, hasta los campos consagrados por la más grande y sacra de las guerras humanas, y va a ofrecer sus alas, su garra y su entusiasmo ingénito, a la causa de la libertad y del ideal. No es el ave siniestra de actitud triste que busca y revolotea en torno de los campos hacinados de cadáveres para cebarse en su carne: es el ave profética de las altas cumbres, incendiadas de sol y ungidas de nieve, que va a conducir el mensaje de la solidaridad de la libre América con los anhelos y dolores de las razas redentoras...

Quiero levantar el velo de un pasado de dolor, en cuyos senos, estremecidos por la injusticia, y bañados por las lágrimas, se incuba el carácter, se temple el acero y se forjan los impulsos misteriosos de una predestinación. “No hay verdadera grandeza sin dolor”, he exclamado alguna vez ante la contemplación de ciertas vidas consagradas. Un soldado de la libertad en los luctuosos y sombríos tiempos de la guerra civil argentina, — digna de la musa narrativa de las crónicas del Rey Carlos IX, de Francia, — fué el abuelo del aviador riojano. Herido por la injusticia de los grandes, labrado por la ingratitud de sus iguales, endurecido por los sufrimientos de innumerables campañas de aquella inorgánica guerra de montonera, de vandalaje, de chusma y de defecciones sin cuento, entre cuyos entreveros y polvaredas, oímos a veces los nombres de Paz, Mitre, Sarmiento, Urquiza, Flores, Paunero, como voces de orden en medio del caos de un naufragio, — después de cada golpe, después de cada desaire, después de cada desengaño, le oímos exclamar en su sencilla autobiografía: “¡no importa; aún necesita la Patria de nosotros; adelante!”.

Desde la campaña libertadora de la Liga del Norte, durante la cual Paz, Lavalle y La Madrid, recorren sin orien-

te, engañados por falsas estrellas conductoras, el sangriento escenario de la tiranía, clamando en desierto voces de libertad, se ve cruzar aquella sombra de soldado sin fortuna, como buscando donde inmolar con fruto la vida, y realizando a diario proezas, acaso destinadas a morir en la sombra, sin historia, sin romance, sin leyenda, pero que fueron generadoras de la paz, de la unidad y de la actual opulencia de la Nación consolidada. En aquel martirologio, velado por tantas nieblas de olvido, La Rioja quedó extenuada por haber dado a luz, y alimento y refugio constantes a las hordas de Facundo y a las legiones libertadoras de Lavalle y La Madrid; y porque en esa hora nefasta de la confusión de todos los rumbos y como en medio de una invasión de polvo de las llanuras sedientas, se alzaron las *chusmas*, ebrias de venganzas, de botín y de ambiciones imprecisas, al mando de bandidos y capitanejos oscuros, que con ser tristes parodias del "Tigre de los Llanos", no fueron menos sanguinarios ni menos incapaces de concebir una idea de organización institucional o de base económica, ni siquiera para su provincia.

A los gobiernos de Mitre y Sarmiento sucedió, cual un lapso de tregua en medio de un campo de combate, el período de Avellaneda, el cual continúa la reconstrucción nacional, como después de una inmensa derrota se procura reunir los restos desparramados de las desorientadas legiones. A las batallas campales de la guerra civil, dominada al fin por el fuego y las inmolaciones implacables, reemplazó la guerra mil veces más cruenta, de los odios y las venganzas, que traen por formas la mentira, la injuria y la calumnia de palabra y por escrito, desde la prensa periódica y desde la tribuna de las arengas. El odio argentino, que envenena la Junta de Mayo, destierra y sepulta en el mar a Mariano Moreno, exilia y condena al ostracismo de las fieras a Saavedra, mancipla la aureola incorrupta de San Martín, y arrastra también a Rivadavia y a Alvear, fusila a Dorrego y entroniza a Rosas; ese odio nativo resurge después del magno abrazo de Caseros, y de la vasta campaña *pacificadora* del interior, alterna-

da y apenas concentrada en la guerra contra el otro tirano recluso en la Asunción, para encender las pasiones de las luchas electorales en los prometidos comicios republicanos de 1874, que una nueva revolución procura ahogar en sangre; ese odio indígena, adueñado de la prensa y de la tribuna popular y parlamentaria, esgrime sus armas de combate, — la mentira, la injuria y la calumnia, — con las cuales penetra en la vida privada, en el santuario doméstico y en el fuero de la conciencia de todo adversario y gobernante, y llega a caracterizar una época, y a encender en todas partes el horror de la guerra social, que condena Maquiavelo como uno de los mayores males de una república... “Cómo la envidia y la maledicencia — exclama un noble orador y prócer de esos días aciagos, — han perseguido sin tregua a esos patriotas, minando tenazmente sus días, su prestigio y su fama. La calumnia, empero, cae sin fuerzas, inficionada, acaso, por su propio veneno, cuando se ensaña más allá de los lindes de la vida”. ¡Oh, si el crisol de la muerte no puede eliminarla, el mundo sería indigno de alojar el alma del hombre!

II

EL MARTIRIO

Bajo aquel ambiente de rencores y bajo aquella lluvia de flechas enherboladas, surgió al primer plano en la escena política de su provincia D. Vicente Almos Almonacid — padre del héroe de las batallas aéreas de Francia, — al amparo de las mismas fuerzas que crearon la presidencia del tribuno y escritor del noble decir y de la forma atildada. Un espíritu, que representó como ningún otro la escuela funesta de la burla calumniosa, amasada de sacristía y de cuartel, emprendió desde Buenos Aires la menguada tarea de la calumnia contra el nuevo y modesto gobernante riojano; antes le ofreciera sus servicios para cobrar un viejo legado de gratitud de uno de los desterrados del motín de Alzaga, con cu-

yo producto se estimularía la grande industria minera de la malaventurada provincia andina. La fiebre del entusiasmo por el progreso del terruño impulsó al primero a aceptar el valimiento ante los altos estrados en los cuales, como allá,

*...las esperanzas cortesanas
prisiones son do el ambicioso muere
y donde al más astuto nacen canas;*

y una combinación atrevida de capitales internos y extranjeros, hizo llegar e instalar al pie del coloso metálico del Famatina, una enorme maquinaria que debía abastecer de sus ricos tesoros al mercado universal. El genio del vuelo aleteaba desde hacía muchas generaciones en esta estirpe destinada a la inmortalidad; pero a la puerta del nido lo esperaba la persecución de la calumnia y la malevolencia, como la víbora, oculta tras de la rama hospitalaria. Silbó el infernal ofidio su insidia pérfida, y corrió por los extensos escenarios de la metrópoli, ávidos de víctimas, la horrenda flecha envenenada: — “el gobernador de La Rioja había robado el tesoro del legado piadoso, para constituir el capital de una empresa privada”; — y la pequeña y la gran prensa del día cebóse en la indefensa carne del iluso gobernante, soñador de grandezas para su terruño, y aliviándose de culpas propias, muchas manos teñidas fueron a limpiarse en el vellón del cordero de Israel.

Nunca una chispa proliferó en mayor incendio. Había ansia de devorar una víctima, y fué aquel un festín canibalesco de apetitos feroces, como de chacales, como de hienas hambrientas. Ni un carnaval de sangre ni un delirio homicida, ni una procesión de cabezas del Termidor, tuvieron tal aspecto de escarnio trágico como el representado en aquellos días con la efigie del buen gobernador riojano, que apenas sacudida la sandalia en el umbral de la época bárbara, tuvo la prematura visión de la opulencia de su patria, que otros pregonaban en hojas prestigiosas incitando las iniciativas y las empresas más arriesgadas.

Sarmiento y Alberdi echaban a vuelo las campanas de la propaganda a todos los vientos de la fama; y Sarmiento y Alberdi, como las serpientes del Dante, se mordían y trenzaban en combate hasta arder en sus llamas de odio y de rencor, recriminándose uno a otro la invención del homicidio y la calumnia literarias, pues Alberdi llama a Sarmiento el "Facundo de la pluma".

Entretanto nadie dirigía sus miradas hacia el flagelado hogar de un ciudadano respetable, entre cuyos muros desmantelados por la escasez, corrían las lágrimas ocultas de la desesperación, de la indignación impotente, del oprobio injusto, del escarnio, saeta que no respeta la mejilla de la madre, demacrada por el llanto y la privación, y osa llegar, como la llama negra de la hoguera, hasta las vestes inconsútiles de la inocencia, que puede, sólo desde la remota e incorpórea región de la muerte, hablar el lenguaje de Beatriz:

*Che la vostra miseria non mi tange,
nè fiamma d'esto incendio non m'assale.*

Y la ráfaga vil de la calumnia sigue recorriendo la tierra hasta cumplir un ciclo infernal, o hasta la hora innominada e incierta, aunque infalible, de la reparación. Al desastre financiero, obra de los elementos y de los errores y de los avances sobre el porvenir, sigue el desaliento de la injusticia y del esfuerzo incomprendido, y pone su corona de espinas el espectáculo de la amargura doméstica, en cuyo retiro se alza el núcleo doliente de la Niobe, petrificada sobre el montón de queridos despojos de sus propias entrañas. La muerte hiere al fuerte algarrobo nativo, y queda el hogar sin tronco, sin sombra, ni fruto, y acaso los del ahorro y de la amistad, saben al veneno vil de la calumnia ambiente, que aún despide sus llamaradas pestíferas.

No olvidaré jamás la escena del entierro del señor Almonacid. La pobreza había cavado tan hondo en el alma de su hogar, que la ciudad entera se estremecía de emoción y de vindicativo silencio, ante el recuerdo de la infame calumnia

que derribara esa vida. Un gobernador joven, y acaso tan iluso como aquel por el porvenir de su provincia, regía entonces su destino. No tuvo fuerzas para hablar en ese acto, y le oímos decir que la conmoción de su espíritu era tan intensa, que no podría razonar con la serenidad necesaria, para no lanzar el grito de la airada protesta. El ministro que tomó a su cargo la triste misión de la despedida oficial y pública, no pudo terminar la lectura de su discurso; un sollozo, coreado por todo el concurso, interrumpió sus palabras, y fué el más hondo y grandioso homenaje de un pueblo hacia la miseranda víctima de la maldad de los hombres. Fué la queja dolorida de su grande alma colectiva, ante la impotencia material de la reparación por el castigo de los culpables, verdaderos homicidas morales de un hombre de bien, de un ciudadano culto, de un mandatario solícito y bien inspirado...

En seguida, la peregrinación de la viudez de una madre, martirizada por la doble catástrofe; el sustento y la educación de unos niños, entre los cuales dormitaba, o germinaba en el silencio de las lágrimas, el corazón de un héroe, que llevaba en sueño la chispa de un sol de gloria y de resurrección, para arder a su tiempo sobre el escenario del mundo. Un temple de acero fué el de aquellas mujeres de provincia, obligadas a vivir entre la vorágine sangrienta de una barbarie cruel y agresiva, sin reposo en su tarea de saqueo, de humillaciones y matanza, que precedió a la era constitucional, e imprimió su temple a la vida social de la época. Aquella esposa, aquella madre, aquella patricia albergó en su seno los dolores de una generación entera, y recibió en su corazón el último rayo, el más fulmineo de la tempestad que se alejaba. Todo el peso material de la calumnia triunfante cayó sobre sus hombros; toda la miseria de la realidad, palpitante debajo de los siniestros logros de la fortuna imaginada por la perfidia, fué soportada por ella con la santa energía de una alta predestinación.

Para dotar a sus hijos de una educación más selecta tras-

ladó su grupo errante a este Buenos Aires, de donde surgiera en la hora aciaga, la acusación mortífera. Ya el primogénito, heredero del nombre del padre infortunado, debía encauzar sus estudios hacia una dirección definida: la ciencia mecánica, que tiene el poder de despertar y revelar vocaciones, — que explica, según Proudhon, la superioridad de Jesús, por el aún irrevelado milagro del taller, — cautivó la atención del tierno escolar de la modesta escuela práctica, adscrita a nuestra joven marina de guerra. Y la ciencia obró su prodigio, y alumbró el sendero ideal de la inteligencia: un vivo genio de comprensión eliminó de un golpe la tarea preparatoria, y anunció desde luego al inventor futuro... Pero la revelación exigía todavía el más formidable sacudimiento, el más amargo dolor, la angustia más intensa que puede conmover a alma humana. Un día, la madre, que acaso ocultaba a la atribulada prole la verdad de su miseria, oye llamar a la puerta, corre a abrirla con la agitación de un presentimiento funesto, y se halla en presencia de una orden judicial de desalojo de la pobre morada en la cual cobijaba a sus hijos, y al oír la notificación despiadada, cae muerta, como herida por el rayo...

Era ese un rayo, en efecto, incubado desde lejos en el fondo de la nube, en larga y dolorosa gestación, desde el día en que la calumnia vertió en ella su aliento incontrarrestable. Y el calumniador, lejos del cuadro horrible, ignoraba tal vez la continua tragedia creada por su soplo maléfico, y tal vez había ya agotado mil veces en tranquila digestión, el fruto de la negra intriga. Es que la calumnia es la máscara del delito; es el relámpago temeroso lanzado para cegar los ojos de la justicia y la vindicta social, o para desviar la mirada del juez, del recto camino de la verdad. Los malvados calumnian a la víctima, como el ladrón despoja a la suya que viste con su traje para arrojarle la sospecha; y la mayor perversidad del malo está en saber ocultar, cerrar el camino de las reparaciones. Es, sin duda, ese, el más infame delito, acaso el único delito humano; porque irradia sus fuegos has-

ta límites inaccesibles, y las más veces borra toda esperanza de justicia. Ni Santo Tomás de Aquino, ni Dante, ni Maquiavelo, ni código alguno legal, han calificado y propuesto el castigo de este crimen, que llega hasta el aniquilamiento de la dignidad humana. Es que existe el mal por el mal; es que hay seres creados para propagarlo en la raza humana, como hay insectos y reptiles depositarios y conductores de la ponzoña de la tierra, y es así uno de los mayores flagelos de la civilización. “La suma de la pura y espontánea malevolencia en el mundo — dice el autor de *El mapa de la Vida* — es, a no dudarlo, mucho mayor de lo que a primera vista imaginamos. Nadie puede pensar en la prensa anónima sin apercibirse de que una gran parte de ella es empleada de manera sistemática, insistente y deliberada, en atizar odios de clases, de razas, o internacionales, y con frecuencia, haciendo circular mentiras para alcanzar ese fin”.

III

LA GLORIA

La lucha definitiva entre el genio de la calumnia y el genio de la suprema vindicación, comienza sobre los despojos palpitantes de la madre, fulminada en los umbrales de su hogar de miseria. El niño ha entrevisto ya su ruta; y entre las imperfecciones del medio y las deficiencias instrumentales, llega hasta donde se puede sin la ayuda de la universidad, tan distante a veces del talento sin fortuna. De la maquinaria naval a la navegación aérea sólo hubo un paso. El espíritu contemporáneo regocijado, entonces, saludaba la resurrección milenaria del mito helénico de Icaro, y de la tentativa científica de da Vinci, y los bronce de la lírica épica de Rostand resonaron en estrofas heráldicas en su salutación. La onda estremecida percutió el alma solitaria del hijo del dolor, del cóndor de Famatina, preso del ensueño alado, y mientras la imaginación popular veía en las nubes batallas

fantásticas como las de Milton y carreras desesperadas como las de Klopstock, él trabajaba febril en su gabinete para penetrar el secreto de la máquina aérea, que tantas víctimas sin combate ha sembrado por nuestra tierra dolorida, hasta domar las cimas andinas, por encima de la región de los más altos vuelos. ¿Se agitaba ya en su corazón el supremo, el claro presentimiento de la gloria? ¿Fué un delirio el suyo por salvar los lindes de la tierra patria, y correr a tierra de Francia, en seguimiento y experiencia de sus estudios ya maduros en la región de la teoría? ¿Fué aquel impulso un aviso misterioso, de la tremenda conmoción, que ya comenzaba a irradiar desde el fondo del arcano, acercándose a la superficie de la tierra? ¿Era esa la primera vibración de la onda de luz, anunciadora del día inmortal de la justicia? Desde el mar, en diciembre de 1913, envía a un amigo, anheloso partícipe de tan magna promesa, su mensaje de esperanza, su visión del éxito, su seguridad de cálculo, preliminar de sus próximas hazañas. “Voy con el propósito — decía, — de cruzar el Atlántico, de Europa a Norte América, en el aeromóvil de mi invención, que, según los ensayos practicados en la Escuela Militar de Aeronáutica, permitirá la realización de semejante travesía en un solo vuelo”. Realizaba sus experiencias finales en el Aero Club de Francia, cuando los clarines resonaron con el anuncio de la Gran Guerra.

Y bien, ya aterrizó en suelo amado de su genio el cóndor peregrino del Famatina de América. Su musculatura de nervios y su armazón de huesos serían reemplazados por el acero; sus garras y su pico por los cañones y la metralla; sus vuelos caprichosos y llenos de majestad, de las cumbres andinas, serían regulados por una ciencia no insospechada en sus vigiliass del vértice de nieve. Al llamamiento voluntario, contesta con la sencilla espontaneidad de un sentimiento no enseñado: “Será un honor servir a Francia por tan noble causa y por mi patria argentina”. Y se lanzó a los aires a realizar las primeras proezas de la nueva guerra, consideradas como un ensueño por la imaginación de los pueblos. En ese

instante sintió acaso en la frente el beso cálido de un espíritu que lo bendecía desde la sombra infinita, y la voz varonil y rejuvenecida del padre, estremecido con la unción de la justicia en el fondo de su sepulcro. Una informe teoría de visiones ancestrales desfiló por el cielo ennegrecido por el humo de los combates de la tierra y del espacio, y una comunión de gloria se celebraba en su alma entre los mares de la patria lejana y los de la noble tierra adoptiva, en cuyos altares consagrados a la libertad iba a ofrecer su vida.

Y allí, realizando la grandeza insuperable de nuestro cóndor, simbólico de un solidario destino americano, su máquina, animada por su genio, es un fantasma terrible que cruza y subyuga las nubes, devora las distancias, sorprende las ráfagas, serpentea, gira, revuela y corre como una flecha sobre los ejércitos, sobre las fortalezas y las ciudades, se entretiene con las naves aéreas enemigas, y con las alas acribilladas de heridas, pero, señor de su mecanismo animado, salva su vida y su material de pelea, y vuelve al suelo francés para reanudar con nueva fortuna sus vigorosas acometidas. Su espíritu de infatigable iniciativa sugiere al comando la idea del primer vuelo de bombardeo nocturno, que realiza con seguridad matemática y éxito brillante, pues en la oscuridad, con su carga mortífera, rompe las líneas contrarias, siembra la destrucción y la muerte en campo enemigo, y vuelve ileso al punto de partida. Su genio de orientación y de visión nocturnas en el espacio, generadas en las solitarias excursiones de las cumbres nativas, dieron al cóndor riojano, en la flota aérea de Francia, un relieve inconfundible y una sucesión de conquistas honoríficas, equivalentes a otros tantos escalones de gloria. Las naciones sólo tienen los símbolos y los grados como homenaje y sanción de su justicia para sus héroes. Almonacid ha ganado una doble y magnífica victoria, por dar realización precisa a la nueva arma aérea de guerra, soñada por el genio durante siglos, y por su Patria a la más alta gloria de los tiempos, ya que esta guerra mundial habrá de cambiar los ideales y destinos del género humano.

“Cuando un hombre ha entrado en el nimbo de la gloria, toda su vida pasada se ilumina con su resplandor”. Y Almonacid ha fijado como una estrella su nombre y el de su Patria, en el firmamento de la inmortalidad, derivada de las proezas de guerra por sus ideales supremos. Si esta contienda cíclica ha de transformar la vida, ha de renovar los cimientos de la asociación de las naciones, y ha de fundar, al fin, la solidaridad fraternal de todos los pueblos y las razas, en la comunión de una verdadera democracia de sentimiento y de convicción, no dudemos que todos los héroes de sus combates y todos los artífices de su diplomacia, habrán merecido la corona luminosa de los benefactores, de los padres, de los creadores de una nueva era humana. El hijo modesto y silencioso de la *pobre y solitaria Rioja* argentina, no podrá ser desalojado de su pedestal, labrado con su talento, su voluntad, y su resistencia, contra el destino y la muerte; y como la aureola de su frente alumbrará su vida anterior, ya se verá bajo nueva luz el doloroso camino recorrido desde el desolado hogar de su padre, el calumniado, de su madre mártir, de su juventud amarga y triste y una aristocracia de fuego ilustrará en el futuro su familia, su ciudad, su provincia y su nación, y desde el fondo del olvido donde inmunes se refugiaron los autores de tanto infortunio y desolación, surgirán éstos revelados por el resplandor de aquella gloria, como reos convictos del crimen más abominable, de la vil calumnia y la malevolencia, para probar que ninguna injusticia es eterna, que ningún delito queda impune, que no hay cosa juzgada contra la verdad, la cual resurje siempre, siquiera sea del fondo de los siglos, para reparar el error, para coronar la inocencia, para castigar la traición, la deslealtad y la perfidia. Esta guerra mundial trae entre sus horrores una buena nueva, una realidad de ensueños seculares, una develación de indurados prejuicios, erigidos en instituciones, una sagrada unción de fraternidad futura, comulgada en el cáliz eucarístico del amor y de la fe recíprocos, y una renovación en plano superior de los ideales olvidados de los viejos filó-

sofos, que entrevieron la armonía definitiva de los hombres en el seno de la verdad revelada por la ciencia. Los combatientes encarnizados de hoy, irreconciliables, los inconfundibles, serán mañana los hermanos de una familia, de un hogar, de una labor común y unísona, y todos, seguros de sí mismos y de la presión de sus propias libertades y destinos, verán al fin que las autonomías de razas y los odios históricos, sólo son formas de la ignorancia, del error y de las desigualdades inveteradas.

Así como el Verbo fué la primera entidad existente en el universo, así la Verdad será el Verbo conservador de la humanidad futura. La Gloria infinita, encarnación más pura de la Verdad, será la recompensa y la bendición suprema de los que padecieron, de los que murieron, de los vencidos y de los vencedores. La mentira, la envidia y la calumnia serán las únicas personificaciones que no reaparecerán jamás de entre los escombros y los osarios de la guerra en el día de la Resurrección.

Julio de 1917.

XIII

BAJO EL ARCO DE TRIUNFO

BAJO EL ARCO DE TRIUNFO *

Pasado el misterio de la Misa de Sangre de la guerra, impuesto el sello de la gloria inmarcesible sobre la frente de sus héroes, he querido ser conductor del nuevo homenaje a dos de nuestros compatriotas partícipes en la Gran Guerra, — el Capitán Almonacid y el doctor Acuña, — por el doble motivo de la significación histórica de la causa originaria, y por ver reunidos en un solo movimiento emocional a las dos provincias argentinas, contiguas y como asociadas a un mismo destino por los lazos de la sangre y de la piedra: de la sangre, por las uniones familiares y los sacrificios comunes de una época de cruentos martirios, y de la piedra, porque de una misma conmoción materna se modelaron las formas, curvas y relieves de los valles sobre los que debían asentarse los hogares y las obras de nuestros antepasados.

Parezco yo consagrado por alguna divinidad tutelar, a ser exponente de solidaridad de las provincias de La Rioja y Catamarca en momentos culminantes de la vida; mis lectores u oyentes de hoy, no han de recordar, o nunca habrán sabido, acaso, lo acaecido hace cuatro décadas, cuando la naturaleza puso a prueba la vitalidad de nuestros pueblos, con una espantosa sequía, como procedente de hondos fenómenos subterráneos, y despertó una emoción unánime de toda la república: yo era un niño — ¿veinte años no son una alborada?, — y en mi Universidad de Córdoba promoví con mis compañeros una demostración social de condolencia y auxi-

* Discurso en ocasión de un homenaje conjunto de los hijos de La Rioja y Catamarca a los héroes vueltos a la Patria, victoriosos en las batallas de Francia, Capitán Almonacid y soldado Dr. Luis Acuña.

lio hacia las provincias mártires; y como ya mi musa poética, siempre oculta de puro tímida, dejada percibir tal cual sutil perfume de tierra humedecida o de arbusto esencial, se quiso que yo diese en estrofas mías el gemido doliente de la fraterna miseria.

¿Qué dijo, qué cantó, qué balbuceó aquella musa informe, herida por el espectáculo de un desastre que amenazaba la existencia colectiva? Llamé en mi auxilio a los genios de la poesía de entonces, — Hugo, Núñez de Arce, Andrade, — y en sus vuelos proféticos, en sus secuencias resonantes y en sus estrofas como crisoles ígneos, pinté la desolación, entoné un *Miserere* como un *Dies irae*; y de pronto alzado desde el treno lacrimoso del Profeta de las *Lamentaciones*, hasta la cumbre ardiente de Isaías, profeticé un día en que las dos hermanas dolorosas sentiríanse besadas en la frente por un rayo del sol de la verdadera gloria.

Y bien: ¡el día de la gloria ha llegado!

Cuando se seren en las pasiones agitadas por la lucha, y el juicio de la Historia recobre el cetro que hoy manejan todavía airados los genios de las batallas; y se condense en un concepto universal el significado moral, la conquista ideal; y se mida el espacio efectivo que la justicia ha recorrido en la conciencia humana; y cuando sea un hecho la visión de aquella iluminada de Siena, — *e de la grande guerra fece la grandissima pace*, — y comiencen a verse las nuevas construcciones del amor, en los horizontes materiales y en las almas de todas las razas, naciones y clases sociales; y por fin, cuando la democracia, sentimiento e idea, sea un ambiente vivificante para todos los pueblos, y se oiga, al fin, el verbo que ha de bajar en rayos de sol desde la cima donde se levante la Sión simbólica de una sola fraternidad y de una sola justicia, entonces, por fin, se comprenderá el valor de esta concurrencia de la fe y de la energía argentinas, a la guerra tremenda, y se sabrá abarcar el contorno y medir el relieve de los hijos de la Patria, que la condujeron en su sangre y en su mente a sus campos de batalla.

Mientras más hondos hayan sido los odios desatados sobre el teatro de la guerra, y las raíces desencajadas de los árboles de seculares fundaciones, más elevada se alzará la colina del futuro templo de amor, y más frondosas se extenderán sobre la tierra las ramas, y más sazonados caerán los frutos del árbol nuevo de la Libertad. Ni edificios ni frutos pueden conseguirse sin desgarramientos y violentas sacudidas; y ésto lo sabemos más que ningunos otros, los argentinos. Si las guerras son estas crisis del proceso de la fraternización de las naciones, las revoluciones intestinas son las crisis de asimilación de los elementos sociales integrantes de una sola de ellas. Si los odios de razas son, más que origen, instrumentos de combate de las guerras internacionales, los odios de familia, — ¡oh, cuánto más terribles y duraderos! — son los instrumentos de las discordias internas, que llevan a veces sus estragos hasta la disolución y la muerte, y lo peor, acaso, hasta la humillación y la subyugación los pueblos más prudentes o más fuertes.

Yo he oído a una joven comprovinciana nuestra, referir un sueño, — y aquí tal vez vuelve a aparecer la musa adolescente de 1883, guardián ignoto de mi constante e insomne preocupación sobre nuestros odios y querellas locales, — en el cual veía un caballero medioeval sobre un caballo alado, cruzar envuelto en un blanco nimbo de luz el espacio entre las serranías de Velazco y de Famatina, y desaparecer tras de la cumbre nevada. Era en el otoño del año anterior a la victoria; y me dí a interpretar ese sueño, y todos pueden dar como yo su profundo sentido profético. No era aquel ninguno de los héroes mitológicos de la Germania wagneriana, cuya espada amenaza y dice la condena de “sumisión o muerte”, sino de esa otra mitología blanca que recorre el camino de Oriente a Occidente, trayendo una espada luminosa, de luz y no de acero, índice de liberaciones y no de duelos y esclavitudes.

El sueño tiene su raíz en la historia. La guerra carecía de un programa ideal, aunque lo tenía en los hechos. Un ca-

ballero de la orden blanca, un caballero de América, cruzó el mar de los mensajes del siglo XV, llevando la promesa de la libertad democrática hecha al mundo desde la infancia de la civilización, y unió a los combatientes tras un solo estandarte, sembró en todos los pueblos oprimidos o enceguecidos la semilla de las redenciones, y dió a la humanidad futura la base firme de una esperanza realizable. El sentimiento y la conciencia de la verdadera democracia, encarnados en América, personificados en el Presidente Wilson, tercero de la constelación que integran Wáshington y Lincoln, vuelven hacia Europa, remueven las suturas de las seculares corazas de todos los odios históricos, y un aire y un ritmo nuevos alientan las milicias cívicas, y les dan una inspiración y un vigor desconocidos; y comienza entre todos, desde el alba del armisticio, a ser la república y la democracia la fórmula de las nuevas edades.

Y el caballero luminoso y alado que nuestra comprovinciana vió en su sueño, cruzando el valle del Famatina en vuelo fantástico, acaso vuelva muy pronto a aparecer en su jubilosa realidad, en la forma de un piloto aéreo, — montado en la máquina maravillosa que prueba la divina naturaleza del cerebro humano, y llevó a las batallas del espacio, de la santa guerra, tan sublimes como los de los dioses de Homero, o los ángeles de Milton y Klopstock, el tributo del genio, la sangre y el amor argentinos, — a anunciar a la dulce aldea que las nieves y las nubes adormecen en perpetua ensoñación, el advenimiento de la Buena Nueva, — de Paz, de igualdad y de justicia, — anunciada por tantas voces ocultas, y a hacer llegar la vibración de su vuelo hasta el fondo de los sepulcros primitivos de nuestros padres, “para que resuciten los que duermen en ellos”.

Las rocas ciclópeas, de simple y grave escultura, de nuestros cerros de La Rioja y Catamarca, como los primeros esbozos de la estatuaria egipcia, como colosos, como pirámides,

como grupos animados de luchas plutónicas, al confidenciar con los cielos y al aceptar el regalo de sencillas guirnaldas de oro de sus arbustos floridos, y de sus flores del aire, se revisten de una melancolía suave y penetrante, que sólo es anuncio de una profunda y martirizada maternidad, e imprimen al paisaje, al cielo, al rostro y a la voz del autóctono, — ave u hombre, — ese timbre de queja, ese ritmo de salmo elegíaco, que canta en su acento nativo, y se estiliza en su *vidalita* irresistible. Y como el hombre es hijo de su medio, como el metal y la nieve se modelan en el hueco donde caen, los tipos representativos de su alma salen grabados por aquellos rasgos imperecederos.

Soy inclinado a los paralelos y a las antítesis, y no puedo evitar la revelación de uno que está vibrando en mi espíritu. Admiro a Esquiú como uno de los productos mentales y morales más perfectos de nuestra raza argentina: lo he conocido, lo he oído hablar, he leído sus obras y penetrado en el santuario de su virtud, como en mi propia conciencia. Su elocuencia y su humildad de corazón, no tuvieron igual en su país y en su tiempo, y su secreto era el secreto de la roca a cuya sombra se cobijó el hogar nativo. Esas cumbres dibujadas con intención alegórica en el firmamento, han creado una mitología que aún espera a su Ovidio, y siempre mi fantasía las contempló como a una teoría de dioses animados de una pasión de vuelo hacia otros horizontes desconocidos o presentidos.

Esquiú era una sombra sagrada que buscaba en incesante movilidad el Sinaí de una ley de amor o el Calvario de un sacrificio eucarístico. Un voto materno, calentado en las confidencias conventuales de una época azarosa, y dinamizado por la energía íntima de la vocación natural, lo impulsó hacia la predicación, la cruzada santa y la inmolación personal en aras de su ideal interno e irrevelado. La barbarie asiática hacía correr a torrentes, en Siria, la sangre cristiana. Allí voló el ave nativa de los montes catamarqueños, a llevar un verbo de consuelo a los nuevos mártires y a desafiar a la pro-

pia muerte; y la muerte que cegaba a su lado las vidas a golpes de alfanje, no quiso tocar su burda saya franciscana; y él se volvió poseído de un hondo resentimiento con la muerte.

Huyó aquí de los honores vanos de la investidura, para ir a buscar la recia lucha del evangelio entre los indios bravíos de las selvas bolivianas, y allí su palabra magnética de unción eucarística, trocaba los tigres en corderos, y las flechas en ósculos fraternales; y la muerte, vestida de blanco, fué para su afán supremo una guía de más altos destinos. Estaba escrito en su frente y en su verbo el mensaje de la gloria para su Patria, y no paró su vuelo, hasta deponerlo en sus altares.

El paralelo entre Esquiú y Almonacid, comienza desde el nacimiento, a la sombra de las mismas cordilleras, en hogar sencillo y batido por tristezas y adversidades, en cuyo poema habría dolor y filosofía para alimentar un torrente, y en la soledad de su peregrinación hacia el saber y la experiencia, oye el tañido del bronce suspendido de las encinas añosas, llamando a las legiones de la *guerra sagrada*, de los pueblos libres contra la barbarie de Occidente, que si heredó los símbolos y las fórmulas del cristianismo, no comulgó jamás en el cáliz de sus ideales íntimos, y lleva adelante a sangre y fuego su designio de dominación y aniquilamiento de la libertad democrática, surgida de aquellas puras fuentes espirituales.

Poseedor de la revelación de un secreto supremo, el de la máquina maravillosa que comprueba la divina substancia del genio humano, adapta a ella su instinto, bebido en el agua de la roca y aprendido en la contemplación inconsciente del cóndor andino, — instinto de vuelo y de orientación, en el vacío iluminado de las cumbres y en la lobreguez silente de las noches, — y, señores, es este nuestro título más puro de gloria pura, — poseedor del instrumento científico más avanzado de la edad contemporánea, presentido en los vuelos ideales de los dioses alados de las cosmogonías de Oriente, y emparentado con la realidad por la intuición vidente de Leonar-

do da Vinci, concurre a los combates del espacio, donde a su lado caen los hermanos, incendiados como lluvias de meteoros en las noches estivales, sin que la metralla, ni la embestida, conductoras de la muerte nueva en las nubes, hubiera querido ungir su gloria en una transfiguración astral; y con la mirada, y la orientación, y la destreza incomparables de la Grande Ave, — cuya pupila como un topacio se incendia en la noche con la luz interior arrancada de la piedra, como una chispa de radium dormida por siglos, — alumbra los senderos siniestros a las naves libertadoras, y lleva de huésped a la Muerte, domada y amaestrada como una águila despuntada de alas y de grifos. Seguro estoy de que Almonacid, al ver caer a su lado a sus hermanos de cruzada, como meteoros encendidos en la noche, y al saludar sin ellos el día de la victoria, se ha venido como el místico de Catamarca, resentido con la muerte, porque no quiso cubrirlo a él también con el mismo sudario de fuego y de sangre de sus hermanos de pelea.

Pero la Patria y la tierra nativa agradecen a la muerte su caprichoso designio, porque nos lo vuelve vivo y ungido por la gloria, y nutrido de la más acabada ciencia, la que se acrisola en la temperatura de los más espantosos peligros a que se hayan visto expuestos el valor y la energía del hombre; y armado de tal suerte caballero, soldado y capitán de toda empresa que su patria pudiera confiarle, es seguro que habría de guiar su enseña hasta la cima ideal de sus anhelos de libertad y de justicia, — que no otros objetivos cupieron jamás entre los campos de nuestro escudo.

Y como estos gloriosos reaparecidos de aquella infernal contienda de colosos, vienen consagrados héroes de la causa de la democracia y de la fraternidad, entre los pueblos de toda raza y región, ¿qué menos podrá exigirles la Patria sino el donarse a la causa permanente de fundar la democracia y la fraternidad entre los pueblos argentinos, entre las clases sociales y políticas argentinas, y entre los corazones argentinos? ¿Cómo habríamos de consolarnos de ser nosotros, los

hermanos, los hijos de una misma madre, los miembros de una sola Patria, — al quererla indestructible y eterna, — si admitiéramos la posibilidad de luchas domésticas, y de empresas mortíferas por la sed de predominio y de poder exclusivos y personales? El que arrebató a otro su libertad, crea en él un derecho a la independencia; y así es más culpable el que la usurpa con propósito egoísta, que los que buscan reivindicarla en los combates, para devolverla a la comunidad, porque es su patrimonio.

San Martín, cuyo pensamiento democrático tarda todavía en volverse conciencia y esencia moral de nuestro pueblo, ha dejado a todo soldado, — y todo ciudadano lo es en su hora, — el lema imperecedero de nuestra bandera ideal: “no desnudar jamás la espada contra la libertad de ningún pueblo, ni en lucha fratricida entre los pueblos de América, ni para impedir desde el poder la libre expresión de la voluntad soberana para darse sus instituciones y sus gobernantes”. El año XX, en el Plata, el XVIII en Chile, y el XXII en el Perú, marcan el triple climax ascensional de ese grande espíritu, en cuyo molde debieran fundirse como el bronce, el ideal y los destinos de las democracias latinas de América.

Todos los oradores de los múltiples homenajes tributados desde su llegada al país, a nuestros compatriotas, partícipes entre las filas de la alianza Occidental, en la guerra reciente, han señalado un hecho que yo no puedo menos de consignar también en este sitio, en el cual debo condensar, como en una síntesis histórica anticipada, el juicio de la posteridad. Ese hecho es que ellos han llevado a las naciones beligerantes, del lado de los ideales democráticos y humanitarios, la representación más legítima de la adhesión argentina a esos que fueron los suyos en la Revolución de Mayo, en la reforma legislativa de Rivadavia, en la campaña de Caseros y en todas las contiendas diplomáticas de nuestro siglo de vida. Ningún mandato oficial puede superar al de la con-

ciencia convertida en inmolación de la propia sangre, en un ara donde han de sublimarse, en fuego propiciatorio, todos los anhelos de raza, de nación, de humanidad. Una vibración intensa que viene del fondo del terruño común donde duermen hoy un sueño glorioso cenizas que Almonacid ha ungido de inmortalidad, me impulsa a saludarlo, como uno de los ciudadanos ilustres y ejemplares de la república.

Almonacid, Chutro, Acuña y los demás que han ido obediendo a la voz de la sangre paterna, pero fundidos ya en nuestra sangre argentina, han realizado una misión histórica al asociar a la República Argentina, a esta guerra que marca un linde a la humanidad antigua, y abre para la nueva otra era — *novus ordo*, — de orientaciones mentales, de revisiones ancestrales remotas, de remociones institucionales y dogmáticas en lo político y religioso, y de tendencias igualitarias más efectivas que en las letras vetustas, entre las *clases* sociales y sus medios de subsistencia y de progreso, entre las razas mismas separadas por prejuicios o cristalizaciones pseudo-científicas, y por una especie de prorrata equitativa de una nueva porción del patrimonio que puede llamarse común de todas las naciones cultas, en cuanto concurren por su trabajo cooperativo a constituir un estado medio, mínimo, de bienestar colectivo del género humano.

No exagero en este punto, ni me dejo llevar por la imaginación deductiva ni la *creadora*, al expresar este juicio, y al vincular los nombres de nuestros compatriotas, soldados de la Gran Guerra, a esta etapa cíclica, como exponentes de la nación en su entidad social y cultural. Almonacid ha sido una inteligencia activa y una acción eficiente en la balanza de las fuerzas combatientes; los doctores Chutro y Acuña, cada uno en su esfera, les han llevado la ciencia y el espíritu de nuestra raza y carácter, y los tres se han unido para presentarnos desde el punto de vista más alto, el espiritual, el intelectual, el genial, como frutos selectos de un ciclo de cultura ya realizado.

Como hijo, cada uno de ellos, de una distinta región del país, han demostrado, además, por la más específica y experimental de las pruebas, que hay en nuestra organización federativa un fondo indestructible apoyado sobre la conciencia y el sentimiento de la nacionalidad una e indivisible; y así La Rioja, como Catamarca, como Buenos Aires, y como lo habrían sido sin duda las demás provincias, han realizado como en un laboratorio de las más altas tensiones o resistencias la fusión substancial de todas las diferencias en un solo rasgo.

No haya duda de que todos nuestros compatriotas de toda sangre originaria, al volver aquí, después de guerrear en la más colosal de las guerras, entre naciones extranjeras, se sienten ahora más argentinos que antes; y más deseosos que nunca de estrechar en un abrazo íntimo a todos sus conciudadanos. Y, por mi intermedio, en este momento, así como ya lo fueran por otros más elocuentes, son saludados por éstos, al verlos volver sanos y salvos al seno de sus hogares y de sus amigos, con el voto de las muchedumbres helénicas, —coreado entre nubes inmensas de humo perfumado, surgido de pebeteros como picos de montaña,— en el cual suplicaban para ellos el favor de las divinidades, la veneración de sus compatriotas y de todos los demás hombres, y la paz y el amor entre los suyos, porque habían vuelto de los combates con el honor de la victoria, y porque habían conquistado con su valor, su conducta y su genio, la gratitud de la Patria.

Septiembre de 1919.

XIV

PAGINAS CONFIDENCIALES

PAGINAS CONFIDENCIALES

I

LA GUERRA

Soy enemigo de la guerra por dos razones fundamentales, que afectan mis ideas más caras: porque aviva la llama del odio, cuando la alta filosofía va extinguiéndola, y porque detiene el proceso de la selección humana, enviando a perecer a los mejores, de quienes, en definitiva, será el dominio del mundo. Admiro, sin poderlo evitar, el heroísmo patriótico; me conmueve hasta lo más hondo del ser, y en eso hallo otro de los mayores peligros de la guerra, en cuanto inflama el amor de la matanza y la anulación de la vida.

La Patria es una necesidad que ninguna razón científica borrarán en el alma del hombre: es un ara donde se unen la plegaria y la inmolación. La guerra actual ha aventado las cenizas del hogar de la familia universal, de la sociedad de las naciones y del ideal de justicia, substituyéndoles por el rencor, la separación y la fuerza.

Nuestra nacionalidad, más que ninguna otra, — donde el odio ha cavado tan profundos surcos, — es afectada por los quemantes resplandores del incendio. Sus viejos ideales y credos de justicia internacional; los sacrificios de tierra y de vidas por la fraternidad americana, claman al cielo como la sangre de Abel; y todas las generaciones que han oído las enseñanzas de maestros argentinos, elevarán virtualmente sus manos y su voz como en la colosal tragedia esquiliana, por la paz sobre las bases de una justicia de amor.

No avalúo en más los riesgos de pérdida de la marina mercante conductora de nuestros productos al extranjero, que el desgaste de los materiales con los que hemos ido levantando hasta hoy, penosamente, la fortaleza moral de nuestra civilización y cultura. Habrá de hablar un día no distante el sentimiento argentino, solicitado por esta guerra; y, o el mundo no es ya mundo, o la voz de la sangre y de la raza hará oír su grito de reconocimiento en la tiniebla, entre el fragor de las pasiones y entre los horrores de la muerte.

1916.

II

PAX MUNDI

Para el criterio de las gentes de mundo, habría pasado ya para mí la época de cantar a las flores: la política, la enseñanza, la ciencia, se dice, son cosas graves, y reclaman del hombre una severa retención, sugerentes de tan elevados sacerdocios.

Mas yo no pienso de la misma manera. Para mí, una violeta, un rayo de sol, el canto de un zorzal, tienen interés tan hondo y tan palpitante como la guerra europea. ¿Cómo así?. Me explico.

El amante de la naturaleza, y más si lo es con amor consciente, lleva sin cesar su alma hacia los puros estados éticos y estéticos, hasta llegar al solio de la Belleza pura, esto es, la armonía, la conciliación, la paz.

Si todos los hombres de Estado, conductores de pueblos, pudieran afinar sus espíritus y ajustar sus acciones a la euritmia de las leyes de la vida del mundo, la humanidad se acercaría mucho más pronto al reino ideal de la Paz, que en vano han buscado hasta hoy por las filosofías y las convenciones.

Una humilde violeta, blanca de Francia, celeste de los Alpes, o dorada del Famatina, encierra acaso el secreto emo-

cional del remedio contra el más espantoso de los flagelos humanos porque paraliza el corazón y enloquece la mente: la guerra.

1916.

III

EL REINO IDEAL

En una sencilla fiesta de paisanos míos de la provincia, al pie de la montaña, tan blanca como misteriosa, a cuyos flancos duerme la villa nativa, celebrábamos el día de la Patria al resplandor de un sol otoñal, cálido como el de primavera y que por blasón y por placer llamamos "Sol de Mayo". Un espíritu de gentileza y un espontáneo sentimiento se unieron para pedir que hablase sobre el patriotismo, al que había escrito libros cuyas páginas tienen el único encanto del sabor, del perfume y de las tristezas de la tierra.

Casi tres décadas habían transcurrido desde que esos libros aparecieron. El alma del autor, levantada por fuerzas múltiples a esferas sucesivas, ha ido contemplando cada vez desde más arriba el escenario del mundo, y al propio tiempo, las ráfagas frías de la experiencia, como las que bajan de las cumbres de ahí enfrente, han moderado, ya que no podían matar, sus juveniles exaltaciones ante la belleza, el ideal y los más altos ensueños de la mente.

La vida de un hombre de letras es, así, el reflejo de la vida de un árbol: éste deja conocer cada etapa del tiempo en pliegues de su corteza, en ramazones de su copa, en la sazón de sus frutos, y aquel deja conocer las evoluciones de su sentimiento y las ascenciones de su inteligencia, en la forma, en la corrección, en la proporción, en la sencillez y claridad que van revistiendo sus obras.

Como palidecen las estrellas al acercarse el día, las luces de la imaginación van desvaneciéndose para dejar brillar la originaria, la grande, que es calor y vida a la vez, — la

de la verdad, — formada del conjunto de realidades que hay en todas las cosas visibles e invisibles. ¿Acaso por ésto la humanidad simboliza la verdad absoluta que no halla a su paso por el mundo de la línea, en una Persona intangible y abstracta?

Me pedían que hablase en lenguaje juvenil y engalanado sobre el patriotismo, y no sé qué genio de la tierra, o del aire, o de la montaña, me inspiró cosas diversas... Y hablé de la verdad, como objeto, movil, ideal y fundamento de la vida, y de las falsas y precarias grandezas que engendra en la historia la mentira consciente de los *envahidores* de pueblos, y la inconsciente de las multitudes, que no tarda en convertir en convicción definitiva una sujestión enfermiza, y en erigir en dogmas políticos imperiosos los más bellos defectos de la raza.

Y mi pensamiento se fijó en el pasado y en el destino futuro de las nacionalidades sudamericanas, y figurándome ser un Isaías, profeticé el advenimiento de un reino nuevo para todas las almas y para todos los pueblos, aquél ya una vez prometido y extraviado entre las sombras de la historia, el que hubo de consolar todos los dolores, y sólo alcanzó a atemperar la eterna sed de ideal del alma humana, aquel cuyas venturas infinitas eran inexplicables en el lenguaje de los hombres, y se estremecía en el divino silencio de su Autor, cuando, entre la sorda y opaca muchedumbre, no había más que alzar los ojos a lo alto y hablar sin palabras con el único que todo lo entiende y vive en el seno de los grandes espíritus.

El reinado de la Verdad y del Amor se acerca, sin duda alguna: lo anuncian ya los signos del tiempo, de los astros y de los mares, y no es necesario hacer penitencia para esperarlo. Solo se nos exige orientarnos por la estrella fija que lo señala, lo alumbra y lo conduce.

IV

EGO SUM VIA...

No puedo apartar mi pensamiento de aquella sublime imagen del Cristo, que me figuro vuelta a nuestra vida en nueva resurrección, más no ya sobre el suelo trágico de Judea, donde la primera redención se realizara, sino en esta tierra de América, la tierra virgen, sedienta de amor y de gloria y de los más altos vuelos del espíritu.

La reaparición maravillosa de aquel apóstol de la paz, cuando concluye un siglo de análisis y comienza otro de idealismo, tiene toda la magnitud de un suceso milenario, de esos que señalan linderos en la infinita expansión de las cosas creadas.

Agostada, acaso, en los hollados surcos de Oriente y Occidente la floración civilizadora del Evangelio; muerta en el espacio sordo la palabra de amor y caridad sin límites; oscurecidas las sendas antes luminosas que llevaban a los reinos de la ideal fraternidad de los hombres, las naciones y las razas; lleno de nuevo el ambiente del mundo con estrépitos de matanzas, y de odios y destrucción, en un Sinaí más alto, — el de los Andes, — se reenciende la antorcha inmortal, que ilumina mares, llanuras y montañas, y muestra a la humanidad atribulada los derroteros perdidos.

—“Id y predicad a todas las gentes mi Evangelio del perdón y del sacrificio”, — había dicho la voz del mártir, y la cruz dominó el continente misterioso, la “Ultima Thule” ignorada, que, como el *hortus conclusus* del *Cántico de los Cánticos*, esperaba el día del himeneo místico de una nueva raza con un nuevo ideal, a la sombra del árbol oloroso, de cedro del Líbano, cuya copa gigantesca, ilimitada como la propia túnica del Cristo, ofrece a todos los pueblos el reposo y la paz anhelados en la incesante y dolorosa peregrinación.

Ensueño delicioso pero no imposible, he visto un día sobre un inmenso horizonte, desplegado desde una cumbre de

blancura eterna, el estandarte de la Patria guiando multitudes innumerables al rumor de cantos de trabajo fecundo y de paz honesta, hacia destinos más altos; y todas las razas más diversas comprendieron por fin el misterio del porvenir en vano buscado, por siglos y siglos de sabiduría, y encerrado en la dulce y amorosa confidencia:

—“Yo soy el camino, y la verdad y la vida”.

1901.

V

EVA VICTRIX

Tres grandes filósofos han afrontado el estudio del problema sobre la influencia de la mujer en el futuro de la civilización, bajo su reciente faz de la guerra mundial: Kidd, Wells y Tagore, y todos desde puntos de vista concurrentes entre sí; quedando siempre como postulado básico el de Kidd, para quien, la “emoción del ideal” es la fuerza céntrica en el dinamismo de la civilización futura, y para cuyos desarrollos, remito al lector a las páginas del magnífico y reciente libro *The science of power*, cuya síntesis se condensa en esta sentencia:

“No es en el varón combatiente de la raza; es en la mujer en quien tenemos el futuro centro del Poder en la civilización”.

Wells, que mira el mismo problema en sentidos más palpitantes e inmediatos, agrega al formidable raciocinio de Kidd, la influencia del amor contra el odio, en su espléndido libro de confesiones, *The first and last things*; y en cuanto al sublime poeta-filósofo-maestro hindú, él pronuncia la alta palabra de la justicia igualitaria, el llamamiento al primer plano de luz, de la que por siglos ha estado oculta detrás del hombre, y a asumir su soberanía real, a la que durante toda la historia humana ha vivido negándose a sí misma, siendo, como ha sido, la fuerza positiva que ha mantenido

la "emoción del ideal" en las causas determinantes de los hechos históricos.

Al "himno del odio" a la mujer, de Shopenhauer, sobre el cual se asentó la mitad del cimiento del brutal imperialismo germánico, reemplazarán los acordes eternos del "himno del amor y la gratitud" del género humano, a aquella que ha sido, es y será el santuario del ideal, recinto generador de la fuerza emocional en el dinamismo colectivo, y fuente inexhausta de creación, de acción y transfiguración.

VI

EL QUE VENDRA

La guerra, como las conmociones sísmicas y atmosféricas, remueve el fondo de la vida de las naciones, dejando ver cosas sepultadas durante siglos, perdidas en la memoria y en el concepto de los hombres, y haciendo aparecer a flor de tierra o de agua los organismos que han germinado en el silencio de las capas inferiores, oprimidas por los estratos acumulados por los largos períodos de quietismo.

De su sueño milenario, arrullado por nebulosas consejas y fábulas, despierta la China a una realidad republicana e igualitaria, y junto con la trensa simbólica de sus mandarines y magnates, el pie de las mujeres rompe su capullo enquistado, para dejar crecer esas flores de mármol de que aparecieron sembrados los bosques helénicos, como una realización del verso de Homero: "un pie perfecto es obra divina".

¿En qué célula ignorada de aquel viejo tejido humano, yacía la unidad democrática destinada a vivir y aparecer en nuestro siglo, para demostrar una vez más la inmortalidad de la fuerza-idea? ¿La leyenda de la semilla de trigo conservada en el fondo de la urna de la momia por seis milenios, y echada en el limo nuevo regado por el Nilo, para bordar sus orillas con el dorado manto de los Faraones, es

acaso una realidad, o solo un símbolo más de la fecunda patria de los dioses emigradores?

Al contacto de la idea occidental, — quizá la misma suya originaria vuelta a su hogar nativo después de su ciclo inenarrable, — el Egipto abre sus entrañas a la visita de la Civilización, — y sólo ve resurgir los luminosos misterios de Isis y de Osiris, en los cuales el principio de la eternidad de la materia resplandece de nuevo para engendrar otras vastas teorías de ideales, que se dispersan sobre el mundo como el polvo dorado de las nebulosas.

Y allí, en la ciudad-refugio — que fundara Alejandro a su vuelta de la India, — cuando trajo entre las estrofas de la Iliada familiar las revelaciones pristinas de los libros de los dioses del Ganges, dispersados después en el humo del incendio bárbaro de la Biblioteca y del Museum, — se incubó la eclosión de aquella Luz del Oriente, de la Gran Renunciación, del Nirvana engendrador de creaciones y revelaciones, que debían amalgamarse con la idea platónica, y fijaron en el rincón oriental del Mediterráneo, la primera aparición del divino avatar hebraico, ahogado entre la humareda de los odios, removidos, convulsionados, por la primera palabra de Amor que oyeron los oídos de los hombres del Occidente.

El Odio, — salido de las cavernas, al sentir rumor en las selvas circunvecinas, comenzó a sembrar por toda la Europa sus semillas envenenadas de discordias, ambiciones y avaricias, y riñe tremendas batallas para evitar la difusión de la Palabra de Amor, vibrante sobre los tumultos, las hogueras y las matanzas. Pero el Odio, como el León salido de su cueva a combatir en los bosques, se fatiga, y libra su última contienda, la definitiva, la de vida o muerte; pero el Odio lleva la muerte en sus entrañas, porque sólo el Amor es fuente de vida, y ya presiente su derrota, y abre su camino en la tiniebla para la fuga inevitable.

Entonces, aparecerá sobre la inmensa tela gris azulada del horizonte, la figura serena, plácida, sonriente, soñadora

y dolorida del Esperado, del que ha de ser conductor de la grande y final victoria del Amor, y con la dulzura del Redentor de Leonardo da Vinci, — condensación de todas las promesas de los Sacros Libros y Misterios, de las milenarias teogonías que velaron el Amor en su cuna, — pasará como una visión, alta la mirada y la mano milagrosa, sobre los campos de batalla, y su voz será como música nueva, y su túnica una siembra de Lirios blancos, — y pasará diciendo: “Paz y Amor entre los hombres y las naciones; verdad y realidad de las promesas para los oprimidos y los desheredados; lugar para todos sobre la Tierra para un hogar, una era y una tumba; camino señalado por la Estrella del Ideal, para la ascensión definitiva a los reinos de la Belleza y la Justicia”.

Su voz como música nueva, su semblante como salutación de Primavera, su mano como cáliz de bendiciones, su túnica como siembra de Lirios blancos, — resucitará los muertos por el furor de la guerra, reunirá a los dispersos, curará los corazones maternales, reconstruirá los templos y las escuelas derruidas, y devolverá sus manos a los mutilados y sus pupilas a los ciegos; y alzándose, al fin, sobre una grande eminencia, a la vista de todos los pueblos, mostrará el Libro del Apocalipsis donde se halla escrita la palabra “Odio”, — la borrará con un tacto de su mano, y en letras de luz que alumbrarán toda la tierra, escribirá para no ser borrada nunca más, la palabra nueva: — “Amor”.

1917.

VII

ROSAS Y ALMAS

La vida de las rosas es la historia de las almas: ansiedad vibrante en la hora misteriosa de la germinación, gloria en la gracia infantil del capullo, deleite sublime en la plenitud de la forma y del perfume, misticismo religioso y añorante

en el aroma de la declinación, y dolor inmenso, insuperable, infinito, cuando ellas se aperciben de que sus pétalos ya no tienen forma, color, ni esencia... ¡Oh, si, la vida de las rosas es la historia de las almas!

VIII

PENUMBRA ETERNA

¡Una página para los pobres locos! Jamás la contemplación de una desventura humana me hirió tan profundamente como la de esos náufragos del mundo ideal perdidos en océanos infinitos de penumbra, semejantes al Limbo de la leyenda, donde no existe ni la luz plena, ni la sombra absoluta, ni la vida, ni la muerte... ¿Quién podrá describir esta espantosa situación?

Si, por lo menos, la condena no fuese eterna, y pudiéramos saber dónde nació el rayo mortífero! Así veríamos atravesar los campos enmarañados y las colinas azotadas por la tormenta al viejo Rey Lear, ensangrentado el corazón por la ingratitud filial, y verteríamos para curarlo una gota del bálsamo divino del alma de Cordelia.

Y más allá la inmortal visión de la hija de Laertes, encadenada al misterio tenebroso de Hamlet, recorre la selva, llena la falda de flores místicas, la cabellera de oro dispersa y enredada como sus pensamientos confusos y atada en nudos por las espinas, y cantando el sueño vago de un amor que se desvanece se arroja a las dormidas ondas del río, que la mezcla entre sus despojos, como el loto errante que se lleva a la región del irreparable olvido.

Ausencia, enajenación, nirvana adorable a veces, seno intermediario entre la vida y la muerte, nada importa que sus días no concluyan, ni que la eternidad se acerque sin ser sentida para arrebatarnos este leve soplo de brisa, de aliento o de perfume, en cuya virtud nacemos, sufrimos, luchamos... y volvemos a ser átomos de sus alas!

¡Una página para los pobres locos! Ahí está. No tengo más flores para arrojar sobre las tumbas entreabiertas que los aguardan como un consuelo supremo, como una resurrección gloriosa.

IX

ARTICULOS DE MI CODIGO

XLI.—*Nosotros no amamos porque no comprendemos; o más bien, no comprendemos porque no amamos.*

1. *Nota-comentario.* Como hacen todos los autores de códigos jurídicos, yo también reproduzco e incorporo al mío íntimo esta cláusula del divino legislador-poeta contemporáneo de la patria terrena de Budha.

Véase por simple referencia, el artículo XXXIII de mi repertorio,* y tráigase a la mente los nombres que en la ignota región sideral donde se realiza la perfección del alma humana, se han consubstanciado en esta sencilla ecuación aritmética:

$$\text{Leonardo da Vinci} + \text{Rabindranath Tagore} = \text{I.}$$

2. *Nota bibliográfica.* Juro por lo que nadie jura, que la sentencia mía antes citada (XXXIII), ha sido escrita tres años antes de llegar a Buenos Aires y dos años antes de haber sido impreso en Londres el libro del poeta bengalí, *Sadhana, The realisation of life*. Macmilland and C^o., Limited, St. Martin's Street, London, 1914.

3. *Nota amplificativa.* El hecho de haber limitado la anterior fórmula aritmética a los solos dos factores que en ella figuran, no significa reducir a esos únicamente la verdad demostrada. En la matemática de las ideas puras, la suma de las perfecciones individualmente distintas dan siempre I, por-

* Conocer es amar, ignorar es odiar.

que este signo representa la Belleza real, definitiva, inextensible, abstracta, que esbozó Platón, definió Plotino, y ambos aspiraron, sin duda, de la misma fuente del perfume antiguo de la filosofía védica, del alma de Budha. Jesucristo había hablado y vivido y muerto en Belleza pura, entre Budha y Plotino. Sin desconocer la existencia de otros términos de la ecuación más extensa, puede exponerse como ejemplo, la siguiente:

$$\text{Budha } \left. \vphantom{\text{Budha}} \right\} + \left\{ \text{Platón} \right\} + \left\{ \text{Jesucristo} \right\} + \left\{ \text{Dante} \right\} + \left\{ \text{Leonardo da Vinci} \right\} + \left\{ \text{Tagore} \right\} + \left\{ \text{Plotino} \right\} + \left\{ \text{Ruskin} \right\} = \text{I.}$$

4. *Nota más amplificativa que la anterior.* El Genio es el Océano, sugiere Víctor Hugo hablando de Shakespeare. El Genio es la Unidad universal y eterna, sin principio ni fin. Todos los genios sumados dan siempre I, porque es el Infinito sin límites ni noción de cantidad, ni contornos. Es el seno originario y el destino final de toda idea. En sentido ascendente, el Infinito es la región de la Belleza absoluta, la Armonía suprema, la reducción de todas las cosas diferenciales en una sola Entidad indivisible: el Uno, la Belleza, la Inmortalidad, el Genio, la Divinidad.

5. *Addenda ad n. XLI.* Al año siguiente de haber sido escrito el § XLI de este memorial o diario íntimo, o fragmentario de una vida, llega a Buenos Aires el libro intitulado: *One hundred poems of Kabir, translated by Rabindranath Tagore, assisted by Evelyn Underhill.* Macmilland and C^o., Limited, St. Martin's Street, London, 1915.

Leo y anoto prolijamente la versión inglesa del sublime místico de los *Song Offerings* o *Gitanjali*, en la cual se coloca en la misma constelación místico-estelar del bardo indú del siglo XV; y en la estrofa XXIX, que he reproducido en castellano, encuentro el mismo concepto de la Unidad Suprema, que yo había enunciado en mi § XLI, como expresión precisa, perceptible, matemática, y por consiguiente científica, de la Divinidad, o esencia superior del Genio.

En el verso 2º, dice Kabir, que su amor sacro nació “cuando el *Uno Supremo* estaba solo”; y en el verso 7º de la misma canción, agrega: “en la simplicidad me uniré con el *Uno Simple*”.

Y bien, ¿habré yo acertado con el camino por el cual se llega a conocer una verdad?

CIEN POEMAS DE KABIR

Versión Inglesa de

RABINDRANATH TAGORE

Traducción al Castellano con Notas y Prólogo de

JOAQUIN V. GONZALEZ

1915 - 1918

DE LA PRIMERA EDICION DE "ATENEA"

DE LA PRIMERA EDICION DE "ATENEA" •

El Editor se complace en reproducir, como primeras palabras, las que consagró al autor de este libro la ilustrada Redacción de la Revista *Atenea*, de La Plata, dirigida por el señor Rafael Alberto Arrieta, uno de los poetas y pensadores más destacados de la nueva generación argentina. Los números 4 y 5 de aquella publicación fueron dedicados íntegramente a dar a conocer la obra que el autor mantenía inédita, y cedió sólo como un acto de agradecimiento al homenaje que la juventud universitaria le ofrecía al retirarse, en 1918, de la presidencia del Instituto aquí mencionado. Decía así la Dirección de *Atenea*:

Atenea consagra el presente número al doctor Joaquín V. González, fundador y ex Presidente de la Universidad Nacional de La Plata, asociándose, en tal forma, al homenaje público que la Federación Universitaria — y la ciudad toda — acaba de rendirle. Pero nuestro tributo se desvanece ante el honor que el grande hombre nos dispensa. Pedimosle algunas páginas tuyas para el número que le sería dedicado, y colmó nuestras mayores aspiraciones cediéndonos el magnífico trabajo — todo un libro inédito — que ofrecemos al lector; libro que no fué escrito para ser publicado, lo cual obliga más hondamente nuestra gratitud.

Los admiradores del genial compatriota sabemos que, desde hace varios años, la literatura oriental constituye uno

* Advertencia a la segunda edición de los *Cien Poemas de Kabir*. Librería "La Facultad", Buenos Aires, 1923.

de sus amores predilectos. Sin embargo muy poco de su vasta y paciente cosecha exótica había dejado traslucir. Séanos permitido, pues, en virtud del honroso privilegio, expresar la satisfacción con que brindamos este fruto excepcional arrancado al árbol de un huerto de doméstica intimidad.

Guste el lector, en versículos de transparente limpieza, los poemas de Kabir, y medite el bello estudio que los precede. Quien a través de intensa y fecunda vida lo diera todo a su patria, desde las cumbres más altas de la política y de la educación, nos habla ahora en el idioma del hombre que ha quemado los últimos granos de sus pasiones terrenales. Oíd esa voz. Doctrina de amor, lección de belleza, evangelio cívico, serena y melancólica sabiduría de un espíritu que asciende a la armonía suprema, las páginas postreras del maestro contienen la esencia incontaminable de un alma liberada. Nutrió su lámpara, durante largos años, con el aceite simbólico de que habla Tagore en Sadhana, y del sacrificio voluntario de aquel óleo aliméntase esta llama límpida y cordial. ¡Ojalá llegue su claridad salvadora a todos los argentinos! ¡Ojalá retrocedan las sombras del odio ante el avance del amor!

PROLOGO DEL TRADUCTOR

KABIR-TAGORE

Siento la necesidad de explicar el origen y la razón de ser de esta versión de los *Cien poemas* de Kabir que Rabindranath Tagore ha querido poner en conocimiento del mundo occidental; y ante todo, para apresurarme a declarar que yo no sé una palabra de sánscrito ni de bengalí, en cuyos idiomas escribieron los poetas hindúes y el contemporáneo ilustre, autor de *Gitanjali*, *El Jardinero*, *La ofrenda del amante*, *La luna creciente* y otros novísimos cancioneros, dramas y cuentos, como *Hungry Stones* y *Mashi* — y sobre todos éstos, la más bella y para él y para mi más querida, la escuela y retiro de Bolpur, bautizada con el sugestivo nombre de Shantiniketan, o sea “Casa de la Paz” — la paz para él en su noble sacerdocio, y la paz para sus alumnos, que reciben la diaria confianza de su espíritu depurado por la suprema ciencia — la de la contemplación de la Belleza en la naturaleza y en las almas. Saben todos que el Tagore escribe el inglés como su lengua nativa — el bengalí —, en la cual compone sus canciones con su música, para ofrecerlas al amor de los pueblos de su raza, que las acogen con júbilo y las cantan como nacidas de su propia alma.

Ahí está el lazo de unión entre su labor y la nuestra, el contacto de su pensamiento con el de Europa y América, en las cuales ha penetrado con la dulzura de una lejana música religiosa, que hace suspender el paso y oír hasta su postrera vibración. Después de realizar una órbita de algunos milenios, la gota de sangre originaria ha venido a conmover la

sensibilidad de la descendencia distante, como una canción de cuna, como un arrullo maternal que le añorase ensueños infantiles. La Europa entera y la América cosmopolita lo han oído de cerca o de lejos; y el luminoso Imperio del Sol Naciente escuchó un día con íntima emoción el mensaje ancestral de un culto religioso común, como los vastos océanos circundantes de la India y el Japón, que se reúnen para mantener su cordial y secular simpatía. Aquella alma de niño habló a los verdaderos niños de las escuelas de Tokio, en un lenguaje acaso olvidado. “Si yo pudiera mostrar mi corazón lo hallaríais verde y juvenil, tal vez más que el de algunos de los presentes; y hallaríais que soy tan niño como para creer en cosas que los pueblos más crecidos de la nueva edad, con su sabiduría superior, se avergüenzan de poseer, y aun los niños de las escuelas modernas. Es decir, *creo en una vida ideal*. Creo que en una pequeña flor existe un poder viviente, oculto en la belleza, más potente que un cañón Maxim. Creo que en las notas de un pájaro la naturaleza se manifiesta con una fuerza mayor que la revelada por el ensordecedor estrépito de una batería...”

No seguiré la cita que me arrastra, sin embargo, porque debo volver a mi confidencia; a decir por qué me contraje a leer y después a traducir este poeta tan exótico, tan delicado, tan profundo y tan nuestro. Debo decirlo otra vez porque ya nadie recuerda mis confesiones anteriores. ¿Quién soy yo para llamar a los oídos de nadie? Pero un día la montaña nativa habló por mí; yo transmití el mensaje del alma difusa de los seres muertos y vivos que en ella tienen nidos y sepulcros, y entonces ví, conocí, sentí que era místico. Alguien me llamó panteísta, y yo le encontré razón; pero de un panteísmo natural y poético, inmanente en el espíritu saturado de su medio. Nunca pude desprenderme de esas tierras áridas, rocosas y erizadas de arbustos bravíos, así como veladas por montes inmensos, que les guardan promesas íntimas. Soñé volver un día a vivir en ellas la vida de mi infancia, para cerrar yo también mi ciclo; y allí estoy cui-

nuestro, dicho decirlo ^{otra vez} porque ^{ya} nadie recuerda ³
 mis confesiones anteriores. ¿Dieren algo yo
 para llamar a' los uidos de tusie? Pero
 un día la montaña nativa habló por
 mí; yo transmití el mensaje del ~~alma~~
 de fusa de los seres muertos y vivos que
 en ella tienen ruidos y sepulcros, y en-
 tonces vi, emoció, senti que era mis-
 tico. Alguien me llamó panteista, y
 yo le enseñé razón, pero de un pan-
 teísmo natural y práctico, inmanente en
~~todo~~ el espíritu ~~de~~ naturaleza de su medio.
 Nunca pude desprenderme de esos tiempos
 áridos, rocosos y brotados de arbustos bre-
 vís, como relatados por monjes, visiones
 que ^{te} ignoraban promesas íntimas que val-
 her un día a' vivir en ellos la vida de
 mi infancia para cerrar yo también
 mi ciclo, y allí estoy cuidando un
 nonaño, una barra y un vocal, porque
 son los puntos de cita de los pájaros que
 me traen la divina confianza de la tie-
 rra donde murieron mis ~~padres~~ y así
 yo estoy en perpetua ~~comunicación~~ ^{confesión y unión}
 con el ~~espíritu~~ ^{alma} invisible de ~~toda~~ las
 cosas.

No me avergüenzo, ni ^{segundo} ~~me~~ ^{me} tanto, por tanto,
 ni culto ^{en} ~~de~~ la poesía, el arte, la belle-
 za, aún en medio de los mis procesos
 y ~~diversos~~ ^{diversos} tareas de la vida ~~combativa~~,
 política, y docente y profesional. Aquel
 amor ideal es una fuerza superior a la
 del interés, a la de la ambición, a la del
 poder, a la de la celebridad. Y así por el -

dando un naranjo, una parra y un rosal, porque son puntos de cita de los pájaros, que me traen la diaria confianza de la tierra donde duermen mis padres, y así yo estoy en perpetua confesión y unísono con el alma de las cosas.

No me avergüenzo, ni escondo, por tanto, mi culto por la poesía, el arte, la belleza, aun en medio de las más prosaicas y rudas tareas de la vida combativa, política, docente y profesional. Aquel amor ideal es una fuerza superior a la del interés, a la de la ambición, a la del poder, a la de la celebridad. Y si por alguna razón me creo identificado con la ciencia de la jurisprudencia, es por haber llegado a ella por la senda de la emoción, ante la contemplación de la belleza inmanente en todo concepto de justicia. En las definiciones clásicas y modernas de esta eterna palabra, se presente como un vago perfume de belleza, al reconocer que un átomo de esa substancia, ya denominada "eto", unidad orgánico-espiritual de ética y estética, entra en la composición del concepto de "Justicia". Ella está en el sentido íntimo de los más herméticos textos romanos, como el perfume que quedó encerrado en el viejo arcón hereditario de los abuelos.

La llegada de los libros de Rabindranath Tagore a mi alcance, en un idioma accesible, escrito por su mano, fué para mí una buena nueva; y apenas pude leerlo, reconocí la nota congénita, la repercusión en mi arpa interior, de un arpa lejana que tañía una música latente en mi organismo. Seguí entonces uno a uno sus libros, en verso y en prosa, como quien, desde una roca próxima, sigue con los ojos el vuelo sereno de un águila, por bajíos, laderas, cumbres y firmamentos. Sentí luego la necesidad de conocer su ambiente moral, literario, religioso e histórico; y leí libros originarios, y estudios retrospectivos y contemporáneos, como quien tratase de medir el espacio de resonancia o expansión de su pensamiento, de sus concepciones y formas de expresión. Y así pude conocer a este espíritu que, como lo dije otra vez, realiza la unión consubstancial e indivisible del poeta, el músico, el filósofo, el sacerdote y el maestro, sin que en ningun-

na de sus canciones, cuentos, dramas o discursos pueda separarse el uno del otro.

Nunca me atreví a traducir sus poemas, aunque los siento hasta el fondo de mi vida. Tampoco experimenté el impulso de realizar esta inútil tarea. Era como intentar la del canto de los tordos y zorzales familiares del valle y huerto domésticos. Pero habría reproducido, como contribución a la afinación del alma nacional, los libros en prosa: el admirable *Sadhana* o exposición de la más bella filosofía, sus lecturas en Europa y América del Norte, tituladas *Personalidad*, como revelaciones del alma oriental depurada, al alma atribulada y confundida del Occidente, como una leyenda de auroras en una velada de pesadillas y de espantos. Pero, durante una temporada de retiro forzoso, por mi salud, en el rincón provinciano y ancestral, parte como ejercicio de lenguaje, parte como ensayo de penetración metafísica, y en definitiva por el placer de gustar de un tipo de belleza poética y mística, exótica de formas, pero familiar en esencia, me propuse, a medida que leía, ir trasladando al papel cada uno de los poemas de los cien del libro forjado por el Tagore, por la selección de entre los centenares de este género de Kabir, el reformador, el innovador, el vidente y bardo erigido en un verdadero creador religioso de la India del siglo XV.

Jamás tuve la intención de dar a la publicidad este trabajo, el cual no fué tal trabajo, sino un solaz y un reposo mental, tomado al pie de un cerrito casero, a la sombra de grandes piedras o de parras tupidas, o en presencia de puestas de sol, tan largas como el tiempo que yo necesitaba para escribir a la luz diurna, a veces hasta tres páginas, o tres poemas breves, que luego copiaba al margen de mi ejemplar inglés. Muchas de las impresiones de cada poema las transmitía en cartas a un selecto espíritu de mujer de mi estirpe y de mi mentalidad, quien desde luego fué dueña del libro, no sólo por el afectuoso estímulo que siempre de ella partió para toda labor mía, sino porque, no obstante su intenso y acendrado misticismo cristiano, realizado en la admirable edu-

cación de sus hijos, comprendió la sana y elevada moral que trasciende de esta poesía, la cual, como la difusión de un lejano sol, no hace sino iluminar con nueva luz y encender con nuevo calor la unción del credo ancestral, esencia del alma femenina en nuestra patria. Es la dama a quien este libro está dedicado, y con cuya venia él ha sido entregado a la joven revista *Atenea*, de La Plata, como un tributo de afecto, y un homenaje a la juventud que anima las aulas de una Universidad, nacida de un hondo y prospectivo amor de patria, de ciencia y de belleza, personalizado en las generaciones que han de hacerla más ideal y más homogénea en los tiempos por venir. Su lectura no puede ser una operación de crítica, sino una participación en la confianza de tres espíritus contemplativos — el de Kabir, que lo concibió y lo cantó hace cuatro siglos; el de Tagore, que lo depuró y lo puso en lenguaje comprensible para las gentes de nuestra raza, y el del traductor actual, que en romance castellano, materno, se resuelve a comunicarlo, penetrado de su propia unción, y en algunos pasajes, acaso, vertido en formas esencialmente personales, al alma argentina.

II

Traducir no es un oficio despreciable, cuando conduce a un objetivo superior y desinteresado. Muchas veces puede ser ocasión de difundir un gran pensamiento encerrado en la cárcel de un idioma inaccesible; y en el caso de la poesía o de la meditación de altos espíritus que quedaron relegados bajo los estratos de otras edades, esta labor puede ser una resurrección, una creación nueva, una honda comunión con ideas y emociones de belleza, tan virginales como si nunca hubiesen sido enunciadas. ¿Qué habría sido de nuestra cultura si no se hubiesen traducido los libros clásicos de Grecia, Roma, India, Judea...? Y cuando el que traduce es un Rabindranath Tagore, es, por lo menos, cuerdo pensar que algo grande se encierra en la obra que así logra atraer la atención de un verdadero creador, de un igual, si no de un superior. Y así puede explicarse el por qué de mi interés por el libro de Kabir a través de Tagore, quien, al verterlo al inglés, no sólo quiso desenterrar un vasto poder oculto de difusión y de enseñanza de ideas antiguas, sino reforzar las suyas con un semidivino testimonio, y concurrir a la misión modernizadora de la filosofía mística de la India, poniéndola en contacto más inmediato con la civilización europea, occidental, como él la llama, en contraposición de su Oriente.

Todos saben la historia de la evolución poético-filosófico-religiosa de la India, cuyos orígenes arrancan de los libros sagrados, donde, como de fuente eterna, todos los profetas, sacerdotes, sufis, gurus, rishis y brahmanes, van a buscar el sentido puro del verbo, constantemente indefinido, velado,

tanto como abierto, claro y límpido, por medio de la investigación, del amor, de la ciencia. La misma inmensidad de ese océano de ideas contenido en los libros poéticos y religiosos — del *Mahabarata*, el *Ramayana*, *Bagavad Gita*, el *Upanishad*, los *Puranas*, ha creado la diversidad en ciertas épocas inextricable de los credos, sistemas, sectas y doctrinas que han mantenido dividido el pensamiento hindú desde los más remotos tiempos. Y luego, las invasiones extranjeras de la Persia, la Grecia y la Arabia, dejaron también su capa de limo en aquella tierra tan ávida de absorber toda idea relativa a los conceptos de Dios, alma y destino humano; y así, a pesar del exclusivismo agresivo de la influencia musulmana, no pudo evitarse la compenetración con el espíritu del cristianismo, a través del *Antiguo y Nuevo Testamento*, como a las claras se advierte en muchos pasajes de Kabir.

Los escritores de estas historias están contestes en afirmar que Kabir representa en filosofía religioso-poética de la India la influencia mahometana, debido a su origen ancestral. “La historia de Kabir está envuelta en leyendas contradictorias, en ninguna de las cuales puede colocarse la completa verdad. Algunas de éstas proceden de fuente hindú, otras de fuente mahometana, y lo proclaman a su turno como un Sufi y como un santo brahmánico. Su nombre, entretanto, es una prueba concluyente y práctica de su ascendencia musulímica: y la referencia más probable es la que lo presenta como el hijo real o adoptivo de un tejedor de Benarés, ciudad en la cual ocurrieron los principales sucesos de su vida”. (1) Allí, gracias a una profética adivinación del Guru Ramananda, su predestinado maestro, ante quien no se atrevía a presentarse por causa de su origen mahometano, aquél reconoció su vocación y lo consagró entre sus discípulos. Era, en efecto, una profecía sobre su filosofía tolerante, liberal y conciliadora de todas las creencias en una sola impersonal y suprema, que había de proclamar más tarde el neófito, quien

(1) E. Underhill.

nunca desconoció a su maestro entre todos los de aquella India, conservada a través de los siglos, como una inmensa tribuna libre de debate de todas las doctrinas concernientes a la relación del hombre con lo divino.

A causa de esta proliferación de doctrinas y credos, erigidos en ritos, cultos, ceremonias las más diversas, en torno de una idea genérica central y común a todos, residente en el reconocimiento unánime de la autoridad de las fuentes, indiscutida, se ve surgir de tiempo en tiempo algún profeta o filósofo que trata de unificarlos, como fueron el mismo Budha o Gotama en las épocas más antiguas, y en la moderna, o sea después del advenimiento del cristianismo, el ya nombrado Ramananda y su discípulo Kabir, hasta el último — permíteme el atrevimiento de consagrarlo desde aquí, — Rabindranath Tagore, cuyo admirable libro, *Sadhana*, o *El concepto de la vida*, es una síntesis doctrinal de todo el contenido poético, filosófico y religioso de los libros sagrados y del alma hindú, no solamente para uniformar y conformar la interpretación de ellos al espíritu y carácter de los tiempos, sino por la necesidad de incorporar, unir y correlacionar la vida de su raza y de su pueblo con la del resto de la humanidad civilizada.

El gran poeta-filósofo contemporáneo arranca de las mismas fuentes primitivas esta salvadora y vital interpretación: “En la India antigua, dice, vemos que las condiciones de la vida selvática no rindieron el espíritu del hombre, y no debilitaron la corriente de sus energías, sino que le dieron una particular dirección... Su espíritu se hallaba libre del deseo de extender su dominio, y erigió murallas limitativas en torno de sus adquisiciones. Su propósito no era el de adquirir, sino el de realizar, ensanchar su conciencia por el crecimiento con y dentro de su ambiente... Hacer efectiva esta grande armonía entre el espíritu del hombre y el del mundo, fué la misión de los sabios habitantes de las selvas de la antigua India”. Unas palabras más para completar este pensamiento, cuyas relaciones con la situación política actual de ese

país no dejará el lector de percibir. “La antigua civilización de la India tuvo su propio ideal de perfección, hacia el cual dirigió sus esfuerzos. Su intento no fué el de adquirir poder, y descuidó hasta el extremo el cultivo de estas aptitudes, y el organizar los hombres para fines defensivos u ofensivos, para cooperar en la creación de la riqueza y la conquista del predominio militar o político. El ideal que la India trató de realizar condujo a sus mejores hombres al aislamiento de la vida contemplativa, y los tesoros que ganó para el género humano, al penetrar en los secretos de la realidad, le costaron caro en la esfera del éxito universal”. (2) Kabir, nacido y destinado para enseñar durante un siglo que venía ya henchido de cristianismo e islamismo en lucha perenne, y con los resultados de las agitaciones históricas de las nueve centurias anteriores, aleccionado por el doloroso ejemplo de todas las sociedades divididas por el sectarismo cada vez más reducido, estrecho, y dentro del interés de la difusión y arraigamiento de la creencia, en sí misma, no vacila en erigirse en reformador, en busca de la alta unidad y honda espiritualidad de la pura doctrina, que hubiera de armonizar las conciencias y unificarlas, al propio tiempo que tendía a suprimir la torpe idolatría que gradualmente va substituyendo, en todas las religiones, la idea por la forma, la creencia por la ceremonia, la unción y la contemplación por la simulación y la burla, el concepto de las divinidades por la estatua o la imagen materiales. En diversos pasajes de los *Cien poemas*, Kabir exhorta a la verdadera contemplación de la divinidad, y a la busca de los goces supremos dentro del alma misma; y a ese espacio ideal, él lo embellece, lo ilumina y lo impregna de tanta poesía, que es difícil superar en otra literatura mística sus pinturas de aquel mundo ideal. A cada instante el lector cristiano recuerda pasajes semejantes del Evangelio, o los tonos inspirados de algunos libros del *Antiguo Testamento*. La condenación de los fariseos, la exce-

(2) *Sadhana*, págs. 4, 13, 14.

lencia de la oración íntima y secreta, la visión del reino y la beatitud celestes, la igualdad de todos los hombres y castas ante la entidad única de un dios infinito, creador y supremo, aparecen en todo el curso de sus canciones, las cuales — preciso es también advertir — no son, en su sentido estricto, mandamientos ni postulados dogmáticos o canónicos, sino poemas lírico-místicos, donde el sentido religioso va envuelto a veces en la extraña combinación de las imágenes tomadas de la más palpitante realidad humana.

No hay un santuario fijo, ni ríos sagrados imprescindibles, ni trajes o ceremonial preestablecidos para dar salida a la plegaria que nace en el alma y brota en los labios, con la íntima e intraducible emoción de la contemplación divina, por la visión interior, por la vista de un cuadro o un espectáculo naturales, o por esa irresistible revelación de la música de las cosas, de los seres y las etéreas e invisibles esferas. No puede dudarse, cuando se estudia integralmente la historia del hinduismo, desde los orígenes de todas sus doctrinas y religiones, que existe un núcleo de conceptos esenciales que han permanecido inalterados en medio de los innumerables cambios ocurridos desde la más remota antigüedad o por lo menos desde el siglo X (A. de C.). Esos conceptos giran en torno de la unidad del ente divino, origen, creador, inspirador, conservador y destructor de la vida. No obstante la profusión de divinizaciones o corporizaciones secundarias, como en el politeísmo helénico, de las energías o fuerzas vitales de la naturaleza; la realidad de un espíritu o substancia incorpórea, preexistente a la vida corporal, o alma, por la cual, a manera de lazo invisible, mantiene la criatura su relación indestructible con el Gran Espíritu, o manantial originario y fuente infinita de vida, y es base sin duda, de toda la vida moral, y de todo camino a la perfección; ya que ella, como los ríos en la tierra, es el "camino que marcha" hacia la realización de lo ideal, o supremo Nirvana; y en cuanto a la influencia de estas nociones en la conducta de nuestra vida, la imposición de la más pura moral expuesta

hasta ahora por filósofo alguno, se desprende de ellas a punto de que, en algunas de mis meditaciones, he llegado a formularme esta duda afirmativa: ¿por qué no sería posible construir la unidad moral del género humano por la inteligencia, y la fusión, en lo esencial que les es común, de las religiones que hoy se dividen el imperio de las conciencias?

Pero al recordar cuánto se cambian esos conceptos esenciales al tocar la esfera de la *realización*, de la *acción* y de la *ejecución*, y cuántas guerras ha engendrado la tentativa, me sonrío y paso a soñar de nuevo como convencido de un imposible humano. No lo han conseguido Confucio, Budha, Zoroastro, Jesucristo, Mahoma... Pero ahí está la realidad ideal de la identidad de doctrinas, creencias y deducciones morales para la conducta, probando que el elemento de la gran CONCILIACIÓN futura existe intacto en la base, en el alma de las filosofías maternas — índica, helénica, cristiana, islámica — y que lo único que se opone a su advenimiento es una fatalidad histórica hasta hoy no destruída, pero no indestructible.

III

Olvidaba que estas páginas no son un estudio de historia filosófica, sino una confidencia familiar o amistosa entre mis lectores y yo, sobre una sencilla labor de traducción; y así iba enredándome en las lianas de un bosque peligroso... Ibamos en aquel punto del liberalismo revolucionario de Kabir, originado en las predicaciones de Ramanuja (siglo XI) y Ramananda y Kabir (siglos XV-XVI), y en definitiva del último, autor de los *Cien poemas*, vertidos al inglés por Rabindranath Tagore. Inspirado, acaso, en la vida de Jesucristo, según lo observa ya su prologuista Evelyn Underhill, también toma su látigo para echar del templo a los mercaderes y advertir a los fariseos de su propósito irrevocable de limpiar, purificar, espiritualizar la vida y devolver su incólume divinidad a la idea del Padre celeste.

Después de anatematizar en sus cantos I y II la idolatría de los lugares y ríos sagrados, y preconizar la igualdad más positiva ante la divinidad en términos inequívocos, y de una dura ironía, va a su favorita y encantadora manera del símbolo poético, tan dulce y atractivo en todos los predicadores y poetas orientales:

¡No vayas al jardín de las flores!
¡Oh, amigo! No vayas allí:
En tu cuerpo está el jardín de las flores.
Siéntate entre los mil pétalos del loto, y allí contemplarás la Belleza Infinita.

Sir Edwin Arnold, en su poema *The Light of Asia*, o *La Gran Renunciación*, o sea la vida y enseñanza de Gautama

— o Budha, — considerado como una fiel y bella exposición de toda su doctrina e historia, también hace hablar al fundador en su último sermón:

¡Ah! Brothers, Sisters! seek
Nought from the helpless gods by gift and hymn.
Nor bribe with blood, nor feed with fruits and cakes;
Within yourselves deliverance must be sought;
Each man his prison makes.

Recuerdan las invectivas airadas de Cristo contra las simulaciones farsaicas de los sacerdotes, los lapidarios versículos de Kabir de los parágrafos XLV y XLVI, el primero de los cuales es un grito de rebelión contra los viejos cánones formales. El segundo dice:

El Yogi tiñe sus vestidos de colores, en vez de teñir su espíritu con los colores del amor; se sienta dentro del templo del Señor y abandona a Brahma para adorar una piedra;

Abre agujeros en sus orejas, lleva luenga barba y guedejas ensortijadas, y parece un macho cabrío.

Y sentencia Kabir:

Vas marchando hacia las puertas de la muerte ligado de pies y manos.

El filósofo y apóstol que concilia la pura contemplación con las leyes de la vida, se manifiesta en numerosos pasajes de los *Poemas*, anticipando la interpretación modernísima de Tagore y realizando el fin social y humano, que se había perdido en la difusión de las sectas y en el predominio de las castas sacerdotales de las diversas religiones. El fariseísmo, o la simulación sistemática con fines de predominio actual o temporal, es condenado con esta declaración, que en su esencia es una remoción hasta las raíces, de todo sistema convencional o falso: *“Yo hablo la verdad, porque he aceptado la verdad con la vida: ahora estoy atado a la verdad y he arrojado a la basura todo oropel”*... Y al proclamar el reino absoluto de la verdad, vuelve a las más puras fuentes del bu-

dhismo clásico, el que reconoce las leyes de la vida, y la realidad de la naturaleza psico-física, y la íntima unión del pensamiento religioso con la verdad científica, de cuya cooperación habrá de surgir el camino más corto para la anhelada conciliación de todas las religiones del mundo, y así también para la fundación del Reino Universal de la Paz, comprendido en tantos textos proféticos de las antiguas biblias orientales. En el bellísimo cuanto profundo y elevado canto XVII, el poeta apóstol se penetra de aquella idea, y en forma suya exclusiva, exclama:

“He conocido en mi cuerpo la acción del Universo: he escapado al error de este mundo. Lo íntimo y lo exterior han venido a ser como un solo firmamento; lo Infinito y lo finito están reunidos, y yo estoy embriagado en la contemplación del Todo. La luz de Ti llena el Universo: *es la antorcha del amor que arde en la bandeja de la ciencia.*” Y Kabir dice: “Allí el error no puede penetrar, y el conflicto de la vida y de la muerte nunca más se presenta”. El capítulo I de *Sadhana*, de Tagore, podría ser el comentario de estos versículos, en los cuales vibra la inspiración mística en medio de la enunciación de la verdad positiva, tan compatibles, tan armonizables entre sí. Es claro que el lector común de nuestra literatura europea, latina, cristiano-católica, no ha de penetrar fácilmente en el *modo* de estos evangelistas indios, de múltiple e inseparable naturaleza poético-religiosa; pero con un poco de meditación, de recuerdo, de llamamiento a la íntima sinceridad de su sentimiento racial y heredado, y un algo de lectura de los verdaderos místicos suyos propios, los que rompieron ligaduras apretadas para lanzarse a volar por el cielo de la contemplación sin límites, habrá de exclamar al fin, como lo he hecho yo tantas veces en la soledad montañesa, donde estos poemas han sido traducidos: “¡Pero si esta es nuestra misma manera de sentir y ver los problemas de la divinidad! Y si no fueran sus diferentes nombres y aplicaciones, esos conceptos acabarían por unificar de hecho las religiones de ellos derivadas y sobre ellos construidas”.

Y como el ensoñar y el idealizar es libre en cada espíritu, allá, en mis soledades de piedra y de horizontes azules immaculados, he trazado mil veces planes de futuras combinaciones, que, por supuesto, nadie tendrá en cuenta, y quedarán — acaso en mi propia mente, una vez vuelta a las realidades de la vida — sin huella, como esos cóndores o esas nubes que pasan sobre nuestras cabezas para no volver nunca más a ser vistos por nuestros ojos.

¿Y qué cosa, sino, es el éxtasis, o ese estado de pura contemplación que en los místicos toma carácter de fuerza, de energía, hasta llegar a la visión real de las cosas inmateriales o incorpóreas, o invisibles, ya que ningún sabio se aventuraría a juzgar inexistentes en absoluto? El misticismo, entendido en su alta significación de *estado* mental ascendente hacia la realización ideal, es una región de conciliación, a su vez, de los espíritus de las más diversas confesiones dogmáticas o formales. Al emprender el vuelo ascensional hacia el Infinito, todos ellos rompen sus ligaduras, y como pájaros que llevasen en sus picos, alas o pies el polvo o briznas del suelo de donde se alzaron, todos cantan y cuentan el mismo ensueño extático, vestido del ropaje o modelado con las formas del idioma o medio en que formaron su pensamiento. Pero el buen lector, como el buen músico, saben comprender las afinidades íntimas. Hay momentos en que no se podría distinguir una página de Kabir o de Tagore, de una estrofa de San Juan de la Cruz o de Fray Luis de León. “Para ellos — como dice el sagaz prologuista Underhill — cuando han llegado, al fin, al verdadero “estado teopatético”, todos los aspectos del universo poseen igual autoridad como declaraciones sacramentales de la presencia de Dios... Las obras de los grandes sufis — y entre los cristianos, de Jacopone de Todi, Ruysbroeck, Boehme — abundan en ejemplos de esta ley... Kabir pertenece a ese pequeño grupo de místicos supremos — entre los cuales San Agustín, Ruysbroeck y el sufi-poeta Yalalu’ddin Rumi, son quizá los mayores — que han realizado lo que podríamos llamar la visión sintética de Dios”.

Y para volver a mi simil del pájaro con el pensamiento, recordaré lo que ocurre en la literatura con el eterno modelo de lirismo místico — aparte de la cuestión de autenticidad histórica o simbolismo efectivo que dejo por hoy a los eruditos — el *Cántico de los Cánticos*. A su diapasón, sintonizado por los traductores de la Biblia cristiano-católica, se han afinado las arpas, laúdes y liras de los más grandes poetas místicos de la cristiandad, y aun de los bardos y profetas orientales, como sería fácil demostrar, recordando sólo a San Juan de la Cruz, y el hecho de que Fray Luis de León y Quevedo y otros se hayan empeñado en verterlo en poética forma castellana.

El persa Omar Khayyám y el hindomusulmán Kabir han entrado el pico o han mojado las puntas de sus alas en el estanque perfumado de Salomón, a quien se atribuyen las eternas y vibrantes estrofas del *Cántico*, tan imperecederas como la pasión de que brotaron, y que han quedado en medio de los libros bíblicos, no sólo como la torre central del conjunto de palacios, de Michelet, sino como una surgente inexhausta de entusiasmo, de lirismo, de arrebató místico humano y divino, para perfumar e imprimir vibración de vida a todos los demás graves monumentos de historia y sabiduría que lo rodean, aún a la dolorosa musa de Job y Jeremías, a la épica unción de los *Salmos*, y a la serena filosofía, como de consejo ancestral, de los libros sabios, hermanos del *Cántico*. Pero entre todos los místicos de razas o credos ajenos al cristianismo, si exceptuamos al Tagore, ninguno ha llegado a la belleza abstracta, a la pureza de unción contemplativa, y a la emoción hecha de elemento humano, como Kabir, quien agota en su estilo de imágenes siderales y ultrasidéreas, humanas y extrahumanas, el tesoro imaginable de los colores y las formas, para describir la entidad del Espíritu Supremo y Único, su mansión, sus manifestaciones, su difusión por el alma y la vida del mundo habitado y del extraño a la raza de los hombres. No tendría que referirme sino a los cantos que llevan los números XVII

y LXXXVIII para hacer comprender a mis lectores toda mi impresión, pues que sólo de esto se trata en estas páginas; y en cuanto a la *definición* de Dios, objeto de la suprema contemplación, no se hallaría un texto más sintético y comprensivo que el del § XXVI. Las citas, por lo demás, son difíciles, porque son muchos los poemas en los cuales el arrebatado lírico-místico toca a su punto máximo, y así como el poeta dice (XXVI, 8): “El danza en éxtasis, y olas de forma surgen de su danza” — así nosotros, al fijar el pensamiento en uno de sus poemas, sentimos surgir a millares las sugerencias de belleza y de doctrina. El arte es la vida de las formas, y hay una génesis estética en estos versos: “No hay en él forma, ni cualidad, ni decadencia; pero el Dios informe toma miles de formas a los ojos de sus criaturas; su forma es infinita e impenetrable (XXVI, 3, 5, 7). El Informe está en todas las formas, y yo canto la gloria de las formas (XLVII, 5); la forma de amor es su forma” (XXVI, 2). Y si honda es la raíz de su génesis del arte plástico, contenido en el Informe que comprende todas las formas inmanentes, para desplegarlas y llenar con ellas el mundo en cada movimiento de su danza mística, no es menos la pasión musical que desborda en toda la obra, no sólo como un concepto intrínseco de la divinidad, sino como una fuente de imágenes descriptivas y como una íntima esencia de nuestra naturaleza.

¿Existe algún sabio que escuche esa solemne música que se alza en medio del firmamento?

Porque El, la fuente de toda música, rompe en pedazos todos los vasos y queda El mismo en su plenitud... (LXXXIX).

¡Oh, amigo! Este cuerpo es su lira.

El pulsa sus cuerdas y arranca de ellas la melodía de Brahma.

Si las cuerdas estallan y las llaves se aflojan, entonces debe volver al polvo este instrumento de polvo.

Y Kabir dice: Nadie sino Brahma puede evocar sus melodías. (XXXIX).

¿No has oído la armonía que está exhalando la música intangida en el espacio? En medio de la Cámara el arpa de la alegría es pulsada

en gentil y dulce tono: ¿y qué puede obligarte a irte sin escucharla? (LIV).

“Escucho la melodía de su flauta y no puedo contenerme” — estalla en el bellísimo canto LXVIII, que recuerda el salmo CIII de David y la odas 6 y 33 de Salomón; y al encanto generador de la armonía, — canta:

La flor abre aunque no es la primavera, y ya la abeja ha recibido su invitación.

El firmamento atruena y el relámpago fulmina, las olas se levantan en mi corazón.

La lluvia cae, y mi alma gime por mi Señor.

Allí donde el ritmo del Universo se difunde y se apaga, hasta allí mi corazón ha llegado...

Y Kabir dice: Mi corazón desfallece, aunque vive.

Y para no hacer al lector partícipe de mi propio arrobamiento ante este delirio musical, que corre por todas las venas del libro, le señalo los dos primeros versículos del canto XVIII, que recuerda la idea pitagórica:

La región céntrica del firmamento, donde reside el espíritu, está deslumbrante con la música de la luz.

Allí donde la pura y blanca música florece allí mi Señor tiene su deleite.

Y si el lector curioso se interesase por seguir las rutas ideales de estos dos poetas músicos, Kabir y Tagore, vería hasta qué punto ellos se han identificado a través de quinientos años, bebiendo en las mismas aguas incontaminadas del budhismo natural, primitivo, de los libros sacros, deteniéndose en las páginas 141 a 144 del *Sadhana*, en las cuales el autor del *Ciclo de la Primavera* — que podría tener por epígrafe “la canción va delante, yo la sigo”, o “el hombre penetrado del espíritu de la música no necesita ojos”, — en un lenguaje de un lirismo irresistible, prueba la tesis de que la música es la más pura forma de arte, y así Kabir y Tagore forman los dos extremos de una cadena luminosa y rítmica, que no sólo realiza la continuidad de un ensueño secular de

armonía, sino que ha revelado al mundo de ahora la realidad de la verdadera poesía — la que es al mismo tiempo idea, forma, color, ritmo, unción, éxtasis contemplativo de la pura Belleza.

¡Cuán bienaventurado es Kabir —exclama en el canto XCVII, v. 10 a 13,— que en medio de este gran regocijo canta dentro de su propia urna!

Es la música de la unión del alma con el alma;

Es la música del olvido de toda tristeza;

Es la música que impregna todo lo que viene y lo que se va.

El autor de *Sadhana* observa en la página 142 que “los verdaderos poetas y los videntes tratan de expresar el universo en términos musicales... El cantor lleva todo dentro de sí mismo; las notas surgen desde el fondo de su vida interior; su pensamiento y su expresión son hermano y hermana...” San Francisco de Asís oía solo en las lejanías del espacio coros y melodías completas, que evocaban en su corazón el canto, y en sus brazos un violín y un arco; y era tan viva la realidad ideal de su éxtasis, que creía escuchar las armonías de su propia ejecución simulada. El prestaba el sentido de su sueño a los cantos de los pájaros y de las cigarras: como que nada sugiere más a la mente que esta nota prolongada y somnolienta, en cuya interminable línea blanca el oyente coloca todas las variaciones de su propia música íntima. Así, “el firmamento nocturno, al repetir sin interrupción las constelaciones estelares, se parece a un niño sacudido por el asombro y el misterio de su propio anhelo, balbuciendo la misma palabra, una y otra y mil veces, y escuchándola con incesante gozo”. Una perspicacísima historiadora de Santa Catalina de Siena habla de los éxtasis de la virgen esposa de Jesús Niño, y de aquellos “deliciosos arrobamientos nocturnos, que duraban hasta seis horas, cuando todos sus sentidos corporales parecían suspendidos, y sólo en actividad su extraordinaria imaginación... Era como si la música de las esferas, los himnos triunfales de los cielos, fuesen sólo perceptibles...” Así en los poemas de Kabir difun-

dese sin instrumentos, sin cuerdas, sin manos ni boca alguna, esa que él llama la música intangida, la música inmanente en todas las cosas sujetas a la ley universal de la armonía, la cual, teniendo en el organismo humano su repercusión por las vías del éxtasis contemplativo, y su difusión por esa arpa de infinitas e imperceptibles cuerdas que es nuestro sistema nervioso, es recogida por la mente humana, transmitida al cordaje de los nervios, y por éste, en forma de visiones y melodías y conjuntos armónicos, enviada de nuevo al espacio y al alma de la posteridad, en los signos escritos del lenguaje musical del arte. El amor terreno, por cuya sublimación nace el amor divino, y para el cual no basta el idioma oral, no tiene otro que el de la música, cuyos tonos y notas no tienen límite, ni en su número ni en sus matices; y así puede expresar todas las gradaciones más sutiles del “estado de amor”, que es siempre un éxtasis, ya sea humano, ya divino: “es la música que impregna todo lo que viene y lo que se va”.

IV

Desde que yo he comenzado a estudiar y a darme cuenta de los problemas íntimos de nuestra nacionalidad, arrancados del corazón de su historia, he adquirido la convicción de que el Odio en ella se revela con los caracteres de una ley histórica. Y he mantenido esta convicción en silencio, hasta que la ocasión de escribir algo que podría por el género titular “un discurso sobre la historia argentina” — tipo Bossuet o Prevost Paradol —, pero que intitulé *El juicio del Siglo*, o cien años de historia nuestra, me decidió a enunciar el referido postulado del odio como agente generador de los más tristes sucesos de la centuria cumplida en 1910. Y no estaba muy seguro de haber pensado bien, cuando la visita de un agudo y valeroso escritor español, con quien se honra su generación y su patria, Ortega y Gasset, me indujo a leer sus libros. Pues bien, allí encontré la confirmación esencial de mi juicio, donde dice: “los españoles ofrecemós a la vida un corazón blindado de rencor, y las cosas, rebotando en él, son despedidas cruelmente... Yo quisiera proponer en estos ensayos, a los lectores más jóvenes que yo... que expulsen de sus ánimos todo hábito de odiosidad, y aspiren fuertemente a que el amor vuelva a administrar el universo.” Y luego exhorta a inspirarse en aquellos que predicaron el amor a la comprensión. Esto es decir que entra en pleno campo platónico y budista, pues en ambos se proclama la única senda para llegar al amor, que es el conocer, y para llegar al saber, que es el amor. (3) Y luego, en la observación de nuestra

(3) *Meditaciones*, I, 19, 20 y 21.

propia vida, la tara ancestral del odio se me apareció en toda su horrible desnudez y violencia, y por efecto de contraste, enardeció mi pasión por el estudio, por todo lo que inspira y conduce a la concordia, la benevolencia, la tolerancia entre los hombres, y más si pertenecen a una sola nación. Y lo vengo predicando en todas las formas — *¿vox clamantis?* — y posiciones a que la acción pública me ha conducido.

Cuando pude leer a Tagore, después que había leído a Leonardo de Vinci, a través de sus biógrafos y de sus propios escritos, mi regocijo no tuvo límites al poder reforzar mi pobre voz con la de aquellos preclaros instrumentos de la música de amor. En *Sadhana*, página 106, Tagore dice que “la necesidad de amor es una especie de encallecimiento, pues el amor es la perfección de la conciencia”. Y agrega esta sentencia que he citado ya muchas veces en mis conversaciones, pláticas y discursos con los alumnos de escuelas y universidades: “*Nosotros no amamos porque no comprendemos, o más bien, no comprendemos porque no amamos. Porque el amor es el último sentido de todo lo que nos rodea. No es un mero sentimiento: es una realidad; es el goce que se halla en la vida de toda creación*”. Esta es la idea que Dante lleva a la región del más alto misticismo teológico en su divino poema, en aquel *cerchio que piú ama e che piú sape*”, — que sugiere la conmovedora visión de San Agustín y Santa Mónica, de *hoc momentum intelligentiæ*, que anticipaba la visión directa de la Esencia Divina. La inteligencia del medio físico nos abre los caminos materiales: el conocimiento del medio espiritual nos abre la senda que lleva al santuario de los corazones; y así nuestro yo egoísta y exclusivo se difunde, irradia y penetra en un medio, en un alma más grande, que es la de la sociedad, del conjunto de nuestros conciudadanos, de nuestros hermanos de todo el mundo. El deseo, la ambición o la sed del goce exclusivo son una negación del amor, y cierran las vías hacia la verdad, y “este es el mayor mal que hacemos nosotros a nuestra propia alma... El produce esas feas lacras en el cuerpo de la civilización, y es

sólo un método progresivo de suicidio espiritual. Da origen a... sus vengativos códigos penales, sus crueles sistemas penitenciarios, sus métodos orgánicos de explotación de las razas extrañas, hasta el extremo de hacerles imposible la adquisición de la disciplina del propio gobierno y los medios de propia defensa". Leía yo estas bellas palabras poco después de ruidosas asambleas en Londres, en las cuales los más eminentes oradores — Mr. Asquith en primer lugar — preconizaban la política de la recíproca comprensión como medio de estimarse o dejar de odiarse los pueblos, y cuando el libro — sublime mensaje de amor del alma de la India contemplativa y mística al alma de la Europa contemporánea — de Tagore fué publicado en 1914, el Odio sopló su vendaval sobre el mundo entero, para envolver en su rojo polvo cósmico el cielo, arrullado entonces por tanta música de amor y fraternidad...

Y después de *Sadhana*, todas las demás obras, saturadas del puro y sincero y primitivo amor de la tierra, y el que duerme en estrofas de diamante en los sagrados libros, y más tarde la versión de Kabir, que sólo es una sinfonía sideral antigua, ejecutada en el arpa nueva del bardo de *Gitanjali*, *The Gardener*, *Fruit gathering*. "Sólo comprende aquel que ama", os dirá Kabir; "La cerradura del error clausura la puerta; ábrela con la llave del amor", y entonces — oíd bien esta canción, que repercutirá muy lejos en el tiempo por venir, — "*todas las contradicciones estarán resueltas*"; y Tagore, que transfunde el alma de Kabir en su libro ya citado, comenta esta sentencia diciendo: "*en el amor todas las contradicciones de la existencia se funden y se pierden*. Sólo en el amor hay unidad y dualidad invariables. El amor debe ser uno y dos al mismo tiempo. Sólo el amor es acción y reposo a la vez. Nuestro corazón cambia constantemente de lugar hasta que encuentra el amor, y sólo entonces descansa". Es indudable que esta filosofía, que no vacilo en calificar, como Lahor, de rigurosamente científica, habla del amor como una sola e indivisible esencia, que toma las formas sin cambiar su vir-

tud originaria. Esa es la realidad que trascienden los poemas índicos, en los cuales no es siempre posible marcar la línea divisoria entre lo que pudiera la mente imaginar amor divino, puro y abstracto, y el amor místico, en el cual aquél se impregna de humanidad y de naturaleza, como que de ellos surge espiritualizándose hacia la divinidad o el Infinito, como volviendo a su fuente primitiva, y el amor humano, que puede decirse ungido por el rayo supremo del único y eterno amor difundido en toda cosa del mundo. “Un solo amor impregna todo el universo... Ciegos son los que esperan verlo con la luz de la razón, de esa razón que es causa de separación” (XCVII 7-8). Ciegos son éstos y mudos los otros, aquellos que comprendiendo, y convencidos de la verdad de la afirmación genérica, inventan las divisiones y subdivisiones de lo único indivisible que existe, — la esencia generadora del universo mismo.

Unas líneas más arriba he nombrado a Dante, y me creo obligado a recordar al lector el simbolismo dominante en toda la *Divina Comedia*, de aquella Beatriz, que fué la primera visión de amor del formidable poeta, visión de infancia que ilumina su vida entera, cuya realización fué imposible en el mundo, pero a la cual, por un progresivo proceso de espiritualización y beatitud por la ciencia y el dolor, llevó hasta identificarla con la gracia divina, que es suprema ciencia, y con la idea de la liberación de su alma, de toda ligadura terrestre. El político que había pasado por todos los horrores de la guerra civil, de odios, miserias y torturas sin número, es redimido por la poesía, que lo visita, lo inspira y lo guía, bajo la forma de una Beatriz ideal, en cuyo amor su alma se transmuta, dejando en el fondo del crisol sus odios y sus venganzas, para sólo deleitarse en el infinito goce de aquel sentimiento, que es caridad y sabiduría, — y al fin, perdón. Porque el que ama la mujer de su predestinación, entra en la plenitud de la vida del espíritu, y se aparta de toda sugestión de odio hacia cualquiera cosa o persona; y este deleite íntimo del perdonar por amor, refluye sobre la calidad del

amor humano y lo embebe de la esencia de ese deleite, que es ya místico, porque es universal, y su ascensión a la pura espiritualidad es obra de un instante. “Y si hay lujuria ¿cómo puede haber amor?”, exclama Kabir (XXXVII, 3); y en los raptos poéticos de los místicos de ambos sexos, ninguna sensación de materialidad trasciende de las imágenes, exaltaciones y deliquios amorosos con que pintan su pasión divina. Budha explica así su doctrina de amor, diciendo que el que llega a la liberación por ese camino, “no podrá ya engañar, ni mantener odio, ni desear hacer mal a ninguno. Sentirá amor ilimitado por todas las criaturas... Sentirá expandirse su amor en torno suyo, porque es ilimitado y sin obstáculos, y porque queda libre de toda crueldad y de todo antagonismo”. Los místicos cristianos, y Santa Catalina en grado sutilmente intenso, abundan en esta misma beatificación por el amor; y así la inmaculada Eufrosina, en carta a unos sacerdotes sobre el amor al prójimo, y contra la pasión del odio, toda impregnada del puro misticismo de Jesús, demuestra cómo el amor funda la paz en el corazón del hombre; y si con la esencia de su doctrina se siente el perfume de aquel precepto de “amarse los unos a los otros”, será la vía hacia la paz entre las gentes del mundo todo, la de las naciones, — *e della grande guerra fece la grandissima pace.*

El místico hindú contemporáneo, que tanto anima estas páginas, pues me ha dado ocasión de conocer a Kabir, no pierde de vista los más vastos problemas humanos al exponer su doctrina de amor. “Nunca tendremos un concepto cierto acerca del hombre mientras no sintamos amor por él. La civilización debe ser juzgada y evaluada, no por la suma de poder que ha desarrollado, sino en cuanto ha evolucionado y dado expresión, por sus leyes e instituciones, al amor de la humanidad”. La democracia no es esa palabra vana al uso de políticos profesionales que ignoran su sentido, como el motorman empírico que ignora la ciencia de la máquina cuyos resortes maneja: ella es un estado de alma colectivo, en el cual cada individuo se siente identificado, de manera

que nunca en él puede producirse el caso de esos “poderosos grupos de hombres que sólo miran en los pueblos meros instrumentos de su poder”. La educación prepara por eso el estado del alma colectiva para la democracia, por medio de una afinación de los sentidos espirituales en el diapason de la masa. El egoísmo crea los predomios forzados, y el egoísmo ignora esa alta ley de armonización. “Cuando un hombre siente el latido rítmico de la vida del alma del todo en su propia alma, sólo entonces es libre”. Pero la ignorancia nos aleja de este *estado de alma* superior para mantenernos separados unos de otros, interdesconocidos, y sólo obligados por leyes de fuerza a marcar ritmos mecánicos que se interrumpen por cualquier obstáculo. En cambio, la ley del amor engendra las más fecundas consonancias, cooperaciones, unidades y fuerzas insospechadas que no residen en el poder militar ni en el poder económico exclusivos, sino en la realidad de esta fuerza vital, incorpórea e insuperable que es el ritmo interno de la colectividad, traducido en un común ideal de vida, que es aspiración común de un *más allá* irresistible.

Si Dios es amor, como lo concibe la filosofía budhista, éste no ha tenido jamás principio ni tendrá fin, porque se crea a sí mismo y su fin es crear constantemente. En ninguna parte se dice que Dios es un ser antropomorfo; y los poetas como Kabir llegan a hablar de su cuerpo de modo figurativo, diciendo que “la forma de amor es su cuerpo. Su forma es infinita e impenetrable”. ¿Cómo podría definirse, precisarse, manifestarse en una figura gráfica? Se caería en la idolatría, y se vulgarizaría tanto, hasta identificarse con las rudas concepciones de las razas inferiores y bárbaras, o de esos estados sociales en que la ignorancia conserva a las gentes en condiciones de asimilarse la forma de Dios a la suya. Una de las pruebas del alto valor de la civilización hindú, en su sentido esencial, filosófico y religioso, es el hecho de la incorporización del concepto de Dios, llevándolo al más alto plano de la idealización mental, sin caer, no obstan-

te vivas apariencias de lenguaje e imaginación, en lo abstracto e imprecisable, que rechazan de plano los poetas místicos como Kabir. Por eso a veces nos creemos transportados al pleno dominio del sensualismo encarnado en formas humanas; pero no se tarda en percibir que tales cosas no son sino efectos de los elementos comparativos, con que se da claridad e intensidad de sentimiento y visión humana a las puras concepciones ideales. ¿Se quiere una más clara del amor que ésta de Kabir?: “Más que todas las cosas quiero este amor que me hace vivir una vida ilimitada en este universo”. (XXIV, 1). “Desde el principio de los tiempos existe amor entre tú y yo. ¿Cómo podría extinguirse?” (XXXIV, 4). Así es como el poeta, en sus arrobamientos místicos, llega a figurarse a su Dios como el Amante espiritual, y lo hace actor de cuadros de sublime entusiasmo y emoción, arrancados de la sugestión de escenas y sentimientos terrenos; y entonces, como en las odas de San Juan de la Cruz y en Santa Teresa de Jesús y Santa Catalina de Siena, se llega hasta sentir el estremecimiento de la proximidad a una realidad puramente humana, como el himeneo místico en el caso de la interpretación dogmática del *Cántico de los Cánticos*. Así en el canto LXXXVIII, casi sentimos la impresión de la entrada material de un Dios hecho hombre en la casa del devoto; y por una viva sugestión de la forma y de la figuración poéticas, nos imaginamos ver entrar a Jesús en la casa de Betania, aquel hogar del Sin Hogar, en cuya puerta, acaso, reprimía un suspiro y secaba una lágrima. Oiga el lector este salmo, este himno de la visitación, de la hospitalidad sagrada:

Este día es querido para mí sobre todos los demás días, porque hoy mi Amado Señor es huésped en mi casa.

Mi habitación y mi patio se han embellecido con su presencia.

Mi corazón ansioso canta su nombre y ha quedado absorto ante su grande hermosura.

Yo lavo sus pies y contemplo su rostro; y depongo delante de él mi cuerpo, mi espíritu y todo cuanto poseo.

¡Qué día de regocijo es aquel en que mi Amado, mi tesoro, viene a mi casa!

Todos los males huyen de mi corazón cuando veo a mi Señor.

Mi amor lo ha tocado; mi corazón está anhelante por su nombre, que es la Verdad.

Así canta Kabir, el siervo de todos los siervos.

¿Para qué más ejemplos, si con éste solo habría bastado, no sólo para penetrar hasta lo más sutil e íntimo del alma de este gran poeta, y ya un verdadero Rishi, o Sufi, sino para afirmar una vez más la unidad de la inspiración de todas las razas vecinas de la vasta y privilegiada región que por el Oriente bañan con sus aguas sagradas el Ganges, el Sumna, el Indó, el Tigris, el Eufrates, el Nilo, el Mediterráneo, los cuales, sin duda, han impregnado el alma de sus bardos de una misma tonalidad lírica, de una misma coloración de imágenes, de una misma inspiración y visión místicas, las cuales se revelan en los antiguos cantos hebraicos, anteriores y contemporáneos de Salomón, en los de los poetas árabes y en los poemas religiosos y profanos de la India antigua y moderna? Pero de estos últimos, como ya dejo transcripto, se desprende, además, sobre todos aquéllos, la persistencia y el triunfo de la religión del Amor, que no sufre eclipse real, si se prescinde de épocas en las cuales decayeron sus cultos materializados por la casta sacerdotal o las órdenes clericales de todas sus sectas, que convierten en comercio o profesión lo que en el fondo de los libros santos es una pura doctrina de amor, abnegación y propio perfeccionamiento. Débese esta victoria de la filosofía sobre todos los obstáculos históricos, de propio y extraño origen, a la inmanente esencia inmortal de todo lo que es verdadero, impersonal y científico, de todo lo que se funda sobre el reconocimiento de las leyes de la vida universal, contra la que son inútiles las construcciones artificiales del interés o de la fuerza, o de las convenciones humanas. Aquéllas no desconocen las exigencias de la vida individual, social y nacional; y aunque, como el cristianismo, busquen ante todo un reino espiritual, no se encierran en éste para no volver más a la tierra, sino que armonizan y unifican ambos destinos. Si se lee el canto XL

y la nota del traductor argentino, se verá hasta dónde el superidealista Kabir era lógico en su plan de reforma del orden religioso y social. “Es digno de amor aquel que consigue hacer volver a su hogar al vagabundo. En el hogar está la verdadera unión, en el hogar está el goce de la vida. ¿Por qué abandonaría yo mi hogar para errar por la selva?” En el hogar hallará a la vez “límite y liberación”. Y el cantor resume su “envío” final con la afirmación de que “el hogar es el sitio de la morada; en el hogar está la realidad; el hogar ayuda a alcanzar a Aquel que es la realidad suprema”. Y así no sólo se funda la base de una idea nacional y patriótica indestructible, sino que es el poeta revolucionario contra el dañoso quietismo de la falsa contemplación, que llevó a los más aptos hacia las soledades de las selvas, hacia las cuevas de los montes, fundando el ascetismo y el monaquismo furiosos que despoblaron las ciudades y aniquilaron las fuerzas vivas de los pueblos de la Edad Media, y que en cuanto a la India se refiere, llegó hasta el paroxismo de la mortificación. “Los eremitas — dice Rhys Davids — se entregaron a la renunciación y auto-mortificación, viviendo de raíces y de frutas. Un profesor de auto-tortura, antes citado, enumera veintidós métodos de atormentar el cuerpo en materia de alimento, trece en lo relativo a vestido, y cinco en cuanto a la posición”; (4) y así las palabras de Kabir, tácitamente comentadas por Tagore, cobran una significación revolucionaria de las más palpitantes en su tiempo y en su medio.

De allí derivó su consagración a la enseñanza de que hablo al comienzo de esta conversación; y coincidiendo con los más avanzados educadores de Occidente, ha preferido la escuela campestre, de vida común de familia y en libertad, con todos los encantos y limitaciones del hogar y de la hermandad espiritual del trabajo, del estudio y del recreo conjuntos, bajo la paternal dirección del maestro, de El, del insustituible, del que es El mismo toda la escuela. “Con frecuencia

(4) *Early Buddhism.*

se me pregunta, — dice Tagore en su libro *Personalidad*, — cuál es la idea sobre la cual está basada mi escuela... En primer lugar, debo confesar que es difícil para mí decir cuál es esa idea sobre que se fundamenta mi institución. Porque la idea no es como un cimiento fijo sobre el cual se erige un edificio. Es más bien como una semilla que no puede ser separada y obligada a crecer como una planta...” Quiso decir el maestro que su escuela era un reflejo de sí mismo; que el amor recíproco, el amor al prójimo, el amor de la naturaleza y el amor a Dios, eran el alma de la vida escolar y de la enseñanza toda; y basta leer el capítulo “Mi escuela” de este libro, y en *Shantiniketan*, de W. W. Pearson, para comprender que esta fundación es una vocación profunda hacia un ideal de patria y humanidad, realizada en la forma más racional y sencilla, y en el medio más libre y fecundo, en plena naturaleza. Que es una consagración, el mismo Tagore lo relata en la introducción al libro de Pearson, cuando cuenta la visión de la vida solitaria de la India antigua, “en la solemne reclusión de sus selvas”; y “la voz me llegó en lengua védica, desde los *ashrams* — los santuarios selváticos del pasado, — con el mandato: “Ven a mí como los ríos al mar, como los días y las noches hacia la plenitud de su ciclo anual. Que nuestra adquisición y comunicación de la verdad sea llena de la irradiación de la luz: no nos pongamos en conflicto unos con otros. Que nuestros espíritus se encaminen hacia su bien supremo. Mi corazón respondió al llamamiento, y yo resolví hacer lo posible para traer a la superficie, para nuestra diaria purificación, la corriente de ideales que surgió de las cimas de nuestro pasado, corriendo subterráneamente en las profundidades del suelo de la India, — los ideales de simplicidad de vida, claridad de visión espiritual, pureza de corazón, armonía con el universo y conciencia de la personalidad infinita en toda la creación... Así la exclusividad de mi vida literaria quemó tres barreras, *poniéndose en contacto con las más hondas aspiraciones de mi país, que yacen ocultas en su corazón*”. Y la escuela de Shantiniketan, en Bolpur, fué y es

de sus hijos, con la unción religiosa que ^{yo}
le transmite todos los mañanas y los mi-
ércoles, la plejoria profana y sacra del May-
tro, que es ya Rishi, Sufi, apostol y
profeta, Aida de una patria ~~esta~~ y de
una época, cuyos cantos proféticos tendrán
muy pronto en el cielo ^{humano} sus correspondientes
de nuestro tiempo, una transpiración
de paz y solidaridad humana.

~~He aquí, a la luz de la conciencia, que
de un día a otro, en esta tierra, se
de que mar de lectos de conciencia~~

Que un rayo de estas bendiciones
ilumine el ~~país~~ suelo de esta patria
nuestra, donde el odio sembró su tene-
ra semilla, donde la libertad tarda en brotar
de un suelo tan desmenuado por la pobreza
y el prejuicio y el egoísmo, y donde
la ayuda, la benevolencia, la tolerancia
y ~~el amor~~ la solidaridad no han
nacido de los viejos tiempos, y donde
la cosecha del Amor ^{de Shakti} que equivale
a los nacimientos, mas que el trigo, la
carne y el metal, es una ~~gran~~ ^{grande} espe-
ranza y una ~~buena~~ ^{buena} visión del que
ha escrito estos lineos, y del que
ha sembrado su grano en el campo
de ~~una~~ ^{de una} antigua siembra, de la vida, cuando
se hallaba en la hora de su despo-
sición con la vida y con el mundo...
Ponchos de, Agosto de 1918. J. V. González

una de las realidades más bellas del mundo, nacida de una emoción, de un recuerdo, de un vago y remoto ideal, con toda la fuerza de una impulsión ancestral irresistible. Como es obra hecha y mantenida y calentada por el amor de un hombre superior hacia sus conciudadanos y sus semejantes de toda la tierra, será templo de amor, germen de cultura y grandeza espiritual, y surtidor de paz que conducirán por el mundo todos sus hijos, con la unción religiosa que les trasmite todas las mañanas y las noches la plegaria profana y sacra del maestro, que es ya Rishi, Sufi, apóstol y bardo, Aedo de una patria y de una época, cuyos cantos proféticos tendrán muy pronto en el cielo hoy ensangrentado de nuestro tiempo, una luminosa transfiguración de paz y solidaridad humana.

Que un rayo de estas bendiciones futuras ilumine el suelo de esta patria nuestra, donde el odio sembró su tenaz semilla; donde la libertad tarda en brotar de un suelo tan diezmado por la sangre y el prejuicio y el egoísmo; donde la ayuda, la benevolencia, la tolerancia y la solidaridad no han nacido de los viejos surcos, y donde la cosecha de Amor y de Ideal, que enriquece a las naciones más que el trigo, la carne y el metal, es una honda esperanza y una ardiente visión del que ha escrito estas líneas, y del que ha hundido su arado en el campo de una antigua siembra de la raza, cuando ésta se hallaba en la hora de su desposorio con la vida y con el mundo...

Buenos Aires, agosto de 1918.

J. V. González.

Siéntate entre los mil pétalos del Loto, y desde allí contemplarás la Belleza Infinita.

KABIR, IV, 4.

Sólo comprende aquel que ama.

KABIR, XI, 5.

La cerradura del error clausura la puerta: ábrela con la llave del amor.

KABIR, XXXVIII, 1.

Todas las contradicciones están resueltas.

KABIR, XLI, 6.

El Informe está en todas las formas; y yo canto la gloria de las formas.

KABIR, XLVII, 5.

La forma de amor es su forma.

KABIR, XXVI, 2.

Más que todas las cosas quiero este amor que me hace vivir una vida ilimitada en este universo.

KABIR, XXIV, 1.

Desde el principio hasta el fin de los tiempos existe amor entre tú y yo. ¿Cómo podría extinguirse?

KABIR, XXXIV, 4.

Un sólo amor impregna todo el universo... Ciegos son los que esperan verlo con la luz de la razón, de esa razón que es causa de separación.

KABIR, XCVII, 7, 8.

En el amor todas las contradicciones de la existencia se funden y se pierden. Sólo en el amor hay unidad y dualidad invariables. El amor debe ser uno y dos al mismo tiempo. Sólo el amor es acción y reposo a la vez. *Nuestro corazón cambia constantemente de lugar hasta que encuentra el amor, y sólo entonces descansa.*

RABINDRANATH TAGORE,

Sadhana, p. 114.

OFERTORIO E INVOCACION

OFERTORIO E INVOCACION

A Ti, Sentimiento, Espíritu y Forma, que animas, impulsas y embelleces; trinidad creadora, síntesis de acción, ecuación de la Belleza Suprema, consagro esta versión, realizada en horas de soledad en el seno de la Naturaleza; en la edad de las meditaciones definitivas; en cuyos versículos el alma concreta y confiesa sus más íntimos conceptos y devociones irrevelados a los demás hombres; con la creencia en la divinización de la humana forma y de su esencia más pura, que es el Amor; durante y en la cual he podido yo también percibir el ritmo difuso de la música inmanente y nunca tañida, y contemplar desde el trono azul del Loto errante el espectáculo del Uno Inefable, principio y fin, eternamente renovados, de la vida del Mundo; en cuya labor he comprendido dónde está el seno de la única armonía y conciliación de todas las disonancias y divergencias; y me propuse buscarlo por la senda de la investigación, hasta dar con la Verdad, "la cual he aceptado con la vida", y a cuyo culto me dediqué desde mis primeros años; y pude a la vez concebir el Punto de convergencia de la gran dualidad del mundo moral: el Amor y la Verdad; el Amor que es la verdad suprema del corazón, y la Verdad, que es el amor supremo de la Inteligencia o el Espíritu. A Ti, Ideal superterreno, único guía de mi existencia, te invoco y te consagro esta labor, en la cual está difundido mi ser, en el ánfora de oro que labraron las manos castas e incontaminadas del Genio.

CIEN POEMAS DE KABIR

Aquí empieza la reproducción en versículos castellanos de One Hundred Poems of Kabir, que tradujera al idioma inglés el bardo bengalí RABINDRANATH TAGORE. Hizola para solaz de su espíritu, y en homenaje a su más alto ideal, el doctor D. JOAQUÍN V. GONZÁLEZ.

CIEN POEMAS DE KABIR •

I

1. ¡Oh siervo!, ¿por dónde andas en busca de mí?
2. Mira que yo estoy a tu lado.
3. Yo no estoy ni en el templo ni en la mezquita: no estoy ni en la Kaaba ni en el Kailash (1).
4. Ni estoy en los ritos y ceremonias, ni en el Yoga (2), ni en la renunciación.
5. Si eres un verdadero buscador, al fin me encontrarás: me encontrarás en un momento del tiempo.
6. Kabir dice: "Dios es el aliento de todo aliento".

* Es el más notable de los reformadores religiosos del norte de la India: uno de los doce discípulos de Ramananda (1400-1449). Fué expuesto y descubierto en un Loto, en Lahar Talao, cerca de Benarés. Sus padres adoptivos le enseñaron el oficio de tejedor. Sus obras, expresadas en idioma originario, se asegura que son: los *Shakis*, o estancias, en número de 5.000; los *Shabdáwats*, o palabras, 1.000; las *Rekhtas*, u odas, 100; y los *Ramainis*, odas místicas. La semejanza de su vida con la de Cristo es tan grande, que se cuenta que habiéndose disputado sus despojos entre hindúes y mahometanos, él se apareció diciéndoles que mirasen bajo sus vestidos. Hallaron un ramo de flores. El desapareció. Ellos se dividieron el ramo, y cada secta sepultó la mitad. ¿Es la leyenda de Emaús? (Todas las notas son del traductor argentino).

(1) *Kaaba*: Conocido por objeto de peregrinación de los creyentes en Mahoma; *Kailash*: monte sagrado en el Tibet, donde se cree que está el paraíso de Shiva, y es lugar de peregrinación de sus devotos. Lo juzgan el lugar más santo de toda la tierra.

(2) Para comprender el sentido de esta palabra, véase la página 79 de *Sadhana o Realización de la vida*, de RABINDRANATH TAGORE, el traductor de KABIR; 1914.

II

1. No es necesario preguntar, de un santo, a qué casta pertenece.
2. Porque el sacerdote, el guerrero, el mercader, y todas las treinta y seis castas, buscan igualmente a Dios.
3. Es, así, una locura preguntar cuál puede ser la casta de un santo;
4. El barbero ha buscado a Dios, y la lavandera y el carpintero;
5. Y aun Raidas anduvo en busca de Dios.
6. El Rishi Swapacha fué un curtidor, por su casta.
7. Hindúes y moslemitas por igual han realizado ese designio, en el cual no existe señal alguna de diferencia.

III

1. ¡Oh amigo! espera en El mientras vivas; conoce mientras vivas; comprende mientras vivas; porque en la vida reside la liberación.
2. Si tus ligaduras no son quebrantadas mientras vives, ¿qué esperanza de liberación puedes tener en la muerte?
3. Sólo es un sueño vano el creer que el alma consumará su unión con El después de abandonar el cuerpo:
4. Si El es hallado ahora, El será hallado entonces;
5. Si no, nosotros sólo tenemos que ir a habitar en la Ciudad de la Muerte.
6. Si tú realizas la unión ahora, tú la realizarás después.
7. ¡Báñate en la verdad, conoce el verdadero Guru (3), ten fe en el verdadero Nombre!
8. Kabir dice: "Es el espíritu de la investigación el que ayuda; yo soy esclavo de ese espíritu de investigación".

(3) *Guru*: Maestro supremo.

IV

1. ¡No vayas al jardín de las flores!
2. ¡Oh amigo, no vayas allí!
3. ¡En tu cuerpo está el jardín de las flores!
4. Siéntate entre los mil pétalos del Loto, y allá contemplarás la Belleza Infinita.

V

1. Dime, hermano, ¿cómo puedo renunciar a Maya? (4)
2. Cuando yo rompí la atadura de cintas, todavía envolví mi cuerpo con mi vestidura;
3. Cuando yo desceñí mi vestido, todavía cubrí mi cuerpo con sus pliegues.
4. Así, cuando desato la pasión, yo veo que se queda en mí la ira;
5. Y cuando renuncio a la ira, la vehemencia está aún conmigo;
6. Y cuando la vehemencia es vencida, el orgullo y la vanidad todavía permanecen;
7. Cuando el espíritu es desatado y arroja de sí a Maya, todavía se adhiere a la letra.
8. Kabir dice: “Escúchame, querido Sadhu: el verdadero camino rara vez es descubierto”.

VI

1. La luna resplandece en mi cuerpo, pero mis ojos ciegos no pueden verla;
2. La luna está dentro de mí, y también el sol.

(4) *Maya*: Sobre el significado de esta palabra, véase: *Sadhana, The realisation of life*, por RABIND. TAG., p. 79 y 95, y también *Brahma-darsanam o Intuición de lo Absoluto*, de SRI ANANDA ACHARYA, quien la define: “La magia cósmica que hace una sombra de la substancia, y una substancia de una sombra”.

3. El intangido (5) timbal de la Eternidad ha sido hecho resonar dentro de mí; pero mis oídos sordos no han podido sentirlo.
4. En tanto que el hombre clama por el *Yo* y lo *Mío*, sus obras serán como la Nada:
5. Cuando todo amor del *Yo* y de lo *Mío* haya muerto, entonces la obra del Señor será cumplida;
6. Porque la obra no tiene otro fin que la adquisición del Saber:
7. Cuando éste llega, entonces la obra está acabada.
8. La flor se abre para el fruto, y cuando el fruto viene la flor se marchita.
9. El almizcle está dentro del siervo, pero él no lo busca dentro de sí: vaga en procura de la hierba.

VII

A

1. Cuando Él se revela a Sí mismo, Brahma realiza la manifestación de aquello que nunca puede ser contemplado.
2. Como la semilla está en la planta, como la sombra está en el árbol, como el vacío está en el firmamento, como las infinitas formas están en el vacío,—
3. Así, de más allá del Infinito lo Infinito procede; y desde lo Infinito lo finito se extiende.

B

4. La criatura está en Brahma, y Brahma está en la criatura; ellos son siempre distintos y siempre están unidos.

(5) Entre todos los derivados del verbo latino *tango*, *tangere*, ninguno responde con exactitud al sentido de esta palabra, que indica un instrumento no tocado, esto es, “que nadie ha hecho sonar todavía”. *Intacto* expresa la integridad material del aparato; *intangibile* indica la cualidad de “intocable” o inaccesible; el neologismo de *intangido* corresponde a la lógica del idioma, y dice con exactitud lo que *unstruck* inglés quiere calificar.

5. Él mismo es el árbol, la semilla y el germen.
6. Él mismo es la flor, el fruto y la sombra.
7. Él mismo es el sol, la luz y el iluminado.
8. Él mismo es Brahma, criatura y Maya.
9. Él mismo es la forma múltiple, el espacio infinito;
10. Él es el aliento, la palabra y el sentido.
11. Él mismo es el límite y lo ilimitado: y más allá del límite y de lo ilimitado está Él, el Ser Puro.
12. Él es el Espíritu inmanente en Brahma y en la criatura.

C

13. El Alma Suprema es vista dentro del alma;
14. El Punto es visto dentro del Alma Suprema;
15. Y dentro del Punto la reflexión vuelve a ser vista de nuevo.
16. Kabir es bienaventurado porque tiene esta visión suprema.

VIII

1. Dentro de este vaso terrestre hay jardines y arboledas, y dentro de él está también el Creador:
2. Dentro de este vaso están los siete océanos y las innúmeras estrellas.
3. La piedra de toque y el experto joyero están dentro de Él;
4. Y dentro de este vaso, el Eterno deja oír su música y el manantial brota hacia fuera.
5. Kabir dice: “¡Escúchame, amigo! Mi Amado Señor está también adentro”.

IX

1. ¡Oh! ¿cómo puedo yo expresar esa palabra secreta?
2. ¡Oh! ¿cómo puedo yo decir: “Él no es semejante a esto, o es semejante a aquello”?

3. Si digo que Él está dentro de mí, el universo se llena de confusión:
4. Si digo que Él está fuera de mí, eso es falso.
5. Él hace que los universos interior y externo sean uno solo indivisible;
6. Lo consciente y lo inconsciente son a la vez sus peldaños.
7. Él no está de manifiesto ni está oculto, Él no está ni revelado ni irrevelado;
8. No existen palabras para expresar lo que Él es.

X

1. Hacia ti has atraído mi amor, ¡oh Fakir! (6).
2. Yo dormía en mi cámara, y Tú me despertaste llamándome con tu voz, ¡oh Fakir!
3. Yo me ahogaba en las profundidades del Océano de este mundo, y Tú me salvaste levantándome con tu brazo, ¡oh Fakir!
4. Con sólo una palabra tuya, y ninguna más, tú has hecho desgarrar todas mis ligaduras, ¡oh Fakir!
5. Kabir dice: "Tú has unido tu corazón a mi corazón, ¡oh Fakir!"

XI

1. Holgué día y noche con mis camaradas, y ahora estoy lleno de temor;
2. Tan alto está el palacio de mi Señor, que mi corazón se estremece al remontar sus escaleras: pero yo no debo ser cobarde si anhelo el goce de su amor.
3. Mi corazón debe abrirse para mi Amante; yo debo quitarme el velo, y recibirlo con todo mi cuerpo:

(6) "Bajo su aspecto personal, El es el amado Fakir, que enseña y acompaña a todas las almas". *Introducción* de EVELYN UNDERHILL, Ed. de 1915, pág. 24.

4. Mis ojos deben officiar la ceremonia de las lámparas del amor.
5. Dice Kabir: “Escúchame, amigo: sólo comprende aquel que ama; si no sientes el impulso de amor por tu Amado, es en vano que adornes tu cuerpo, en vano que pongas perfumes en tus párpados.”

XII

1. Cuéntame, ¡oh Cisne!, tu antigua leyenda.
2. ¿De qué tierras vienes — ¡oh Cisne! — y hacia cuál ribera vuelas?
3. ¿Dónde tendrás tu reposo — ¡oh Cisne! — y qué es lo que buscas?
4. Despierta esta mañana también — ¡oh Cisne! — ¡levántate y sígueme!
5. Hay una tierra en la cual ninguna duda ni tristeza dominan: y donde el terror de la muerte no existe jamás.
6. Allí las selvas de la primavera están en flor, y la fragante esencia — “Él es yo” — nace en el viento.
7. Allí la abeja del corazón vive en su profundidad, y no anhela otro deleite.

XIII

1. ¡Oh Señor increado! ¿quién será tu siervo?
2. Todo devoto ofrece un culto al Dios de su propia creación: cada día éste recibe un ofertorio.
3. Ninguno busca a Él, al perfecto: Brahma, el Señor Invisible.
4. Ellos creen en diez Avatares (7), pero ningún avatar puede ser el Espíritu Infinito, porque él sufre las consecuencias de sus acciones.

(7) *Avatar*: Palabra sánscrita que significa “descendimiento”, o sea encarnación del dios Vishnú, para visitar la tierra con algún propósito. Los diez avatares de Vishnú son los más célebres. Los hindúes

5. El Uno Supremo debe ser otro diferente de éste.
6. El Yogi, el Sanyasi, el Asceta, disputan siempre entre sí.
7. Kabir dice: “¡Oh hermano! aquel que ha podido ver esa irradiación de amor, sólo ése será salvado”.

XIV

1. El río y sus ondas forman un solo caudal: ¿dónde está la diferencia entre el río y sus ondas?
2. Cuando la ola se levanta, ella es el agua; y cuando baja, es la misma agua otra vez. Dime, Señor, ¿dónde está la diferencia?
3. ¿Porque ha sido llamada ola, no será ya considerada como agua?
4. Dentro del Supremo Brahma, los mundos han sido numerados como cuentas.
5. Contempla ese rosario con los ojos de la sabiduría.

XV

1. Allí donde reina la Primavera, señora de las estaciones, allí la Música Intangida resuena por sí sola.
2. Allí las corrientes de la luz fluyen en todas direcciones.
3. ¡Pocos son los hombres que pueden cruzar hacia esa ribera!
4. Allí donde millones de Krishnas se mantienen con las manos juntas,
5. Donde millones de Vishnus inclinan sus cabezas,
6. Donde millones de Brahmas leen los Vedas,

creen que ha aparecido en forma de: *a)* pescado, *b)* tortuga, *c)* un sapo, *d)* un enano, *e)* como Rama, *f)* otra vez como Rama con el propósito de matar al gigante de mil brazos *Cartasuciriargunán*, *g)* como Krishna, *h)* como Budha. Creen, además, que el 10º avatar debe aparecer todavía en la forma de un caballo de alas blancas (*Kalki*), quien destruirá la tierra (¿juicio final?).

7. Donde millones de Shivas se pierden en la contemplación,
8. Donde millones de Indras residen en el firmamento,
9. Donde los semidioses y los munis son innumerables,
10. Donde millones de Saraswatis, diosas de la música, tañen el vina.
11. Allí está mi Señor auto-revelado; y la esencia del sándalo y de las flores mora en esas profundidades.

XVI

1. Entre los polos de lo consciente y de lo inconsciente, ha tendido el espíritu su vuelo;
2. Allí están suspendidos todos los seres y todos los mundos, y ese impulso jamás cesa en su oscilación;
3. Allí están millones de seres; allí se realizan las rotaciones del sol y de la luna;
4. Pasan millones de edades, y el impulso continúa.
5. ¡Todo camina! El firmamento, y la tierra, y el aire, y el agua: y el Señor mismo en la forma que asume;
6. ¡Y la contemplación de todo esto ha hecho de Kabir un siervo del Señor!

XVII

A

1. La luz del sol, la luna y las estrellas irradian en todo su esplendor.
2. Espárcese la melodía del amor, y una exhalación de la melodía del amor señala su ritmo al tiempo.
3. Día y noche el coro de la música llena los cielos; y Kabir dice:
4. "Mi Amado resplandece como el relámpago en el firmamento."

B

5. ¿Sabes tú cómo los momentos realizan su adoración?
6. Haciendo flamear su teoría de luces, el universo canta su alabanza día y noche;
7. Ellos son la bandera oculta y el dosel secreto:
8. Allí el son de las campanas invisibles es oído.
9. Dice Kabir: "Su adoración no cesa jamás; allí el Señor del Universo se sienta sobre su Trono."

C

10. El mundo entero cumple su labor y comete sus yerros: pero pocos son los amantes que conocen al Amado.
11. El investigador devoto es aquel que mezcla en su corazón las dobles corrientes de amor y abnegación, como se juntan las corrientes del Ganges y del Jumna;
12. En su corazón el agua sagrada fluye día y noche; y así el círculo del nacimiento y de la muerte tiene un término.

D

13. Mirad que un admirable reposo existe en el Espíritu Supremo; y sólo puede gozarlo aquel que se hace visitar por él.
14. Sostenido por las cuerdas del amor, la marea del Océano de Beatitud mantiene su vaivén; y su sonido inmenso rompe en una canción.
15. ¡Contempla cómo el Loto florece allí sin agua! Y Kabir dice:
- 15a. "La abeja de mi corazón bebe su néctar."

E

16. ¡Qué loto maravilloso es el que florece en el corazón de la gigante rueda del universo! Sólo unas pocas almas puras conocen su verdadero deleite.
17. Hay música en torno de ella, y allí el corazón participa del gozo del Mar Infinito.

18. Dice Kabir: "Sumérgete en ese Océano de dulzura: así todos los errores de la vida y de la muerte se alejarán de tí."

F

19. ¡Mira cómo la sed de los cinco sentidos es allí saciada y las tres formas de la miseria no existen más!
20. Kabir dice: "Ese es el gran placer del Uno Inaccesible. Mira dentro de El, y contempla cómo los destellos del Invisible resplandecen en tí."

G

21. Allí resuena el rítmico tañido de la vida y de la muerte;
22. El entusiasmo mana hacia fuera, y todo el espacio está radiante de luz;
23. Allí la música intangida es revelada; y es la música del amor de los tres universos;
24. Allí arden millones de lámparas de sol y de luna;
25. Allí el timbal bate, y el amante despliega regocijado su vuelo;
26. Allí resuenan cánticos de amor, y la luz llueve a torrentes; y el devoto queda extasiado por el sabor del néctar celestial.
27. Contempla la vida y la muerte; allí no existe separación entre ellas;
28. La mano derecha y la izquierda son una y la misma.
29. Y Kabir dice: "Allí el hombre sabio es sin palabra; porque esta verdad nunca puede ser descubierta en los Vedas ni en los libros".

H

30. Yo he tenido mi asiento en Aquel que se pesa a sí mismo;
31. He bebido en la copa del Inefable;
32. He encontrado la llave del Misterio;
33. He alcanzado la raíz de la Unión.

34. Viajando sin derrotero he llegado a la Tierra sin Tristeza; con gran bondad la merced del gran Señor ha venido hasta mí.
35. Ellos lo han cantado como al Infinito y al Inaccesible: pero yo en mis meditaciones lo he visto a El sin tener vista.
36. Esa es sin duda la Tierra sin Tristeza y nadie conoce la senda que a ella conduce:
37. Solamente aquel que está en esa huella ha podido vencer toda tristeza.
38. Admirable es esa tierra del reposo para quien ningún mérito puede adquirir;
39. Es el sabio quien la ha contemplado; es el sabio quien ha podido cantarla.
40. Esta es la Última Palabra: pero ¿puede alguien expresar su maravilloso sabor? Aquel que la ha gustado una vez, ése puede saber cuánta alegría ella puede dar.
41. Kabir dice: “Conociéndola, el ignorante se vuelve sabio, y el sabio se vuelve sin palabra y silencioso.
42. El devoto queda íntimamente embriagado.
43. Su sabiduría y su abnegación se hacen perfectas;
44. El bebe de la copa de las inspiraciones y de las exhalaciones del amor.”

I

45. Allí todo el firmamento está lleno de armonía, y allí esa música es hecha sin dedos y sin cuerdas;
46. Allí la lucha del placer y del dolor no cesa.
47. Kabir dice: “Si sumerges tu vida en el Océano de la Vida, encontrarás tu vida en la Tierra de la Suprema Beatitude”.

J

48. ¡Qué delirio de éxtasis hay allí en todas las horas! Y el devoto exprime y bebe la esencia de las horas: y él vive en la vida de Brahma.

49. Yo hablo la verdad, porque yo he aceptado la verdad con la vida; ahora yo estoy atado a la verdad, y he arrojado a la basura todo oropel.
50. Y Kabir dice: "Así el devoto es libertado de todo temor; así lo han abandonado todos los errores de la vida y de la muerte."

K

51. Allí el firmamento está lleno de música;
52. Allí llueve el néctar;
53. Allí las cuerdas del arpa resuenan y baten sus atambores.
54. ¡Qué secreto esplendor hay allí, en la mansión del firmamento!
55. Allí no hay constancia de la salida ni de la puesta del sol;
56. En el océano de la manifestación, que es la luz del amor, el día y la noche llegan a ser uno mismo.
57. ¡Alegría para siempre; nada de tristeza; nada de lucha!
58. Allí he visto el júbilo lleno hasta los bordes, la perfección del júbilo;
59. Allí no hay sitio para el Error.
60. Allí yo he presenciado el regocijo del Glorioso.

L

61. Yo he conocido en mi cuerpo el placer del universo: yo he escapado del error de este mundo.
62. Lo íntimo y lo externo han venido a ser como un solo firmamento; lo Infinito y lo finito están reunidos; y yo estoy embriagado con la contemplación del Todo!
63. La luz de Ti llena el universo: *es la antorcha del amor que arde en la bandeja de la ciencia.*
64. Kabir dice: "Allí el error no puede penetrar, y el conflicto de la vida y de la muerte nunca más se presenta".

XVIII

1. La región céntrica del firmamento, donde reside el espíritu, irradia con la música de la luz (8);
2. Allí donde la pura y blanca música florece, mi Señor tiene su deleite.
3. Ante la maravillosa fulgencia de cada cabello de su cabeza, el brillo de millones de soles y de lunas desaparece.
4. En aquella ribera existe una ciudad, donde la lluvia de néctar cae y cae, y no cesa jamás.
5. Dice Kabir: “¡Venid, Dharmadas, y contemplad el gran Durbar de mi Señor!”

XIX

1. ¡Oh corazón! ¡El Espíritu Supremo, el Maestro Soberano está cerca de ti: despierta, sí, despierta!
2. Corre a los pies de tu Amado: porque tu Señor está junto a tu cabecera.
3. Has dormido el tiempo de innúmeras edades: ¿y no despertarás esta mañana?

XX

1. ¿Hacia cuál ribera cruzarías, oh corazón mío? Ningún viajero pasó antes que tú, ni hay senda ninguna.

(8) Sobre el espíritu musical de Kabir, léase las páginas XXXIV y XXXV de la *Introducción* de EVELYN UNDERHILL. Ningún comentario más exquisito que su puro lirismo, su verdad y su estilo insuperable, que las páginas 141 y 144 de *Sadhana*, de RABINDRANATH TAGORE. “La música es la más pura forma de arte —dice,— y por eso, la más directa expresión de la belleza, con una forma y espíritu, una y simple, y menos perturbada por ninguna cosa extraña... Los verdaderos poetas, los videntes, tratan de expresar el universo en términos musicales...”

2. ¿Dónde está el movimiento, dónde está el reposo en esa ribera?
3. Allí no existe el agua; ninguna embarcación ni barquero están allí;
4. Nada semejante a una cuerda para remolcar la barca, ni un hombre para manejarla.
5. No hay allí tierra, ni firmamento, ni tiempo, ni cosa alguna: no hay costa, ni vado para llegar a ella.
6. Allí no existe ni cuerpo ni espíritu; ¿y dónde está el lugar en el que pueda el alma apagar su sed? Nada encontrarás en ese vacío.
7. Sé fuerte y entra en tu propio cuerpo, porque allí tu cimiento es firme. Considéralo bien, ¡oh corazón mío! No vayas a ningún otro lugar.
8. Kabir dice: “Abandona toda imaginación y avanza en aquello en que tú eres realmente”.

XXI

1. Las luces arden en todas las cosas — ¡oh ciego! — y tu no puedes verlas.
2. Un día tus ojos serán de pronto abiertos, y tú podrás ver: y las cadenas de la muerte caerán de tus manos.
3. Nada hay allí que decir ni oír, y nada que hacer: sólo aquel que está vivo, aunque haya muerto, ése nunca más morirá.
4. Porque él vive en la soledad, y así el Yogi dice que su lugar está muy lejos.
5. Tu Señor está cerca: y, no obstante, tú escalas la palmera para buscarlo a Él.
6. El sacerdote brahmán va de casa en casa e inicia a las gentes en la fe:
7. ¡Ah! La verdadera fuente de la vida está a tu lado, y has colocado una piedra sobre el culto.

8. Kabir dice: “Yo nunca podré expresar cuán dulce es mi Señor. Yoga (9), y la recitación del rosario (10), la virtud y el vicio, — estas cosas son la nada delante de Él”.

XXII

1. ¡Oh hermano! Mi corazón ansía aquel verdadero Guru que llena la copa del verdadero amor, y bebe él mismo de ella, y me la ofrece después a mí.
2. Él quita la venda de mis ojos y de la verdadera visión de Brahma:
3. Él revela en Sí mismo los mundos y me hace oír la música intangida:
4. Él demuestra cómo la tristeza y la alegría hacen una sola:
5. Él llena de amor toda medida.
6. Kabir dice: “En verdad que no siente temor aquel que tiene semejante Guru para guiarlo hacia el abrigo de la salvación.”

XXIII

1. Las sombras de la noche caen espesas y profundas, y la tiniebla de amor envuelve el cuerpo y el espíritu.
2. Abre la ventana del occidente, y sumérgete en el firmamento del amor.

(9) *Yoga*: “Comunión del individuo con el Espíritu Universal por la plegaria, el amor, el auto-sacrificio y el conocimiento”. SRI ANANDA ACHARIA: *Brahmadarsanam*, pág. 210.

(10) Confieso la dificultad en que me he encontrado para dar expresión comprensible a la frase inglesa *telling of the beads*, que literalmente sería “contar las cuentas” de un rosario, pero que en el lenguaje místico del autor, y en referencia a otros pasajes, no puede aludir sino al acto contemplativo que significa la recitación de los rezos u oraciones representadas en las cuentas del rosario, que en este verso debe suponerse infinito como las estrellas.

3. Bebe la dulce miel que impregna los pétalos del loto del corazón.
4. Recibe las olas en tu cuerpo. ¡Qué esplendor en la región del mar!
5. ¡Oye! Las armonías de las trompetas (11) y de las campanas comienzan a expandirse.
6. Dice Kabir: “¡Oh hermano, escucha! El Señor está en este vaso de mi cuerpo.”

XXIV

1. Más que todas las cosas, quiero con todo mi corazón este amor que me hace vivir una vida ilimitada en este universo.
2. Él es como el loto, que vive en el agua y florece en el agua: todavía el agua no puede tocar sus pétalos, porque ellos se abren más allá de su alcance.
3. Él es como una esposa que entra en el fuego cuando el amor la inspira. Ella arde y deja a los demás los lamentos, pues nunca el amor deshonra.
4. Este océano del mundo es arduo de cruzar. ¡Sus aguas son tan profundas! Kabir dice: “Escúchame, ¡oh Sadhu!, pocos son los que han alcanzado su término.”

XXV

1. Mi Señor se oculta, y mi Señor maravillosamente se revela:
2. Mi Señor me ha circundado de dificultades, y mi Señor ha arrojado de mí mis impotencias.

(11) Véase en el *Diccionario de la Música*, de LUISA LACAL, las voces *Concha de los Tritones* y *Concha Marina India*, que parece ser el origen del instrumento de que aquí se habla, pero el cual, sin duda, es una trompeta, pues, según esa autora, *buccinare concha* se llamaba a la primitiva trompeta romana, derivada del antiguo *caracol* o *buccina* de los griegos.

3. Mi Señor me trae palabras de tristeza y palabras de alegría, y Él mismo apacigua su lucha.
4. Quiero ofrendar mi cuerpo y mi espíritu a mi Señor: yo inmolaré mi vida, pero nunca olvidaré a mi Señor.

XXVI

1. Todas las cosas son creadas por el Om (12).
2. La forma de amor es su cuerpo.
3. No hay en Él forma, ni cualidad, ni decadencia.
4. Busca tu unción con Él.
5. Pero ese Dios informe toma miles de formas a los ojos de sus criaturas;
6. Él es puro e indestructible,
7. Su forma es infinita e impenetrable,
8. Él *danza en éxtasis, y olas de forma surgen de su danza;*
9. El cuerpo y el espíritu no pueden contenerse, cuando son tocados por su inmensa gracia.
10. Él está sumergido en todo concepto, en todos los goces, en todos los pesares;
11. Él no tiene principio ni fin;
12. Él lo encierra todo en su beatitud.

(12) El (Brahma) es la Gran Afirmación, la *f fuente de la energía*, la fuente de la vida y amor, la única satisfacción del deseo. Su palabra creadora es el *Om*, o sea el Sí Imperecedero. *Introducción*, de UNDERHILL, pág. XXIV. Aunque no le atribuyo un valor absoluto, Larousse define así esta palabra: Sílabas místicas que los hindúes pronuncian antes de comenzar una plegaria o una invocación, y cuyo nombre *Om aum*, en sánscrito, contiene las letras *A*, dedicada a Vishnu; *U*, a Shiva, y *M*, a Brahma. Sobre una plena explicación del anagrama místico *OM*, nada más completo que las páginas de RABINDRANATH TAGORE, en la obra titulada *Personality*, publicada en 1917; él dice: "*OM*. Esto significa plenitud; es, en realidad, la palabra simbólica de Infinito, Perfecto, Eterno... todas nuestras meditaciones principian en *OM* y terminan con *OM*". Pág. 152. (Nota agregada en diciembre de 1917).

XXVII

1. Es la merced de mi verdadero Guru el haberme hecho conocer lo desconocido;
2. He aprendido de Él a caminar sin pies, a ver sin ojos, a oír sin oídos, a beber sin boca, a volar sin alas;
3. He llevado mi amor y mi meditación hasta la tierra donde no hay sol ni luna, ni día ni noche.
4. Sin comer, he gustado la dulzura del néctar, y sin agua he apagado mi sed.
5. Donde existe la recompensa de la dicha, allí está la plenitud de la beatitud. ¿Ante quién puede ser exaltada esa felicidad?
6. Kabir dice: “El Guru es grande más allá de la expresión de las palabras, y grande es la fortuna del discípulo.”

XXVIII

1. Delante del Incondicional, el Condicional despliega su danza:
2. “¡Tú y yo somos uno!” Esto la trompeta proclama.
3. El Guru viene, y se inclina reverente ante el discípulo:
4. Y esta es la más grande de las maravillas.

XXIX

1. Gorakhnath pregunta a Kabir: “Dime ¡oh Kabir!, cuándo comenzó tu vocación. ¿Dónde tuvo tu amor su origen?”
2. Kabir responde: “Cuando Aquel cuyas formas son múltiples no había aún principiado su obra; cuando no había maestro ni discípulo; cuando el mundo aun no se había extendido; cuando el *Uno Supremo* estaba solo,—
3. Entonces yo me hice Asceta; entonces, ¡oh Gorakh!, mi amor fué conducido hacia Brahma.

4. Brahma no tenía la corona en su cabeza; el dios Vishnú no fué ungido rey; el poder de Shiva no había aún nacido cuando yo fuí iniciado en el Yoga.
5. “De pronto yo fuí revelado en Benarés, y Ramananda me iluminó (13);
6. Traje conmigo la sed de lo Infinito; y he venido para unirme con Él;
7. En la simplicidad me uniré con el Uno Simple; mi amor surgirá de allí.
8. ¡Oh Gorakh, marcha al son de su música!”

XXX

1. En este árbol habita un pájaro: él danza con la alegría de la vida.
2. Nadie sabe dónde está: ¿y quién sabe cuál puede ser el tema de su música?
3. Allí donde las ramas dan su sombra más espesa, allí él tiene su nido; y viene aquí por la noche y se vuelve por la mañana, y no dice una palabra de lo que esto significa.
4. Nadie me cuenta nada de este pájaro que canta dentro de mí.
5. No es ni coloreado ni incoloro: no tiene ni forma ni bosquejo de forma;
6. Se sienta a la sombra del amor.
7. Él reside dentro del Inaccesible, del Infinito y del Eterno; y nadie señala el instante en que él viene y se va.
8. Kabir dice: “¡Oh hermano Sadhu! Hondo es el misterio. Deja que los sabios investiguen y sepan dónde reposa este pájaro.”

(13) Fué Kabir, como hemos dicho, uno de los *doce* discípulos de Ramananda. La historia o leyenda de su *revelación*, véase en la *Introducción* de UNDERHILL, págs. X y XI.

XXXI (14)

1. Un cruel dolor me agita día y noche, y no gozo un instante de sueño;
2. Ansío unirme a mi Amado, y la casa de mi padre ya no me ofrece ningún agrado.
3. Las puertas del firmamento están abiertas, y el templo está revelado:
4. Encuentro a mi esposo y dejo a sus pies la ofrenda de mi cuerpo y de mi espíritu.

XXXII

1. ¡Danza, corazón mío, danza hoy en pleno regocijo!
2. Las vibraciones de amor llenan los días y las noches con su música, y el universo escucha atento sus melodías.
3. Locas de alegría, la vida y la muerte danzan al ritmo de esa música. Las colinas y el mar y la tierra danzan. El mundo del hombre danza entre risas y lágrimas.
4. ¿Por qué vestir el sayal del monje y vivir lejos del mundo en orgullosa soledad?
5. ¡Escucha! Mi corazón danza con el deleite de cien artes, y el Creador queda complacido.

XXXIII

1. ¿Qué necesidad de las palabras, cuando el amor ha embriagado el corazón?
2. He escondido mi diamante bajo mi capa: ¿por qué descubrirlo una y otra vez?

(14) Los que, como yo, gustan de las comparaciones, no dejarán de recordar las palabras de Jesús: “el que quiera seguirme abandonará a su padre y a su madre...” “Vivir en perfecta bondad —dice TACORE (*Sadhana*, pág. 57)— es realizar su propia vida con el infinito... Esta es la visión del reino celestial de Cristo...”

3. Cuando su peso era leve, el plato de la balanza se levantaba súbito: ahora que está lleno, ¿qué necesidad hay de pesar en él?
4. El cisne ha emprendido su vuelo hacia el lago que está detrás de la montaña; ¿por qué buscaría ya las lagunas y los canales?
5. Tu Señor reside dentro de ti. ¿Qué necesidad de abrir tus ojos de lo exterior.
6. Kabir dice: "Escucha, hermano: mi Señor, que encanta mis ojos, se ha unido ya conmigo."

XXXIV

1. ¿Cómo podría separarse el amor entre Tú y Yo?
2. Como la hoja del Loto habita sobre el agua, así Tú eres mi Señor, y yo tu siervo.
3. Como el Chakor contempla toda la noche a la luna, así Tú eres mi Señor y yo soy tu siervo.
4. Desde el principio hasta el fin de los tiempos existe amor entre Tú y Yo. ¿Cómo podría amor semejante extinguirse?
5. Kabir dice: "Así como el río entra en el océano, así mi corazón se echa dentro de Ti."

XXXV

1. Mi cuerpo y mi espíritu están tristes porque necesitan de Ti;
2. ¡Oh Amado mío, ven a mi morada!
3. Cuando la gente dice que soy tu prometida, me quedo avergonzada, porque no he tocado aún tu corazón con mi corazón.
4. ¿Qué es, entonces, este amor mío? No tengo gusto para mi alimento; no tengo sueño; mi corazón está siempre agitado dentro y fuera de sus puertas.

5. Como es el agua para el sediento, así el amante para la desposada. ¿Quién es el que quiere llevar noticias mías a mi Amado?
6. Kabir está inquieto: está muriendo por verlo, a Él.

XXXVI

1. ¡Oh, amigo, despierta, no duermas más!
2. La noche llegó y se fué: ¿querrías perder tu día también?
3. Otros que despertaron recibieron joyas;
4. ¡Oh mujer estulta! Todo lo has perdido mientras dormías.
5. Tu amante es prudente, y tú eres loca, ¡oh mujer!
6. Nunca preparaste el lecho de tu marido;
7. ¡Oh mujer loca! pasaste tu tiempo en necias diversiones.
8. Tu juventud pasó en vano porque no conociste a tu Señor.
9. ¡Despierta, despierta! ¡Mira! Tu lecho está vacío: Él te abandonó durante la noche.
10. Dice Kabir: "Sólo despierta aquella que es penetrada por el dardo de su música."

XXXVII

1. ¿Dónde está la noche cuando el sol resplandece? Si la noche ha llegado, el sol recoge su luz.
2. Donde está la ciencia ¿puede persistir la ignorancia? Si la ignorancia existe, la ciencia debe perecer.
3. Si hay lujuria, ¿cómo puede haber amor? Y donde hay amor no existe más la lujuria.
4. Empuña tu espada y corre a la pelea. ¡Lucha, oh hermano mío, mientras dure la vida!
5. Corta la cabeza de tu enemigo, y así últimalo, sin demora: después, ven e inclina la frente ante el Durbar del Rey.

6. El valiente nunca abandona el combate: el que huye no es un verdadero luchador.
7. En el campo de este cuerpo se riñe una gran batalla contra la pasión, el odio, el orgullo y la concupiscencia:
8. Es en el reino de la verdad, de la conformidad y de la pureza donde esta batalla es más furiosa, y la espada que gira con más estrépito es la espada de su Nombre.
9. Kabir dice: "Cuando un valiente caballero entra en el campo, una turba de cobardes es puesta en fuga.
10. Es una batalla dura y afanosa la del investigador de la verdad; porque el voto de éste es más arduo que el del guerrero, o que el de la esposa viuda que quiere seguir a su esposo;
11. Porque el guerrero combate por espacio de unas horas, y la lucha de la esposa con la muerte queda bien pronto terminada;
12. Pero la batalla del investigador de la verdad avanza día y noche, tanto como dura la vida, y no cesa jamás.

XXXVIII

1. La cerradura del error clausura la puerta: ábrela con la llave del amor:
2. Así, al abrir la puerta, tú despertarás al Amado.
3. Kabir dice: "¡Oh hermano!, no te prives de una felicidad como ésta."

XXXIX

1. ¡Oh amigo! este cuerpo es su lira;
2. Él pulsa sus cuerdas y arranca de ellas la melodía de Brahma.
3. Si las cuerdas estallan y las llaves se aflojan, entonces debe volver al polvo este instrumento de polvo.
4. Y Kabir dice: "Nadie sino Brahma puede evocar sus melodías."

XL

1. Es querido para mí aquel que puede hacer volver al vagabundo a su hogar. En el hogar está la verdadera unión, en el hogar está el goce de la vida: ¿por qué abandonaría yo mi hogar para errar por la selva? Si Brahma me auxilia para realizar la verdad, yo hallaré, ciertamente, en el hogar, sujeción y liberación.
2. Es querido para mí, por cierto, aquel que tiene poder para sumergirse en Brahma; cuyo espíritu se disuelve fácilmente en su contemplación.
3. Es querido para mí aquel que conoce a Brahma, y puede hacer su morada en la verdad suprema por la meditación; y aquel que puede arrancar la melodía del Infinito, uniendo en la vida amor y renunciación.
4. Kabir dice: "El hogar es el sitio de la morada; en el hogar está la realidad; el hogar ayuda a alcanzar a Aquel que es la suprema realidad (15). Así, quédate donde estás, y todas las cosas llegarán hasta ti a su tiempo".

XLI

1. ¡Oh Sadhu! La unión simple es la mejor.
2. Desde el día en que yo me uní a mi Señor, el goce de nuestro amor no ha cesado.

(15) "A pesar de esta exaltada visión del universo, Kabir nunca pierde su contacto con la vida diurna, ni olvida la existencia ordinaria. *Sus pies están firmemente apoyados en la tierra; sus sutiles y apasionadas percepciones están constantemente compensadas por la actividad de un sano y vigoroso intelecto, por ese sentido común siempre alerta, tan frecuente en las personas dotadas de verdadero genio místico*". (Introducción de UNDERHILL, pág. XXXVI). "No el claustro, sino el hogar, es el teatro propio de los esfuerzos humanos. Si el hombre no puede hallar a Dios allí, no espere éxito fuera de ese campo. En el hogar está la realidad". (*Idem*, pág. XLII).

3. No he vendado mis ojos, no he cerrado mis oídos, no he mortificado mi cuerpo:
4. Veo con los ojos abiertos, y sonrío y contemplo su Belleza en todas partes:
5. Pronuncio su Nombre, y todo lo que veo me recuerda a El; todo lo que hago se convierte en su culto.
6. El amanecer y el ocaso son uno mismo para mí; *todas las contradicciones están resueltas.*
7. Dondequiera que voy me muevo en torno de El.
8. Todo lo que yo realizo es servicio suyo.
9. Cuando reposo, me quedo postrado a sus pies.
10. Él es lo único para mí adorable: no concibo otro semejante.
11. Mi lengua ha olvidado toda palabra impura, porque canta su gloria día y noche.
12. Ora esté yo de pie, ora sentado, no puedo jamás olvidarme de El; porque el ritmo de su música late en mis oídos.
13. Kabir dice: "El corazón está delirante, y yo desato en mi alma todo lo que está oculto. Estoy sumergido en aquella grande beatitud que trasciende a todo placer y a toda pena".

XLII

1. Solamente hay agua en los baños sagrados; y yo sé que son inútiles, porque me he bañado en ellos.
2. Las imágenes son todas inanimadas, y no pueden hablar; yo lo sé, porque las he evocado a gritos.
3. Los Puranas y el Korán son meras palabras: he descorrido el velo y he visto.
4. Kabir da sólo valor a las palabras de la experiencia; y él sabe muy bien que todas las demás cosas son inciertas.

XLIII

1. Yo río cuando oigo decir que el pez en el agua tiene sed;
2. Tú no ves que lo real está en tu hogar, y tú vagas desatentado de selva en selva (16).
3. ¡Aquí está la verdad! Ve adonde quisieres, a Benarés o a Mathura: si no encuentras tu alma, el mundo será irreal para ti.

XLIV

1. La Bandera Oculta ha sido izada en el templo del firmamento; allí el dosel azul, ornamentado de luna y ajustado con relucientes joyas, es desplegado.
2. Allí la luz del sol y de la luna resplandece: llama a tu espíritu a silencio ante tal esplendor.
3. Kabir dice: "Aquel que ha bebido de ese néctar, vaga como el que está enloquecido."

XLV

1. ¿Quién eres tú y de dónde vienes?
2. ¿Dónde reside aquel Supremo Espíritu, y cómo Él tiene su deleite con todas las cosas creadas?
3. El fuego está en la madera; pero ¿quién lo despierta de súbito? Él se convierte luego en cenizas, ¿y dónde va entonces la fuerza del fuego?
4. El verdadero maestro enseña que Él no tiene ni límites ni infinitud.
5. Kabir dice: "Brahma continúa su lenguaje hasta el entendimiento de su oyente."

(16) Véase el párrafo XL y la nota del traductor al verso 4.

XLVI

1. ¡Oh Sadhu! Purifica tu cuerpo del modo más simple.
2. Como la semilla está dentro del banyan, y dentro de la semilla están las flores, los frutos y la sombra:
3. Así el germen está dentro del cuerpo, y dentro de ese germen está el cuerpo otra vez.
4. El fuego, el aire, el agua, la tierra y el éter: tú no puedes tener estas cosas fuera de Él.
5. ¡Oh Kazi, oh Pundit, consideradlo bien! ¿Qué hay allí que no esté en el alma?
6. El cántaro lleno es puesto sobre el agua, y tiene agua adentro y afuera.
7. No podría dársele un nombre, a menos de caer en error de dualismo.
8. Dice Kabir: “Escucha al Verbo, la verdad, que es la esencia. Él habla el Verbo a sí mismo; y Él mismo es el Creador.”

XLVII

1. Existe un árbol extraño, que se sostiene sin raíces y da sus frutos sin florecer;
2. No tiene ni ramas ni hojas: es un loto todo entero.
3. Los pájaros cantan en él: uno es el Guru y el otro es el discípulo:
4. El discípulo elige los múltiples frutos de vida, y los gusta, y el Guru lo contempla con deleite.
5. Lo que dice Kabir es difícil de comprender: “El pájaro se halla más allá de toda investigación, y así es más claramente visible. El informe está en el medio de todas las formas. Y yo canto la gloria de las formas.”

XLVIII

1. He hecho la paz en mi fatigado espíritu, y mi corazón está radiante: porque en Aquél yo he visto más allá de Aquél, y en compañía he visto al compañero en persona.
2. Viviendo mi vida limitada he conquistado mi libertad: he roto la garra de todas las estrecheces.
3. Kabir dice: "He alcanzado lo inaccesible, y mi corazón se ha teñido con el color del amor."

XLIX

1. Aquello que tú ves no existe: y para lo que existe, tú no tienes palabras.
2. Si tú no ves, no crees: lo que se te dice, tú no lo puedes aceptar.
3. Quien tiene discernimiento entiende por las palabras; el ignorante se queda atónito.
4. Algunos contemplan al Informe, y otros meditan sobre la forma: pero el sabio conoce que Brahma está más allá de unos y otros.
5. Ya belleza de Él no es vista por los ojos; aquel ritmo de Él no es percibido por los oídos.
6. Kabir dice: "Aquel que ha encontrado a la vez amor y renunciación, nunca desciende a la muerte."

L

1. La flauta del Infinito es tocada sin cesar, y su sonido es el amor:
2. Cuando el amor renuncia a todos los límites, alcanza a la verdad.
3. ¡Cuán vasta se esparce la fragancia! Ella no tiene fin, y nada se interpone en su camino.

4. La forma de esta melodía es brillante como un millón de soles: el *vina* resuena con sonidos incomparables, el *vina* de las notas de la verdad (17).

LI

1. ¡Amigo querido, estoy ansioso por reunirme con mi amado! Mi juventud está en flor, y la pena de mi separación de Él perturba mi pecho.
2. Vago, entretanto, sin objeto, por las avenidas del saber; pero he recibido en estas avenidas del saber, noticias de Él.
3. Tengo una carta de mi Amado: en esta carta hay un inexpresable mensaje (18), y ahora mi temor de la muerte se ha desvanecido del todo.
4. Kabir dice: “¡Oh mi Amante amigo! Yo he recibido un presente Inmortal.”

LII

1. Cuando me separo de mi Amado, mi corazón se llena de miseria: no tengo alivio durante el día; no tengo sueño durante la noche. ¿A quién contaré mi tristeza?
2. La noche es oscura y las horas pasan veloces por ella. Porque mi Señor está ausente, yo estoy sobresaltado y trémulo de temor.

(17) *Vina*: Nombre que dan los indios a una gran variedad de instrumentos de cuerdas punteadas, como el laúd, con el cual tienen cierta analogía. Véase *Diccionario de la Música*, de LUISA LACAL.

(18) Por una involuntaria impulsión, movida tal vez por una sutil semejanza, quiero reproducir aquí este pasaje de *Sadhana*, de RABINDRANATH TAGORE, pág. 102: “Lo que para la abeja es simple color y perfume, y las señales o huellas que muestran el camino recto hacia la miel, es para el corazón humano la belleza y el gozo no limitados por la necesidad. Ellos traen para el corazón una carta de amor escrita en tintas multicolores”.

3. Kabir dice: “¡Amigo mío! No existe placer alguno si no es en el encuentro con el Amado.”

LIII

1. ¿Cuál es la flauta cuya música me impregna de gozo?
2. La llama arde sin una lámpara.
3. El loto florece sin raíz;
4. Las flores abren por manojos;
5. El pájaro-luna está absorto en la luna (19).
6. Con todo su corazón el pájaro-de-lluvia clama por el aguacero;
7. Pero, ¿quién es aquel en cuyo amor el Amante concentra toda su vida?

LIV

1. ¿No has oído la armonía que está exhalando la Música Intangida en el espacio? En medio de la cámara el arpa de la alegría es pulsada gentil y dulcemente; y ¿qué puede forzarte a irte sin escucharla?
2. Si no has bebido del néctar de aquel Unico Amor, ¿qué te aprovecha el que tú laves todas tus manchas?
3. El Kazi investiga en las palabras del Korán, e instruye a otros en ellas: pero si tu corazón no está impregnado de ese amor, ¿para qué te sirve aunque él sea el maestro de los hombres?
4. El Yogi pinta sus vestidos de rojo: pero si nada sabe del color del amor, ¿qué puede aprovechar aunque sus vestidos sean pintados de color?
5. Kabir dice: “Ya me encuentre yo en el templo o en mi balcón, en el campo o en el jardín de las flores, te digo en verdad que en cada instante mi Señor está deleitado en mí.”

(19) ¿Es el mismo Chakor mencionado en el canto XXXIV, v. 3, casi con las mismas palabras y atributos?

LV

1. ¡Cuán suave es el paso del amor!
2. Dentro de él no existe el inquirir ni el no inquirir;
3. Allí el hombre desaparece a sus pies;
4. Allí se sumerge en el deleite de la investigación, hundido en las profundidades del amor, como el pez en el océano.
5. El amante nunca vacila en ofrecer su cabeza para el servicio de su Señor.
6. Y Kabir revela el secreto de este amor.

LVI

1. Sólo es verdadero Sadhu aquel que puede revelar la forma del Infinito a la visión de estos ojos:
2. Quien enseña la senda simple para alcanzar a Él, lo cual es diferente de los ritos y las ceremonias:
3. Quien no te hace cerrar tus puertas, y retener el aliento y renunciar al mundo:
4. Quien te hace percibir el Espíritu Supremo, dondequiera que su espíritu fije su atención:
5. Quien te enseña a permanecer inmóvil en medio de todas tus actividades.
6. Siempre impregnado de beatitud, sin temor en el corazón, él conserva el espíritu de la unión en medio de todos sus deleites.
7. La morada infinita del Ser Infinito está en todas partes: en la tierra, en el agua, en el firmamento, en el aire:
8. Firme como el rayo, el asiento del investigador está fijo sobre el vacío.
9. Aquel que está dentro está fuera: yo veo a Él y nada más.

LVII

1. ¡Recibe ese Verbo del cual el Universo ha surgido!
2. Ese Verbo es el Guru; yo lo he oído, y soy el discípulo.
3. ¿Cuántos son aquellos que conocen el sentido de ese Verbo?
4. ¡Oh Sadhu! ¡Practica ese Verbo!
5. Los Vedas y los Puranas lo proclaman,
6. El mundo está contenido en él,
7. De él hablan los Rishis (20) y Puranas:
8. Pero nadie conoce el misterio del Verbo.
9. El padre de familia abandona su casa cuando lo oye,
10. El asceta se vuelve hacia el amor cuando lo escucha,
11. Las seis filosofías lo exponen.
12. El Espíritu de Renunciación se orienta hacia el Verbo;
13. De ese Verbo ha surgido la forma universal;
14. Ese Verbo lo revela todo.
15. Y Kabir dice: “Pero ¿quién sabe de dónde ha venido el Verbo?”

LVIII

1. ¡Vacía tu copa! ¡Oh, embriágate!
2. ¡Bebe el divino néctar de su Nombre!
3. Kabir dice: “Escúchame, querido Sadhu.
4. “Desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza, este espíritu está impregnado de ese veneno.”

(20) “¿Qué eran los Rishis? Aquellos que, habiendo alcanzado el alma suprema por la ciencia, se hallaban llenos de sabiduría, y habiéndola encontrado en la unión con el alma se ponían en perfecta armonía con el yo interior; aquellos que, habiéndola realizado en el corazón, quedaban libres de todo deseo egoísta, y habiéndola experimentado en todas las actividades del mundo, habían conquistado la serenidad. Los Rishis eran aquellos que, después de alcanzar al Dios Supremo por todas las direcciones, habían llegado al lugar del reposo, se habían unido con el todo; habían entrado en la vida del universo”. RABINDRANATH TAGORE: *Sadhana*, pág. 14.

LIX

1. ¡Oh hombre!, si tú no conoces a tu Señor, ¿en qué fundas todo tu orgullo?
2. Deja de lado tu presunción: meras palabras nunca te unirán con Él.
3. No te engañes con el testimonio de los escritores:
4. El amor es algo distinto de esto, y aquel que lo ha buscado en la verdad, ése lo ha encontrado.

LX

1. El sabor del vagar por el océano de la vida inmortal me ha libertado de toda mi ambición:
2. Como el árbol está en la semilla, así todos los males están en esa ambición.

LXI

1. Cuando por fin entres en el océano de la felicidad, no te vuelvas con sed.
2. ¡Despierta, hombre estulto!, porque la muerte ronda en torno de ti. Aquí está el agua pura delante de tus ojos: bébela con todos tus alientos.
3. No sigas el espejismo extendido ante tus plantas, pero anhela el divino néctar;
4. Dhruva, Prahlal y Shukadeva han bebido de él, y también Raidas lo ha gustado (21).
5. Los santos se han embriagado de amor, porque de amor fué su sed.
6. Kabir dice: “¡Escúchame, hermano! El nido del temor está destruído.
7. “Ni por un solo instante te has puesto cara a cara frente al universo:

(21) Nombres de *sufis* o sacerdotes que han llegado a la celebridad de los maestros.

8. "Tú vienes tejiendo la red de tu cautiverio de falsedades; tus palabras están llenas de imposturas:
9. "Con el peso de los deseos que llevas sobre la cabeza, ¿cómo puedes ser ligero?"
10. Kabir dice: "Guarda dentro de ti la verdad, el desprendimiento y el amor."

LXII

1. ¿Quién ha enseñado jamás a la esposa viuda a quemar su cuerpo en la pira de su marido muerto?
2. ¿Quién enseñó jamás al amor a encontrar la beatitud en la renunciación?

LXIII

1. ¿Por qué estás impaciente, corazón mío?
2. Aquel que vela sobre los pájaros, las bestias y los insectos;
3. Aquel que ya cuidó de ti cuando aun estabas en el seno de tu madre,
4. ¿Dejaría de velar por ti, ahora que has venido al mundo?
5. ¡Oh corazón mío! ¿Cómo podrías desviar tu rostro de la sonrisa de tu Señor y vagar tan lejos de Él?
6. Tú has abandonado a tu Amado, y por eso toda tu labor es en vano.

LXIV

1. ¡Qué ardua es la empresa de reunirme con mi Señor!
2. El pájaro-de-lluvia gime por el agua del cielo: está a punto de morir por su ansiedad; y entretanto, no podría desear ninguna otra agua sino la lluvia.
3. Traído por el amor de la música, el siervo marcha confiado: él fallece al oír la música; entretanto, no lo sobrecoge el temor.

4. La esposa viuda se sienta al lado del cuerpo de su marido muerto: no la atemoriza el fuego.
5. Echa afuera de este pobre cuerpo todo temor.

LXV (22)

1. ¡Oh hermano! Cuando andaba distraído, mi verdadero Guru me mostró el Camino.
2. Entonces yo abandoné todos los ritos y las ceremonias, y no me bañé más en el agua sagrada.
3. Entonces comprendí que sólo yo era el loco, y que todo el mundo era cuerdo; y yo había perturbado a esa gente razonable.
4. Desde ese tiempo en adelante no me arrastré más en el polvo de la obediencia.
5. No hice resonar la campana del templo;
6. No puse más ante la imagen las flores de mi culto;
7. No coloqué ya al ídolo sobre su trono.
8. No son las austeridades que mortifican la carne las que agradan al Señor.
9. Cuando arrojas tus vestiduras y matas tus sentidos, tú no complaces al Señor:
10. El hombre que es manso y practica la rectitud, que permanece imperturbable entre los negocios del mundo, y considera a todas las criaturas de la tierra como a su propio ser,—
11. Ese alcanza al Ser Inmortal y el verdadero Dios está siempre con él.
12. Y Kabir dice: “Sólo alcanza al verdadero Nombre aquel cuyas palabras son puras, y se halla libre de orgullo y vanidad.”

(22) Puede calificarse este poema como el verdadero himno de la liberación de espíritu, por la comprensión de la suprema sabiduría, que se halla más arriba de los dogmas, ritos y formulismos limitativos. Es, además, en sí, un verdadero sistema moral.

LXVI

1. El Yogi lleva sus vestidos de colores, en vez de colorear su espíritu con los tintes del amor;
2. El se sienta en el interior del templo del Señor, y deja a Brahma para adorar una piedra;
3. Abre agujeros en sus orejas, lleva luenga barba y guedejas ensortijadas, y parece un macho cabrío;
4. Se interna en la selva salvaje, matando todos sus deseos, y se torna en un eunuco:
5. Rapa su cabeza y pinta sus vestidos: lee el Gita (23) y se vuelve un poderoso conversador.
6. Y Kabir dice: "Vas marchando hacia las puertas de la muerte, ligado de pies y manos."

LXVII

1. Yo no sé qué modo de Dios es el mío.
2. El Mullah lo llama a gritos. ¿Y por qué? ¿Es sordo su Señor? Los sutiles tentáculos que crujen en los pies de un insecto cuando se mueve, son oídos por El.
3. Repasa las cuentas de tu rosario, pinta tu frente con la señal de tu Dios, y lleva guedejas ensortijadas, largas y suntuosas; pero un dardo mortífero está clavado en tu corazón: ¿Cómo puedes poseer a Dios?

LXVIII (24)

1. Escucho la melodía de su flauta y no puedo reprimirme:
2. La flor abre, aunque no es la primavera; y ya la abeja ha recibido su invitación.

(23) *Gita*: Contiene los dichos sagrados de Sri Krishna, y conocido por *Srimad Bagavad Gita*. (SRI ANANDA ACHARYA, op. cit., pág. 201).

(24) Recuerda este poema, como bien puede advertirlo el lector, el supremo lirismo del Salmo CIII de David; de las *Odas y Salmos de Salomón*, oda 6 y oda 33, y del *Cántico de los Cánticos*.

3. El firmamento atruena y el relámpago fulmina, las olas se levantan en mi corazón.
4. La lluvia cae; y mi alma gime por mi Señor.
5. Allí donde el ritmo del universo se eleva y se apaga, allí mi corazón ha llegado:
6. Allí las ocultas banderas están flameando en el espacio.
7. Y Kabir dice: "Mi corazón desfallece aunque está vivo".

LXIX

1. Si Dios está en la mezquita, entonces ¿a quién pertenece este universo? (25).
2. Si Ram está dentro de la imagen que tú encuentras en tu peregrinación, entonces ¿quién debe saber lo que ocurre afuera?
3. Hari está en el Oriente: Allah está en el Occidente. Mira dentro de tu corazón, porque allí encontrarás a Karim y a Ram;
4. *Todos los hombres y las mujeres de este mundo son formas vivientes* (26).
5. Kabir es el hijo de Allah y de Ram. Él es mi Guru, Él es mi Pir (27).

LXX

1. Aquel que es manso y resignado; aquel que tiene una visión justa, cuyo espíritu está lleno con la plenitud de la conformidad y del reposo;

(25) La idea científico-mística de Kabir y del budhismo clásico es que Dios está en el universo, y éste es su mejor templo; v. 1, Ram, Hari, Allah, conceptos de la misma idea de Dios, ocupan figurativamente los puntos cardinales: todos son una misma unidad cosmogónica; v. 2 y 3.

(26) El subrayado es del trad. El v. 4 contiene una de las concepciones más científicas, que habla del más íntimo origen del arte, concordantes con los v. 5, 7 y 8 del número XXVI.

(27) Un sabio Sufi hindú, reconocido como uno de los inspiradores de Kabir.

2. Aquel que ha visto y ha tocado al Señor, ése se halla libre de todo temor e inquietud.
3. Para él el pensamiento de Dios es como la esencia de sándalo impregnada en el cuerpo; para él ninguna otra cosa es un placer;
4. Su trabajo y su descanso están llenos de música; él esparce hacia afuera la irradiación del amor.
5. Y Kabir dice: "Besa sus pies, de aquel que es uno e indivisible, inmutable y pacífico, que llena todos los vasos hasta el borde con su gracia; y cuya forma es amor" (28)

LXXI

1. Vé a buscar la compañía de los buenos, donde el Amado tiene su morada:
2. Y toma de allí todos tus pensamientos, y amor e instrucción.
3. Deja que la asamblea donde no se pronuncie Su Nombre sea quemada hasta quedar hecha cenizas.
4. Dime, ¿cómo podrías tú celebrar una fiesta nupcial, si la novia no estuviese en ella?
5. No vaciles más, y piensa sólo en el Amado;
6. No fijes tu corazón en el culto de otros dioses: no hay valor ni merecimiento en la adoración de otros Señores.
7. Kabir delibera y dice: "Así nunca encontrarás al Amado" (29).

(28) Véase v. 2 del núm. XXVI. ¿No recuerda toda esta inspirada canción las llamadas bienaventuranzas tomadas de los versos 2-10, C. v. M. del Evangelio? Su dulzura y espíritu poético respiran, sin duda, la más pura esencia oriental.

(29) Se encuentra al Amado, esto es, al Único, cuando no se ha pensado ni buscado a otro en la vida. Hay ejemplos de esta verdad. Según esto, la dualidad de amor, ni sucesiva, ni menos simultánea, como algunos psicólogos lo advierten, no sería jamás posible. ¿No es el caso de recordar aquí el versículo 3 del poema XXXII?

LXXII

1. La joya ha caído en el fango y todos andan en su busca.
2. Unos miran hacia el Oriente y otros hacia el Occidente; unos en el agua y otros entre las piedras.
3. Pero el siervo Kabir la ha avalorado en su verdadero precio, y la ha envuelto con toda solicitud en un extremo del manto de su corazón.

LXXIII

1. Trajeron el palanquín para llevarme a casa de mi marido, y él transmitió a mi corazón un estremecimiento de gozo;
2. Pero los conductores me dejaron en una selva lejana donde yo no tengo ninguno de los míos.
3. ¡Oh conductores! Yo os conjuro, postrada a vuestros pies, esperad un momento más; dejadme volver hacia mis parientes y amigos y despedirme de ellos.
4. El siervo Kabir canta: “¡Oh Sadhu!, concluye con tus compras y tus ventas, con tu bien y con tu mal, porque no hay mercados ni tiendas en la tierra hacia donde vas”.

LXXIV

1. ¡Oh corazón mío! Tú no has conocido todos los secretos de esta ciudad del amor: en la ignorancia llegaste y en la ignorancia te vuelves.
2. ¡Oh amigo! ¿Qué has hecho de esta vida? Has echado sobre tu cabeza la carga llena de piedras, y ¿quién está ahí para aligerártela?
3. Tu amigo está en la otra ribera, y tú nunca en tu espíritu has considerado por qué medio puedes unirte a Él.
4. La barca está rota, y no obstante, tú sigues sentado en la roca; y así te ves, sin designio alguno, batido por las olas.

5. El siervo Kabir te invita a pensar: ¿quién está allí que pueda ser tu amigo hasta el último día?
6. Tú estás sólo; no tienes un compañero; sufrirás las consecuencias de tus propias acciones.

LXXV

1. Los Vedas dicen que el Incondicional se mantiene más allá del mundo de las condiciones.
2. ¡Oh mujer! ¿Qué provecho hallas en discutir si Él está más allá del todo o en el todo?
3. Mira cada cosa como tu propia morada: la niebla del placer y del dolor nunca se extenderá hasta allí.
4. Allí Brahma es revelado día y noche: allí la luz es su vestidura, la luz es su trono, la luz reposa sobre tu cabeza.
5. Y Kabir dice: “El Maestro, que es la Verdad, es todo luz.”

LXXVI

A

1. Abre tus ojos de amor y mira a aquel que penetra este universo. Contéplalo bien y sabe que ésta es tu propia patria.
2. Cuando encuentres al verdadero Guru, Él despertará tu corazón.
3. Él te dirá el secreto del amor y la abnegación, y entonces sabrás de cierto cómo de Él trasciende este universo.
4. Este mundo es la Ciudad de la Verdad; su laberinto de caminos encanta al corazón.
5. Podemos alcanzar la salida sin atravesar la senda, y éste es el interminable afán.
6. Allí donde la ronda de multiformes deleites danza eternamente en torno de Él, allí está la gloria de la Eterna Beatitud.

7. Cuando nosotros conocemos esto, entonces todas nuestras aceptaciones y renunciaciones están consumadas;
8. Desde entonces el fuego de la avaricia nunca más nos quemará.

B

9. Él es el Último Residuo no aprisionado.
10. Él ha difundido su forma de amor a través de todo el mundo.
11. Desde el Rayo de Luz, que es la Verdad, corrientes de nuevas formas surgen perpetuamente; y Él impregna esas formas.
12. Todos los jardines, bosques y setos están henchidos de florecencia, y el aire se enriza con ondulaciones de alegría.
13. Allí el cisne ejecuta una admirable maniobra;
14. Allí la Música intangida gira en torno del Infinito;
15. Allí, en el centro, es donde el trono del Intangible resplandece, y dondequiera que el Gran Ser se sienta.
16. Millones de soles palidecen ante la irradiación de un solo cabello de su cuerpo.
17. En el arpa del camino, ¡cuán verdaderas melodías son arrancadas! Sus notas atraviesan el corazón:
18. Allí la eterna fuente está surtiendo sus interminables corrientes vitales del nacer y el morir.
19. ¡Y ellos llaman Vacío a aquel que es la Verdad de las Verdades, en quien todas las verdades están contenidas.

C

20. Allá, dentro de Él la creación se desarrolla; lo cual está más allá de toda filosofía; porque la filosofía no puede alcanzarla:
21. Allá existe un mundo ilimitado, ¡oh hermano mío!, y allí está el ser Innominado, de quien nada puede expresarse.

22. Sólo puede conocerla quien ha ascendido a esa región: es algo distinto de todo cuanto ha sido oído y narrado.
23. Ninguna forma, ningún cuerpo, ninguna extensión, ningún aliento se ve allá: ¿cómo puedo decirte lo que eso es?
24. Sólo llega a la senda del Infinito aquél sobre quien desciende la gracia del Señor; aquél que alcanza hasta Él, queda libre del nacer y el morir.
25. Y Kabir dice: “No puede ser expresado con las palabras de la boca; no puede ser escrito sobre el papel;
26. “Es como una persona muda que gusta un dulce manjar: ¿cómo podría explicar su sabor?”

LXXVII

1. ¡Oh mi corazón! Vámonos hacia ese país en el cual habita el Amado, el seductor de mi alma.
2. Allí, el amor llena su cántaro del pozo, y no tiene cuerda para levantar el agua;
3. Allí las nubes no cubren el firmamento, y la lluvia cae en apacible riego:
4. ¡Oh incorpóreo! No te quedes sentado en el peldaño de tu puerta; corre y báñate en esa lluvia!
5. Allí siempre alumbra la luna y nunca existe oscuridad; y ¿quién habla de un sol único? Esa tierra está iluminada por los rayos de un millón de soles.

LXXVIII

1. Kabir dice: “¡Oh Sadhu! Oye mis palabras inmortales. Si quieres tu propio bien, examínalas y medítalas atentamente.
2. Tú te has expatriado de tu Creador, del cual has surgido: tú has perdido la razón; tú has comprado la muerte;

3. Todas las doctrinas y todas las enseñanzas han salido de Él, y de Él se han expandido; ten esto por cierto y no temas.
4. Oye de mi boca las revelaciones de esta gran verdad:
5. ¿Qué nombre es el que cantas, y en quién meditas? ¡Oh, sal pronto de esa vacilación!
6. Él reside en el fondo de todas las cosas, y así ¿por qué buscas refugio en la vacía soledad?
7. Si colocas al Guru a una distancia de ti, entonces sólo a la distancia rindes homenaje.
8. Si en verdad el maestro está lejos, entonces ¿quién es el otro que ha creado este mundo?
9. Cuando tú piensas que Él no está aquí, entonces tú vagas cada vez más lejos, y en vano y entre lágrimas lo buscas.
10. Cuando Él está más lejano, allí Él es inaccesible; donde está próximo, allí Él es bendito.
11. Kabir dice: “A fin de que su siervo no sufra dolor Él lo impregna de sus gracias, más y más”.
12. ¡Conócete a ti mismo, oh Kabir! porque Él está en ti desde la cabeza hasta los pies.
13. Canta con regocijo, y guarda tu silla inmóvil dentro de tu corazón.

LXXIX

1. Yo no soy ni piadoso ni ateo,
2. No vivo ni por la ley ni por el sentimiento.
3. No soy ni el que habla ni el que escucha,
4. No soy ni el siervo ni el patrón,
5. No estoy ni atado ni desatado,
6. No estoy ni limitado ni libre,
7. No estoy lejos de ninguno; no estoy cerca de ninguno.
8. Ni iré ni al infierno ni al cielo.
9. Yo realizo todas las labores; entretanto, estoy separado de toda obra.

10. Pocos comprenden mi sentido: aquel que puede comprenderlo, ése permanece inmutable.
11. Kabir no se propone ni establecer ni destruir.

LXXX

1. El verdadero Nombre es como ningún otro nombre.
2. La distinción entre lo Condicional y lo Incondicional, no es más que una palabra:
3. Lo Incondicional es la semilla; lo Condicional es la flor y el fruto.
4. La Ciencia es la rama, y el Verbo es la raíz.
5. Mira y ve dónde se halla la raíz: la felicidad será tuya cuando llegue a la raíz.
6. La raíz te conducirá a la rama, a la hoja, a la flor y al fruto;
7. Es la reunión con el Señor, es el acceso a la beatitud, es la reconciliación de lo Condicional y de lo Incondicional.

LXXXI

A

1. En el principio fué Él solo, suficiente ante sí mismo: el ser informe, el incoloro, el incondicional.
2. Entonces no había allí ni principio, ni medio, ni fin;
3. Entonces no había ojos, ni obscuridad, ni luz;
4. Entonces no había suelo, ni aire, ni firmamento; ni fuego, ni agua, ni tierra, ni ríos como el Ganges y el Jumna, ni mares, ni océanos, ni olas.
5. Entonces no había ni vicio ni virtud; las escrituras no existían, como los Vedas y los Puranas, ni como el Korán (30).

(30) Es de notar que, habiendo escrito Kabir en los comienzos del siglo XVI, no hubiese mencionado las Escrituras o Biblia de los judíos y de la Iglesia Católica, no obstante la visible semejanza de muchos de sus pasajes.

6. Kabir recapacita en su mente, y dice: “Entonces no había actividad: el Ser Supremo permanecía sumergido en las ignotas profundidades de su propio Yo” (31).

B

7. El Guru ni come, ni bebe, ni vive, ni muere:
 8. Ni tiene forma, línea, color ni vestidura.
 9. Él, que no tiene casta, ni clan, ni cosa alguna semejante, ¿cómo puedo yo describir su gloria?
 10. Él no tiene forma ni ausencia de forma,
 11. Él no tiene nombre,
 12. Él no tiene ni color ni ausencia de color.
 13. Él no tiene un lugar de residencia.

LXXXII. (32)

1. Kabir medita y dice: “Aquel que no tiene ni casta ni patria, que es informe y sin cualidad, llena todo espacio”.
 2. El Creador trajo a la existencia el Deleite del Gozo, y de la palabra *Om* surgió la Creación.

(31) He ahí una inesperada respuesta a la célebre y perpetua pregunta dirigida a la Teología Católica: ¿qué hacía Dios, siendo infinito, antes del momento de decidir la creación del Mundo?

(32) La explicación más plena de esta canción, que, puede decirse, contiene todo el *misterio* de esta sublime filosofía mística, se halla en el capítulo de *Sadhana* titulado “La realización en el amor”. La palabra *joy*, que he traducido en este canto en varias de sus acepciones más positivas, tiene un sentido metafísico absoluto, es el supremo placer del *alma*, divina o humana. En el budhismo de los grandes poetas es un concepto genésico, inmanente y coexistente con Dios; así el *Upanishad* dice: *Del placer surge toda esta creación, por el placer es mantenida, hacia el placer progresa y en el placer entra*. Rabindranath Tagore, en la página 116 de *Sadhana*, define en el más alto lenguaje lírico la amplia significación de la palabra *joy*. En la filosofía neoplatónica y aun en la cristiana, sería el gozo estético y el gozo místico.

3. La tierra es su deleite; su gozo es el firmamento;
4. Su placer es el resplandor del sol y de la luna;
5. Su alegría es el principio, el medio y el fin;
6. Su gozo es ojos, tiniebla y luz.
7. Océanos y olas son su regocijo, y el Sarasvati, y el Ganges, y el Jumna.
8. El Guru es Uno: y vida y muerte, unión y separación, son fases de su deleite divino.
9. Su acción, la tierra y el agua, la totalidad del universo.
10. Su recreación, la tierra y el firmamento.
11. En la acción la naturaleza ha sido difundida y en la acción ha sido fijada. Todo el universo, dice Kabir, reposa en su acción, y sin embargo, el Actor permanece desconocido.

LXXXIII

1. El arpa exhala música rumorosa; y la danza se despliega sin manos y sin pies.
2. Ella es ejecutada sin dedos; es escuchada sin oídos, porque Él es el oído, y Él el que escucha.
3. La puerta está sellada, pero adentro está la fragancia; y allí el coloquio no es visto por nadie.
4. Sólo el sabio lo comprenderá.

LXXXIV

1. El mendigo sigue su senda de limosnas, pero yo no pude siquiera obtener de Él una mirada.
2. ¿Y qué pediré al mendigo? Él da sin mi súplica.
3. Y Kabir dice: "Yo soy suyo: ahora dejad que suceda lo que haya de suceder."

LXXXV

A

1. Mi corazón llama a gritos en la casa de mi Amante: (33) el camino abierto y la sombra de un techo, son una misma cosa para aquella que ha perdido la ciudad de su marido.
2. Mi corazón no encuentra alegría en cosa alguna: mi espíritu y mi cuerpo están enloquecidos.
3. Su palacio tiene un millón de puertas, pero hay un vasto océano entre Él y yo.
4. ¿Cómo lo cruzaré, oh amigo?, porque no tiene término la estrechura del camino.

B (34)

5. ¡Oh, qué admirable artífice el que maneja esta lira! Cuando sus cuerdas son pulsadas diestramente, ella enloquece el corazón; pero cuando sus llaves se rompen y se pierden sus cuerdas, nadie la recuerda más.
6. Yo digo sonriendo a mis parientes que debo ir a la casa de mi Señor por la mañana;
7. Y ellos se enfadan porque no quieren que yo vaya, y dicen: "Ella cree haber conquistado tal dominio sobre su marido, que puede obtener de él cuanto desee; y no obstante, ella está impaciente por correr hacia él".
8. Amigo querido, levanta ahora con dulzura mis velos, porque esta es la noche del amor.

(33) O *Clamo por ser conducida a casa de mi Amante*. Creo más poética la versión del texto.

(34) Es el canto de la esposa enamorada, la esposa de alma y cuerpo, la Unica, la esperada por el espacio de innumerables edades (LXXXVI, v. 3), y con un sentido tan místico y apasionado como el *Cántico de los Cánticos*.

9. Y Kabir dice: “¡Escúchame! Mi corazón arde por reunirse con mi Amante: me quedo insomne sobre mi lecho; acuérdate de mí en el primer instante de la mañana.”

LXXXVI

1. Sirve a tu Dios, que ha entrado en este templo de vida (35).
2. No representes el papel del insensato, porque la noche se oscurece de prisa.
3. *El me ha esperado por espacio de innúmeras edades;* porque el amor mío ha transformado su corazón.
4. Todavía no conozco la bendición que estaba tan cerca de mí, porque mi amor no estaba aún despierto.
5. Pero ahora, mi Amante me ha hecho conocer el sentido de la música que llegó a mi oído.
6. Ahora mi buena suerte ha venido.
7. Y Kabir dice: “¡Cuán grande es mi fortuna! ¡He recibido la caricia de mi Amado!”

LXXXVII

1. Las nubes se apiñan en el firmamento. ¡Oh, escucha el eco profundo de su rugido!
2. La lluvia viene del naciente con su monótono rumor.
3. Ten cuidado con las hendiduras y los cercos de tus campos, no sea que las aguas los inunden;
4. Prepara tú la tierra de la liberación, y que los reptiles del amor y la renunciación se ahoguen en este torrente.
5. Es el labrador prudente quien traerá su cosecha a su casa; llenará con ella todas sus vasijas, y alimentará después con ella a los sabios y a los santos.

(35) ¿No es ésta la fórmula simbólica de la comunión cristiano-católica? Este es mi cuerpo; ésta es mi sangre; luego, el cuerpo del devoto es su templo.

LXXXVIII (36)

1. Este día es querido por mí sobre todos los demás días, porque hoy mi Amado Señor es huésped de mi casa;
2. Mi habitación y mi patio se han embellecido con su presencia.
3. Mi corazón ansioso canta su nombre, y ha quedado absorto en su grande hermosura:
4. Yo lavo sus pies y contemplo su rostro; y depongo delante de Él, como una ofrenda, mi cuerpo, mi espíritu y cuanto poseo.
5. ¡Qué día de regocijo es aquel en que mi Amado, mi tesoro, viene a mi casa!
6. Todos los males huyen de mi corazón cuando veo a mi Señor.
7. “Mi amor lo ha tocado; mi corazón está anhelante por el Verbo, que es la Verdad.”
8. Así canta Kabir, el siervo de todos los siervos.

LXXXIX

1. ¿Existe algún sabio que escuche esa solemne música que se alza en medio del firmamento?
2. Porque Él, la fuente de toda música, rompe en pedazos las vasijas llenas, y queda Él mismo en su plenitud.
3. Aquel que está en el cuerpo está siempre sediento, porque él persigue sólo lo que es una parte;
4. Pero siempre va más y más profundo el tono — “Él es éste, éste es Él”; — reuniendo en uno solo, amor y renunciación.
5. Y Kabir dice: “¡Oh hermano! Este es el Verbo Primario.”

(36) No puede dejar de señalarse la exquisita belleza y poética entonación de este canto, penetrado de unción bíblica, y al cual podría llamársele el himno de la visitación, como, extendido hacia la vida real, podría ser cantado como el salmo de la hospitalidad.

XC

1. ¿A quién acudiré para instruirme acerca de mi Amado?
2. Kabir dice: "Así como tú jamás encontrarás la selva, si no conoces el árbol, así Él nunca será descubierto entre las abstracciones".

XCI

1. He aprendido la lengua sánscrita: así todos los hombres me llamarán sabio:
2. Pero, ¿cuál es la utilidad de esto, cuando vivo flotando a la ventura, y secado por la sed, y quemado por el fuego del deseo?
3. Sin objeto llevas sobre tu cabeza esa carga de orgullo y vanidad.
4. Y Kabir dice: "Deja tu carga en tierra, y avázate al encuentro del Amado. Háblale como a tu Señor."

XCII

1. La mujer que ha abandonado a su amador, es arrastrada por la rueda vertiginosa (37).
2. La ciudad del cuerpo se alza en su belleza; y dentro de ella el palacio del espíritu ha sido edificado.
3. La rueda del amor gira en el firmamento, y el asiento está hecho con las joyas del saber.
4. ¡Qué hilos más sutiles teje la mujer, y cómo los afina con el amor y la reverencia!
5. Kabir dice: "Yo estoy tejiendo la guirnalda del día y de la noche. Cuando mi amante llegue y me toque con sus pies, yo le ofrendaré mis lágrimas."

(37) Me ha parecido mejor darle el sentido figurado, moralizador, que puse al margen. El literal, o sea el de hilar en la rueca, o hacer girar la rueda del huso, habría salido del alto concepto ético del original y de la necesidad de armonizar con los subsiguientes versículos.

XCIII

1. Debajo de la gran sombrilla de mi Rey, millones de soles y lunas y estrellas resplandecen!
2. Él es el espíritu que está dentro de mi espíritu; Él es el ojo que está dentro de mis ojos.
3. ¡Ah, si pudieran mi espíritu y mis ojos ser uno solo! ¡Si pudiera mi amor alcanzar a mi Amante! ¡Si pudiera el devorante calor de mi corazón ser mitigado!
4. Kabir dice: “Cuando tú reúnas el Amor y el Amante, entonces tendrás la perfección del amor.”

XCIV

1. ¡Oh Sadhu! Mi tierra es una tierra sin tristeza.
2. Yo llamo a voces a todos — al Rey, al mendigo, al Emperador y al fakir.
3. Todos cuantos buscan un abrigo en el Altísimo, vengan y fíjense en mi tierra!
4. Vengan los cansados y dejen sus cargas aquí!
5. Vive aquí, hermano mío, y así podrás fácilmente cruzar hasta la otra ribera.
6. Ese es un país sin tierra ni firmamento, sin luna ni estrellas;
7. Porque solamente brilla la irradiación de la verdad en el Durbar de mi Señor.
8. Kabir dice: “¡Oh hermano mío querido! Nada es esencial sino la verdad.”

XCV

1. Yo vine con mi Señor a la morada de mi Señor; pero no viví con Él y no gusté de Él, y mi juventud pasó como un sueño.

2. En mi noche nupcial mis amigos cantaron un coro, y yo fui perfumada con los unguentos del placer y del dolor:
3. Pero cuando la ceremonia concluyó, abandoné a mi Señor y me volví, y mi pariente quería darme consuelos en mi camino.
4. Y Kabir dice: "Yo iré a la casa de mi Señor llevando conmigo mi amor; entonces solamente haré resonar la trompeta del triunfo."

XCVI

1. ¡Oh amigo, querido corazón mío, piénsalo bien! Si tú amas en verdad, entonces ¿por qué duermes?
2. Si al fin lo has encontrado a Él, entrégate a Él con entusiasmo y tómallo para ti.
3. ¿Por qué lo pierdes una y otra vez?
4. Si el profundo sueño del reposo ha caído sobre tus ojos, ¿para qué empleas tu tiempo en armar el lecho y aderezar las almohadas?
5. Kabir dice: "¡Yo te muestro los caminos del amor! Aun si la cabeza misma debe ser entregada, ¿por qué llorarías tú por ella?"

XCVII

A

1. El Señor está en mí; el Señor está en ti; como la vida está en cada semilla. ¡Oh siervo! Deja de lado tu orgullo, y busca sólo a Él dentro de ti.
2. Un millón de soles están inflamados de luz,
3. El mar de azul se expande en el firmamento,
4. La fiebre de la vida es aplacada, y todas las manchas quedan borradas cuando yo me siento en medio de este universo.

B

5. Escucha las nunca tocadas campanas y atambores. Toma tu deleite en el amor.
6. Las lluvias caen sin agua, y los ríos son crecientes de luz.
7. *Un amor único es el que compenetra todo el universo; y pocos son los que lo conocen en su plenitud;*
8. *Ciegos son los que esperan verlo con la luz de la razón, de esa razón que es causa de separación.*
9. La casa de la Razón está muy lejos de Él,
10. ¡Cuan feliz es Kabir, quien en medio de este gran regocijo, canta en medio de su propia urna!
11. Es la música de la unión del alma con el alma;
12. Es la música del olvido de toda tristeza;
13. Es la música que impregna todo lo que viene y todo lo que se va.

XCVIII

1. El mes de marzo se acerca: ¡Ah! ¿Quién me reunirá con mi Amante?
2. ¿Cómo podré hallar palabras para expresar la belleza de mi Amado? Porque él está inmerso en toda mi belleza.
3. Su color está difundido en todos los cuadros del mundo y hace el encanto del cuerpo y del espíritu.
4. Aquellos que saben esto, saben lo que es este inenarrable despliegue de la Primavera.
5. Y Kabir dice: “Escúchame, hermano: no son muchos los que han encontrado esto fuera de sí mismos”.

XCIX

1. ¡Oh Narad! Yo conozco cuando mi Amante está cerca de mí (38).

(38) Otra versión sería: *Siento que mi Amante no está lejos de mí.*

2. Cuando mi Amante despierta yo despierto; cuando él duerme yo duermo.
3. Queda exterminado de raíz el que causa un dolor a mi Amado.
4. Donde ellos cantan sus alabanzas, allá yo vivo;
5. Cuando Él camina, yo voy delante de Él; mi corazón ansía por mi Amado.
6. La infinita peregrinación se postra a sus pies: un millón de devotos se mantienen allí sentados.
7. Kabir dice: "El Amante sólo revela la gloria del verdadero amor."

C

1. ¡Suspende hoy el vuelo del amor!
2. Suspende cuerpo y alma entre los brazos del Amado, en el éxtasis del deleite de amor.
3. Trae a tus ojos las lacrimosas corrientes de las nubes de lluvia, y cubre tu corazón con la sombra de la tiniebla.
4. Acerca tu cara más cerca de su oído, y háblale de los más hondos anhelos de tu corazón.
5. Kabir dice: "¡Escúchame, hermano! Haz entrar en tu corazón la visión del Amado" (39).

(39) Los nombres de Brahma, o sea los atributos y calidades que el poeta le da, son: Incondicional, Informe, Infinito, Intangible, Innominado, Inmortal, Señor Increado, Señor Indivisible, Auto revelado, El Oculto, El Gran Ser, El Ser Puro, Verdad de Verdades, Amado, Creador, Ser Supremo, Supremo Espíritu, El Amante, El Perfecto, El Real.

COLOFON

ACABÓSE DE TRADUCIR LA PRESENTE VERSIÓN DE LOS
CIEN POEMAS DE KABIR—HECHA POR RABINDRANATH
TAGORE AL INGLÉS,—EN ESTA RESIDENCIA LLA-
MADA SAMAY HUASI, QUE EN IDIOMA DE LOS
INCAS DEL ANTIGUO PERÚ, TANTO QUIERE
DECIR COMO CASA DEL REPOSO, — EN
LA VILLA ARGENTINA DEL FAMATINA,
PROVINCIA DE LA RIOXA, A LOS
VEINTINUEVE DÍAS DEL MES DE
OCTUBRE DEL AÑO MCMXV

RUBAIYAT

de

OMAR KHAYYAM

*Paráfrasis inglesa de Edward Fitzgerald.
Versión yuxtalineal de*

JOAQUIN V. GONZALEZ

1919

Rubáiyát

de
Omar Khāyyām

Paráfrasis inglesa de Edward Fitzgerald

Versión juxtalineal

de
Joaquín V. González

Buenos Aires (R.A.)

A. D.

MCMXIX

INTRODUCCION

INTRODUCCION

¿Qué género de atracción es esta que emana de la personalidad de Khayyam para que haya conseguido cautivar a tan altos espíritus y provocado la formación de un culto en medios de tan refinada cultura como Inglaterra? Desde que Fitzgerald lo arrancó del misterioso Oriente para entregarlo a la contemplación del mundo europeo, ha venido formando su círculo de admiradores, comentadores, exégetas e intérpretes, en cuyas manos aquella exótica gema de la Persia islamita rinde, en su inagotable belleza, el más extraño reflejo que pudiera exigir la inquietud de un cultivador del pensamiento o la emoción. Desde el diletante que sólo busca un amigo cordial capaz de hablarle al corazón, hasta el concienzudo y minucioso erudito que penetra pacientemente y desmenuza con frialdad científica el sujeto de observación, toda suerte de espíritus han gravitado como satélites en la órbita de este astro, venido de otro hemisferio a trazar una magnífica parábola en el cielo del pensamiento occidental.

Cuando J. B. Nicolas, experto en lenguas orientales y secretario-intérprete del consulado francés en el cercano Oriente, dió a conocer en Europa a Omar Khayyam, por el año 1867 —no tomo en cuenta la primera edición de Fitzgerald (1859) porque pasó completamente inadvertida,— trasladando a su lengua nativa la copia litografiada de Teherán, apenas si despertó curiosidad en los centros especializados en literatura y lengua orientales.

Ernest Renan se detiene un instante en él para dedicarle el ligero comentario del "Journal Asiatique", correspondiente a 1868 (número de julio-agosto; páginas 56 y 57).

Negándole el fondo místico que atribuía al poeta persa su traductor, Renan lo toma como a un incrédulo licenciado que en su desenfado llega a mezclar "la blasfemia al himno místico", y que en el esgrima de su ironía incisiva alcanza con certeros golpes al dogma musulmán y a toda creencia y toda fe. Pero no obstante cierta impresión de menosprecio que provoca el juicio crítico del autor de la Historia del pueblo de Israel, termina definiéndolo como a un arquetipo del espíritu de su tiempo y de su medio, en cuanto sugiere que "Khayyam es tal vez el hombre más digno de estudio para comprender a lo que pudo llegar el libre genio de Persia en la estrechez del dogmatismo musulmán".

En cambio su revelador aférrase devotamente a la interpretación mística del poeta y empéñase, con una indudable y atrayente sinceridad, en dar un significado esotérico al lenguaje, los vocablos y las imágenes de "Rubáiyát". Pretende Nicolas consagrarlo como a un adepto de la secta sufi que apareció en el siglo VII, casi con la religión del Islam, formandó un culto heterodoxo que se ha hecho famoso, entre otras razones, por haberlo profesado los cuatro grandes poetas de la Persia antigua: Saadi (1184-1292) Rumi (1207-1273), Hafiz (1391) y Jami (1414-1492).

Entre los extremos que marcan Nicolas por una parte con su Khayyam místico y Edward Fitzgerald con su Khayyam erótico, encuéntranse en la multitud de sus comentadores todos los matices de opinión. Fitzgerald —indiscutiblemente más afortunado que el francés en la empresa de hacer prosélitos al poeta oriental, puesto que fué su traducción sobre el manuscrito de la "Bodleian Library" de Oxford, la que provocó en Europa y América el "Culto de Omar"— negó rotundamente la interpretación de Nicolas en el prólogo a su segunda edición de "Rubáiyát", aparecida inmediatamente después de la de aquel.

Con la advertencia de que volveremos sobre la controversia planteada en tales términos, hagamos en rápida revista, una mención general de los diversos juicios emitidos.

Nathan Haskel Dole (1), el erudito autor de la edición "multivariorum" de "Rubáiyát", que con *Heron Allen* goza de la consagración pública como exégeta de *Khayyam*, opina que se puede tomar el Omar que se desee: el místico o el sensual epicureo, y que se puede libremente optar entre "la lectura literal o la alegórica de los delicados y a menudo epigramáticos versos de Omar".

Edward Heron Allen (2), acreditado por la obra referida, piensa como el anterior. Abre su Introducción planteándose el problema en estos términos: "¿Fué Omar un bebedor y degradado voluptuoso o fué un puro y sublime filósofo?". Y luego de transcribir una carta de *Cowell* y explayarse en reflexiones, termina declarando que "puede estarse de una u otra parte", pues el Vino, el Amor y la Canción han servido en todos los tiempos para compensar las "abrumadoras perplejidades y miserias de la humana existencia", y "han sido el estribillo de todas las literaturas".

Edward Bleyes Cowell, presidente del "Sanskrit College" de Calcuta, que está inseparablemente vinculado a la obra de *Fitzgerald* por haber sido quien le hizo conocer, le tradujo el manuscrito y lo guió en su trabajo, en la carta citada que le dirige a *Heron Allen* desde Cambridge con fecha 3 de abril de 1898, declara: "Reconozco mi admiración por la poesía de Omar como literatura, pero no puedo incorporarme al "Culto de Omar" y se me haría un agravio si se pretendiese que lo profesara". Y termina volviendo sobre su manifestación: "Admiro a *Khayyam* como admiro a *Lucrecio*, pero no puedo tomarlo como un guía. En este grave asunto prefiero ir a Nazareth, no a Nishapur". Sea dicho al pasar que en la

(1) Introducción a *The Rubáiyát of Umar Khaiyam*. "Done into English from the French of J. B. Nicolas by Frederick Baron Corvo. Together with a reprint of the French text." Edición de John Lane. Londres y New York, 1903.

(2) *Rubá'iyát of Umar Khayyám*. Segunda edición de *Edward Fitzgerald* reimpressa con una Introducción y notas, por *Edward Heron Allen*. Ed. Duckworth and Co. Londres, 1912.

prédica por el "Culto de Omar" nunca se ha pretendido plantear un problema de conciencia, sino uno puramente estético.

Joseph Jacobs (3), en el estudio sobre la poesía persa con que precede su edición de la versión de Fitzgerald, dice: "Se ha intentado presentar a los tan elogiados placeres sensuales de Omar como expresiones místicas sufis. Pero esta no es más que una invención sin consistencia del enemigo y sería inútil ver en los elogios del vino, laudatorias de una comunión mística del individuo con el alma del mundo. Ello podría ser cierto aplicado a Hafiz, como veremos, pero toda la tradición y la misma naturaleza de las Rubáiyát indican que Omar quiso significar lo que dijo al elogiar la "Joie de vivre".

Charles Grolleau (4), a quien se debe una de las buenas ediciones en francés de las "Rubáiyát", se manifiesta también en su estudio preliminar, abiertamente en contra de la interpretación sufista de los poemas. "El lector de las cuartetas —dice— descubrirá sin esfuerzo que Omar no pertenece en modo alguno a la doctrina sufi y que sólo su vocabulario ha conservado muy vagamente el tono sustraído".

Theophile Gautier (5), en cambio, está con Nicolas, si bien es cierto que su comentario en el "Moniteur Universel" (8 de diciembre de 1867), como el de Renan citado (1868), se hizo bajo la sugestión del traductor francés, que fué árbitro único hasta la aparición de la segunda edición de Fitzgerald y tras él de la serie de comentaristas ingleses y americanos

(3) *Rubáiyát of Omar Khayyam*; translated by Edward Fitzgerald. Introduction by Joseph Jacobs.

(4) *Les quatrains d'Omar Khayyam*. Traducidos del persa sobre el manuscrito de la "Bodleian Library" de Oxford. Ed. G. Crès y Cía. París, 1912. Trae un buen estudio preliminar y un apéndice conteniendo notas, bibliografía de manuscritos, ediciones litografiadas, traducciones, estudios, etc., concordancias de la traducción de Fitzgerald con el manuscrito "bodleiano", una síntesis de la doctrina sufi y una transcripción de diversos juicios sobre las "Rubaiyat".

(5) *L'Orient*; ed. Charpentier, París, 1877.

que vienen decidiendo la opinión hacia la interpretación contraria. Para Gautier, entonces, Khayyam fué sufista y sus "Rubáiyát" tienen un significado simbólico o esotérico. "Khayyam —dice— soñador y místico por naturaleza, se dió a la contemplación y se inclinó a la doctrina de los sufis". No deja, sin embargo, de oponer sus reservas ante ciertas cuartetas que, por su manifiesta semejanza a "un voto báquico del maestro Adam", se hacen "difíciles de explicar de una manera mística".

John Payne (6), va más allá de la negación de todo contenido sufista en Omar y lo tiene por un enemigo de esta secta. Llega a conjeturar que las cuartetas de Khayyam se fundan en un sistema filosófico si no en conexión, por lo menos derivado del panteísmo de los Vedas.

Louis C. Alexander (7), autor de la traducción de "El Testamento de Omar Khayyam", lo define y explica el género de su producción mediante la hipótesis de un espíritu rebelde: "Porque Omar Khayyam —dice— fué un hombre de elevada aunque humilde piedad; pero su independencia de espíritu y desprecio por los simples dogmas, su franca incredulidad en la astrología, su fuerte inclinación a la literatura y filosofía griegas e indudablemente otras causas, trajeron sobre él la amarga y viva hostilidad de una de las dos poderosas sectas; y la mayor parte de las cuartetas coleccionadas en las "Rubáiyát" propiamente consideradas, son casi con evidencia de la índole de la sátira o réplica".

Carlos Muzzio Sáenz Peña (8), quien, como él lo dice,

(6) *The quatrains of Omar Khayyam of Nishapur*. Londres, 1898. Edición de la "Villon Society".

7) *The Testament of Omar Khayyam* by Louis C. Alexander. Ed. John Long. Londres, 1907.

(8) *Rubáiyát de Omar-al-Khayyam*. Segunda edición, corregida y ampliada. Introducción del autor. Prólogo de Rubén Darío y prefacio de Alvaro Melián Lafinur. Madrid. Con posterioridad fundó ampliamente su opinión en el opúsculo titulado *El epicureísmo de Omar Khayyam*. Ed. Imprenta Mercatali. Buenos Aires, 1919.

ha tenido en sus manos los manuscritos más antiguos en la "Bodleian Library" de Oxford y que, con una copia litografiada de aquellos existente en la "Boston Public Library", un amigo de Calcuta amante de la literatura persa y su conocimiento del inglés, ha podido inscribirse en los anales del "Culto de Omar" como el primero que en lengua española tradujo las "Rubáiyát" del manuscrito "bodleiano". En la Introducción de su obra, se suma a los que niegan toda relación entre la obra del poeta de Nishapur y las doctrinas sufistas. Sin desconocer que "existe gran analogía entre los trabajos literarios de Omar y los de los poetas sufis", Muzzio Sáenz Peña encuentra arriesgada la interpretación de Nicolas, porque "si es verdad que Saadi, Djelal-ed-din El Rumi, Firdausi, Anuari y aún el mismo Hafiz, "el más persa de los poetas persas", fueron sufis, no está probado que Omar perteneciera a su secta". Y termina declarando, con tantos comentaristas, que "el vino a que se refiere Hafiz no es el mismo que bebe Omar", que "al igual de Anacreonte o Lucrecio, canta los placeres que nos brinda la vida", y que, en fin, "es más epicúreo que místico".

Mientras en mayor número se agolpen los interrogantes en el ánimo del lector que pacientemente me haya seguido en esta reseña, más cerca estará de la realidad del problema que tiene planteado el singular temperamento poético de Khayyam. Y como quiera que la cuestión fué provocada por Nicolas sobre la base de la doctrina de los sufistas, es ineludible una referencia a aquella para abrir en toda su perspectiva el panorama donde el revelador francés dejó emplazada la enigmática figura de nuestro poeta.

La doctrina religiosa de la secta sufi se funda en los principios de la unidad panteísta del universo, de la identidad sustancial de la divinidad con el alma individual, de la reabsorción de aquella en ésta, del repudio de todo culto (puesto que cualesquiera de ellos puede llevar en sí a Dios), y de la interpretación del conjunto de cosas y seres del mundo como falaz espejismo de la sola, eterna e increada realidad del Uno.

El ritual sufista, respondiendo a un bellissimo simbolismo, hacía de la vida un sendero de perfección por donde se ponía en marcha el iniciado para ir cumpliendo progresivamente los cuatro grados, a cuyo final arribaríase a la suprema liberación que lo volvería al seno de la Divinidad, de donde saliera el alma para sufrir el cautiverio de la encarnación.

Pónese en marcha el peregrino en medio de la noche —que es el estado de inconciencia de la juventud— y al despuntar el alba llega al primer grado de perfección, llamando a la puerta de la primera Posada, donde se inicia en el servicio de Dios (Ubidiyab). En el segundo “Manzilhá” (posada al borde del camino), el Saki o Escanciadora, que es la religión, le ofrece el vino del Amor de Dios en la Copa del Universo, con lo que cumple la segunda jornada: Amor (Isbq) (9). Tomado ya de la embriaguez divina, arriba a la Taberna o “Caravanserai”, habiendo dejado en el camino todos los deseos terrenales, todos los lazos que lo ligaban a la vida material, y cumple la tercera etapa: el Retiro (Zudh). Al golpear en la última Posada ya se encuentra el viajero en el estado de contemplación que lo hace alcanzar “El Conocimiento de la Divinidad” (Ma’rifah), o sea, la liberación y el retorno al seno del Ser Supremo.

Esta concepción metafórica de los ejercicios espirituales, daba lugar a la formación de un lenguaje simbólico que respondiese a la imagen madre. El Sufi, en tanto que pasaba por

(9) Es de toda oportunidad insertar aquí el párrafo con que un erudito comentador de Hafiz, anota una imagen del poeta sufi que tiene una clara alusión a este grado de la iniciación: “Pero hay otro y talvez más extraño significado para el término: *Copa de la mañana*, y es este: La época de la juventud es a veces llamada en sentido figurado *Noche*, porque es la época en que la inteligencia no se ha despertado totalmente. Cuando la juventud va tocando a su fin y el hombre va entrando en la edad madura, se dice que el alba comienza a aclarar, que el sol del intelecto madurado comienza a levantarse. El deleite experimentado por la realización de este amanecer es designado por Hafiz: *La Copa de la Mañana* o *El sorbo de Vida Matinal*”. (De la obra que se cita en la nota siguiente, pág. 22).

el mundo, moraba continuamente en las tabernas, bebía copiosamente, vivía en la embriaguez, enlazaba por su talle esbelto como palmera a la escanciadora de negros cabellos y ojos de "huri", le dedicaba cantos de ardiente sensualismo, grababa versos bajo el borde de las copas y, sobre todo, exaltaba al amor. La existencia del hombre era, como la de toda la Creación, un espejismo de la Divinidad, a la manera del Maya de la teoría vedanta, y no había entonces sino que vivir la vida como un sueño.

No obstante entonces el aparente sensualismo de las imágenes que lo poblaban, la Taberna era el Templo, el Vino la Divinidad, la Escanciadora la religión, la Copa el universo o el alma del creyente, la Embriaguez el estado de éxtasis místico y el Amor, en fin, era el amor divino.

"Esta palabra y su equivalente —se dice con referencia a la embriaguez y el vino en un precioso estudio sobre el sufismo,— es constantemente usada por Hafiz para expresar el regocijo producido al oír verdades y ver manifestaciones divinas en la naturaleza, y por la ferviente apreciación del Amor de Dios, no sólo personal o individual a él, sino también su amor manifestado en sus creaciones, sean ellas el mismo sol, la luna y las estrellas o la infinita pequeñez. Mientras el sufi realiza este Amor, Sabiduría, etc., váse mareando su entendimiento, llénase de regocijo y se abandona como un ebrio que pierde toda noción de lo que pasa a su alrededor".

Y agrega estas oportunas citas de las Odas de Hafiz:

*Quien como Hafiz bebe vino puro de la copa de "Alast"
(el día del convenio de Dios con el hombre).*

Se embriaga con (el pensamiento de) la Unidad de Dios.

*Bebed vino porque si la vida se obtiene en el mundo,
Su único manantial es el vino del Paraíso.*

Me dieron vino en la copa del esplendor de sus atributos.

"La expresión de "embriagados" —comenta el traductor— significa por consiguiente en idioma sufi, "verdaderos

amantes de Dios". Lo que causa esta Embriaguez es llamado Vino por los sufis. Vino significa, en consecuencia, todo lo que eleve el corazón o provoque regocijo en el verdadero sufi, como la realización del Amor de Dios, el amor ferviente a Dios, la oración, la contemplación de las creaciones de Dios, las enseñanzas del Corán que revelan a Dios, la instrucción dada al Sufi en asuntos religiosos por su Murshid o Guía Espiritual, los conocimientos divinos y verdades divinas" (10).

Esta muy suscita explicación —como sólo es dable hacerla en un prólogo— sobre el contenido de la doctrina religiosa del sufismo y su ritual, habrá de ser bastante para que el lector sepa a qué responde la interpretación de Nicolas y para no hallarla del todo extravagante.

No habría, pues, para el traductor-exégeta francés, tal corrompido y desvergonzado libertino en el astrónomo-poeta de Nishapur, ni tan crudo sensualismo en él, pues el constante tejer de sus rimas en la urdimbre del amor sensual, con el Vino, la Copa, la Copera y aún la Amada (11), no sería más que el sentido figurado con que un sufi entona sus cantos de exaltación de la divinidad.

(10) Prefacio de *Selections from the Rubáiyát and Odes of Hafiz* por "Un miembro de la Sociedad Persa de Londres". Págs. 21 y 22. Ed. John M. Watkins. Londres, 1920. Esta versión inglesa de las *Odas y Rubáiyát* del famoso poeta compatriota de Khayyam, tiene en su estudio preliminar sobre el sufismo y su vocabulario, la explicación más precisa y, a la vez, la información más completa que haya encontrado sobre el tema.

(11) En el mismo estudio citado se da una clara satisfacción al empleo, extraño por demás para un occidental, del vocablo "Amada" con referencia a Dios. Se termina la breve disertación, diciendo: "De aquí que no debamos sorprendernos mucho si los poetas sufis se refieren algunas veces a la Deidad, no como a su Esposo, sino como a su Esposa, su Soberana, y aludan a El como a su Verdadera Amada, su Adorada poseída de toda belleza y perfección, alabando las hermosas mejillas y trenzas perfumadas de su "Amada". Esta imagen con la hiperbólica extravagancia oriental, es llevada a menudo a tal extremo, que apenas podría un europeo seguir o comprender: la Soberana es culpada de ser áspera, tener humor complicado, ser cruel, desdeñosa, etc."

Dos ejemplos habrán de bastarnos. Al undécimo “rubai” de su versión, que Nicolas traduce: “Le Koran, que l’on s’accorde à nommer la parole sublime, n’est cependant lu que de temps en temps et non d’une manière permanente, tandis qu’au bord de la coupe se trouve un verset plein de lumière que l’on aime a lire toujours et partout”, lo explica diciendo: “Esta copa es sólo una figura: el poeta con ella quiso decir Dios. La embriaguez de que él habla en gran número de sus cuartetas, no es producida por el vino, sino que es el resultado del amor divino del que la primera es solamente la imagen”.

En el 45º “rubai”, que termina: “Eh, bien! j’ai trouvé que la lune pâlit devant l’éclat de ton visage, que le cyprès est difforme à côté de ta taille élancée”, anota Nicolas: “Esta cuarteta es considerada como mística y sus alabanzas que parecen más apropiadas para una amante que para la divinidad, son dirigidas al Omnipotente”. Estas interpretaciones no causarán asombro al lector que ha leído lo anterior, y, sin embargo, lo provocaron hasta motejarlas de ingenuas, cuando el docto políglota orientalista las enunció en 1867.

Fitzgerald fué el primero en sonreír negándolas y la gran mayoría de los comentaristas posteriores de habla inglesa, le copiaron el gesto al maestro. En la Introducción a su tercera edición de “Rubáiyát”, intenta desvirtuar a Nicolas. “El vino que Omar canta —dice sintetizando en gráfica imagen su idea— es simplemente el jugo de la uva”. Cree más bien que el poeta persa responde a la genealogía de los adeptos de la “Irreligión del Pensamiento” que llenan la historia del mundo desde Lucrecio y Epicuro, hasta Heine y Goethe. Las “Rubáiyát” son “la espontánea producción de un filósofo que vivió en una edad (12) de barbarismo político y social, bajo las sombras de una de las setenta y dos religiones en que se suponía dividido el mundo”. Si es posible

(12) Se supone que Khayyam nació en 1050 y se sabe con seguridad que murió en 1124.

que los otros poetas de Persia —Hafiz especialmente, de quien duda también Fitzgerald— profesaran el sufismo, sería precisamente el epicureísmo de Khayyam lo que lo haría destacarse de sus compatriotas. El propio Nicolas habría reconocido implícitamente que es preciso forzar la lógica (la lógica occidental, agrego yo) para conciliar un sentimiento místico con el lenguaje y la forma usada por Omar, pues confiesa que ciertas “extravagantes” y “demasiado orientales” imágenes y alusiones, son “de un sensualismo a veces repugnante” que no permite su traducción. En definitiva, el matemático-astrónomo-poeta de las “Rubáiyát” sería sólo un “profundo y sensible filósofo, un científico consumado y un buen compañero de orgías” (13).

En estos y otros términos semejantes se expide el celebrado literato inglés y pontífice máximo del “Culto de Omar”, en su empeño por desgarrar el velo litúrgico con que se pretendía cubrir al estro poético de Omar Khayyam.

La enorme preponderancia de los compatriotas de Fitzgerald entre los comentaristas de las “Rubáiyát”, ha hecho que Nicolas sea olvidado y hasta menospreciado. Comenzó aquel por arrojar dudas sobre la total autenticidad de la copia litografiada de Teheran de que se sirvió el francés, insinuando que en las 464 estancias de que aquella consta y fueron traducidas, hay muchas apócrifas, debidas a otras plumas, especialmente a la de Hafiz. Del mismo origen emana la objeción de haberse dejado influenciar Nicolas por el colaborador persa adepto al sufismo que lo asistió en la tarea. Luego se le opone el reparo, como se ha visto, de la interpretación mística, que se moteja de forzada y absurda. Por último se le critica la obra misma en cuanto se reduce ella a una traducción literal,

(13) Introducción a la 3ª edición de su versión de *Rubaiyat* (1872), en *Rubáiyát of Omar Khayyam*, editado por Nathan Haskell Dole, y que reimprime en un volumen la 1ª, 2ª y 5ª edición de Fitzgerald, con las variantes de la 3ª y 4ª. “The Page Company Publishers; Boston”.

sin adaptación, selección, depuración y ordenamiento que dé ilación a las estancias.

Sin embargo, para los verdaderos amantes de Omar Khayyám, la labor de Nicolas ofrece más ventajas y más garantías que la de Fitzgerald, especialmente cuando el propósito de los admiradores del astrónomo-poeta es de ponerse lo más directamente en contacto con su espíritu y su pensamiento. Porque —y en ligera enunciación— comienza por anotar a su favor con respecto a la fiel reproducción de la sensibilidad del poeta, la circunstancia de haber pasado su vida en el propio ambiente donde aquél brillara; con respecto a la versión misma, el hecho de conocer Nicolas profundamente no sólo la lengua persa, sino las afines como el árabe y el turco; sobre la información, referencias, concordancias e interpretaciones que guíen al lector occidental, más de una vez perplejo ante el contacto de una sensibilidad tan diversa como la oriental, el riquísimo caudal de notas insertas con profusión a través de todo el texto; la observancia del desorden en las quartetas que con su conocimiento del asunto respetó Nicolas, pues no ignoraba que es de la esencia misma del género de composición poética conocida en Persia y Arabia (de donde se origina) por “Rubáiyát” (14).

Ninguna de estas excelencias pueden hallarse en la obra

(14) JACOBS, en el estudio que tengo citado, da una explicación referente a la métrica de las Rubaiyat que, sin habérselo propuesto, justifica a Nicolas en este aspecto de su obra. “En el original —dice— son estrofas desunidas, escritas, es verdad, en un estilo uniforme de rebeldía y pesimismo, pero casi sin conexión entre una y otra quarteta”. Inserta enseguida las conocidas definiciones del género de verso llamado “rubai”, advierte que no es él propio ni exclusivo de Omar, pues Hafiz y Saadí también escribieron “rubaiyat”, composición poética “cuya propia naturaleza exige quede completa en cuatro líneas”, a diferencia de otras como el *Kasida* y el *Ghazal*, esta última preferida de Hafiz. Y se termina el comentario con esta interesante afirmación: “Es simplemente por eso, como consecuencia de la forma elegida por Omar, que sería vano tratar de buscar un sistema de conexión en sus Rubaiyat, excepto aquella que resulta de un estilo uniforme”.

de Fitzgerald, que con ella se consagró sin duda más como poeta que como investigador y erudito. Del original persa hizo una paráfrasis, como la llama Joaquín V. González, y con esto ya se dice del escasisimo valor que la obra tiene como versión, que a título de tal, mejor realizada estará mientras más fielmente se ajuste al original. Por esto es que Jacobs puede decir que "Fitzgerald ha contribuido a extraviar el sentido de la poesía de Omar, por su selección y el método por el cual le dió unidad".

Como quiera que sea el lector habrá comprobado el desconcierto reinante en la interpretación de esta singular personalidad, que llévanos hasta encontrar apreciaciones tan dispares como la de Nicolas que cree en el Omar sufista y de John Payne que lo declara un decidido enemigo del sufismo.

Estoy más con los pocos que creen en el sufismo de Khayyám como filiación remota de su sentimiento y pensamiento, y aunque no crea que sus "Rubáiyát" sean un canto litúrgico de la religión de aquella secta. Me inclino en este sentido por el vocabulario y las imágenes empleadas, tan propias del usado por los adeptos del sufismo; por la gran semejanza — hasta el punto de atribuírseles mutuamente las del uno al otro— entre las "Rubáiyát" de Khayyám y las de Hafiz, a quien no se discute como sufista; por su desprecio por los cultos, tan propio del dogma sufi; pero muy especialmente, por el innegable y bien marcado sentido panteista de su pensamiento, tan ajeno a la religión mahometana, imperante en Persia durante la época en que vivió el poeta (siglo XI). Sin embargo, ¿no podría deducirse lo mismo que fué budista o vedantista, si se recuerda que durante aquellos tiempos la Persia estaba sometida a las influencias encontradas de tantas religiones? Moisés, Mahoma, Jesús, Budha y Brahama.

Su escepticismo, su amarga desilusión, su incredulidad, ¿no serian el fruto de esta anarquía reinante en los espíritus a causa de aquella variedad de creencias y principios filosóficos? ¿O llegó a serlo a causa de su ciencia? Porque el cinico

poeta de Nishapur fué al mismo tiempo el ilustre astrónomo del observatorio de Nerv, de la reforma del calendario y del "Zij Y Melik"; el matemático del tratado de Algebra; el filósofo de "El Kawn wal taklif" y "El Wajud", libros de metafísica; el sabio autor del "Mizan el hukm", tratado científico; el más eminente conocedor de la lengua y filosofía griegas.

¿Qué importa, por lo demás, que fuera lo uno o lo otro; que la fuente de su inspiración estuviera en éste o en aquel lugar? Místico, incrédulo, sensual, anacreóntico, hereje, blasfemo, humorista o lo que se quiera, lo que por sobre todo cautiva en Omar Khayyam es su inquietud de misterio, que rige como un "leit motiv" la armonía recóndita de sus poemas.

Quien los lea sentirá filtrársele furtivamente en el alma una especie de melancolía cósmica, sedante y deliciosa, que hace bien porque mientras dura el efecto del filtro, mantiene libertado de la febril ansiedad de vivir, que ya condenaba el Eclesiastés.

Y luego, son también tonificantes para los espíritus fuertes que no se amilanan ante el espectáculo del hombre sufriendo la tragedia de su vano esfuerzo por descifrar el Arcano, el misterio de la creación. Es un sabio cargado de años y de ciencia el que proclama la impotencia del hombre frente a la Verdad:

*Yo he sembrado semilla de aquel saber arcano
y la ayudó a crecer la labor de mi mano:
y ésta fué mi cosecha: — "Yo vine como el agua
y me voy de este mundo como va el viento vano".*

Es el mismo investigador de las leyes universales, quien se rinde ante la fatalidad de la predestinación:

*Del primitivo barro se hizo el hombre primero
y se echó la semilla de la última cosecha;
y la primera aurora dejó escrito el letrero
que leerá la última de aquel juicio postrero.*

Así le resulta de fatuo el esplendor de las riquezas y glorias de la vida:

*En palacios que al cielo alzaron sus pilares
y reyes a sus puertas curvaron las cabezas,
yo oí a la triste tórtola sola entre sus sillares
—“Cuú, cuú — gimiendo sus íntimos pesares.*

Y así es de amarga la reflexión que lo lleva a repudiar a la Razón para tomar por consorte a la Hija de la Viña:

*Y tu hora no malgastes, ni en la conquista ociosa
de este o aquel engaño te empeñes ni disputes:
alégrate más bien con la uva generosa
que ir en pos de una fruta o ausente o venenosa.*

Por fin, ante la impotencia de la pobre criatura humana que inútilmente golpea a las puertas del Gran Secreto, se lanza frenéticamente a vivir el fugaz instante de la existencia:

*¡Oh, dulce amada! Llena la copa que hoy liberta
de dolores pasados y nuevas inquietudes.
¡Mañana! ¿Y qué? Mañana, si mi vida despierta,
siete mil años idos llamarán a mi puerta.*

En presencia del “viejo Omar”, cuya silueta ojalá hubiera conseguido perfilar, puede concluirse con esta reflexión: ¿Es tanta la importancia que en definitiva reviste saber si las “Rubáiyát” tienen o no un valor simbólico o significación esotérica, cuando de su sentido literal extraemos una tan fuerte emoción de belleza?

Cuando Joaquín V. González, llegado a los umbrales de la vejez, se acercó a mirarse en el estanque de lotos de la filosofía de los Vedas, tomó conocimiento simultáneamente de Kabir y de Omar Khayyám. Y en tanto que ardorosamente se embriagaba con las dulces enseñanzas de Amor que a través de Rabindranath Tagore le ofrecía aquel poeta reformador de la India del siglo XIII, con su eclecticismo conciliador de los credos brahamánico y mahometano, dábase a

gustar, bebiendo un sorbo cada noche, del néctar delicioso del poeta persa.

No podría decir con certeza a qué género de atracción obedeció su admiración por Khayyám en la planteada controversia sobre sus "Rubáiyát", pero por lo que alguna vez le oyera, —si bien muy accidentalmente— como por la sensibilidad mística impresa a su espíritu al contacto de la filosofía de los Upanishads, tengo para mí que halló en el alma de Omar el propio fondo que reconocía en la suya. Además, en el prólogo a la traducción de "La cosecha de la fruta" de Rabindranath Tagore hecha por Muzzio Sáenz Peña, y refiriéndose a la de las "Rubáiyát" debida al mismo autor, dice en una nota: "Entretanto, la versión popularizada en todo el mundo por su brevedad y por su lirismo personal, de Edward Fitzgerald, sólo contiene 75 estrofas (refiérese a la 2ª edición); lo que nos autoriza a no llamarle una traducción sino más bien un trasiego del texto originario en cristal inglés, quintaesenciado en las pocas estancias a que ha reducido las 762 "quatrains" o "rubai-yat" o estrofas del texto" (15).

Como epicúreo sensual y libertino, no pudo jamás sentirlo el traductor argentino; esto es seguro. Como a sectario sufista que hiciera de sus "Rubáiyát" un canto litúrgico, es muy difícil que llegara a tomarlo. Como a un filósofo místico tocado del panteísmo sufista y de las rebeldías de la doctrina sufi, es lo más probable.

"Rubáiyát" son en verdad la primera y segunda parte de este libro, no obstante que a la última le pusiera el título de "Rimas Orientales", pues éstas son paráfrasis compuestas sobre las "Rubáiyát" tomadas de la traducción de Nicolas, edición de 1867, reimpresa en 1903 por John Lane (Londres New York), con versión inglesa de Baron Corvo e introducción de Nathan Haskell Dole.

(15) RABINDRANATH TAGORE, *La Cosecha de la Fruta*. Versión castellana de C. Muzzio Sáenz Peña. Prefacio de Joaquín V. González. Buenos Aires, 1917. Pág. 23.

La primera parte está formada por la traslación al verso castellano de las ciento diez "rubáiyát" de la famosa versión poética de Edward Fitzgerald. Sabido es que el celebrado traductor irlandés, se sirvió para realizar su obra del manuscrito persa existente en la "Bodleian Library" de Oxford, que le dió a conocer e hizo accesible el profesor Cowell. Se tiene al manuscrito "bodleiano" por el más antiguo que se conozca hasta hoy (el copista lo fecha en Chiraz el año 1460) y es generalmente aceptado como el más auténtico. Consta de 158 cuartetas que Fitzgerald redujo a 110. Para su versión no sólo seleccionó el original y aún le intercaló de otros manuscritos, como el de Calcuta, sino que además lo modificó en la disposición de las estancias, que según la costumbre árabe adoptada por los persas, se hallan por orden alfabético de rimas, para ofrecer las "rubáiyát" (plural de "rubai" o cuartetas), en una disposición que da correlación a las estrofas y hasta cierta ilación y unidad propios de un poema occidental.

De las cinco ediciones que existen de la traducción de Fitzgerald, Joaquín V. González se sirvió de la segunda (1868), notablemente corregida y aumentada sobre la primera, que sólo constaba de setenta y cinco estrofas y que, por otra parte, se lanzó en un limitadísimo tiraje de 250 ejemplares y en forma anónima, de suerte que puede considerársela inexistente.

La obra del traductor argentino es de lo más escrupulosa, precisa y fiel que le fué dado obtener. La llama él "versión yuxtalineal" y con toda justeza porque ha vertido a la línea el verso inglés y conservado en lo posible las imágenes. La única excepción consiste en haber variado la rima del "rubai", que conservó Fitzgerald, para rematar la cuarteta con pareados, en vez de seguir la consonancia de primero, segundo y cuarto verso, como en aquel, dejando el segundo libre, en vez del tercero. Sé que esta modificación la hizo por encontrar más eufónico redoblar la cadencia en los dos úl-

timos versos. Sólo debe anotarse la excepción de las cuartetas 31 y 93.

Debe advertirse por último que, respetando la disposición de las estancias, el autor de esta obra introdujo la modificación de dividir las en capítulos con sus respectivos títulos, posiblemente con el propósito de dar más claridad a las "Rubáiyát", convertidas por obra del genio de Fitzgerald en un poema occidental. Todo ello, en fin, induce a afirmar que González se propuso traducir a Fitzgerald y no a Khayyám, pues por la cita que tengo hecha y por la sustitución del vocablo "traducción", invariablemente empleado, por el de "paráfrasis", se ve que admiraba al inglés más como poeta que como traductor.

En las "Rimas Orientales" ya hay obra más personal. Tomando simplemente la idea central de los poemas de Khayyám, según la versión del persa al francés hecha por Nicolas, tantas veces mencionado, González le ha dado un desarrollo original en cuanto a la forma, con adaptación de diversos metros y ritmos, según el tema y sentido de la composición.

La traducción de J. B. Nicolas fué publicada en 1867, siendo cónsul de Francia en Rescht, realizándola sobre una copia litografiada existente en Teheran (Persia), que consta de 464 "rubáiyát". Desde luego hay menos labor original que en la de Fitzgerald, a la que se tiene generalmente, más que otra cosa, por una joya de la literatura inglesa. Nicolas, en cambio, se ajustó al parecer y en toda forma al original, respetando la disposición deshilvanada de las estancias, el número de ellas, las repeticiones tan características de los poemas orientales, es decir, sin realizar labor alguna de depuración y selección. Por esto es que se presta admirablemente para glosar o parafrasear el pensamiento de Khayyam, pues aquello es oro en bruto que permite a cada cual cincelarlo a su modo. Así lo advirtió González y aprovechó a Nicolas en la forma más indicada.

Joaquín V. González cierra su libro con el pequeño poema "La voz en el desierto", que forma parte, con otras composiciones, de lo que se conoce por "El Testamento de Omar Khayyam" (*Wasiyyat*). Lo tradujo de la versión completa en inglés debida a Louis C. Alexander. Como quiera que la advertencia hecha por éste en su Introducción, explica la razón que seguramente tuvo en vista González para interesarse y decidirse a incluir la composición, me reduzco a transcribir el párrafo inicial del brevísimo prólogo con que Alexander pone en antecedentes a su lector:

"Los poemas comprendidos bajo el título general "El Testamento de Omar Khayyám", son: "El Testamento de Omar Khayyám"; "Himno de Oración de Omar Khayyám"; "La voz en el desierto" (un poema corto); "Una canción". Hay también cuatro trozos breves: "Odas de los discípulos".

"Para quien conciba a Omar Khayyám solamente como al borracho y agnóstico —si no como al desesperado materialista e incrédulo,— de las "Rubáiyát", estos poemas serán una sorpresa y una revelación. El talentoso Fitzgerald tomó estos versos demasiado literalmente y fué así el intermediario que dió al mundo de habla inglesa un poema de extraordinaria belleza, al que con un poco de reflexión y cuidado habría privado de un daño incalculable".

El señor Alexander no da referencia alguna sobre las fuentes a que ha recurrido para su traducción.

Joaquín V. González tenía terminada la obra que hoy se publica, por lo menos cinco años antes de su muerte. A instancias mías, cuando una noche me la dió a conocer, me dijo que prefería más bien que figurase como obra póstuma. De sus méritos juzgarán otros, pero desde ya se destaca uno: es la primera versión en idioma castellano completa y en verso que aparece de la traducción de Edward Fitzgerald.

He preparado esta publicación ajustándome estrictamente al original dejado por mi padre, el cual se halla en un

pequeño álbum como los usuales para escribir poesías, con la disposición que habría de tener en el libro. Con el estudio que he debido hacer a fin de asegurarme que lanzo una edición prolija, me habría bastado para agregar notas y referencias que posiblemente el autor hubiera hecho. Pero, en primer término, nunca me decidí a interponerme entre el autor y el lector, y luego que hubiera sido ocioso aplicar una vez más el cliché que ya existe y se repite en las ediciones corrientes, desde la biografía de Khayyám hasta la información de quien era Jamshid.

Este libro puede ser un breviario y cuando el lector termine de leerlo, me agradecerá sin duda que no lo haya importunado la charla de un "cicerone", mientras discurría por el mundo encantado del pensamiento de Omar.

JULIO V. GONZÁLEZ.

Buenos Aires, 29 de noviembre de 1926.

I. RUBÁIYÁT, de Omar Khayyám.

Versión castellana yuxtalineal sobre el texto inglés de Ed. Fitzgerald (2ª Ed.), por Joaquín V. González. (1915-1917).

II. RIMAS ORIENTALES.

Sobre las *Rubáiyát* de Omar Khayyám, por Joaquín V. González.

De la versión francesa de J. B. Nicolas (1857) e inglesa de Frederick Baron Corvo. Edición bilingüe publicada por John Lane, 1903. (1917-1919).

III. LA VOZ EN EL DESIERTO.

De la versión inglesa del *Wasíyyat* o Testamento de Omar Khayyám, de Louis C. Alexander (1907), por Joaquín V. González.

I.

RUBÁIYÁT

*De estas perlas ideales el mar persa fué la cuna;
Apacibles resplandecen con rielar de blanca luna.
Omar, el buzo divino, de la mar las arrebató,
Fitzgerald con hilo inglés en sartas vivas las ata.*

LOWELL.

I.—LA CARAVANA EN EL DESIERTO

1

¡DESPERTAD! Que ya el sol desde el remoto Oriente
Dispersó las estrellas de su sesión nocturna,
Y al escalar de nuevo el cielo iridiscente
La regia torre ciñe con su lazada ardiente.

2

Antes que el brillo fatuo del alba se extinguiera,
Oigo una voz que dentro de la taberna grita:
—“Si el altar todo en luces para la fiesta espera,
¿Por qué el tardo devoto duerme en la sombra afuera?”

3

Canta el gallo, y el grupo que a la intemperie queda,
—“¡Ea! abridnos, pues, —grita— nos resta un breve instante
De aguardar nuestro turno, pues al girar la rueda,
¿Quién hará que a este sitio volver otra vez pueda?”

4

Y ahora el nuevo año, removiendo ansias muertas,
Al alma pensativa llama a la soledad,
Donde Moisés asoma sus blancas manos yertas,
Y Jesús resucita las llanuras desiertas.

5

Irán llevó sus rosas a donde nadie sabe,
Con la septanulada ánfora de Jamshid;
¡Oh! pero aún destila del vino el rubí suave
Y la fuente en el huerto canta su salmo grave.

6

Ya de David los labios selló la última arcilla;
Mas el Bulbul en sacro y mimético Pehlví,
“¡Vino!” a la rosa ofrece en rauda seguidilla
Para teñir de púrpura su marchita mejilla..

7

Ven a llenar mi copa, y en primaveral anhelo,
Echa de ti ese manto de contrición y duda;
El ave-tiempo apenas tiene luz para el vuelo,
Y ¡mira! ya sus alas está tendiendo al cielo.

8

Ya en Babilonia impía, ya en Nishapur, mi cuna,
Ya la copa os ofrezca dulce o 'amargo vino,
El de la vida filtra con tardez importuna,
Y las hojas sin savia van cayendo una a una.

9

El alba de mañana nos traerá primorosas
Nuevas rosas, mas ¿dónde se fueron las de ayer?
Pero el Estío llega desbordante de rosas,
Y Kaikobad, Jamshid, volverán a sus fosas.

10

¡Y deja que se vayan! Libre el mundo se vea
De Kaikobad el Grande o Kaikosrú el potente;
Y de Rustúm los gritos llamando “¡a la pelea!”
Y Hatún-Tai “¡a la orgía!” Allá se vayan, ¡Ea!

11

Ven tú conmigo al margen de este oasis florido
Que pone nuevo verde al valle pedregoso:
Aquí “esclavo” y “sultán” duermen igual olvido,
Y —“paz a Mahmoud”— clama amor compadecido.

12

Aquí con un mendrugo, entre el gajo ramaje,
Una ánfora de vino, un manojo de versos,
Y tú conmigo, sola, cantando entre el bosque,
Es para mí un paraíso el yermo más salvaje.

II.—LO FUGITIVO Y LO ETERNO

13

CUÁNTOS la gloria buscan en este mundo vano!
¡Cuántos van tras los goces futuros del Profeta!
¡Oh! tu oro, poco o mucho, asegura en tu mano...
Ni te seduzca el eco de ese tambor lejano.

14

Si locura no fuese, cual la araña en su nido,
Cuidarías la tela de tu vida presente:
¿Y a qué, si nadie sabe si el aliento absorbido
Puede volver al aire de donde fué bebido?

15

¡Mira esa rosa, cómo su aire de reina asume!
Ella sonríe y dice: —“Yo en esta tierra impero;
De mi bolsa de seda el nudo se consume,
Y vierte en los jardines la gracia del perfume”.

16

La terrena esperanza do el alma se encadena
O se torna en cenizas o en el logro se colma:
Por sólo una o dos horas su loco andar serena,
Y a volar, cual del yermo la diluída arena.

17

Ni el que su oro guardara con sórdido decoro,
Ni los que lo arrojaron al viento cual la lluvia,
Ninguno fué enterrado como ceniza de oro
Para incitar las ansias de exhumar su tesoro.

18

Y piensa, amigo, que esta tienda desvencijada
A cuyas puertas túrnanse las noches y los días,
Fué de un sultán tras otro con su pompa habitada
Por breves horas y... de prisa abandonada.

19

Los leones y lagartos han hecho su guarida
Donde Jamshid brillara y hondamente bebiera;
Y de Bahrán forzado la cabeza temida
Pisa el asno salvaje, mas no vuelve a la vida!

20

En palacios que al cielo alzaron sus pilares
Y reyes a sus puertas curvaron las cabezas,
Yo oí la triste tórtola, sola entre sus sillares,
—“Cuú, cuú”— gimiendo sus íntimos pesares.

21

¡Oh, dulce amada! llena la copa que *hoy* liberta
De dolores pasados y nuevas inquietudes:
¡*Mañana!* ¿Y qué? *Mañana*, si mi vida despierta,
Siete mil años idos llamarán a mi puerta.

22

Porque aquellos que amamos con más santos amores,
En quienes ya el tiempo apuró su vendimia,
También su copa alzarón y ciñeron sus flores
Y a reposar se fueron hacia mundos mejores.

23

Y nosotros que el fausto de este Estío gozamos
En la cámara misma que abandonaron ellos,
A su capa de tierra a nuestra vez bajamos
A formar otra capa... ¿y a quién se la dejamos?

24

Pienso a veces que nunca la rosa abrió más roja
Que sobre el suelo ungido por la sangre de un César;
Y el jacinto glorioso que del sol se sonroja,
De una cabeza antigua caído al surco se antoja.

25

Y esta hierba preciosa cuyo verde apacible
Guarnece la ribera que nos hospeda grata,
Pisa en ella muy suave, pues saber no es posible
De qué labios amantes ella brota invisible.

26

¡Oh, sí! apresuremos nuestro humano trajín,
Antes que suene la hora de bajar hacia el polvo:
¡Polvo al polvo y debajo yacer del polvo ruín,
Sin vino, sin canciones, sin cantar y... sin fin!

III.—AYER, HOY, MAÑANA

27

A aquellos que del *hoy* aguardan su ventura,
Y a los que en el *mañana* fijaron su esperanza,
Un muezin les grita desde la Torre Oscura:
—“¡Locos! ni aquí, ni allí, vuestra paga es segura!”

28

En sueños, otra voz, que me repite, advierto:
—“La flor abrirá al beso de la nueva mañana;”
Mas un rumor que pasa, me dice, ya despierto:
—“La flor que ayer abrió, dió su aroma y ha muerto”.

29

Y los santos y sabios y rígidos ascetas,
Que de ambos universos el estudio agotaron,
Son arrojados fuera como locos profetas,
Sus bocas y palabras del mismo polvo prietas.

30

¡Oh! cuando yo fui joven ávido he frecuentado
Los santos y doctores, y oí cosas sublimes
Sobre esto y sobre aquello: mas siempre me ha pasado
Volverme por la puerta por donde había entrado.

31

Yo he sembrado semilla de aquel saber arcano,
Y la ayudó a crecer la labor de mi mano:
Y ésta fué mi cosecha: —“Yo vine como el agua
Y me voy de este mundo como va el viento vano”.

32

Llegado a este Universo el *porqué* ignorando
Y el *de dónde*, como agua que, quiera o no quiera corre,
Salgo de él como el viento que el desierto cruzando,
Sin saber *hacia donde*, quiera o no sigue andando.

33

¿Y qué, y así me traen desde un *donde* cualquiera
Y desde *aquí* hacia *allá*, sin pulsar mi albedrío?
¡Si el cielo, al menos, darnos siempre el vino quisiera,
Que ahogue este recuerdo que la mente lacera!

IV.—EL GRAN SECRETO

34

POR la séptima puerta, sidéreo peregrino,
Volé y fui a sentarme de Saturno en el trono:
Muchos cerrados nudos desaté en mi camino,
Mas no el nudo maestro del humano destino.

35

Y allí estaba la puerta cuya llave no ví;
Y allí se alzaba el velo que lo ocultaba todo:
Un vago murmurar cerca de *Tí* y de *Mí*
Se escuchó... y después nada, ni de *Mí* ni de *Tí*.

36

Nada pudo la Tierra decir, ni el taciturno
Mar que en flúida púrpura su ausente Dios implora;
Ni el cielo que mil signos pregonan, y a su turno
Velan, la luz del día y el luminar nocturno.

37

Luego al *Tú* en *Mí* que oculto tras el velo infinito
Incesante labora, en mi extravío invoco:
—“¿Con qué lumbre orientarme en mi vagar fortuito?”
—“¡Con una mente ciega!”— se contesta a mi grito.

38

Después el labio frío de este vaso terreno
 Besé, en pos del Secreto del Pozo de la Vida,
 Y a mi ardiente contacto, —“¡Bebe, dijo, sin freno
 En vida, antes que duermas en el eterno seno!”

39

Y pienso que aquel vaso que tímido me hablara,
 También vivió su vida y bebió con deleite;
 Y su labio impasible que en mi sed yo besara,
 ¡Cuántos besos sintiera y ¡ay! cuántos otorgara!

40

Y recuerdo que un día mi paso se detuvo
 Por ver un alfarero que batía su barro;
 Y el barro en frase tímida su frenesí contuvo:
 —“¡Suave, hermano, mi forma también tu forma tuvo!”

41

¿Y no es ésta la misma milenaria balada
 Que desde el primer hombre historia abajo rueda,
 Sobre aquella bolilla de tierra fecundada
 Que dentro el limo humano dejó Dios encerrada?

42

Y ni una de esas gotas que de la copa echamos
 A la sedienta hierba, se escurrió bajo tierra,
 A mitigar la angustia de un alma que olvidamos
 Y muy hondo y muy lejos en el tiempo dejamos.

43

Como los tulipanes, en su sed inexhausta
De celeste vendimia, sus cálices elevan,
Tu podrás desde arriba conjurar tu hada infausta,
Inclinándote a tierra como una copa exhausta.

44

Mientras del breve viaje el fin no se resuelva,
Puedes la amada forma ceñir entre tus brazos,
Antes que el alma tierra a recobrarte vuelva,
Y en la última caricia en polvo te disuelva.

45

Si la copa en que libas, si el labio que oprimiste
Acaban donde todo comienza y se concluye,
Piensa que ahora eres el mismo que ayer fuiste,
Y más allá no harías nada más que aquí hiciste.

46

Cuando el Angel, copero de aquel brebaje oscuro,
Te halle sentado al margen del río confidente,
Y te ofrezca su néctar, no huyas del conjuro:
Toma y bebe hasta el fondo con ánimo seguro.

47

Ni temas que al ajuste de tu vida irredenta
Pueda romperse el molde, ni extinguirse tu tipo:
El Saki eterno ha echado, en innúmera cuenta,
De esas mismas burbujas en la copa sedienta.

48

Cuando hayamos cruzado tú y yo el negro velo,
 ¡Oh! el mundo impasible continuará su ronda;
 Nuestra venida y vuelta le darán tal recelo
 Como al mar si le arrojas un guijarro del suelo.

49

¡Un instante de aliento en la ruta desierta
 Gustar solo una gota del agua de la vida!
 Las estrellas se apagan; la caravana alerta
 Parte ya hacia la Nada: ¡ya es la hora, despierta!

50

¿Y necio gastarías en pos del Gran Secreto
 Esta brizna de vida? Un cabello, nos dicen,
 De lo cierto y lo falso forma el espacio neto:
 Y el hilo de la vida ¿de dónde está sujeto?

51

¡Que un cabello lo falso de lo cierto separa!
 ¡Oh, sí! Aunque un tilde fuese la seña guiadora,
 Acaso hasta el oculto Tesoro te llevara,
 Y acaso contemplases al Señor ante su Ara.

52

Su presencia difusa por las arterias rueda
 Del mundo como azogue, para ahorrarte su busca:
 Desde Máhi hasta Máh, toda forma remeda;
 Todo muda o perece, mas El inmune queda.

53

Un momento fantástico y luego al negro abismo
Volver con igual prisa, do el drama se despliega,
En que para solaz del eterno humorismo,
El lo inventa, es artífice y actor a un tiempo mismo.

54

Si en vano bajo el suelo con avidéz sondeas
Y hacia arriba, a esa Puerta sin término sellada,
—*Hoy*, mientras seas tú y un sentido poseas,—
¿Qué harás *mañana* cuando ni tú ni nada seas?

V.—*LA MAGIA DE LA VIÑA*

55

¡OH!, no más te atormente lo humano y lo divino,
Y que el mañana sólo desate su madeja:
¡Hunde tus dedos muelles en el ébano fino
De las trenzas de alguna flexible Hada del vino!

56

Y tu hora no malgastes, ni en la conquista ociosa
De este o aquel engaño te empeñes ni disputes:
Alégrate más bien con la uva generosa,
Que ir en pos de una fruta, o ausente, o venenosa.

57

Y bien sabéis, amigos, con cual altivo porte
De mi nuevo himeneo celebré el festival,
La Razón repudiando de mi lecho y mi corte,
Y a la Hija de la Viña tomando por consorte.

58

Si al “es” como al “no es”, en cierta ley y norma,
Y al “abajo” y “arriba” con lógica defino,
De todo lo que he visto en la sensible forma,
Lo más hondo es el vino que en su alma se transforma.

59

Mas mis computaciones —se dice— punto a punto,
Han ajustado el año a la humana medida;
Y si es así arranca, de un golpe y todo junto,
El “mañana” aún innato y el “ayer” ya difunto.

60

Y poco ha en la Taberna, por la puerta fluía,
Filtrándose en la sombra, una silueta de Angel:
Una pintada cuba en su espalda traía;
La gusté, y de la uva el sabor trascendía.

61

La uva, sí, que puede con lógica absoluta
Las setenta y dos sectas rivales confundir
Con su Alquimia, que al plomo de nuestra vida bruta
En un triz de maniobra en oro lo transmuta.

62

Y el potente Mahmoud que aliento de Allah aspira,
La tenebrosa turba, la temerosa horda
De espantos y tristezas, que nuestra alma transpira,
Dispersa con su espada que como el viento gira.

63

Y si esta esencia fuese de Dios un atributo,
¿Quién blasfemar osara de la vid como un lazo?
Y si es un crimen ¿quién nos mandó su tributo?
Antes, pues, como gracia gustemos de su fruto.

64

Debo abjurar del Bálsamo de vida, sí, ya es hora,
Antes que nuevas tasas pague mi fe sincera
O yendo en pos de alguna Bebida redentora,
Mi vaso caiga al polvo que todo lo devora.

65

Si la secta de abstemios del amor y del vino
Sola es llamada al goce del Edén del Profeta,
¡Ay! temo que el Paraíso, con su encanto divino,
Vaya a quedar desierto, sin fieles ni destino.

66

¡Amagos del Infierno! ¡Promesas del Paraíso!
Sólo es cierta una cosa, —¡que nuestra vida vuela!
Sólo es cierta una cosa, —lo demás falso viso,—
“La flor que un día abriera, por siempre se deshizo”.

VI.—EL VUELO DEL ALMA

67

Y caso extraño ¿no? De las vidas aquellas
Que primero pasaron tras la cortina oscura,
Ninguna aquí retorna a mostrarnos sus huellas,
Para abrir nuevas rutas por entre las estrellas.

68

Y las revelaciones del sabio y del devoto,
Que profetas ungidos en llamas difundieron,
¿Qué son sino consejos de un ensueño remoto,
Dichos y al punto vueltos a su dormir ignoto?

69

Porque si el alma puede dejar su polvo turbio,
Y cabalgar desnuda por los campos del cielo
¿No es, acaso, vergüenza, no es un fatal disturbio
Habitar por más tiempo en este vil suburbio?

70

Y este es sólo una tienda donde un sultán reposa
Mientras va de camino al reino de la muerte:
Sale el sultán, y al punto, un hosco peón de fosa
La alza y para otro huésped la adereza lujosa.

71

Y yo envié mi alma tras lo Invisible eterno,
Del *más allá* una carta buscando descifrar;
Tras una larga angustia de mi conflicto interno,
Vuelve y me lee: —“Mira: yo soy Cielo e Infierno”.

72

Cielo es sólo visión del Deseo cumplido
Y el Infierno la sombra de un alma de ansia presa,
Lanzada a esta tiniebla donde, apenas surgido,
El hombre ha de quedar en polvo convertido.

73

Y al fin no somos más que una movible fila
De fantásticas formas que vienen y que van
En torno a esta Linterna del Sol, que alumbra, oscila,
Y el Maestro abre y cierra cual mágica pupila.

74

Nosotros, —piezas mudas del juego que Él despliega,—
Sobre el tablero abierto de noches y de días,
Aquí y allá las mueve, las une, las despega,
Y una a una en la Caja, al final, las relega.

75

La Bola nada inquiere de *sí*, ni *nó*, ni modo,
Y el jugador doquiera de un lado al otro corre:
Pero El, que los echara en el campo del lodo,
Todo de ellos lo sabe, ¡oh, todo, todo, todo!

76

Su índice el fallo escribe: si tu piedad impetra,
Si tu ingenio excogita, si tu fe intercede
Por borrar una línea, tu voz nunca penetra,
Ni tus lágrimas juntas lavarán una letra.

VII.—PREDESTINACION

77

QUE el Doctor y el Filósofo sigan en su faena
De hablar de lo que quieran y de lo no pensado:
Todo no es más que un tramo de infinita cadena
Que nadie mueve, corta, ni hace girar, ni enfrena.

78

Y esa crátera inversa del cielo que te escuda,
Bajo la cual rampantes vivimos y morimos,
No le tiendas la mano en súplica de ayuda,
Pues, como tú y yo gira tan impotente y muda!

79

Del primitivo barro se hizo el hombre primero,
Y se echó la semilla de la última cosecha;
Y la primera aurora dejó escrito el letrero
Que leerá la última de aquel Juicio postrero.

80

El *ayer* ya dispuso del *hoy* la suerte triste,
Y el silencio y el triunfo y el dolor del *mañana*:
¡Bebe! pues que no sabes *cuándo* y *porqué* viniste,
E ignoras *porqué* y *dónde* predestinado fuiste.

81

Cuando el corcel flamígero de estrellas fué domado
Y fijos los destinos de Parwin y Mushtaví,
Mi sino así fué escrito dentro del desmedrado
Grumo de polvo y alma para mí prefijado.

82

Brotó la vid, y mi alma de su esencia fué ungida;
Y aunque ría el Derviche, de mi metal plebeyo
Puedo forjar la llave para darle subida
Cuando aülle a la puerta su alma despavorida.

83

Y esto más sé: ya sea que la luz verdadera
En amor me deleite o en ansia me consuma,
Un solo rayo suyo que en mi copa encendiera
Es mejor que en el templo perderla toda entera.

84

Por cierto que más vale desde la inocua Nada
Hacer vivir un algo de conciencia o sentido,
Que soportar el yugo de la dicha vedada,
Con penas infinitas si la ley es violada.

85

¡Cómo! Ser resarcido por la inmane criatura,
En oro vivo, de eso en vil mezcla prestado;
Por deuda no debida ser juzgada perjura,
Sin poder contestar! — ¡Oh, mercancía impura!

86

No será por temer su mirada severa:
No confundir os juro su gracia y su injusticia;
Y al cobarde que tales confesiones hiciera,
De la taberna echáranle por la ventana afuera.

87

¡Oh, Tú! que de mil lazos y pozos sin medida
De mi paso errabundo sembraste el derrotero,
¿No harás que un mal prefijo mi marcha enrede e impida,
E impute luego a crimen mi segura caída?

88

¡Oh Tú! que al hombre hiciste de la arcilla más vil,
Y en el Edén, oculto, le pusiste al reptil,
De toda humana falta que su vida mancilla
Dale el perdón y el suyo recibe Tú... ¡es gentil!

VIII.—*EL COLOQUIO DE LAS ANFORAS*

89

OYE más: una noche, entre el rumor postrero
Del Ramazán, y antes que la luna se alzara,
Quedéme sólo dentro de un taller de alfarero,
Por su pueblo de arcilla rodeado y prisionero.

90

Y esta vez, entre todos, la voz desvanecida
Circula cual si fuese el chirrido medroso
De cenizas de alguna lengua ha tiempo extinguida,
Que mi oído excitado devolviese a la vida.

91

Entonces uno dijo: —“No fué vano el intento
De amasar mi substancia con la más vil materia:
El que, sutil, me diera la forma que hoy ostento,
Podría tornarme en tierra informe en un momento”.

92

Y otro replica: —“¿Y qué? ¿Acaso no podría
Un niño que en la copa escanció con deleite,
Romperla, y el que la hizo de amor y fantasía,
No la quebrara, acaso, de cólera algún día?”

93

Nadie dió la respuesta; pero tras breve pausa,
 Otro vaso de menos arrogante figura,
 —“Me burlan —dice— por mi menguada apostura;
 ¿La mano del artista tembló, pues, por mi causa?”

94

Con la muerte y la vida el mismo *qué* inquiero;
 El *porqué* siempre listo, pero no el *por tanto*;
 Y así otro vaso anónimo interroga certero:
 —“¿Quién aquí es la vasija y quién el alfarero?”

95

Dijo uno: —“Todos hablan de un Señor inmutable,
 Y su rostro le tiznan con humo del Infierno,
 Y también de un juicio último de rigor implacable...
 Mas es buen camarada y todo irá admirable”.

96

—“Bien, —otro habló— si así es, probémoslo conmigo:
 Mi arcilla, por olvido del Maestro, se ha secado;
 Mas llenadme de nuevo del viejo vino amigo
 Y veréis con qué gracia mi frescor os prodigo!”

97

Y mientras que los vasos van así departiendo,
 Otro espiaba hacia afuera la luna en el creciente:
 Y habló: —“¡Hermano, hermano!— el Shawwal presintiendo,
 Ya el nudo de la bolsa se abre, ya está crugiendo!”

IX.—*EL OCASO DEL ASTRO*

98

¡AH! reanimad con uva mi marchitada vida;
Ungidme en sus aromas si es ya mi último sueño;
Y envuelto de hojas frescas en túnica florida
Dejadme entre las frondas de una huerta escondida;

99

Para que, reviviendo por la vernal tibieza,
Pueda enviar mis adioses a los viejos amigos,
En la rama que al muro se inclina y se adereza
Para verter sus flores por sobre su cabeza;

100

Para que mis cenizas, como el vástago altivo
De la viña, el espacio en espiral escalen,
Y así, el buen creyente, si pasa pensativo,
No quedará enredado por absorto o esquivo.

101

¡Ah! y en verdad los ídolos que yo amé con pasión,
Mucho daño me hicieron a los ojos del mundo:
En frágil copa ahogaron mi gloria y mi ambición
Y mi fama vendieron por una ruin canción.

102

Es cierto, sí, es cierto: yo prometí enmendarme.
 Lo juré, ¿mas estaba en mi juicio al jurarlo?
 La Primavera vino sus rosas a ofrendarme...
 Y de mi contrición la túnica a rasgarme.

103

Y aunque el vino el sainete del infiel me jugara,
 Y aunque me despojase de mi traje de honor,
 Yo admiro siempre cómo el viñador comprara
 Tal merca por venderla la mitad menos cara.

104

¡Ah! y esta Primavera marchitará sus rosas!
 Se cerrará este escrito de juvenil perfume;
 Y el *bulbul* que en sus frondas ritmó piedras preciosas,
 ¿Dónde tendió —quien sabe— sus alas misteriosas?

105

¡Si al menos de la Fuente del Desierto surgiese
 Una vaga vislumbre que el rumbo revelase!
 El caminante exánime al frescor reviviese
 Cual la hierba del campo que el rocío reverdece.

106

¡Ah! si fuese posible rehacer el Universo,
 Cerrar a nuestro antojo el libro del destino;
 El Autor en un folio más sonrosado y terso
 Grabara nuestros nombres,... o borrara su verso.

107

¡Oh Amor, si pudiéramos con ayuda del Hado
Tachar de un rasgo solo todo este embrión de cosas!
Vuelto de nuevo a polvo, lo habríamos forjado
Más cercano a la forma que hubiésemos soñado.

108

¡Cuánto mejor no fuera del catálogo arcano
Borrar del Universo toda alma infortunada,
Que engrosar gota a gota del infortunio humano
Los ríos que se llevan al Infinito Oceano!

109

Mas la luna del cielo, al subir al Creciente,
Nos mira ¡oh dulce amada! tras el trémulo llano:
¡Cuántas veces, más tarde, me buscará impaciente,
Entre estas mismas hojas, y vana, vanamente...!

110

Y cuando el pie de nácar Tú deslices un día
Por las tumbas dispersas sobre esta hierba mustia,
Y en tu vagar abstracto llegues hasta la mía,
Vuelca tu copa y quede para siempre vacía!

Así sea.

II

RIMAS ORIENTALES

I.—CONFIDENCIALES

I

CORAZÓN

Más que cien Kaabas hechas de agua y tierra
Vale en la vida un noble corazón;
En los países del *mañana* aferra
Cuantos puedas al propio corazón,
Y en las tierras del *hoy*, de un puro amigo
Adhiérete por siempre al corazón.

Deja ya de la Kaaba el falso abrigo,
Y corre al mundo en pos de un corazón.

II

EL LENGUAJE MISTERIOSO

ESTE rubí precioso fué extraído
Del fondo de una mina ignota y rara,
Y esta perla purísima y sin copia
En seno oculto de la mar fué hallada...

Mas digo mal: ni mina ni oceano
De otras minas u océanos se apartan:
Sólo el secreto del amor se expresa
En lengua de los hombres ignorada.

III

SOY ASÍ

¿QUE del vino soy devoto ciego?
Y bien, lo soy.
¿Que soy infiel, idólatra del fuego?
Y bien, lo soy.

Cada uno de mí en su idea fía;
Mas yo, dueño de mí, tengo la mía:
Soy lo que soy.

IV

EL VINO DE AMOR

MI pobre corazón de angustia herido
Y de locura, no podrá curarse
De esta embriaguez de amor, ni libertarse
De la prisión donde quedó sumido.

Pienso que el día de la creación
En que el vino de amor fué al hombre dado,
El que llenó mi copa fué esenciado
Con sangre de mi propio corazón.

V

RENOVACIÓN

LA rueda de los cielos rauda gira
Aun después de mi muerte y de la tuya;
Y porque nuestra pena no concluya,
Contra tu alma y mi alma ella conspira.

Ven sobre el verde césped, dulce Amor,
Reposa en mí tu frente pensativa;
Sólo nos resta una hora fugitiva
De descansar sobre esta hierba en flor.

Después... vendrá otra hierba aún más fresca
Del suelo que de amor se fertiliza,
Cuando de tu ceniza y mi ceniza
La nueva savia en su eclosión florezca.

VI

INCÓGNITA

Sí, yo sé, mi persona toda es bella,
Delicioso el perfume que ella exhala,
El rosa mío al de la rosa iguala,
Mi línea al lado del ciprés, descuella.

Mas, con todo, esta incógnita me aterra:
¿Por qué mi alto Escultor me hizo de tierra?

VII

LA HEZ DEL VINO

SI de mi juventud es hoy la fiesta,
La ofrendaré del alba hasta el ocaso,
Apurando a placer vaso tras vaso
El viejo vino que a soñar apresta.

Si la halláis en sus heces escondida,
No maldigáis, amigos, su amargura,
Porque fué su exquisita levadura
Esencia de mi sangre y de mi vida.

VIII

EL ÁNFORA SIMBÓLICA

ESTA exhumada ánfora de arcilla
Fué en su tiempo lo que yo soy ahora:
Un amante no amado, mas que adora,
Y de fe y de pasión es maravilla.

Y estas dos asas de su cuello erguido
Que al libador ofrécense, anhelante,
Fueron los brazos de un feliz amante...
Y así quedó, y el vaso fué cocido...

IX

LA COPA VIVA

Hoy ella vió del alfarero mago
De vasos la magnífica teoría,
De toda forma y toda edad, y había
En todos ellos un misterio vago.

Su emoción al sentir, dijo el artista:
—“Todos fuimos arcilla y estos fueron
Reyes, poetas y amantes que murieron
Legando al polvo sutil su conquista.

“El Espíritu, el vino de la tierra
Busca en cada vasija al propio dueño,
Queriendo ansioso revivir su ensueño
Al contacto del vaso que lo encierra.

“Mira, toma esta copa, ya palpita
Al verte aproximar; no espere en vano
El beso de tu boca o de tu mano,
Que un muerto amor por renacer se agita”.

Y al acercar el labio, con su aliento
Cobró vida el Espíritu dormido;
Una palabra murmuró a su oído,
Y eran su misma voz, su mismo acento.

¡Ay! y el viejo Khayyám, un vivo muerto,
Canta el milagro de aquel muerto vivo,
Y se marcha en silencio, pensativo,
A contar sus tristezas al Desierto.

X

LA INQUIETUD ETERNA

AMOR que sólo vive en este mundo,
Fulgor de pensamiento no refleja,
Y como el fuego a medias extinguido
Ya no enviará calor hasta las venas.

Mas el amor que vive idea y alma
Y alcanza la recóndita belleza,
Ese no ve en los años, ni en los meses
Ni en los días y noches una tregua:

No ha de saber qué sean, ni el reposo,
Ni la serenidad, ni la fe buena,
Ni ha de nutrir la carne, ni habrá nunca
Noche en que el sueño a sus pupilas vuelva

XI

BAUTISMO DE SANGRE

ARREBATADA por la loca rueda
De la fortuna caprichosa y vana,
Que sólo a los mediocres favorece,
En angustia y dolor mi vida pasa.

Y en el jardín de las terrenas cosas
Mi alma como un capullo está cerrada,
Y como el tulipán de hojas de seda,
En bautismo de sangre se consagra.

XII

SED INEXTINGUIBLE

MI amor está en la cima de su llama,
Mi amada en el zenit de su hermosura,
Mi corazón desborda de ternura
Y ebrio de inspiración mi mente inflama.

Siento en mi alma desbordar los ríos
De mis palabras y de mis canciones,
Y al querer modular sus expresiones,
Mudos siento temblar los labios míos.

Gran Dios ¿qué extraño caos en mí impera?
Mientras por mí en riente primavera
Fresca surgente de agua viva pasa,
Mas me consume de la sed la brasa.

XIII

RENACIMIENTO

YA es la estación de las rosas:
El corazón renaciente,
Anuncio heráldico siente
De libertades preciosas.

Tengo ideas primorosas,
De locuras sed ardiente,
Desafiando irreverente
Del Korán reglas famosas:

En la dulce compañía
De la dilecta alma mía
Libar el néctar carmíneo;
Y el resto, el suelo al ungir,
Tapiz rojo hará surgir
Para su pie apolíneo.

XIV

ICONOCLASTIA

¿CREES tú que en el alma del artista
Que un día ideó y cinceló la copa,
Puede nacer el demoniaco sueño
De verla rota?

¡Oh! tú no creés, como yo no creo,
Que la divina mente creadora
Quiera destruir lo que en deliquio sacro
La mano forja.

Si es así, y las cabezas apolíneas,
Los brazos y las manos que la forma
Femenina hasta el éxtasis exultan,
Han de reunirse al polvo de la fosa,

¿Por cuál extraño amor fueron forjados,
Y por cuál odio vil son mutilados?

XV

AGUA Y SAL

CUANDO la sed la lengua paraliza
Y el sol arroja chispas de su fragua,
Toda la tierra en coro diviniza
 La gota de agua.

Yo aplico el labio a la impregnada greda,
Bebo con ansia convulsiva y larga;
Y es la última gota, —la que queda—
 La gota amarga.

El hambre fui a saciar de mis faenas,
A consumir el pan de mi salario,
Mezclando con la sangre de mis venas
 Todo mi ideario;

Lo impregné de la sal de los sabores,
Por propiciar los númenes felices,
Y la sal reabrió en sangrientas flores
Del corazón las viejas cicatrices.

II.—ETICAS

XVI

LA VIDA UNIVERSAL

LA justicia es el alma de este mundo,
Y este mundo es su cuerpo y nada más;
Sus sentidos, los ángeles; sus miembros,
Las cosas en su inmensa variedad:
Lo cierto es sólo la Unidad Eterna,
Mentira lo demás.

XVII

EL MÁS FUERTE

HE visto un hombre que al huir del mundo
Halló su paz en tierra desolada:
No fué un hereje ni un *muzlim* profundo,
No tuvo bienes ni creencia en nada,
Ni en verdades, ni en dudas, ni en la muerte.

¿Quién en el mundo pudo ser más fuerte?

XVIII

MI INTERROGANTE

¡OH, pobrecita alma mía!
 Si el llorar y el disolverte
 Hasta la sangre y la muerte
 Es tu condena sombría;
 Si el alba de cada día
 Te trae un nuevo tormento,
 Dime, alma, tu pensamiento:
 ¿Qué has venido a hacer aquí,
 Si no has de vivir en mí
 Más que el lapso de un momento?

XIX

MIS DOS SECRETOS

CÓMO queréis que los secretos míos
 Con la misma confianza los revele
 A justos y a malvados y no vele
 Por la intangible unción de mi ideal?

Yo no puedo a ignorantes y a impíos
 Explayar gérmenes de pensamientos
 Donde duermen terribles argumentos,
 Que el gran misterio pueden develar...

Sé de un sitio en el cielo indescriptible:
 Y un secreto que dar me es imposible.

XX

.....

No hay alma que no llore por tu ausencia,
Hasta fundirse en lágrimas de sangre;
No hay ser vidente que al mirar tus gracias
Preso de sus hechizos no se encante.

Y al ver que tú por nadie te interesas,
Todos cautivos a tus plantas caen.

XXI

NADA

Has recorrido el mundo palmo a palmo,
Y todo aquello que en el mundo viste,
Es nada, nada;

Has sentido pasar como un ensalmo
Músicas y palabras: cuanto oíste,
Es nada, nada;

Al Universo todo lo has medido,
Y el Universo en su infinita anchura,
Es nada, nada;

Por fin en el rincón te has escondido
De tu alcoba, y ¿qué vió tu desventura?
Nada, nada, nada!

XXII

EL VIAJE ETERNO

TRISTE Khayyám, tu cuerpo es una tienda,
Y el alma que la habita es su Sultán;
Su horizonte, desierto y más desierto,
La Nada, su final.

Cuando el Sultán la tienda ha abandonado
Sepultureros a destruirla van,
Y a alzarla en otra etapa del viaje
Que no acaba jamás.

XXIII

EL TELAR DE LA CIENCIA

FABRICANTE de tiendas fué tu padre,
Y tú, Khayyám, ingrato al noble oficio,
Tras no sé qué ignorado beneficio,
Tiendas de ciencia te pusiste a hacer.

La Parca con sus fúnebres tijeras
Cortó en pedazos tu telar flamante...
Y luego, un baratero trashumante,
“Por lo que den” los hubo de vender.

XXIV

LA JUSTA MISERICORDIA

¡OH, Dios! tú eres piadoso:
Misericordia y clemencia
Son tu virtud y tu esencia
Para este mundo afanoso.

¿Por qué a nuestro padre Adán
Del Edén echaste, cruel,
Si las que juzgaste en él
Culpas, en tu mente están?

Si por fiel perdón me dieras,
No es tal tu piedad sublime:
El perdón sólo redime
Al que es pecador de veras.

XXV

LO QUE PASA

QUÉ raudo el tiempo pasó
De la ardiente adolescencia!
La primaveral esencia
Del placer se evaneció.

De la Juventud el ave
De plumaje bizantino,
¿Quién sabe cuándo aquí vino
Y cuándo se fué ¿quién sabe?

XXVI

VIDA BEATA

¡OH! mil veces dichosa
 Alma del que pasó desconocido,
 Que el *djube* del magnate no ha vestido,
 Ni del soldado la *derreh* nudosa,
 Ni del Sufi la estola pretenciosa!

¡Ah! pero él fué como el Simourg sagrado
 Por el ideal al cielo levantado,
 En vez de sumergirse en las neblinas
 Del mundo, como el buho entre las ruinas,
 Y ser por sus escombros aplastado.

XXVII

FARISEÍSMO

SÉ de ignorantes que jamás pasaron
 Una vigilia en pos de una verdad,
 Y más allá de sus carnales muros
 Un solo paso no dieron jamás.

Pero son ellos los que visten toga
 Y en aire de señores graves van;
 Y son ellos los viles detractores
 Del Puro, a quien jamás comprenderán.

XXVIII

OFUSCACIÓN

TODOS los que a la tumba han descendido,
En cenizas o en polvo se han disuelto;
Sus átomos sin liga, se han revuelto,
Y aquí y allí dispersos se han perdido.

¡Ah, Señor! ¿qué diabólico brevaje
Es éste que los hombres han libado,
Que en locos sin remedio se han trocado
Para ofuscarse más en su miraje?

Y así del Gran Problema ni un indicio
Tendrán, hasta que llegue el postrer juicio.

XXIX

DIVINA COMPLICIDAD

CUANDO Dios mi barro asía
Y mi cuerpo modelaba,
Ya sabía, ya ordenaba
Todo lo que yo sería.

Y si un pecador he sido,
Él parte en mi sino fué:
Entonces, digo, ¿por qué
En el Infierno me ha hundido?

XXX

PERLAS E IDEAS

Y ahora me voy a marchar,
Y será triste este día:
De cien perlas que tenía
Sólo una pude engarzar.

¡Ay! de la vida al través,
Las ideas por miriadas
Del hombre, deja ignoradas
La ceguera o la estultez.

XXXI

EL VENENO Y EL ANTÍDOTO

DE este viejo Khayyám oye el consejo:
Busca siempre del sabio la amistad;
De los que viven en honestidad
Sea la vida para ti un espejo.

Que la distancia de la tierra al cielo
Te aleje del estulto e ignorante,
Y la luz de tu fe vaya delante
Para alumbrar las rutas de tu vuelo.

Si un hombre de saber te da un veneno,
Bebe sin vacilar el vaso lleno;
Del tonto, aunque el antídoto te ofrezca,
Vuelca la copa, aunque todo perezca.

XXXII

PROBLEMA INSOLUBLE

PUSISTE en mí pasiones indomables
Y un deseo tenaz que me devora;
Su imperativo impúlsame a saciarlas,
Pero lo vedan tus sagradas normas.

La pobre humanidad vacila y gime
Entre los dos extremos de tu dogma:
Tú le prohibes derramar el vino,
Pero le ordenas inclinar la copa!

XXXIII

LO FUGITIVO Y LO ETERNO

SI quisieras escucharme
Te podría aconsejar:
Sabes que la ciencia mía
Es verdad.

Mira, no vale la pena
De revestir el talar
Manto de la hipocresía,
Que es falsedad.

Vé que no tiene comienzo
Ni fin la inmortalidad:
No vendas por un instante
Tu eternidad.

XXXIV

INJUSTICIA Y DESIGUALDAD

I

¡OH, qué dolor que en este horno candente
Donde se ha de fundir la masa humana,
Sean los *crudos* más favorecidos
Con el pan más *cocido* de la hornada!

Y que en este taller de forma y peso,
Donde cada uno su porción aguarda,
Sean los *incompletos* los que lleven
La más *completa* dote de la fábrica.

Cuando los ojos de las odaliscas
Son dulce regocijo para el alma,
Han de ser estudiantes, aprendices
Y esclavos los que gocen sus miradas.

II

¿Y por qué un hombre que sólo recibe
Por su faena un pan para dos días,
Y que en un tiesto desdentado bebe
De la cisterna el agua cristalina,

Por qué ha de amoldarse a servidumbre
De quien no vale por su propia miga,
Y ha de rendir su libertad a otro hombre
Que es su igual por las leyes de la vida?

Oh, Señor, que los mundos has creado:
Tú les trazaste una órbita exclusiva,
Fundaste un orden y equilibrio eternos
Sin choques, ni ambiciones, ni conquistas:

¿Por qué sólo a esta mísera criatura
Le diste una alma inquieta e infinita?
¿Debe romper el orden de los mundos?
¿Debe alterar el fiel de tu justicia?

III.—*MISTICAS*

XXXV

MOISÉS Y JESÚS

LLEGÓ el instante en que la tierra entera
Va a adornarse de gracias y verdura,
Y de Moisés por entre la espesura
La mano evocará a la Primavera;

En que, animados del divino aliento
De Jesús vivo que en los campos yerra,
Van a surgir del fondo de la tierra
Los retoños, al sacro encantamiento.

Y la nube, al pasar, del rayo herida
Hará llover sus lágrimas de vida.

XXXVI

PECADO Y PERDÓN

POR qué tanto llorar por tu pecado
Sabio Khayyám?. ¿Qué suerte de consuelo
Halla tu alma en arrojarte al suelo
En un auto-tormento así extremado?

Tú sabes por tu ciencia y tu cordura,
Que el perdón tras la culpa gustarías:
¿Cómo, pues, sin pecar conocerías
Del Perdón la eucarística dulzura?

XXXVII

SORDOS Y CIEGOS

¡OH, eterna tragedia humana!
En pos de Ti el mundo entero
Corre, indaga y peregrina
Por mares y por desiertos.

Los derviches y magnates
Con su oro y sus privilegios,
No han podido aproximarse
Hasta tu divino asiento.

En tanto, en todo lenguaje,
Tu nombre es música y verbo;
Pero todos están sordos
Para oírlo y conocerlo.

Todos tu visión ansían;
Te llaman con loco anhelo;
Tú apareces, Tú iluminas...
¡Pero todos están ciegos!

XXXVIII

VUELO INÚTIL

TUVE un Edén, de mil que el cielo encierra,
Sin cuitas y sin dudas ni temores;
Y un día, ansiando ver cosas mejores,
Como un halcón lancéme hacia la tierra.

Mas ¡ay! desde que aquí llegué, perdido,
Solo, con los secretos de mi ciencia,
No hallo alma digna de mi confianza...
Y huyo de nuevo por donde he venido.

XXXIX

CÍRCULO VICIOSO

¡OH, rueda eterna del cielo
Que no para un solo día,
Cómo tu voltear me hastía,
Cómo mi descanso anhelo!

En vano mi ciencia apuro
Por librarme de su giro;
En vano a esa dicha aspiro
Y al mismo Creador conjuro.

Rebelde a mi condición,
Ni mi ciencia es suficiente,
Ni puedo infinitamente
Seguir esta rotación...

XL

LA GOTA DE AGUA Y EL OCÉANO

LA gota de agua del mar
Desprendida y solitaria,
En playa inhospitalaria,
Triste se puso a llorar.

El Océano al sentir
Tan tierna lamentación
De aquella separación,
La piedad le hizo sonreír.

—“Hija mía, entre los dos
Hay una sola unidad,
Y sobre esta inmensidad
No hay más grandeza que Dios.

“Entre tu cuerpo y el mío
Nunca la extensión verás:
Nadie medirá jamás
La inmensidad del vacío”.

XLI

LA CAÍDA DE LAS HOJAS

EL aura primaveral
Despierta al jardín, mimosa,
Y el ruiseñor, por la rosa
Entona su himno nupcial.

Bajo la aromada sombra
De los tupidos rosales,
En las horas estivales
Reposa en la muelle alfombra.

Sus pétalos al caer
Sobre tí, te irán diciendo:
—“Como tú, vamos volviendo
Hacia donde fué el nacer”.

XLII

¿Y DESPUÉS?

QUE a esta vida la has vivido
Piensa, como lo has querido:
¿Y después?

Imagínate, confiado,
Que tu hora última ha llegado:
¿Y después?

Que cien años transcurrieron
Y tu plena dicha vieron,
Sin pesares, sin enojos,
Y al colmo de tus antojos:
¿Y después?

Pídele a tu fantasía
Cien años más todavía:
Los dioses que todo pueden
Cien años más te conceden...
¿Y... después?

XLIII

REPRESALIA

ANOCHE, en un arrebató,
Después de vaciar mi vino,
En las piedras del camino
Rompí mi copa, insensato.

Era la embriaguez, por cierto,
La que tal acto inspiró:
Mas lo que la copa habló
Me dejó de asombro yerto:

—“De tu misma esencia fuí
Y tu de mi esencia fuiste;
Lo que tú de mí hiciste
El Destino hará de ti”.

XLIV

¿QUÉ HACER?

I

ARMADO de albedrío y de razones
Guerra sin tregua libro a mis pasiones:
¿Qué más hacer?

La aguda espina del remordimiento
De mis actos, aguza mi tormento:
No sé qué hacer.

No cesa mi conciencia de acusarme,
Ni cesa tu piedad de perdonarme:
¿Qué debo hacer?

Mas el saber que sabes mi vergüenza,
Oh, no hay consuelo que esta angustia venza:
¡Oh, Dios, qué hacer!

II

Cuanto de humano y de divino encierra
Mi ser, Tú sólo hiciste de agua y tierra:
Yo ¿qué he de hacer?

Esta seda, esta lana que he vestido
El artista eres Tú que la ha tejido:
Yo ¿qué he de hacer?

Todo el bien, todo el mal que yo he sembrado,
De Ti vienen, que me has predestinado:
Yo ¿qué he de hacer?

XLV

MI ÚLTIMO AMIGO

Yo mismo cerré la puerta
Que siempre mantuve abierta,
Del pecado,
Y libre de aparcerías
Y de infieles compañías
He quedado.

Y después de mi castigo
 Sólo me quedó un Amigo
 Para amar:
 A Él puedo sin opresiones
 Mis más puras ideaciones
 Revelar.

Por su saber infinito,
 Definir no necesito
 Lo que es y lo que pasó:
 Él de mí todo lo sabe,
 Y de nuestro amor la clave
 Sólo leemos Él y yo.

XLVI

TRANSUBSTANCIACIÓN

MIRA esta copa transparente: era
 Antes de modelada, ruda arcilla,
 Y revela al trasluz la maravilla
 De un alma en sus entrañas prisionera.

De magos y rabinos en la idea,
 Con los blancos jazmines la comparan,
 De donde en mística eclosión brotaran
 Las sanguinosas rosas de Judea.

Mas no —¿qué he dicho?— ni jazmín, ni rosa;
 El destello del vino me alucina:
 Ya no veo la copa que fascina,
 Ni el néctar de la viña prodigiosa.

Libre ya del sopor de la taberna
Veo, sí, una visión clara y distinta:
Era una agua translúcida y eterna
Que de un divino fuego estaba encinta.

XLVII

LA SOMBRA DEL ASTRO

OH, alma, si te vieses en libertad, un día,
De las cadenas de la carne vil,
¡Con qué diáfana albura tu esencia irradiaría
Entre las rosas blancas del místico pensil!

Sólo así fueras alma, en toda la pureza
De la gracia en su etérea plenitud,
Y al firmamento irías de la inmortal belleza,
A ser la nueva Estrella, la estrella Excelsitud.

Ah, tan solo una sombra la claridad velara
Del halo de tu éxtasis astral:
Cuando el vago recuerdo a tu mente asomara
De los lejanos días de tu vida mortal.

XLVIII

LA VISIÓN DE LO ETERNO

PORQUE del vino la ilusión te ofusca
Te dan pavor la muerte y el olvido,
Y el rayo de oro nunca has percibido
Del sol eterno que tu alma busca.

Ni ves en tu incurable ceguedad,
Que en ese abismo que tu miedo inflama,
Con nueva savia la robusta rama
Florece ya de la inmortalidad.

Desde que mi alma fuera reanimada
Por el amor del Hijo de Miriám,
En el ungido cuerpo de Khayyám
La Muerte Eterna ha sido aniquilada.

XLIX

EL HERALDO DEL SOL

AYER, antes que el Alba despuntara,
En compañía de la Amiga leal
Y de una copa de rosado vino,
Me hallé junto a un torrente de cristal.

Frente de mí la copa, concha fina,
Cuya flúida perla un brillo tal
Esparcía, que todo el firmamento
Quedó envuelto en un nimbo sideral.

El Heraldo del Sol, de pronto herido
Por la súbita lumbre se despierta,
Y el clarín lanza al mundo adormecido
Del nuevo día el jubiloso alerta.

L

LO ÚNICO ETERNO

ABRE para mí tu puerta
Pues tú sólo abrirla puedes,
Porque tú sólo concedes
La gracia de verla abierta.

Tú el sendero me mostraste
De llegar a redimirme:
Y si no puedes abrirme,
¿Para qué a Ti me llamaste?

Al ofrecerme tu ayuda
Muchos son los que te invocan;
Mas mi rebelión provocan;
Mi fe contra ellos me escuda.

Sólo ante Ti me prosterno;
Sólo en tu auxilio confío;
Todo muere en torno mío:
Sólo Tú eres Eterno.

LI

FINAL VANIDAD

EN este instante de mi triste vida,
Cuando mi corazón aun late y siente,
Que todos mis problemas y mis dudas
Resueltos han quedado, me parece.

Mas cuando llamo mi razón a cuentas
 Y en análisis hondo se sumerge,
 No tardo en ver que todo ha sido humo,
 Y que la noche a circundarme vuelve.

Y aquellos de la ciencia y las virtudes
 Conductores magnánimos y jueces,
 Que por la gracia del saber profundo
 Antorchas vivas en el mundo encienden;

Ellos, no más que yo, dieron un paso
 Fuera del aro en que todo se mueve;
 Dijeron, si, su fábula, y al punto
 Volvieron a su sueño de la muerte.

LII

EL GOCE VEDADO

OH, nunca lo pensaste, ¿por qué al abrir la puerta
 De su rosal la aurora, canta alektrión su alerta?
 Es que quiere advertirte que otro día ha pasado,
 Y en la misma ignorancia el nuevo te ha encontrado.

Y cuando ella te asesta la luna de su espejo
 Y encandila tus ojos el vívido reflejo,
 Es que quiere enseñarte que el instante vivido
 En error y atonía, fugaz te ha envejecido.

Si aún te resta un átomo de lucidez, procura
 Refugiarte en el éxtasis de la belleza pura:
 Acaso de la mano del inmortal copero
 Puedas beber un sorbo del vino verdadero.

Ah, pero tú eres ciego de toda humana ciencia;
Tu alma no percibe del éxtasis la esencia,
Y al preferir la copa de la terrena orgía
Hará una eterna nube de la noche y el día.

LIII

LA SUPREMA ANGUSTIA

SI entre fe e incredulidad
Un soplo apenas se mide,
Y el mismo espacio divide
Al error y a la verdad;

Si induciendo de esta suerte
Hemos de llegar al fin
A suprimir el confín
Entre la vida y la muerte;

Si este lapso de un aliento
También me aparta de Ti,
Sin dejarme alzar de aquí
Mi vuelo por un momento;

Oh, Señor, ¿qué puedo hacer
Para ser uno contigo,
Si de mi ser me desligo
Y no puedo a Ti ascender?

¡Oh, qué secreto angustioso!
¡Oh, qué enigma impenetrable!
¡Qué ansia tan insaciable!
¡Qué dolor tan delicioso!

LIV

EUCARISTÍA

ORA a los ojos te escondes
De tu angustiada criatura,
Y en su vagar, insegura,
Te llama y no le respondes;

Ora en luminosas letras
Fijas en tu firmamento,
Y en voz, ritmo y movimiento
El Universo penetras.

Cuando en tu gloria infinita
Y en tu gracia te contemplo,
Pienso que Tú eres el Templo
Y el propio Dios que lo habita.

Mi alma siente cuando escruta
Dentro de tu seno místico,
Que eres el vino eucarístico
Y el cáliz que lo transmuta.

Ya estoy solo; amor y ciencia,
Todo lo he perdido aquí:
O ven a habitar en mí,
O difúndeme en tu Esencia.

III

LA VOZ EN EL DESIERTO

LA VOZ EN EL DESIERTO

SUSPENDIDAS de sus hilos, del Señor entre las manos,
Bajo el techo de amatista las estrellas se estremecen;
La luna como un alfanje, y los vientos me parecen
Traerme voces amigas de mis aduares lejanos.

Las arenas sin un soplo del aire muertas están;
Los astros su luz repliegan cual en su postrera noche;
Mas la arena removida volará; su ardiente broche
Reabrirán los soles y... mis huellas se borrarán.

Cual los dibujos que finje la rama al aire agitada;
Cual la sombra que una flecha traza del arco lanzada,
Así pasaré, pues Dios sabe en su saber profundo
Por qué —feliz o maldito— fui enviado sobre el mundo.

¡Oh, Señor de las centurias y del Poder infinito!
¡Señor, Dios de las estrellas y las arenas desiertas!
¿Soy yo, acaso, en mí nada, más durable o más finito
Que estas imperecederas de tus manos obras muertas?

Mas ¡ay! cuando ya los techos de amatista empalidezcan,
Y gastados ya sus hilos las estrellas se oscurezcan,
Sólo Tú el eterno arcano verás de divino modo,
Y te reunirás de nuevo al alma inmane del Todo!

FABULAS NATIVAS

Divididas en dos libros:

- I. SINFONÍA DE LA CALANDRIA**
- II. FÁBULAS**

1916 - 1918

Fábulas nativas.

por

Joaquín V. González

Divididas en dos libros:

1º. Sinfonía de la Calabrua.

2º. Fábulas.



Buenos Aires



1923

LIBRO PRIMERO
SINFONIA DE LA CALANDRIA

I

PRELUDIO

RENDIDO por la sed y la fatiga,
el autor de las fábulas, de viaje
por las altas montañas de la patria,
bajo un frondoso molle de la cumbre
que un cristalino manantial sombrea,
detúvose a buscar reposo y sueño.
El sol apenas su zenit pasaba,
y la siesta encendía suelo y aire;
y las aves rapaces y canoras
dormían en el fondo de sus nidos,
sin que un gorjeo ni un graznido fuesen
a turbar esa noche en pleno día.

Ya el viajero sus cansados ojos
cerraba al sueño, cuando, de repente,
inesperado trovador rasguea
entre las ramas un preludio extraño.
—¿Quién a estas horas, bajo el sol de fuego,
vaga sin tino y de cantar se ocupa?
¡Es ocurrencia!

—Yo, señor poeta
—responde, remedando del cofrade
la voz airada,— yo, Señá Calandria,
que viene a dar en su polifonía
sin par, la bienvenida más armónica
a un rey de la armonía y del ensueño.

Para el bardo la música es reposo,
y yo soy de estas cimas y estos valles
el genio musical, el alma errante
ungida de pasión, de luz, de espacio,
de la fiebre divina de la altura,
del encanto supremo del abismo.
Quien llega aquí en mis redes cae preso;
quien cimas busca su descanso olvide;
y mientras todos los cantores duermen,
oiga a la artista de garganta mágica,
en quien todos sus cánticos renacen
por el arte sublime idealizados.

II

LA SONATA DE LA CUMBRE

Y esto diciendo, empieza la gran Mima, cual si de un órgano la llave de oro poseyese, a exhalar de su garganta los más bravos acordes, los arpeggios, aires nativos y lejanos ecos, notas vagas y exóticas, rumores, susurros, gritos, trinos y graznidos, sonos graves y agudos, fugas leves, solos dolientes y solemnes coros de torcazas y ranas; cuchicheo coreado de jilgueros y canarios que comentan la sacra melodía del viento y de las ramas, que se quejan de indecible dolor; y allá, muy alto, como la confianza de las rocas, con timbre de cristal, la gota de agua canta el secreto de la negra gruta.

—¿Oyes, poeta, ese doliente dúo de amor que, tiernos, riman dos zorzales desde una a la otra falda? Son los novios del valle, que la nueva primavera aguardan... Y ese íntimo lamento de dos notas, del eco repetidas, es de la triste, inconsolable “viuda”,

que llama sin cesar su esposo ausente
que nunca volverá, ¡oh, nunca, nunca...!
Mas no todo es tristeza, ni dolores,
en la magna sonata de estas cimas:
porque en las grietas y en los charcos ríe
la musa cómica, que esparce el alma
en sartas de sonidos, como gotas
de agua fresca dispersas por el viento.

III

EL GRANDE ACORDE

TIN, *clin, tin, clin*, —¿escuchas? Es la rana campana, que comienza dando el timbre del coro y contrapunto gregorianos a la batracia grey, que desde Esopo, al plateado fulgor del alma Sélene, piden un rey a Júpiter. ¡Incautos! Y luego, siente cómo el sapo bufo con su coaxar informe el coro trunca, pretendiendo, ridículo, en dulce éxtasis el alma suspender de cielo y tierra.

Y allá en la oscura grieta del peñasco, como violín de pronto enloquecido que rasgase sin ton ni son sus cuerdas, hórrido cascabel su cola agita y al chirrido espantoso todo calla.

Solo queda en el aire el *pizzicato* vibrante y duro del salvaje grillo, cuyo *cric-cric* monótono retumba de cerro en cerro, como si la espuela agitase en el seno de las nubes con loco ardor, diabólico jinete.

¿Y los raros sonidos de la altura en la silente noche nunca oíste?
¡Oh! nadie sabe de qué pechos surgen gemidos tan intensos y remotos,

cual si brotasen de la peña misma,
o cíclopes errantes sollozasen...
¿Sabes? yo creo que esos gritos rudos
que estremecen los nidos en las noches,
son los quejidos del gigante cóndor,
insomne, vagabundo, que se oculta
para llorar irreveladas penas,
o, bandido imperial, la presa inerme
vuela a ocultar en invisible roca.

Este pájaro inmenso me da miedo,
y cuando a remedarlo me aventuro,
tiemblan mis leves plumas, y en mi carne
paréceme sentir su garra fría...

En la guerra futura del espacio
que el vuelo humano desde luego augura,
será el pirata a toda ley rebelde,
y vencedor del viento de las cumbres
la aérea nave no podrá rendirlo.

IV

CRESCENDO

MUCHO tiempo estudié los rudos tonos de las fieras mayores, los rugidos del león, del jaguar, del toro hirsuto, el relincho de potros y huanacos como risas de cíclopes dementes, que en el alado reino horror infunden. ¿Cómo expresarlos con las tenues cuerdas de mi débil garganta? ¡Oh, te juro! ¡Si Beethoven y Wagner me escuchasen! ¡Cómo las más grandiosas armonías de lo creado traducirse pueden en el dulce y humilde clavicordio, o de Bayreuth en la gigante orquesta!

¡Huy! y el silbar del viento entre las cimas, cuando impetuoso en su furor arrastra árboles, peñas, témpanos, y parte las duras rocas para abrirse paso con infernal estrépito; y el trueno... —¡Misericordia!— a remover parece que viniera, el cimientó del granito; y la centella que el incendio alumbra, al caer como látigo en la espalda de los cerros, que tiemblan como esclavos rendidos de cargar sobre ella el mundo!

¡Ah, y la creciente, luego! ¿Qué instrumento
podrá jamás en músicos acordes
su fragor imitar, cuando se juntan
todas las aguas que el abismo expele,
para lanzarse a un tiempo hacia los valles
desolación sembrando y exterminio...?

(Aquí un compás para mudar de tono,
porque la nota trágica me rinde
y el variar de canción mi voz refresca).

EL ROMANCE DE LA CALANDRIA

DE ruiseñores nada sé; en mi vida
no oí trinar al príncipe del canto;
ni quiero, —pobre alondra americana,
nunca salida del indiano bosque,—
imitar al maestro del gorjeo,
por más que sé de músicos, poetas
y pintores que imitan de imitantes
y copian de copistas, y sin tino
empobrecen el arte eterno y puro.
¡Ah! mas aquí tenemos nuestro *divo*
donjuanesco, romántico, errabundo,
cortejante de horneras y calandrias,
no siempre fieles al galán esquivo...
Su voz aguda y el sutil encaje
de sus trinos alados nos deleitan,
hacen creer en su pasión, y locas
de amor corremos tras su vuelo inquieto.
Mucho tiempo sufrí, lloré y anduve
loca y errante entre estos cerros hoscos
sin contar mi pasión desenfrenada,
él orgulloso y yo de amor transida... *

* Leyenda viviente en una canción popular entre los paisanos de La Rioja, que comienza:

*El jilguero y la calandria
eran dos que se querian,
y temiendo sus desprecios
ninguno se descubría.*

Mas todo pasa, y hoy del arte presa,
—no del artista,— redimí, *mi, mi,*
mi corazón para adorar el mundo.

Yo no tengo —¿lo ves?— un canto mío:
todo canto es mi canto, y si tú fueras
tan discreto, cuan grave, te diría
que es *Canción de canciones*, pues de todos,
en el bosque, las aguas y los cielos,
tomo la esencia íntima y secreta.

La canción tiene un alma propia, suya;
hay una diosa ignota e invisible
que la difunde en el espacio inmenso
cual la luz, el aroma y la armonía
donde ungimos nuestra alma los devotos.

Esa armonía tiene luz; por eso
ruedan sin verse ni chocarse seres
sin ojos y sin voces en la sombra:
“su canción va delante, ellos la siguen”, **
y aunque el cantor perezca ella no muere, ***
porque el amor le da vida infinita.
¡Ah! —¿qué crees?— yo también sé hacer citas
eruditas y nuevas; y en el valle,
sola yo en el latín y en el romance
—gracias al buho, al loro y la cotorra
que han estudiado en la ciudad cercana,—
puedo gozar de la alta poesía
y recitarle trozos a la luna
en sus noches de gala...

** RABINDRANATH TAGORE, *The cycle of spring*, 1917, p. 101:
My songs precede, I follow.

*** ROSTAND, *Chantecler*, Acte IV, sc. VII:
*...La race méchante
aime lancer du plomb dans un arbre qui chante!*

VI

EL ALMA DE LA NOCHE

¡OH, si vieras
este prodigio! ¿Qué instrumento humano
realizar puede ese difuso acorde
de la luz hecha música y ensueño,
que adormece a los mundos y revela
la presencia del Único e Inefable?

El hombre envanecido de su alcurnia,
como aroma sellado, desconoce
su propio encanto; mas nosotros, libres,
nos embriagamos del amor del mundo.
¡Oh, las noches de luna en la montaña!
La confianza universal difúndese
en las cuerdas templadas de un salterio
que se tañe a sí mismo, ya que nunca
verán los ojos la divina mano...
¿Sabes algo de música? ¿Tuviste
alguna vez relevación tan honda?
Oyeme, —no te rías,— soy solemne
cuando mi cuerda toco entre mis *scherzi*:
jamás tendrá el placer de la armonía
quien no perciba el alma del espacio,
de la piedra, del agua, de la selva,
del ave, de la flor y del insecto;
sólo ella trae el mensaje de la estrella
inaccesible de otros universos,

y en rumores informes y difusos,
y en tenues vibraciones, o en terribles
sacudidas y estruendos, nos avisa
de un corazón que ama y sufre y lucha
aherrojado en el fondo de la tierra,
porque quiere salirse de su pecho
a buscar a los otros corazones,
y no puede, y entonces les envía
sus mensajes, sus ansias, sus promesas,
y se deshace en lágrimas que, luego,
llenan de amor-dolor toda la tierra;
y son esos rumores y esos cantos,
por millares de cuerdas y de bocas
exhalados, que piden la respuesta
a los que animan los sidéreos reinos;
y aquí armonizan, y en un punto ignoto
que Pitágoras vió, —¡oh, no lo dudes!—
se concentra y se funde y se sublima,
como una gota de agua, como un grano
de polvo de oro, o punta diminuta
de cristal diamantino, — aquella Nota
única, intraducible, que contiene
la armonía vital del Universo,
el éxtasis supremo, sin palabra,
porque es verbo hecho luz, y es el Espíritu,
y la Idea sin formas, porque engendra
todas las formas en sí misma, y todos
los ritmos de la música inmanente...

VII

EL PORTICO DE LA FABULA

¿DUERMES, poeta? Tu pupila absorta
bebe mi canto con deleite, y veo
que nuestras almas riman un ensueño...

Yo no soy siempre así... soy calumniada
porque sonrío, y en mi arte sano
todas las gracias y los tonos copio
de la infinita gama de los seres:
mis recitados vagan y serpean,
locos y graves y con libre vuelo
por la maraña del inmenso acorde,
como cruzo, me escondo y doy sorpresas
entre las lianas de la selva virgen.

El Maestro invisible lo ve todo
y en su alma colosal todo se eurítma.
¿Duermes, poeta? ¿De emoción te callas
al oírme cantar? Es que la tarde
es suave y tibia como un beso, y dulce
baja la sombra de la enhiesta cumbre.
¡Ay, todo el día estuve aquí contigo!
¿Qué dirán en el valle las hablillas
de lechuzas, urracas y cotorras,
que apenas de su envidia disimulan
los furores...? Yo sé que eres poeta;
de la naturaleza eres amante,

y en fábulas intentas nuestras vidas
al mundo revelar. ¡Ah, ten cuidado
con el capricho en la invención! No pienses
sin estudio contar nuestras historias,
como tantos hicieron, olvidando
de los antiguos sabios la enseñanza.

Aquellos penetraron el secreto
de nuestro idioma musical, y hallaron
de nuestras experiencias el tesoro
para nutrir sus huecas metafísicas.
Es que fueron humildes, y vivieron
en fácil, provechosa compañía
con nosotros, —Bilpai, Esopo, Fedro,—
y los remotos de la vieja China,
que la gesta animal os revelaron
para llenar el mundo de enseñanza.

Ellos nuestra Odisea y nuestra Iliada
cantaron con deleite, y tras sus huellas
la nube de imitantes, glosadores
de la misma canción, faltos de ciencia
calumniaron a ilustres personajes
de gracia virgen y belleza ungidos.

.

VIII

EL ASNO Y LA CIGARRA

¡AH, pobre asno bendito! La calumnia
tenaz, inextinguible, lo persigue,
del hombre, que lo explota y lo esclaviza,
y “burro” por estúpido lo llama,
y carga en él sus culpas y defectos,
y su propia ignorancia inagotable,
y de su ingratitud todos los fardos.
¡Ah, el buen asno seráfico, sublime,
de los martirios y las servidumbres,
de las resignaciones y heroísmos,
de las renunciaciones y las tolerancias,
de los silencios y de los perdones!
¡Asno santo y heroico, que en la vida
salvas a tu señor y a tu verdugo,
y les muestras magnánimo el camino
en la tiniebla y la montaña, Salve!

Todos lo veneramos en la tierra
como un padre, maestro y sacerdote;
y si su horrible voz rompe el espacio,
todos sentimos su doliente queja
de la injusticia y el desprecio humanos! *

* No olvides de citar, en este paraje, —pues dará a tu obra prestigio de erudición, aparte de su íntima justicia,— el raro y curioso libro pseudónimo titulado *El asno ilustrado*, o sea, *La apología del asno*, con notas, y el *Elogio del rebuzno* por apéndice, por un Asnólogo,

Y la cigarra, ese instrumento vivo
de la Naturaleza, ese portento
musical, esa voz multiplicada
al infinito, esa unidad cantante
del órgano invisible que salmodia
un hosanna sin fin, armonizando
todas las fibras de los seres vivos
en una sola nota de hondo arranque,
¿no fué también de La Fontaine burlada
al recoger la secular calumnia
de ociosa imprevisión para su prole,
cuando la ciencia justiciera sabe
que cuando ella se da al supremo éxtasis,
la Hormiga artera en su ala guarecida
hasta verla morir su sangre bebe? **

aprendiz de poeta, etc., etc., editado en Madrid, en 1837, 582 páginas;
y estos versos, sobre todo, de las páginas 11 y 12:

*...Toda España
abunda en Asnos grandes y selectos.
¡Oh, patria mía, España venturosa,
a quien benigno concediera el cielo
el don peculiar de criar Asnos,
que la envidia serán del orbe entero;
tú sola, sola tú también gozaste
una gracia, un favor, un privilegio!
¿A quién debe la América la dicha
de hallarse ya poblada de Jumentos?
A la España lo debe, sí, a la España.
Es gloria nuestra que en el hemisferio
Nuevo Mundo llamado, ya se encuentren
Asnos que al descubrirse bien sabemos,
no haberse conocido. ¡Americanos,
semejante favor, agradecednos!*

** J. H. FABRE, *Souvenirs entomologiques*, 5ème. S., pág. 221.

—CARLOS BRUCH, (del Museo de la Universidad Nacional de La Plata), *Contribución al estudio de los "Bethylidae"*, hymenoptera argentinus; de la *Revista del Museo de La Plata*, t. XIX, 2ª Serie; tomo VI, pág. 442 a 446).

¡Oh, la burla cruel y el sacrilegio
del hombre ignaro! En tanto que los delfios
culto apolíneo a la cigarra rinden,
al divino milagro de su canto
y al divino prodigio de su cuerpo,
el satírico audaz la menosprecia. ***
Y ella entre tanto los secretos guarda
del alma de la tierra, y de sus nupcias
gloriosas con el Sol, el himno sacro
en millares de voces multiplica.

Este es un gran misterio de la raza,
y en el mundo animal santo respeto
se tributa doquier: cuando el *Coyoyo* ****
su encierro deja y de su canto inicia
la ánuva estación, la tierra generosa
de su maternidad el fruto ofrece.
En los cálidos bosques, peregrinos
los clanes, tribus, pueblos y familias,
plantan sus tiendas nómades, cosechan

*** ANACREONTE, Oda XLIII.

—MELEAGRO, Oda LVI.

**** Nombre indígena, en el calchaquí, de la *chicharra* o cigarra.

NOTA FINAL. Como una ampliación de la primera de la página precedente, y como una antítesis a la asociación del asno y la cigarra en el mismo pensamiento vindicador del texto, recordemos la fábula de Esopo, en la cual el asno, por imitar a la cigarra, que según la tradición poética, se alimentaba de rocío, se propuso beber sólo este alimento, y murió de hambre. Además de la vindicación del sabio Fabre y del poeta provenzal que cita en su obra antes mencionada, el poeta brasileño Olegario Mariano, en su poema *Ultimas cigarras*, completa la leyenda antigua, modernizada y apropiada por La Fontaine, con este final justiciero:

*Deus que ouvira, entretanto,
sentenciou da alta abobada vazia:
—“Canta cigarra, canta, que o teu canto
será teu pão de cada dia”.*

la dorada algarroba, en altas *pirhuas*
se guarda, y luego en deliciosa aloja
o en dulces panes de *patay*, se liba
de Pacha-Mama al culto sacrosanto,
del amor creador, —¿sabes, poeta?—
al son de yaravís y vidalitas
alegres, tristes, como el dios lo quiere...
Y en mucho tiempo el tamboril no calla.

IX

LA ETERNA TRAGEDIA

¿PODRÁS dar a tus fábulas el hondo misticismo genial de nuestros mitos?... Pero, basta, poeta, me avergüenzo de tanto hablar: la culpa es de la tarde tan serena, tan tibia, y de esos tules azules que el poniente sol extiende sobre las cimas, y del vago soplo de amor que tiembla en toda cosa viva, el ensueño y la música evocando...

Quise decirte, — mas no me contengo,— que si amas nuestro mundo, y si lo estudias con ese amor, descubrirás primores de lenguaje, de gracia, de intenciones, revelados en gestos, actitudes, ritmos sin fin, sonidos, movimientos, cantos, silbos, chirridos, coaxares graves o agudos, ásperos relinchos, que dicen sus amores, sus querellas, sus rencores de razas y ambiciones de dominio o de amor, por los que matan, mueren, odian, padecen y torturan, se persiguen, se chocan y desgarran en este valle de verdor risueño como en ese “de lágrimas” llamado.

“Todo es uno y lo mismo” entre nosotros,
 animales al fin, altos o bajos,
 y con distintas formas, amasados
 de idéntica sustancia: el zorro, el buho,
 el asno, la serpiente, el perro, el mono,
 el carnero y el chivo, el león y el toro...
 ¿Para qué más? si son los más pudientes.
 Y en el reino inferior de los insectos,
 desde el que vive en el corrupto estiércol
 hasta el *tuco* imperial de luz eléctrica;
 y la abeja y la hormiga cuya gloria
 llena libros y libros; y la araña,
 precursora en la ciencia de Pitágoras
 de futuros inventos no entrevistados
 de nuestros sabios y universidades, *
 y del gobierno eugénico, soñado
 por algunos videntes, arquetipo
 perfecto...

¿Y qué diré del reino aéreo,
 del reino mío del color y el canto
 y del lenguaje musical? ¡Cuán pocos
 su fácil hermenéutica estudiaron!
 Es que para entenderse, lo primero
 es amarse, y los hombres no se aman... **
 Pero nosotros sí; con cuatro notas
 nuestro idioma se basta para todo
 lo que es la vida, amores y dolores,
 dolor y amor en toda forma y tiempo.
 Pero nuestro dolor de amor se hace,
 y nunca en odio al prójimo se torna,
 pues no es su culpa lo que es mal del mundo;
 y así el amor es ley de nuestra vida.

* C. WARBURTON, *Spiders*. Cambridge University Press, 1912.

** RABINDRANATH TAGORE, *Sadhana*, 1914, pág. 106.

¿Y la lucha, dirás, no es causa de odio
entre animales? ¿No se come el fuerte
al débil, y también su tierra y frutos?
¿Cuál es la diferencia entre ambos reinos?
¿Cuál la justicia del dominio humano
sobre nosotros, si como hace el tigre,
el lobo, el buitre y la serpiente artera,
la ley del hambre y la ambición aguza,
y mata sin piedad ni miramientos
bajo el pendón de la defensa propia,
o la necesidad en ley erige;
o la inocente víctima simula
de ajenos planes de dominio y muerte,
cuando, en verdad, con arteria eximia,
—éxtasis de odio sobre el mundo,— incendia,
mutila y roba, arrasa y envenena
el agua de la vida pura y casta?

X

LA FABULA MAESTRA

Así, poeta, si en tus fabulillas
vas a rendir tributo a tu hombre-rey,
prefiero releer al viejo Esopo,
quien siendo esclavo levantó al humilde
y castigó del fuerte la soberbia.

Tienes que hacer justicia a nuestra raza
y a cada uno; innúmeros tesoros
de gracia y ciencia te saldrán al paso
si con bondad y amor tu actor estudias,
y revelas sus rasgos exclusivos,
sus defectos y faltas, pues, no ignoras
que la comparación es gran criterio...

Luego, los vicios colectivos saltan
a los ojos de un ciego, si se exponen
sin miedo y con verdad; que la censura
airada y pérfida del aludido
no es "Voz de Dios", sino amenaza ficta
que atemoriza al ánimo cobarde,
pero se inclina ante el probado acero.

Siempre es joven la fábula, interesa
al niño y al anciano por razones
idénticas; si envuelta en bello estilo
por personajes propios, la doctrina
surge espontánea de la acción, entonces,

irá más hondo en la ávida conciencia del escolar, quien, por seguro instinto, resiste todo lo que sabe a dogma.

¡Ah! el más grave mal de los maestros es ignorar del niño la potencia sensitiva y mental, con que aparece en el mundo provisto, y el acervo acumulado de ancestral origen; y las revelaciones de los ojos, las confidencias del acorde ambiente, la caricia primera de la madre que el ritmo humano de su vida imprime, y el primer beso de la luz, que sella la comunión universal de su alma...

¡Y enseña que te enseña, y amontona fórmulas sobre fórmulas sin vida! Entretanto, el espíritu del niño, como el torrente subterráneo, corre libre, espontáneo, férvido, impetuoso, fecundando los campos de su mente, hasta el día feliz en que el andamio inútil de la escuela se desploma.

Es preciso que el niño algo descubra por sí y su solo esfuerzo, como hacemos nosotros en el aire: ¿quién enseña al pájaro a volar? ¿quién en el canto nos da lecciones con horario fijo, y sujeta a medidas los impulsos de nuestro genio?

—¡Eh, eh, eh! ¿Qué dices de la Calandria pedagoga, *goga*, *goga*, que nunca presenció una clase, sino de canto libre aquí en las peñas?

Pero te engaño, porque he conocido las maestras de una escuela de aquel pueblo, hoscas, malhumoradas, tercas, duras,

con los pobres chiquillos que pedían
caricias y lecciones maternas,
como las que nosotras, las calandrias,
damos a nuestros chicos, con los picos,
con la unción amorosa que hace fuego
de nada, en la ceniza, en las escorias,
donde el amor chorros de ciencia extrae,
porque es amor y nada más...

XI

LA FABULA CLASICA

MAS, dime,
¿te hablaba de tus fábulas? Ya es tiempo
—lo reclamamos todos en la selva—
de renovar los moldes carcomidos
de los discípulos de Esopo y Fedro;
y aunque el gran La Fontaine hizo poesía
y Samaniego diluyó en tiradas
de sofocantes silvas sus leyendas,
buen rumbo a la inventiva señalaron.
¡Pero no, si no es eso lo más bello!
O se vuelve al camino, *ora smarrito,*
rrito, rrito, — de Persia, India o Arabia
de Haroun-al-Raschid, — ¡oh el divino Oriente
de toda magna luz!— o el alto estilo
simbólico se sigue del *Chantecler...*
y los problemas nuevos y futuros
de ciencia, y arte, y religión, se enuncian
también, que todo en ese molde cabe.
¿Y la ciencia del pueblo? Si es que buscas
asuntos nuevos, de profunda miga,
de hondo saber, percute el alma ingenua
del paisano argentino: cuatro razas
volcáronle su limo fecundante
de dolor y de ciencia, que es todo uno.
Y la superstición, y la conseja,

y la intuición nativa, y el consorcio
 con los más sabios animales, todo,
 creó en su mente un mundo aun velado
 para los doctos del *folklore* informe.
 Y esas nomenclaturas indigestas,
 y esas abreviaturas ilegibles
 en un latín de frasco de botica,
 ¿qué le dicen al mundo, al niño, al hombre,
 si no llevan el drama de la vida
 del ave, del insecto, o del mamífero,
 o del “bípedo implume”, —si tú quieres,—
 o la gracia, o el arte, o el oficio,
 o la debilidad, o los defectos
 de cada uno, para hacer doctrina?
 Buffon el precursor fué de la idea,
 de la ciencia con alma y emociones,
 Mougeolle * y Maeterlinck ** la alta política
 penetraron de hormigas y de abejas,
 y de flores; y Fabre en su retiro
 ignorado de Europa y de su patria,
 el nuevo mundo del insecto alumbra,
 y redime a sublimes calumniados.
 Darwin me admira a mí: ¡Ese fué artista
 y sabio de verdad! Oye su elogio:
 “*Mimus orpheus*, que calandria llaman,
 surge entre todos por su egregio canto:
 es el único pájaro de América
 que canta por cantar”. ***

¿No es ésta, dime,
 del payador nativo la divisa
 y la del Genio en su valor más puro?

* *La statique de la civilisation.*

** *La vie des abeilles y Hours of gladness.*

*** *Viaje de la Beagle*, pág. 52.

XII

GLORIA Y AMOR

EN el fondo de todo, allá, en el fondo,
donde no llega del “profano vulgo”
la vista miope, el Genio es pura gloria,
y la gloria es amor... Así, nosotros,
cuando cantamos por cantar, cantamos
por ensalzar de un grande amor la esencia,
la que *inspira y afina*, y *sintoniza*
nuestras *fibras unísonas*, al timbre
de la armonía ingénita de esa arpa
invisible, gigante, a cuyo acorde
sueñan adormecidas las estrellas,
cuando el silencio de la interna música
nos deja oír los íntimos reclamos,
de las almas gemelas, que, de lejos,
entre las nieves y las soledades
del firmamento, siglos y más siglos
nos presintieron y nos esperaron.
Yo te declaro, —soy así, “muy dada”,
repentista, espontánea, irreflexiva,
y me encanta la dulce confianza
sin retorno, ni mira de provecho, —
que mi pasión del canto y la poesía,
un alto amor, amor casi divino,
busca de la armonía en los efluvios,
y mi conquista de renombre y gloria,
sólo es una guirnalda de mil luces
para la beata frente de la Amada...

XIII

INTERMEZZO

DECLINABA la tarde: el sol de oro
fuertes brochazos a la cumbre envía,
como un pintor de un raptó poseído,
como ebrio del color de los crepúsculos.
En las distantes y afiladas cimas,
ya se insinúa el azulado velo,
primero y suave anuncio de la noche;
en la voz de la Mima se dibuja
tenue matiz de su melancolía,
y del poeta el ánima arrobada
anticipa el vacío de la ausencia.
Ella no advierte en su delirio armónico
el coro nuevo que a su canto sigue,
cual si una mano oculta entre las rocas
los tonos del ocaso difundiese
en el arpa ideal de la montaña.

Tras los breves compases del silencio
en que, en las lejanías del espacio
la mutación del escenario ocurre,
entre vagos murmullos y rumores,
como íntima plegaria, o como ensayos
mezza voce de nuevas melodías,
la divina cantante me despierta
de mi inmóvil espera:

—Mira, mira,

poeta absorto, cómo los matices
del cielo, el monte y la llanura cambian
con la puesta del sol: la luz es música,
dice Kabir en su poema sacro,
y la luz y la música están tristes
con la divina unción de la partida.

 Mi garganta se vela con la sombra
futura, como el alma cuando piensa
en la noche, en el sueño, o en la muerte.

 Para mí no hay tristeza de concepto,
sino en las cosas, que el ocaso unge
de una melancolía engendradora
de más ricas y varias creaciones.
¡Oh, la alma noche! De las realidades
más bellas *ella* trae las noticias:
ella disipa nuestras dudas arduas,
nuestras expectativas temblorosas,
nuestras preguntas al espacio mudo,
nuestros arpegios sin destino cierto;
y de nuestros amores con las flores
ella nos dice en cifras de perfumes
el mensaje esperado, y en el mapa
innúmero de astros fulgurantes,
cual nos responde con el nombre de *Ella...*

XIV

EL HIMNO AL SOL

¿LAS fábulas? ¿Qué loca soy, no es cierto?
Todo el día te hablé y nada te dije,
por charlar, por charlar! y así me expongo
a tu desprecio y a tu olvido justos.
El alma nueva quiere nuevas formas,
ve de otro modo, como que es más alta,
y entonces ve más hondo y más distante;
o si tú quieres, al volver al seno
de la naturaleza, nuevo génesis
a cada instante en sus entrañas crea.
Es la virgen y clásica poesía,
la que nace del polvo, de la piedra,
del árbol, y del agua, y del insecto,
y de todo, por fin, que anima y vive.
¡Y todo vive! hasta el granito rudo
que la ciencia “inorgánico” rotula.
¡Es no sentir del mundo los latidos!
Aunque hace siglos que calló, aun sueña
en el oído y en el alma el canto
ingenuo y simple del sublime loco
del *Himno al Sol*, de aquel de las visiones
y la música ideal, que, como nadie,
más que mago ninguno del Oriente,
comprendió el pensamiento de los pájaros
y de todo animal, porque, adivino

divino, con unción de amor tan sólo
evoca en nuestras almas musicales
la canción adormida, que es lenguaje
impenetrable para el sabio arrítmico,—
y que el místico, amigo y confidente
de las aves, los peces y las fieras
arrebató para decirnos cosas
que entendemos, sentimos y cantamos;
y poseídos del febril delirio,
vibrantes al compás del ritmo eterno,
que el vidente sublime nos imprime
con su arco ideal, —*Soror mea Cicada,*
veni ad me, canta et Dominum Creatorem
tuum iubilo laüda,— el himno magno
del Sol alzamos en gigante coro. *
Ya ves, poeta, cómo la poesía
es la mágica llave del misterio
de la armonía universal, promesa
de universal conciliación, y acorde
esencial de ese cántico supremo
que arrulla la cadencia de los mundos...

* *S. Francisci Assisiensis vita et miracula.* Auctore, FR. THOMA DE CELANO. Leg. Secunda, § CXXX, pág. 298.

XV

VANITAS VANITATUM

VUELVE a la fuente de la antigua fábula, al alma de esos seres que “inferiores” en su orgullo fulmina el hombre vano. Tú puedes ser un bienhechor si logras renovar en tus prójimos, —no el odio, porque odio el odio,— pero sí el desprecio por ese horrendo vicio que el Rey Sabio “vanitas vanitatum, omnia vanitas” definiera y los hombres olvidaron. Y es que la vanidad crece más ancha cuanto más hondo la ignorancia anida; y en el mundo infinito de los cuentos los vanos o los tontos, —que es todo uno,— forman legión, y entre hombres y animales llenan de espuma el ícor de la vida, alimento de dioses. Mas... ¿concibes la fábula sin tontos? ¿Te figuras la fábula sin ellos; y la pléyade de genios, sabios y hasta semidioses sobre la ambiente estupidez alzados, que ni siquiera la elegancia suma perciben de ignorar alguna cosa?

La vanidad es trágica, es terrible, cuando en altas cabezas deposita su fiebre de grandeza y poderío:

la muchedumbre-pueblo, deslumbrada
por sueños de avaricia o prepotencia,
soberana se cree, y es sólo esclava
de ambiciosos, ocultos comediantes,
que la consagran "santa democracia",
y en realidad, es tibia gelatina
que tiranos y autócratas incuba
para su propio azote y su vergüenza.

La rutina, la inercia, la renuncia,
engendradas en siglos de obediencia,
crean la masa abúlica y pasiva,
que bajo de sus púrpuras encubre
del crimen y del vicio los horrores.

Y la púrpura es sangre de sus venas
que clama por Abel el Inmolado
mientras Caínes sordos a sus gritos
en torpe orgía de sus goces se hartan.
Castiga la soberbia enceguecida
y la estulticia, sin misericordia:
los pequeños y humildes te rogamos;
habla por nuestra causa entre los hombres,
y serás por mil cantos bendecido.

XVI

EL ROPAJE DE LA FABULA

NUESTRA alma es clara como esta surgente
que aquí en la peña sus cristales ríe:
si no la comprendieron los poetas
de la raza, la culpa es de la dura
regla de hierro que enquistó el idioma,
al juzgar como loca irreverencia
el mezclar el lenguaje de los pájaros,
—verbigracia,— entre medio de las regias
y sacras formas de la lengua docta,
empobrecida a fuerza de abolengo
cual sus hidalgos de raída capa.
Usa la nueva-vieja parla libre,
la que habla, canta y rítmica gorjea
con las aves, y ruge con los leones,
y con mosaicos de pintados jaspes,
y tonos policromos de la gama
inagotable de la aérea música,
rejuvenece el lánguido romance.

¿No leíste a Rostand, no viste, acaso,
cuánta copia de verba y armonía
las aves le ofrendaron? Y Darío,
—aquel renovador imperturbable,
esfinge por los genios habitada,
evocador, y mago, y taumaturgo,

que la *usata poesia* echó a la hoguera
y arrancó de las llamas crepitantes
un mundo y verbo y armonía nuevos?

Vuestra Academia, como rancia dama
de palmeta, novenas y rosarios,
mata en sus hijos el amor del vuelo,
y el temor de pecar los paraliza...

El Arcipreste, en tanto, y el Quevedo,
y el Gracián y otros más, darían solos
vocablos para veinte diccionarios
“limpios y fijos” y... ¡la mar de gracia!

XVII

LUGONES, OBLIGADO Y MARTIN FIERRO

¿Y aquí en tu tierra? ¡Vaya si hay modelos
donde beber a chorros la miel pura
de las colmenas! Sabes que Lugones,
el Buonarroti de la pluma, su hacha
clavó en el tronco de la vieja forma,
y como el de la higuera siempre encinta,
la hinchada ubre en leche inunda el suelo.
Ese es tu hermano en el fervor del culto
del lenguaje animal; él, que es poeta,
en flauta pastoril trocó su lira;
en su paleta la color desborda
y en su haz de nervios una orquesta canta. *

¡Obligado! ¿Quién habla de la tierra,
de la pampa y sus ríos, y de azules
camalotes, de horneros y boyeros,
sin enviarle un tributo, un homenaje?
Las aves de este valle un día vimos
pasar, cual peregrino de emociones,
al trovador sin par de Santos Vega,
al Aedo y augur y sacerdote
de la llanura, oráculo infalible
de sus cantares y hondas profecías;
sí, le vimos pasar, henchida el alma
de amor, de unción y de invisibles rosas,

* *El Libro de los Paisajes*, 1918.

hacia occidente, en pos de la otra cumbre,
a arrojarlas al pie del Famatina,
nupcial ofrenda de su amada pampa.
Un alado cortejo, al son de cantos
nunca oídos del bardo de las selvas,
lo siguió hasta los límites del monte...

Y por fin, Martín Fierro, ese insondable
océano de ciencia y poesía,
de la gente nativa biblia informe,
donde alienta el espíritu de un mundo
que un día, cual los mares circundantes,
desbordados de pueblos infinitos,
libres y cultos, llenará su seno,
en eucarístico ofertorio; entonces
la Fábula, simbólica libélula,
surgirá de su sueño milenario
para esparcir por esos mundos nuevos,
en proliferación maravillosa,
la gracia, el genio de la raza madre...

XVIII

LA GLORIA DE LA FABULA

Y así diciendo, la divina artista
con súbito silencio el canto trunca
cual lumbre que una ráfaga apagase,
y con leve rumor de hojas, el vuelo
hacia ignorado rumbo rauda emprende.
Yo inconsciente del tiempo, —ya la noche
en el yunque del sol sopló su frío,—
desperté de mi arrobó y de mi ensueño
al choque del silencio. Todo el coro
antes parlero y luminoso, queda
en mudez y tinieblas sumergido.
Mi corazón con violencia late;
mis ojos acarician todavía
la ronda de visiones de aquel canto,
y mi oído aun sintiendo continúa
rumor de ríos de sonoras perlas
dispersas por los ámbitos vacíos.
¡Oh! ¿cómo ha de morir la poesía,
y cómo la canción ha de agotarse
ni huir del alma el dulce misticismo,
creador infinito de belleza,
de amor y de armonía? El Firmamento
tiene su abecedario deslumbrante
en su pizarra azul, y cada letra
es un problema, un libro, un universo;

las montañas en oros, manantiales
de música, colores y misterios,
en grutas, nidos, nieves y nublados
renueva eterna su mitología.

La Fábula, deidad inspiradora
de las selvas, los vientos, y las aves,
de insectos, de reptiles y de fieras,
y habitadora de un rincón secreto
del espíritu humano, de su imperio
verá ensancharse cada vez las lindes,
hasta que el poeta ignoto del futuro
cante en himnos de paz y de armonía
el triunfo del Amor y la Belleza.

LIBRO SEGUNDO

FABULAS

I

LA ROSA Y SU TUTOR

PARA criar de acuerdo con la ciencia
una planta de rosa primorosa,
pusieronle un tutor con que la rosa
desplegaría toda su opulencia.

*El abono, y el riego, y los cuidados
a la mimada rosa prodigados,
por razón de adherencia muy sencilla
sentaron al tutor a maravilla.*

*Y ocurrió que la rosa se moría
y el ávido tutor reverdecía;
lo cual, visto del Gato sabihondo
esta sentencia pronunció, de fondo:*

*Ut Servius definivit, la ley quiere
que la pupila y no el tutor prospere;
mas el uso ha cambiado, y hoy se estila
que el tutor medre y muera la pupila.*

La rosa y su tutor

Fábula

Para criar de acuerdo con la ciencia
 Una planta de rosa primorosa,
 Escogióse un tutor con que la rosa
 Desplegaría toda su potencia.

El abono y el riego y las cuidados,
 A la mimada rosa prodigados,
 Por razón de adhesencia muy sencilla,
 Sentaron al tutor a morar allí.

Y ocurrió —
~~que~~ ^{se moría} que la rosa ~~se moría~~
 y ~~al~~ ^{avido} ~~se~~ ^{del} tutor ~~se~~ ^{reverdía}.
 Lo cual noto del fato sabidoro
 Este precepto sentenció de puros:

Secundum Servius, la justicia quiere,
 Que la pupila y no el tutor prospere;
 Mas el uso ha cambiado, y hay de esto
 Que el tutor muere y renera la pupila.

II

LOS PERROS LADRANDO A LA LUNA

Declaróse cierta vez en el pueblo de los perros del valle andino, una espantosa miseria, a tal punto que los habitantes pensaron en un general exterminio de ellos, por todos los medios más eficaces.

Viendo el inminente peligro de toda su raza un enorme Bulldog, guardián preferido de una rica finca, y que imperaba en la comarca, y era obedecido y temido como caudillo valiente y abnegado, previendo que sus hermanos y secuaces vendrían a pedirle consejo y salvación, adelantóse a ofrecerles su ayuda.

Reuniéronse, una noche de luna llena, todos los perros, en meeting de protesta y de amenaza, en busca de su amado caudillo, aullando y ladrando en todos los tonos, de manera que infundía terror el áspero desconcierto de sus voces que pedían justicia, defensa y aliento para saciar el hambre extrema.

Condújoles el Bulldog, con palabras graves y contenidas, hacia un claro del bosque, y subiéndose a un peñasco de la ladera desde donde dominaba su inmenso auditorio, díjoles esta vez con verdadera energía y no vulgar elocuencia:

—Amigos, hermanos: Nadie como yo lamenta y condena la miseria que os aflige y la injusta pena con que vuestros tiranos os amenazan para desembarazarse de vosotros; comprendo que la resistencia colectiva y aun la guerra serían la mejor actitud que os convendría; pero los tiempos no son

propicios, y más que eso, carecemos de medios de defensa y de ataque, y la sequía y las pestes han arrasado con todos los recursos de la región con los cuales habríamos podido sostener una vigorosa campaña contra nuestros perseguidores, quienes, por quererlo todo para sí, privan de su mendrugo y de un hueso a los guardianes domésticos, a sus compañeros leales de toda la vida.

Es el caso, — amigos y hermanos, — de dirigir nuestras miradas hacia arriba donde brilla esa inmensa rueda luminosa que nos alumbra, la cual, según la tradición de nuestros antepasados, debe descender convertida en queso, en los momentos de una grande y verdadera necesidad para nosotros y nuestra prole. Clamemos a la luna todos a una voz, para que, cumpliéndose el vaticinio antiguo, baje a traernos el abundante alimento de su seno inagotable.

Y dicho esto, como poseídos de un fervor súbito, pusiéronse a ladrar a la luna plena, un millar de perros de la asamblea, mientras el Bulldog de la arenga tomaba el trote majestuoso hacia la opulenta alquería, donde su estómago podría saciarse y regalarse con ruedas más succulentas y efectivas que la lejana y anémica “viajera de la noche”...

III

EL NOGAL APALEADO

El tronco suo gridò: "Perchè mi schiante"?

Inf. C. XIII, 33.

En cierto pueblo de la montaña, unos paisanos tenían un Nogal corpulento y frondoso, el cual les daba para vivir un año con la suficiencia de los pobres.

Ningún cuidado, a no ser un escaso y tardío riego, dispensaban al generoso y paciente árbol; y además, para cosecharle su fruto, se armaban de largos garrotes con los cuales castigaban sus gajos y hacían caer en confusión, junto con las nueces, las ramas extremas y más lozanas.

En uno de esos años comenzó a notarse una gran merma en la habitual abundancia de la cosecha; y creyendo los dueños que ella se debía a que no lo castigaban bastante, la emprendieron con él a palos con tal furia, que no tardó el Nogal en quedar convertido en un esqueleto.

Fué entonces, que, por una de sus heridas abiertas, les gritó, entre doliente e irritado:

—¡Pero bárbaros! ¿Por qué me apalcáis de este modo? ¿Así me pagáis el alimento y la sombra que hace años os regalo?

Y ante la sorpresa y el espanto de sus verdugos al oirlo hablar, el árbol concluyó:

—Si al que trabaja y produce para vuestro sustento y comodidad lo maltratais, y crecis por la violencia arrancarle mayor esfuerzo y rendimiento, sois unos ignorantes y unos

perversos, porque ni los hombres libres, ni los esclavos, ni los animales, han dado nunca más por ser más castigados.

Todos tenemos una vida y una alma que necesitan el cuidado del amor y de la ciencia. Si no nos tratais bien por amor o caridad, como iguales, hacedlo por vuestra conveniencia, y sereis así más justos y felices.

*Por cálculo ser buenos, nada empece,
Ya que no por amor del que padece.*

IV

EL AVESTRUZ SILBADOR

Bajo las ramas de un centenario algarrobo, decano de la comarca y club consagrado de todos los personajes de las fábulas, una Lechuza, una Chuña y un Gavilán, platicaban en amistosa compañía sobre cosas de que las gentes de todos los reinos se ocupan con preferencia, es decir, del prójimo y sus intimidades, cuando acertó a pasar a su vista con su tranco de tragedia y su silbido insulso y vacuo, un avestruz de largas y escamosas piernas.

No tuvo siquiera una mirada para los del corrillo, a pesar de que se le advirtió ese soslayo fugitivo de los que reparan en la presencia de quien no quieren saludar.

—Che, — preguntó la Lechuza al Gavilán con cierta sorna intrigante, — ¿por qué no te da los buenos días ese tipo de *suri*?*

—Debe ser porque hace algún tiempo tuvimos cierta disputa por unos polluelos que él santa y buenamente incubaba... y... Y a tí, ¿por qué tampoco te ha caído en cuenta?

—¡Psich! Será porque yo no lo he caído en cuenta a él, y porque siempre le aventajo en la caza de los insectos de la tierra, que le gustan, y porque yo no ando por esos campos papando moscas, como él.

* *Suri*. Rhea americana, L. Avestruz del Tucumán.

—GARCILASO DE LA VEGA, I, v. 10. MARKHAM, *Vocabularies of the General Language of the Incas of Peru*, or Runa Simi.

—Pues a mí, —agregó la Chuña, **— que soy su pariente, juró no hablarme más en la vida, porque no quería reconocer una semejanza que le ridiculizaba, según él.

—Si así se conduce con todos los demás habitantes del bosque, pronto no va a tener con quien cambiar una palabra, —replicó la Lechuza.

—Y así nomás le sucede ya, — concluyó el agraviado Gavilán, — porque esta laya de tontos, tan difundida en la tierra, con distintos nombres, y que no sirve sino para ser desplumada, se parece a esos políticos tercos e intransigentes, que creen punto de honra no dirigir nunca más un saludo, y menos la palabra, a las personas con quienes alguna vez han tenido una contradicción o una querrela... Por eso éste anda así, solo y silbando, porque después de tantos años de vida pública, es claro, no le ha quedado más que hacer...

** *Chunnia Burmeisteri* (Hartl) Rehb. L. J. FONTANA, *Enumeración sistemática de las aves de la región andina* (Mendoza, San Juan, La Rioja, Catamarca). San Juan, Imp. "La Ley", 1904.

V

LOS DOS SABIOS

Gozaba en la montañosa comarca, entre todos los animales, gran fama de discreta y parca sabiduría, un enorme Asno, bastante entrado en años, cuya conducta intachable era adornada con la rara virtud del silencio. Esto lo distinguía y lo hacía simpático, entre los demás de su familia, cuyo áspero rebuzno jamás pudo alcanzar de las academias ni un modesto accesit de canto.

Por esto fué que un día, durante una asoladora peste en la región, resolvieron pedir al reputado cuadrúpedo, su consejo salvador y decisivo, para poner remedio a los comunes males.

Recibiólos él con aire sonriente y bondadoso en el cual se transparentaba su acendrada modestia, y les dijo:

—El caso tiene... como es natural... su solución... pero ustedes deben consultar al sabio Doctor... Yo mismo les haré compañía...

Y toda la asamblea de los afligidos animales se encaminó hacia la residencia semi-campestre de un afamado médico, ante cuyo saber se inclinaba todo el país, reverente y sumiso.

Paciente y magnánimo, escuchó la consulta de sus hermanos inferiores, y entonces, con palabra cariñosa e insinuante, díjoles:

—El caso, hijos míos, es de carácter tan local y tan propio de la comarca, que es preferible la opinión de algún nativo de ella. ¿No han consultado allí con alguien?

—Sí; hemos pedido el parecer de nuestro convecino más caracterizado, el Asno, aquí presente, pero...

—Yo... — rumió el aludido, bajando la cabeza como ruborizado.

—Y bien...

—Y bien — interrumpió un Zorro viejo, con mal disimulada ironía, — es mejor volvernos a nuestro valle y defendernos con nuestros propios medios,

*Porque aquí, amigos, a lo que discurro,
Y sin querer a nadie hacer agravio,
El burro con callar quiere ser sabio,
Y el sabio por no errar imita al burro.*

VI

LA LECHUZA Y EL "REY DE LOS PAJARITOS"

Acercábase el día en que el Rey de los Pajaritos debía venir al valle montañoso a exigir a todas las aves menores de la región su tributo de sangre, su víctima tradicionalmente inmolada a la voracidad del déspota de pico y garra potente. La inquietud reinaba en los nidos, sus cantos se entristecían y sus diálogos de amor cedían a los trémulos gorjeos del miedo.

Una Lechuza muy gazmoña y muy vanidosa, que no abandonaba un solo instante su atalaya en la estaca o en el tronco más visible de la comarca, empezó a cavilar de cómo salvaría a su hijo de la terrible elección y se acordó por fin de que todos los tiranos tienen una hora de clemencia, y se propuso aprovecharla.

Iría, decidida y resuelta, a ver al monstruo y pedirle derechamente la gracia; y ya vería allá de qué maña se valdría para ablandar ese corazón de acero. Lo halló muy acurrucado en el borde de un fuerte nido, seguro como castillo almenado, enclavado en el hueco de un risco empinadísimo y como afilando los puñales para el cercano banquete de carne viva.

—Muy soberano Señor y amo, — le dijo con todo respeto y humillado tono, — vengo a suplicarte un gran favor en atención a mi viudez y desamparo. No tengo más que un hijo que es mi sostén y único cariño y consuelo para mi vejez, y debe acudir a tu llamamiento para el sacrificio... Señor Grande y Magnánimo, apiádate de este corazón de ma-

dre, y salva a mi hijo de tu garra sangrienta, pues vendrán miles de otras aves entre las cuales podrás elegir tu presa.

—Y bien, señora Lechuza, — replicó el gavilán enternecido, — te ahorraré ese dolor, pero necesito conocer a tu hijo para distinguirlo entre tantos y tantos... ¿Cómo es?

—¡Ah, Señor piadoso! Pues no tienes más que fijarte *en el más bello de los pájaros* del valle, y ese es mi hijo.

—Entendido; vete tranquila y no asustes tanto a la gente con tu chirrido fúnebre y tus ojos de bruja.

Y así diciendo, mientras Misia Lechuza emprendía hacia otro paraje su vuelo nervioso, el Rey comenzó desde la copa más alta del árbol a lanzar sus estridentes gritos de convocatoria, que retumbaban en los cerros como un clarín del juicio final. A sus ecos, nubes de pajarillos de mil colores y tamaños, llegaban y se asentaban en los grandes árboles circunvecinos, a esperar el tremendo instante de aquel sorteo tradicional de la muerte.

Por fin, el Rey dirige su mirada radiante e hipnótica a la multitud alada; busca su víctima con ansia, y recordando la promesa a Mama Lechuza, tira su zarpazo al más feo y deslucido del concurso, el cual quedó muerto en el acto, y sus trozos sanguinolentos desaparecieron en breve en el vientre del famélico Rey, mientras un confuso rumor de vuelos entre los follajes marcaba la dispersión de la asustada asamblea.

Lanzó la Lechuza un estridente grito de dolor, pues era su hijo la mísera víctima, y encarándose con el Rey le reprochó airada la falta de su promesa.

—No tienes razón para quejarte, — contestóle con toda sinceridad el déspota — tu vanidad de madre te ha perdido, pues yo, para salvar a tu hijo, no busqué al *más bello de los pájaros* sino *al más feo* y desmedrado de todos, y ya ves si eres injusta, además, pues yo, para complacerte, ni he saciado mi apetito ni he logrado tu gratitud.

VII

LA TACTICA DEL TERO-TERO

Lamentábanse una vez, reunidas varias aves en un rincón bien guarnecido del inmenso bosque de la cercana pampa, y a la margen de una laguna, sobre la avaricia y la crueldad de los hombres, que no dejan en los nidos empollar los huevos, sin arrebatarnos y despojarlos para su comercio, sumiendo en la desolación a tantas madres amorosas, como la Perdiz, la Torcaz, la Gaviota, y aún las humildes Gallaretas del pajonal.

—¡Ay! — gimió la Perdiz, — yo no tengo paz en mi vida, sino en las cuevas, o en la fuga y la emigración, porque, con los perros malditos, ya no tengo escondite seguro al aire libre de los prados. Nos asesinan los cazadores y nos roban nuestros hijos dentro de sus cunas de pintada cáscara.

—¡Qué diré yo, — secundó la Paloma con su genial melancolía, — cuando ha debido mi raza someterse a la triste y voluntaria misión de procrear para morir cada vez con mayor fecundidad, y sin esperanza alguna de liberación!

—Y yo, — chilló la Gaviota, — ni siquiera por el bien que hago a los labradores, al limpiar el surco de larvas, gusanos e insectos de toda clase, se me respeta mi nido, porque los rebuscadores repletan sus canastas para ir a fabricar después toneladas de golosinas que devora el vientre insaciable de la gran ciudad, y apenas si logro salvar algunos huevos para perpetuar la especie...

—¡Ha, ha, ha! y a mí, — terció con cierto aire elegante el Cuervo acuático*, — ignorantes de mi ascendencia divina,

* *Plegadis guarauma* (Linn.); *Ibis falcinellus*, Hudson, 1870, Buenos Aires; *Ibis chaleoptera*, Burmeister, Paraná, Mendoza.

y sin duda porque me creen de la familia de aquel del Arca, que no volvió nunca y fué a morir en el convento de Arsinoe en noche lúgubre, — rapaz, hambriento y fétido, me tienen rabia y apenas me dejan abrir la azulada cárcara en que vienen al mundo mis hijos, como regalos de hadas en estuches de zafiro...

—¡Oh, oh, oh! — murmuró una oscura Gallareta saliendo con gracioso giro de una estrecha ría de pajas, — mi suerte no es mejor que la vuestra, amigos, porque a mí, no solo me toman por pato fino los tartarines de la escopeta, sino que todavía los mercaderes de huevos devastan mis pobres nidos para mistificar a las gentes, haciéndolos pasar por de otras especies aristocráticas, como la Martineta, el Barcino, el Silvón, el Picazo, o por el tan deseado de...

—¡Tero, tero, tero! — gritó, pidiendo la palabra como cualquier diputado novel, un curioso y vecino Tero Real de grito inconfundible, — perdonen ustedes que me mezcle en su conversación, que he oído de cabo a rabo desde esas matitas de pasto; pero como soy también de los doloridos, deseo darles un consejo con el cual pueden defender su prole contra la voracidad de los hombres... Hagan lo que yo hago para salvar mi nido... Hay que esconderlo bien entre las rendijas de la tierra, o bajo las más tupidas floraciones del matorral, y entonces alejarse a una distancia para dar el grito, y hacer creer al cazador que allí se encuentra el tesoro de su ansia canibalesca, mal disimulada bajo mil títulos nobiliarios que él solo se adjudica. Extraviado y desorientado, busca y rebusca; y por lo menos, si lo halla, que le cueste una gota de sudor...

¡Qué quieren, hermanos! — ya que no nos es posible defender nuestro hogar y nuestro nido con la fuerza, valgámonos de la astucia, el gran recurso de los débiles, contra la tiranía y la injusta apropiación que el hombre se ha decretado sobre el fruto legítimo e inocente de nuestros amores y de nuestros dolores...

18

Lamentábanse una vez, reunidas varias aves en un rincón bien guarnecido del inmenso bosque de la cercana pampa, y á la margen de una laguna, sobre la avaricia y la crueldad de los hombres, que no dejaban en los nidos empollar los huevos, sin arrebatárselos y despojarlos para su comercio, sumiendo en la desolación á tantas madres amorosas, como la Perdiz, la Torcaz, la Gaviota, y aún las humildes Gallaretes del pajonal.

— ¡Ay! — gimió la Perdiz, — yo no tengo paz en mi vida, sino en las cuevas, ó en la fuga y la emigración, porque, con los perros malditos, ya no tengo escondite seguro al aire libre de los prados. Nos asesinan los cazadores y nos roban nuestros hijos ~~en~~ pintada cáscara.

— ¡Qué diré yo, — secundó la Paloma con su genial melancolía, — cuando ha debido mi raza someterse á la triste y voluntaria misión de procrear para morir, cada vez con mayor fecundidad, y sin esperanza alguna de liberación!

— Y yo, — chilló la Gaviota, — ni siquiera por el bien que hago á los labradores, al limpiar el surco de larvas, gusanos ó insectos de toda clase, se me respeta mi nido, porque los rebuscadores repletan sus canastas para ir á fabricar después toneladas de golosinas que devora el vientre insaciable de la gran ciudad, y apenas si se salvan algunos huevos para perpetuar la especie.

— Oh, oh, oh, — murmuró una oscura Gallareta saliendo con gracioso giro ~~de entre sus papas acuáticas~~. — mi suerte no es mejor que la vuestra, amigos, porque á mi, no solo me toman por plato fino los tartarines de la escopeta, sino que todavía los mercaderes de huevos devoran mis nidos para mistificar á las gentes, haciéndolo pasar por de ~~plato fino~~.

— ¡Tero, tero, tero! — gritó pidiendo la palabra, como cualquier diputado novel, un curioso vecino ~~de aquel nombre inconfundible~~. — perdónenme si les que me mezele en su conversación, que he oído de cabo á rabo, desde esas matitas de pasto; pero como soy también de los doloridos, deseo darles un consejo con el cual pueden defender su prole contra la voracidad de los hombres... Hagan lo que yo hago para salvar mi ~~nido~~. Hay que esconderlo bien entre las rendijas de la tierra ó bajo las más tiernas floraciones del matorral, y entonces se alejan á una distancia para oír el grito y hacer creer al cazador que allí se encuentra ~~el nido~~. Extraviado y desorientado, busca y rebusca; y por lo menos, si lo halla, que le cueste

¡Qué quieren, hermanos, ya que no nos es posible defender nuestro hogar y nuestro nido con la fuerza, salgámonos de la astucia, el gran recurso de los débiles, contra la tiranía y la injusta apropiación que el hombre se ha decretado sobre el fruto inocente de nuestros amores y de nuestros dolores...

JOAQUÍN V. GONZÁLEZ

(1) *Plegadis guarauna* (Linn.)

a | a |
z |

y | dentro de sus
cunas de

de una estrocha via de
progenitura

¡pobres!

a | otros apices
aristocráticos,
como la Marti-
nela, el Barcino,
el Silón de Pisco,
ó por el ~~del~~ de ...

¡af!

una gota de sa-
dor...

¡cógitame i!

- ¡A mí! — terció en cierto
aire, obagante el Cuervo acuí-
trav⁽¹⁾, — ¡mi tute progen me ocea
de la familia de aquel del Area,
que no volverá nunca, y
fue á morir en el con-
to de Absinas en noche
ligubre, zapas, hambrión-
to y fétido, — me tiene rabio
y apenas me dejan ~~frío~~
la azulada cáscara en
que ~~el mundo~~ mis hijos, como
regalo de hadas,
tabajamos en los techos de
Zafiro....

[mido]
Tero Real de
grito inconfundible, -

el ~~mundo~~ terro
de su ansia canita-
losa, real dice molada
bajo nido titulos nafi.
bizaris que el ~~mundo~~ ~~adjudica~~.

VIII

EL AGUILA Y LA COMADREJA

Mientras en graciosas y serenas curvas planeaba encima del dorso de la altísima sierra de Velazco una Aguila corpulenta y nervuda, vió de pronto en el fondo del valle, con sus inimitables objetivos, una presa recién caída, una tierna borreguilla a la cual la sed y la fatiga rindieran, expuesta por la muerte, en festín abierto y libre, a todos los rapaces de la región.

Con un rápido y elegante movimiento que ninguna aeronave podría acaso realizar, plegó las alas y lanzóse hacia el suelo desde su inmensa altura, con el ruido cortante de una flecha que va a hundirse en el pecho enemigo. Al tocar las primeras copas de los árboles de la quebrada profunda, abrió de nuevo sus alas, y describiendo una gentil espiral descendente, fué a aterrizar con sus afiladas garras al costado de la víctima, que aún abría sus pupilas inmóviles y difusas, como suplicando la vida.

Iba la reina de los espacios a clavar sus garfios en la carne fresca, cuando desde el matorral próximo, oyó que una Comadreja, con cascada voz, le dijo:

—¡Hola! ¿Con que también Vuestra Majestad se digna bajar a estos pestilentes parajes a buscar el alimento como nosotros, los míseros mortales?

—Por más que me lo digas en tono zumbón, hay entre tú y yo una distancia que tu pobre caletre no puede calcular ni siquiera concebir; la misma, en cierto modo, que existe

entre la cumbre que yo habito y las cuevas hediondas que a tí te sirven de morada.

—Orgullosa siempre y consentida, cuando no tienes ni el mérito de cuidar tus hijos, que andan por esos aires como dejados de la mano de Dios. Ya tuvieras por lo menos el mérito mío, que me sacrifico hasta llevar dentro de mi propio seno mis crías, sin dejarlas un momento solas.

—¡Vaya una vida y una misión! Arrastrarse dentro de las sombras por bajíos y fangales viviendo de raterías y desperdicios, sin atreverse a ver la luz del día! ¡Linda prole vas a formar con esos tus cuidados maternales! Eso no se llama maternidad, sino esclavitud vil y miserable. Y así, vosotros no levantáis jamás la vista del suelo, y no podeis ver cómo el Aguila vive, prolífica, guía a sus polluelos y mantiene la nobleza, — la realeza, diré más bien, — de su origen y de su destino superiores. Mis hijos, son hijos de Aguila, ¿sabes tú? Cuando están en el huevo y en el nido, el Sol, su padre espiritual, les envía su calor y su fuerza; y cuando rompen la cáscara, ya salen con sus alas listas y con el poder de mantenerse en la altura. El Sol, sí, el Sol, fuente de la vida del universo, que hasta vosotros llega en vuestras viviendas infectas para fecundaros y salvaros de la muerte, es mi amado, mi atracción, mi ideal supremo; y para El vivimos y hacia El volamos y en El abstraemos nuestros pensamientos, madres e hijos y todas las generaciones. Todos vosotros, seres inferiores y rastreros, estais destinados a servirnos de sustento a nosotros, los del espacio, los de la luz, los de la llama infinita que alimenta la vida del mundo... ¿Has entendido?

—¡Qué! Yo no sé nada de esas agüerías y locuras... Déjame en paz...

—Bueno, pues; quédate ahí agobiada por tu costal de hijos embolsados, que no te permite alzar los ojos a ver un rayo de luz; críalos así para aumentar el reino de las sabandijas y alimañas estúpidas y dañinas que apestan la tierra; yo me voy con mi presa hacia las cumbres bañadas y calentadas por el Sol, donde los hijos del Aguila ya vuelan tan

alto como ella, siguiendo la ruta infinita del Astro Padre, con el impulso de genio, de fantasía y de ideal que yo, su madre divina, ungida por el Espíritu, les infundiera con mi sangre.

Y alzando entre sus garras la corderita exánime, abrió de nuevo el Aguila sus musculosas alas; y mientras se sumergía en el océano luminoso de las cimas, gloriosas de azul y oro fulgurantes, la rastrera Comadreja, con su bolsa llena de hijos, gruñendo y murmurando informes maldiciones, se hundió en el seto obscuro y nauseabundo, donde tenía su cueva y donde la esperaba una tumba.

IX

UNA BATALLA AEREA

Desde los nebulosos tiempos de la *Batrachomiomaquia* no se vió batalla más colosal que una librada hace años, sobre las primeras serranías de la cordillera andina, y de la cual da cuenta esta singular historia.

Era que un ejército aéreo del ignoto Imperio Acridio, tan vasto y tan tupido que en el horizonte del oriente formaba una nube roja oscura de algunas leguas, apareció un día entre el espanto de las gentes comarcanas, y no menor alarma de los numerosos reinos animales que pueblan los valles, las montañas y los aires de aquella inmensa región, que veían ya talados los rozagantes brotes de toda la vegetación con la cual se prometían una primavera y un verano opíparos.

Al punto, los más veloces y los más estentóreos se pusieron a correr, a volar y a gritar por esas soledades escarpadas, llamando a todos los capaces de tomar la defensiva y la ofensiva contra la formidable invasión en marcha.

No se sabe de dónde y por qué milagroso conjuro, asomó de pronto por entre unas grietas del granito una enorme Aguila, la cual, desde un picacho agudo, lanzó un silbido tan estridente, que, oído en todos los rincones, grutas y nidos de la cordillera, hizo surgir de súbito tal número de águilas, que casi parecían tantas como los diminutos individuos del ejército invasor.

—Hermanos del invencible y celestial Imperio Aquilino, soberanos de los espacios infinitos e inaccesibles, la hora de las pruebas decisivas ha llegado, y pueblos innumerables

de animales y de gentes confían en nosotros la salvación de la vida, contra el eterno destructor de todo cultivo y de toda natural floración.

Nuestras garras, nuestros picos y nuestras alas armadas de garfios, pueden en un solo ataque exterminar o poner en fuga al engreído enemigo, el cual, según las sagradas tradiciones, nunca debe atravesar las altas cumbres de estos montes.

¡En marcha! Y si el adversario logra nublar por su número la luz del sol de levante, las formidables y aladas legiones aquilinas anticipen la noche en el hemisferio del occidente, y que perezcan todos los invasores en las tinieblas.

Cuando concluyó su arenga el Aguila Real, la batalla era inminente. El Acridio llegaba ya semejante a una silenciosa ola de sangre, hasta las líneas de la defensa, que se extendían como una gigantesca nube gris, por encima y por las faldas de la montaña, bañadas por el sol declinante.

El encuentro fué espantoso y extraordinario, porque la extensa línea de las águilas quedó de súbito despedazada en casi toda su longitud, porque cada una de ellas, al atacar en el aire al diminuto enemigo, perdían el equilibrio o la estabilidad, y caían en racimos hasta recuperar su flotación, en cuyo intervalo la ola terrible del Acridio avanzaba y avanzaba, filtrándose por entre las apretadas filas de los defensores.

No tardó el Aguila Real, conductora de aquel singular combate, nunca visto en los anales del mundo, en darse cuenta de la inutilidad de todo su alado ejército, contra aquella lluvia torrencial de proyectiles animados, mudos, sordos, insensibles, inconscientes, autómatas, movidos por un impulso invisible y fatal hacia adelante, hasta consumir la obra destructora de su misión incontrastable.

En esta meditación se hallaba, sin resolverse a dar la señal dolorosa de la dispersión y de la fuga, cuando un Cóndor, que navegaba serenamente por encima de la región de la batalla, como un misterioso enviado del Destino, acercóse a ella, y con grave y paternal acento le dijo:

—¡Oh, augusta pariente y amiga! Es inútil que te obstines en combatir contra un enemigo tan desproporcionado, e intangible e impalpable. Las tradiciones de honor, de heroísmo y de religión, nada valen ante la realidad matemática y física del número, y de la infinita subdivisión individual. La majestad y la aureola de tus legiones soberanas caerán envueltas en el ridículo; y es consejo que por mi intermedio te envíen todas las potencias aladas, que neutrales contemplan desde sus nidos o atalayas esta estupenda aventura de tu raza. Es preferible una dispersión oportuna a una resistencia estéril, y que se cumpla la ley que los impulsa, de devastación y exterminio. Si unos cuantos pueblos vecinos padecerán carestía y hambre, en cambio otros más lejanos y de diferentes instintos tendrán cosecha abundante sobre los campos de la muerte. Las potencias aladas te piden que hagas cesar toda agresión y disperses tus ejércitos, para que vuelvan a sus nidos y esperen mejores tiempos. Ya ellas deliberarán para compensarte una vez satisfechos los legítimos derechos de la victoria...

Y sin esperar la respuesta, continuó su vuelo regio, mientras el Aguila lanzaba a los aires el grito desgarrador de la fuga, y la inmensurable ola roja del Acridio, seguía hacia el occidente su marcha de inundación, incontenible, imperturbable, imponente y terrorífica, cual si el infinito Océano del Silencio hubiese salido de madre...

X

COMIENDO Y GRUÑENDO

A veces amado lector, los gerundios son inevitables, pues, con toda su fealdad reconocida, sirven para acentuar ciertas cosas de difícil expresión, o como en el caso de los *similia similibus*, para curar la dolencia por el exceso de lo mismo que la ha causado; todo lo cual, espero, tendrá su justificativo en el siguiente verídico relato.

Era que entre la jauría de la estancia criolla había perros de todas las razas, hábiles y fuertes, veloces y combatientes; y el amo los cuidaba como a miembros principales de la familia, y como a tales los quería con singular e intenso cariño, a cada uno según su valor, su gracia, su inteligencia, o su destreza.

El rey o capitán de esta brava tropilla, era un corpulento y hosco Bulldog, quien la mantenía bajo ruda disciplina a fuerza de fuerzas y de mañas, pues ya medio viejo y regalón, abusaba demasiado de su poder y respeto, en provecho propio.

Así, cuando husmeaba una carneada próxima, ya empezaba a ponerse malhumorado y hostil con los demás compañeros, y aún con los patrones; y nada se diga de la hora de la merienda, porque entonces, posesionado de la batea desbordada de sangre fresca, gruñía y amenazaba a los demás con sus dientes felinos, de manera que sus súbditos apenas sentían el gusto del incitante líquido, a causa de tanto enojo.

Todo lo que él comía o bebía era nada en relación a su merecimiento, y lo que alcanzaban los otros habían de reconocerlo como merced o dádiva suya; y con esta política

persistente y tenaz, logró su propósito de que todo el mundo viviese pendiente de sus caprichos, para satisfacérselos por miedo a sus terríficos gruñidos, y que sus hermanos de oficio le hiciesen coro de obediencia por temor a sus mordiscos y atropelladas, que a cada instante hacían creer en trágicos entreviros.

Esto motivó cierto diálogo, mitad temeroso, mitad irreverente, que mantuvieron un día, a solas y a hurtadillas, uno de los perdigueros de la estancia con el mastín familiar del patrón, perro pueblero y muy civilizado, que viajaba siempre en su compañía y había visto bellas ciudades, y asistido, sin faltar a ninguna, a las reuniones políticas que aquel celebraba siempre en su palacio de la capital.

—¿No te parece hermano, — preguntó el sutil cazador, al grave representante del amo, — que este Bulldog nos hace un poco el cuento del terror para pasar la gran vida en la estancia, y mantenerse en las alturas de su posición de Indispensable?

—Has pensado bien, mi pequeño, — le respondió el culto interlocutor, — y ese perro que, sin duda, no carece de alguna aptitud positiva para el trabajo ordinario, tiene sobre todas, la de “hacerse valer” entre los superiores por la manera de tratar y dominar a sus inferiores. Como estos le tienen miedo, aquellos lo creen poderoso, y a su vez, aprovechan su prestigio, mientras dura. Me hace recordar a algunos señores de la tertulia de mi amo, en la ciudad, que cuando no tienen empleo, se le enojan y lo muerden, de palabra o por escrito, para que él los haga callar con elevadas posiciones, y cuando las tienen seguras, siguen la misma táctica para no perder la fama adquirida...

—De manera...

—¿De manera, que en la estancia, los que viven comiendo y gruñendo, son inventores de una verdadera política... nueva?

—Nueva o vieja, lo cierto es que tu jefe, el Bulldog, entiende muy bien la suya.

XI

EL POLLINO Y EL AUTOMOVIL

(Al Emir Arslan)

Rodeado de una brillante corte de ágiles potrancas, entre las cuales reinaba sin rivales ni temores, —admirado y querido por su fuerza bien probada en cien combates, su abnegación para cuidar el harem y la elegancia indisputada de su robusta juventud,— paseábase una tarde de otoño por los amenos valles de la sierra de Córdoba, un Pollino de luciente pelo gris rosado, de negra crin, nervudo pecho y vasos tan pequeños como acerados.

Contaba a su favorita, — deslumbrada y embebecida en el relato, — las proezas de su vida de aventuras por llanos y montañas, hasta conquistar su prestigio actual, y de cómo nunca hubo asno, mula, caballo, ni galgo, ni monstruo alguno que lo venciese en la carrera, cuando entre las lejanías del camino se divisó, como un cometa de larga cabellera, un automóvil que dejaba tras de sí una tupida columna de polvo encendida por el dorado sol de la estación.

Paró la oreja con alarma y coraje al mismo tiempo, y viendo que su compañera notó la rara coincidencia del vehículo recién aparecido, y del cuento, sintió un violento vaho de orgullo quemarle la sangre y se dispuso a correr a su costado, hasta demostrar a su tropilla cómo él no era de esos que mantienen su dominio a costa de mentiras.

—Ya veréis vosotras, cómo no hay quien me gane a correr, ni me eche en los ojos la tierra de sus patas ni de sus ruedas.

Y apenas esto dijo, y viendo que el inesperado competidor llegaba ya junto al grupo, se puso a su frente y se lanzó a la carrera más violenta, resuelto a no ceder el éxito de la partida, por nada del mundo.

Los viajeros de la máquina sintieron el regocijo de la extraña contienda, y redoblaron su velocidad, mientras que las consortes del orgulloso Pollino, presagiaban desde lejos, con mezcla de asombro y melancolía, el inevitable desastre de su esposo y Señor: que no tardó en producirse, pues faltó ya de resistencia, rotos sus tendones y asfixiado su pecho, rodó por la tierra polvorienta, en medio de la algazara de los tripulantes del incontrastable cuadrúpedo de metal, que se perdió en lontananza, envuelto en su densa cauda de tierra cernida...

Corrieron al encuentro del caído las Yeguas de la manada. La favorita se acercó a él entre risueña y compasiva; las otras le dirigían expresiones de convencional simpatía; pero la más sincera le habló diciendo:

—Ahí tienes una carrera tan tonta como inútil. Tú crees que tu vanidad y prestigio de Pollino te bastan para afrontar todos los lances de fuerza o de rapidez, y pretendes por este medio prolongar tu ascendiente viril entre nosotras.

¡Qué equivocado estás! El esfuerzo razonable y discreto conserva el aprecio y la amistad de los que nos rodean, pero la pretensión desmedida solo nos atrae la burla y el descrédito irreparable. Vé, y otra vez sé más prudente; y si estas compañeras no te abandonan desilusionadas, nunca más intentes embaucarlas con irrisorias hazañas como ésta; porque es bueno que lo sepas: el amor puede acompañar a la desgracia, y acaso al crimen; pero no vive una hora en compañía del ridículo...

XII

EL TORO Y LA LOCOMOTIVA

Imperaba en toda la hacienda como Señor absoluto, con el nombre de Temerario un Toro negro overo, de esbeltas y vigorosas formas y afiladas puntas, con las cuales había degollado y despanzurrado a muchos rivales, y asentado por tan sangriento modo su indiscutida personalidad.

Los demás seguíanlo como a un rey, y hacíanle coro a sus bramidos; y cuando, por rabia o por lujo de predominio, empacábase y comenzaba a echarse tierra sobre el lomo, mugiendo y mirando con ojos torvos en torno suyo, no había cerco ni barrera que sujetasen a la *turbamulta* de los otros en su despavorida fuga.

Aconteció que unos ingenieros trazaron por el medio de esos campos una línea férrea. El Temerario púsose hosco y más bravo que nunca, como si aquella obra hubiese violado el sagrado recinto de su soberanía, o cual si presintiese el fin de su prestigio. El no se apartaba de las proximidades de la vía; y era que había advertido un toro extraño, un Unicornio, que al caminar echaba negras bocanadas de humo y chirriadores chorros de vapor caliente.

La rabia le ahogaba al ver que todos sus súbditos se aterraban en su presencia, y parecían olvidados ya de su valor, su pujanza y su destreza en la pelea; y para demostrárselos, atacó e hirió de muerte, sin motivo alguno, a más de media docena de toros de la comarca.

—Esto no es justo, — atrevióse a decirle un anciano Buey filósofo, tan venerable como indefenso, — porque mien-

tras ese toro desconocido nos amenaza y nos amedrenta, tú la pegas también contra nosotros, en vez de defender nuestro terruño y nuestra antigua libertad doméstica invadidos por el extranjero, que ha hecho del uno su pasadizo y de la otra un estropajo, sin que ninguno de vosotros que os pasais la vida desangrándoos en reyertas fratricidas, hubiese sido capaz de alzar la voz en nombre de los derechos inviolables del dominio.

—Te juro, viejo gruñón que ese toro nuevo no pasará más por este lugar, porque tendrá que habérselas conmigo en lucha cuerpo a cuerpo. Ya veremos de qué le sirven sus herrajes, sus humazos y sus alaridos ensordecedores, y ya aprenderá a respetar la propiedad ajena y la paz de sus moradores.

Y esto diciendo, se puso a marchar casi al trote, y fué a situarse en medio de los rieles, sobre un terraplén aún no consolidado, y en el cual todavía no se formara el más leve tapiz de hierbas espontáneas. Iba a esperar al temido adversario, al usurpador, al misterioso Unicornio de metal, dispuesto a derribarlo de su vía de acero, con un solo tope de su testuz invencible.

El duelo iba a ser formidable; y con la emoción más intensa, en la que se confundirían la esperanza y el terror, todos los animales de la hacienda congregáronse en el anfiteatro de las verdes colinas y lomadas, a presenciar aquel magno juicio de Dios.

Mientras el Temerario bramaba y arrojaba al espacio puñados de tierra arrancados por la dura pezuña de entre los travesaños de la vía, sintióse tras de los barrancos de una cerrada curva, con marcada pendiente, el alarmado anuncio de la locomotora, que traía un largo tren de viajeros. Era imposible detenerla en tan corto trecho; y todo el esfuerzo se concentró en hacer el mayor ruido de pito y vapor, para advertir a la obcecada bestia la inminencia del peligro.

Un minuto más, y tanto los espantados tripulantes del tren, como los mudos espectadores de las lomas, vieron al pri-

mer contacto de la masa férrea con la ruda frente del Temerario, rodar al suelo una masa informe de carne y de huesos entre una densa nube de polvo, mientras el incontrastable toro de hierro se perdía, con sus alaridos, herrajes y humazos, entre las sinuosidades boscosas del camino.

Dolorido coro de mugidos se levantó en torno del cadáver del mártir, cuyas entrañas humeantes y fétidas, y cuya sangre roja y cálida, inspiraron al Buey filósofo, que en silencio las contemplaba, esta triste, honda y resignada reflexión:

—¡Qué estéril, y qué ridícula resulta la resistencia del valor, del heroísmo, y aún del martirio, cuando se alza en nombre de la rutina y de la barbarie, contra estas fuerzas nuevas, dóciles al genio del Hombre!

Y esto diciendo, volvió a echarse a la sombra de su tala, rumiando, junto con su filosofía, un bocado de pasto tierno cogido al pasar...

XIII

LA ROSA, LA CULEBRA Y EL VIANDANTE

(De un ejemplo de Benjamín Harrison)

Por las espléndidas avenidas de un parque de la gran ciudad metropolitana, paseaba un caballero luciendo elegante traje, y como poseído de un vivo entusiasmo por la belleza del clima otoñal, y del conjunto que el arte de la jardinería había formado allí, en triunfal imitación de la naturaleza, y para solaz y orgullo de la comuna.

Faltaba en su ojal una flor de la estación que completase su correcta y gentil figura; y sin mayor vacilación, desvióse de su camino y acercóse, pisando el césped, mullido como tapiz de Esmirna, a un rosal floreciente y desbordante que ofrecía sus recién abiertos capullos.

Pero en el instante en que su mano fué a cortar la más bella de las rosas, asomó entre sus hojas, en el extremo de una graciosa curva, como en una diadema egipcia, una pintada Culebra, la cual, moviendo con rapidez su lengua biforme, le habló de esta suerte:

—Detenga su mano el apuesto mancebo y no sea osado de tocar ninguna de estas flores. Ellas han sido plantadas y cultivadas para el goce común de todos los moradores y transeuntes de la ciudad, y no para el placer ni el deleite egoísta de uno solo de ellos. Si cada ciudadano pudiera apropiarse del bien de todos, ¿cómo habría de existir un común patrimonio? Si cada viandante hubiera de adornarse con las flores de los jardines públicos, ¿cómo se mantendría el arte y

la belleza de la ciudad, honra de la nación y encanto del extranjero?

Apartó del rosal su mano el caballero, espantado ante la aparición del reptil entre las hojas de la flor, y al oír como música de flauta lejana su discurso, continuó el paseo interrumpido por su poético antojo, contento, al fin, de haber oído entre los perfumados pétalos de una rosa de otoño, la sabia moraleja de un áspid, que, al influjo del aroma y bajo el encanto de la belleza, convirtió en poética filosofía el mortífero veneno de sus dientes de filigrana.

XIV

LA ARAÑA TEJEDORA, LA MOSCA Y LA MUSICA

En una modesta casita de campo vivía la joven maestra de la escuela rural, consagrada a las labores domésticas, al estudio de sus lecciones, y en largos ratos después de la cena, al cultivo apasionado de la música. Solía quedarse como en sueño, en confidencia amorosa con su piano, hasta que el silencio ambiente le indicaba la hora del reposo. Era aquel un dulce templo de arte y de virtud.

Una vecina infaltable trabajaba con ella y le daba compañía tan asidua como discreta; era una Araña tejedora que vivía dentro del cielo-raso, y que a las primeras notas del instrumento amigo, salía de su refugio y poníase a tejer las maravillosas redes de su tela impalpable, cual si quisiese reproducir en el espacio, en los tenues hilos de su filigrana, las vagas y dulces melodías y fugas de la ejecutante.

Rondaba cierta vez, en torno de la tela, con su rum-rum insidioso y áspero, una Mosca estúpida, como ansiosa de caer aprisionada en la maraña donde tantas han perdido la libertad y la vida.

—Oye, tú, tonta, — díjole la Araña, mientras pasaba rozando el sutil encaje de su obra, — es inútil que vengas a provocarme y a romper mi tejido con tus torpes aleteos; no alterarás la serena unción de mi alma, elevada por el arte y por mi trabajo, sublimizado y hecho más perfecto al contacto, al unísono íntimo con la suprema armonía que me rodea. Ven, aunque podría darte la muerte, no te haré daño alguno,

ni siquiera por defenderme de tus tenaces agresiones, y goza conmigo del intenso placer que embarga mis sentidos.

Detuvo sus vuelos incoherentes la Mosca importuna; y por primera vez comprendió, bajo el encanto de la contemplación, y ante los primores de dibujo de la telaraña, el poder creador del trabajo en la paz del hogar, honesto y culto, que suprime los odios y engendra las más inesperadas reconciliaciones.

XV

LA POLILLA Y EL BIBLIOTECARIO

Acumulada por legados sucesivos en la familia y por ostentosas adquisiciones de algunos de sus miembros contemporáneos, la biblioteca ocupaba en la residencia aristocrática, el lugar de un templo, por lo silenciosa, lo respetada, y lo inviolable. El Bibliotecario, costeado con buen sueldo y a manera de capellán de santuario privado, era el guardián de aquel tesoro oculto de sabiduría de todos los tiempos.

Una tarde silenciosa de invierno, —en la cual todo invitaba a las lecturas o a las meditaciones más hondas, y el calor artificial mantenido en la sala para estímulo de los lectores ausentes, solo servía de aliciente para las existencias parásitas que de la espléndida biblioteca vivían,— el celoso empleado sintió de pronto impulso de recorrer la serie de infolios seculares, puestos a manera de basamento de aquella enorme arquitectura de papel, que llegaba hasta el techo.

Removió un grueso y alto volumen, envuelto en pergamino amarillento y con presillas del mismo cuero; y al colocarlo sobre la mesa, notó que sus hojas se hallaban horadadas por infinita red de túneles minúsculos, por donde las polillas circulaban como mineros de una labor centenaria, comunicada con los demás estantes quien sabe hasta donde.

—¡Diablo de Polilla! — exclamó medio aterrorizado por el descubrimiento, — esto va a acabar con la biblioteca si no se la combate enseguida! Mañana mismo...

—Oiga usted — le grita el diminuto insecto por una de las bocas del túnel, — ¿y con qué derecho me viene a incomodar en mi trabajo y a privarme de mi alimento y de mi tranquilidad?

—Con el derecho de dueño, ¿y te parece poco, canalla roedora?

—¡Qué dueño, ni qué propiedad, ni qué nada! — replicó en aire doctoral la agredida Polilla, moradora pacífica de aquellos beatíficos lugares, — hace más de treinta años que vivimos nosotros aquí en absoluta paz, labrando nuestras galerías, formando ciudades y reproduciendo nuestra raza, sin que nadie nos perturbe en nuestra posesión, y ahora se le ocurre a usted venir a hablar de derechos... Sépase que por ahí duerme también un libro, que es ley, y que dice que treinta años de posesión continua valen por título...

—¿Qué sabés tú, miserable Polilla?...

—Sé más que tu amo, y que tú, porque ni uno ni otro han abierto jamás ninguno de estos libros; y nosotros vivimos, por lo menos, dentro de ellos, y al roerlos, leemos... Y por fin, aunque no valiera nuestro derecho de posesión, que es de suyo indestructible, vale una razón más alta: y es que las ideas no son patrimonio de nadie, sépalo bien, y tanto el que las almacena aquí en forma de biblioteca, como el que las deposita en su cerebro sin transmitir las a nadie, cometen un delito contra la humanidad, y son defraudadores de la ciencia y de la felicidad de los demás, y en pena, pierden su derecho. Libro no leído es libro ageno, *res nullius*, como dice ese otro túmulo de sabiduría de ahí enfrente, y cualquiera puede apropiárselo. Si tu amo no lee ni hace leer a nadie estos libros, ¿para qué diablos le sirven, y por qué nos priva a nosotros de nuestro derecho a la vida y al trabajo en estos sitios que nadie aprovecha?

Indignado y asustado el reverente Bibliotecario, fué a dar a su Señor, noticia de lo ocurrido; y como éste, poseído de otras preocupaciones, le contestara un tanto molesto:

—¿Polilla? Y bien, ¿qué significa eso? Ya veremos...

Tentado estuvo de exclamar en voz alta, — lo que no hizo por ciertas vitales razones, — y se fué murmurando entre dientes:

¡Pobrecita Polilla! ¡Qué injusto fuí contigo, y qué profundas verdades oye uno a veces de los seres más insignificantes!

XVI

LA CABELLERA Y EL PEINE

(Sobre una imagen de Omar Khayyam)

Mientras la bella Elvira, de las enormes trenzas de ébano, concluía su exquisita toilette, el enamorado Jorge, el más apuesto y rico de sus pretendientes, suspiraba en la duda y la ansiedad de la expectativa.

—¿Qué podría hacer, qué arte inventar para llegar al corazón de esta divina criatura, cuya bondadosa y soberana indiferencia, parece menospreciar todos mis prestigios?

Al oír su queja, y con el melifluido y dulce tono de una flauta silvestre, el Peine de dorado y translúcido carey, acostado en lecho de terciopelo, le susurró al oído:

—Incauto y envanecido caballero: no se llega al santuario de algunos corazones de mujer por la senda de la fortuna, ni del linaje, ni del orgullo triunfante.

Imítame a mí, que tengo el goce más íntimo que pueda aspirarse, porque soy el Peine que acaricia la cabellera de Elvira y se adormece entre sus redes perfumadas. Antes de lograr esta dicha, crueles artífices han desgarrado mis huesos para trocarlos en suaves dientes; y así, tú, sólo cuando hayas conocido un gran dolor que purifique y eleve tu alma, podrás despertar un eco de amor en ese corazón.

XVII

LOS GANSOS DEL CAPITOLIO

(Sobre un pensamiento de Arturo Graf)

Bajo techumbre magnífica de sauces casi centenarios, adormecía sus aguas veladas por el verde tul de los follajes vecinos, el estanque de la quinta, donde imperaba con su blancura regia la familia favorita de los Gansos, de cuellos serpentinos, movimientos infantiles y gritos como sonidos de caña rasgada.

De largo tiempo venía la descendencia de esta estirpe en la finca señorial, y sus dueños, bisnietos de ilustres fundadores, habituáronse a mirarlos con veneración, como animales sagrados de un culto invisible.

Se les creía de "buena sombra" en la casa, se narraban ejemplos de saludable influencia en los sucesos domésticos, y ellos gozaban del condigno privilegio de la gran piscina, de las primicias de la huerta, hortaliza y granero, y de las golosinas que manos tiernas y blancas les daban con caricias sugestivas de los cañaverales de la antigua Arcadia.

Las demás aves y cuadrúpedos útiles de la quinta, si bien silenciosos y resignados ante esta desigualdad, que sólo la fuerza del hábito mantenía, no dejaban de conversar en sus horas de reposo y recogimiento sobre el asunto, y como ocurre con pueblos de larga historia, no veían en horizonte alguno vislumbre de la anhelada reparación.

Y para colmo de desventura, los Gansos aquellos aturdíán toda la comarca, a toda hora del día y de la noche, con

sus estridentes gritos que el eco transmitía mucho más lejos, acaso hasta los últimos puestos donde dormían tal vez los centinelas del Capitolio... Pero los únicos que no dormían eran las demás pobres bestias de labor, las que necesitaban descanso, las que tiraban arados, carros, coches, norias; las que llenaban de huevos las nidadas y surtían de sabrosos pichones las sartenes y asadores; las que cuidaban los rebaños y los conducían a pacer por las colinas y los valles; las que daban leche fresca, sustanciosa y abundante a la familia y a la servidumbre; las que con sus cantos y vuelos naturales hacían la música de la selva y el encanto de los oídos de los señores y sus visitantes.

Un Terranova, de mullido vellón rosa oscuro, íntimo amigo de los niños y morador de las habitaciones más privadas, atrevióse un día a informar a su amo de la situación de espíritu del pueblo inferior, y de que en los establos, gallineros, estanques, cubiles, palomares y jardines, se murmuraba y se gruñía y se hablaba de injusticias, y se quejaban de privaciones de unos y holganzas de otros, cuya única ocupación era la de vagar durante el día y aturdir con sus gritos durante la noche, a título de alerta, que era en realidad alarma constante de peligros imaginarios.

Sonrió el Señor por este que creyó un respetable chisme de corral, y acariciando la sedosa lana del mastín, le dijo:

—Estéense tranquilos y dejen a los pobres Gansos, que ningún mal hacen, y en cambio alegran la casa y advierten a los demás las posibles incursiones nocturnas de zorrinos, comadrejas, hurones, zorros y otras sabandijas, que hacen tanto daño.

—¡Qué equivocado está el amo, — atrevióse a replicar el mimado Terranova, — si cree que esos pajarracos sirven de algo! Le contaré que la otra noche un zorro se introdujo sigilosamente por el albañal del estanque de los Gansos y, llegando hasta el gallinero de los Orpington iba a arrebatarse la mejor polla, cuando el pequeño Fox-terrier lo sintió, y con un valeroso ataque hizo huir al ladrón... Los Gansos

lanzaron entonces sus gritos más resonantes, y todos dijeron que gracias a ellos se había salvado el plantel de Orpington. ¡Qué injusticia, mi amo, que injusticia!

Y a la noche todos los animales de la quinta celebraron asamblea confidencial, a la luz de las estrellas, y en voz baja, para no ser sentidos por algún delator de los que nunca faltan en toda conspiración. Trataban de su desairada y molesta condición en compañía de los Gansos y procuraban explicarse el abuso de los gritos de éstos, por alguna enfermedad que les hubiese sobrevenido, por excepcional abundancia de rapaces en la región, o por cualquier otra causa.

—Aquí ya no se puede pegar los ojos ni un instante, — gruñó uno de los Bueyes de la yunta de labranza, echado todavía junto al arado, — por esos malditos que gritan por cada ráfaga de viento que pasa.

—Deben estar enfermos de miedo, — conjeturó un Galgo vecino, que dormía sobre un lecho de paja.

—¿O creerán que los amitos van a dejar sus camas a la media noche para darles bizcochos en la palma de la mano? — sugirió un blanco y hermoso Fox-terrier.

—¿No será, — agregó con cierta sorna el Gallo del país, — que pretenden anticipar la venida del día e ignoran cómo se canta para hacerlo levantar?

En esto, el Gato de la biblioteca, que en ella tenía su morada, pero que excursionaba con harta frecuencia por la noche, y se había filtrado allí sin ser sentido, al oír la animada conversación no pudo reprimir su impulso erudito, y no sin asombro de los contertulios por la brusca aparición, les dijo en aire doctoral:

—Compañeros, no hay que devanarse los sesos en cavilaciones tan graves. Las cosas más enormes tienen siempre una explicación muy sencilla, y por eso mismo uno no la encuentra. Aquí no se trata sino de un caso de *modus vivendi* de esta familia de los Gansos, cuyos antepasados, allá, en época muy antigua, se dice que salvaron a Roma de un ataque nocturno de los Bárbaros, porque gritaron a tiempo

y se despertó la guardia de la ciudad. La gratitud de Roma fué tanta hacia ellos que hasta llegaron a divinizarlos y a adorarlos como a dioses; desde entonces no trabajan; creen que siempre deben vivir de la gratitud y de la admiración públicas, y como han llegado a saber que con sus gritos sus abuelos salvaron una vez la patria, cada vez que necesitan algo, aunque sea sin motivo, gritan... hasta conseguirlo.

XVIII

LA AMPALAHUA Y EL ZORRO

Sucedió una vez que una Ampalahua, * de las más grandes conocidas en los anales de la ofidiología nacional, vivía con su habitual mansedumbre y silencio, entre los escuetos y agresivos arbustos de la región montañosa de La Rioja, alimentándose de conejos silvestres, yavecillas, que lograba fascinar con sus ojos de ascuas y sus tornasoles bizantinos.

La verdad es que de ningún daño mayor podrían quejarse las gentes vecinas, ni los animales domésticos, sino más bien habrían de felicitarse de que la inofensiva boa los librase de esos dañinos rapaces de los sembrados próximos.

Más perjuicios causaba el astuto y artero Zorro, que merodeaba por los ranchos más cercanos tras de los pollos y gallinas, que, incautos, salían a pastar por los rastrojos adyacentes y hallaba siempre el medio de escapar a las trampas y a los perros dispuestos para su persecución.

No miraba Don Juan con ojos tranquilos a la perezosa Serpiente, a la cual creía una rival temible en lo de la caza y lograría de sus presas codiciadas; y así, dió en hostilizarla y echar sobre ella la culpa de todas las desapariciones y mermas en las haciendas menores de la vecindad.

—¡Claro! — dijo un día a uno de los perros más transadores y disimulados de la casa, — mientras dejen ustedes con

* *Boa constrictor.*

vida a ese culebrón hambriento que todo lo traga, no tendrán jamás gallinero, ni huevos, ni provecho alguno de su trabajo.

Y como la clandestina conferencia se celebraba en un rincón espeso del bosque, donde el can hipócrita solía ir a vender al Zorro los secretos de la granja, no vieron a la silenciosa Ampalahua que los escuchaba, y descubrió la traición del guardián doméstico y la intriga cobarde del raposo aventurero.

—Me la pagarás, pícaro ladrón, — se dijo para sí, retirándose del sitio, siempre oculta por los arbustos y las rocas, y por su color de la tierra, yendo a colocarse en sitio por donde su delator pasaba en sus rondas fructíferas.

Cuando el Zorro asomó con los movimientos sinuosos de su cuerpo elástico, trayendo en la boca una gallina ya exánime, la Boa, que había reunido en sus ojos y en su voz todo el fascinante influjo de su raza terrible, alzó la cabeza de pronto y le gritó:

—¡Alto ahí, Zorro ladrón y delator! Suelte esa presa y dispóngase a morir, pues ya llegó su hora!

Aterrado por la súbita aparición, el audaz se quedó petrificado, electrizado, y como clavado por las miradas de fuego de la Serpiente; y no pudo articular ni un grito, ni mover una pata, ni acordarse de ninguna de sus ingeniosas escapadas de todo peligro, que le han hecho inmortal en los anales milenarios de la fábula.

Y los ojos de ascuas lo atraían, lo inmovilizaban, lo aniquilaban, hasta no darse cuenta de la proximidad de las fauces abiertas que iban a devorarlo. Así, cuando éstas ya se abrieron encima de su cabeza, como la boca de un subterráneo, guarnecida de clavos y de carbones incandescentes, quiso exhalar un alarido de terror, que no pudo concluir, porque de un bocado quedó preso, y con lentitud implacable los férreos anillos del ofidio, lo fueron introduciendo hacia el vientre triturador como el de una máquina de chancar metales.

Las crónicas de la región cuentan que a medida que los anillos de la Ampalahua iban ciñéndose al tronco de un robusto algarrobo, oíase dentro de su vientre el craquido de los huesos del ajusticiado al despedazarse; y los paisanos, cuando quieren moralizar sobre ciertos intrigantes que medran a expensas de la paciencia de los buenos y la tolerancia de los prudentes, le refieren a uno:

—Sucedió una vez que una Ampalahua...

XIX

LA VIBORA, EL SAPO Y EL CAMALOTE

Cuando llegó el otoño y el río Paraná comenzó a “sacar fuera el pecho” para echar sobre las tierras sedientas por el pasado verano, el fecundo, el formidable riego de sus aguas cuajadas de limo, allá en las soledades del Delta desprendióse de pronto un enorme Camalote, cuya planta ya florecida, dejaba ver sus lirios de incomparable suavidad y de un tono azul difuso como el de una mirada suplicante.

Apenas empezó la navegación del movable islote hacia su incierto destino, en el Océano inmensurable en cuyo seno se difundiría como las vidas contemplativas en el divino Nirvana, oyóse entre las pajas y marañas de la diminuta selva peregrina un vibrante diálogo entre una Culebra y un Sapo, que habían quedado prisioneros al arrancarse de la costa el fragmento flotante.

—El Destino ha querido, — sibiló el venenoso ofidio, inyectada de sanguinoso brillo su pupila, — que nosotros dos, individuos de dos razas antagónicas e irreconciliables desde el principio de los tiempos, nos quedásemos solos, condenados a vagar sin salvación posible en este terrón donde nos sorprendiera la crecida del río. Yo no tendré aquí, dentro de poco, de qué alimentarme; y aunque quisiera salvarte la vida, no me resta otro recurso que el de devorarte apenas el hambre me lo exija. Y más que todo, es ley digna de mi especie que un ofidio y un batracio no caben en el mismo sitio. Eres mi esclavo ahora, y pronto serás mi víctima y mi comida. Prepárate a morir.

—Si; tú aprovechas de que yo no puedo aquí desplegar mi táctica para sitiarte y enredarte con mis sargas inextricables, donde todos tus semejantes han hallado la parálisis, y aún la muerte más desesperada. Así, puedes ensañarte conmigo y sacrificarme indefenso con tus dientes venenosos; pero no te durará mucho el gusto, ni la hartura, porque, muerto yo, te quedarás sola en el Camalote, condenada a morirte de hambre si no prefieres perecer ahogada en el mar... Yo podría encargarme de darte de comer por mucho tiempo con mi cacería de insectos en el fondo de este pajonal, donde millares y millares de gérmenes se reproducirán, y así, algún día, podemos salvarnos en tierra firme.

—Yo sé bien que el consejo del enemigo, en casos como éste, puede ser el mejor; y aunque hables en tu propio interés, comprendo que va en él mi provecho, y lo acepto, con la condición de que me proveas de cuanto puedas cazar en el pajonal, en el barro, en el agua que aquí filtra, y de cuanto bicho viviente venga a posarse entre las ramas. Eres mi esclavo, y mis garfios y mi veneno te pedirán cuenta de tus obligaciones.

La Flor del Camalote, abierta como una copa de porcelana, con una voz dulcísima y armoniosa, que embriagó los sentidos musicales de la engreída Culebra, dijo estas palabras:

—Pobre y frágil imperio es el tuyo, ¡Oh bella y pérfida Culebra de piel bizantina! Sueñas con saciar tu odio histórico, más que tu apetito, sobre un inofensivo prisionero de la raza batráquica, cuando tú, él y yo somos aquí juguetes deleznable de una ola repentina, de una ráfaga caprichosa o de un escollo oculto, y en el mejor de los casos, vamos los tres arrastrados al mismo fin fatal y sombrío, al seno difuso e ilimitado del Océano, al reino infinito del Olvido eterno.

Una fatalidad os ha unido a mi destino irreparable; quiero ungir y reconciliar los vuestros en el seno divino del

ensueño que me conduce a disolverme, a difundirme en el alma inmensa del mundo. Venid a abrazaros a la sombra de mis hojas y mis pétalos de ideal, y ya vereis cuán dulce es cambiar la ley del odio y del exterminio de raza y de tradición, por la eterna, la sublime, la divina ley del Amor y la Solidaridad, que surge del alma de la Naturaleza, y ofrece la única inmortalidad posible, la única redención verdadera.

Cuando la voz cesó, acurrucados juntos, al pie de la Flor del Camalote, el ofidio y el batracio sentíanse arrullados por un ensueño seráfico, y las ondas hinchadas de limo y rojas de la sangre fecundante de las selvas tropicales y de las llanuras argentinas, “se llevaban a la mar”, y consigo arrastraban su tributo periódico de fecundidad a la Madre Tierra.

XX

EL ESCUERZO Y EL GATO DEL MUSEO

Una vez que en un corrillo de animales de la estancia, después de la merienda, se referían casos espeluznantes sobre el veneno y ferocidad del Escuerzo, un lebrel casero, gran conversador, contó muchos en los cuales aparecían animales o personas mordidos por el temido batracio; y en todos había sucedido que fué necesario esperar una tormenta, o que los amos acudiesen con sus armas o con hierros candentes a matar el monstruo y cauterizar la herida.

—Animal más bravo ni más terrible nunca se vió — afirmó el narrador, — a punto de que en poco tiempo se despobló la comarca, porque muchos murieron y otros la abandonaron por el miedo.

—Cierto, cierto, — agregó el Carnero, — yo también he visto infinidad de casos como los que refiere el Galgo amigo.

—Y yo, y yo, y yo, — siguieron ratificando el Chivo, el Cerdo, el Conejo y otros contertulios: hasta que un Gato doméstico, que marrullaba en un rincón, se decidió a sacudir su pereza, e introducir un grano de duda en aquel festín de afirmaciones, que iban convirtiendo al Matuasto en una divinidad maléfica de un poder insuperable.

—Bueno, — interrumpió por fin Misifuz, — todo eso que están diciendo, es pura ilusión y fantasía, creadas por el temor y por la ignorancia. Y cuando lo digo, es porque lo puedo probar.

—Yo he sido residente en el Museo de Historia Natural, donde el sabio Dr. Carlos Berg, — mi amo muy querido, — deseando estudiar esta cuestión, se llevó dos ejemplares del Escuerzo, con los cuales hizo en otros animales muchas experiencias de mordeduras, sin que nunca se hubiesen notado los efectos que ustedes señalan.

—Un día, mi patrón tomó uno de ellos en la mano derecha, y después de irritarlo con pinchazos, se hizo morder la izquierda. Tales eran la rabia y los gruñidos de la bestia, y el furor con que hincó sus dientes en la mano del director, que tuve miedo y estuve a punto de arrancárselo con mis garras. Pero él se sonreía, y con esa gran dulzura con que siempre nos trataba a los empleados y animales del Museo, me dijo:

—Nada temas, querido Misifúz; este bicho no tiene veneno ninguno. Es un rabioso y un gritón, nada más, que explota su fealdad y el miedo y la ignorancia del vulgo para mantener la aureola de su prestigio infernal. Ya lo ves, no me suelta la mano, y apenas me causa un leve escozor con sus afilados dientes.

—Qué extraño es que nosotros, pobres animales, nos dejemos mistificar por estos semidioses, cuando entre los hombres, que se llaman seres superiores, imperan a veces por siglos los mitos más horrendos y los tiranos más abominables hasta que una sencilla y a veces casual experiencia, que llega a ser conocida por todos, desvanece y disipa la niebla de los ojos, y el encanto desaparece para siempre.

—Por eso es que yo, desde entonces, — concluyó el erudito Misifuz, — cada vez que oigo a algún tonto alabar, temer o admirar a uno de esos personajes, desde luego lo pongo en duda y en observación, y la verdad nunca ha dejado de justificar mis precauciones...

XXI

¡TIP, TIP, TIP, FIRIIU...!

Entre el Galgo de la alquería, la Chuña domesticada y el Gato de la biblioteca, se realizaba una tarde bajo el sauce del estanque un opulento ágape de sabrosos productos de aquel año de abundancia; y mientras devoraba cada cual la ración de su preferencia, discurrían entre tragos, mordiscos y sorbos, sobre los sucesos más notables del día.

—Se han fijado ustedes, — comenzó el ladino Perro, — cómo ha engordado este año el Burro de la vecindad? Ya ni siquiera mira para este lado del cerco, que solía saltar o pasar por entre los alambres para venir a compartir nuestra cena. Antes me tenía miedo y me adulaba para que lo dejase entrar sin ser advertido por los patrones; ahora se hace el distraído y come su propio pasto con mal disimulado orgullo.

—Y las gallinas éticas de todo el barrio que ponían sus huevitos de basilisco, por poco no nos cobran los buenos días, — agregó la Chuña, con su aire de comadre pendenciera, — y los gallos no saben a cual elegir para sus galanteos, de puro gorditas y pintiparadas que andan.

—Allá arriba, entre los árboles, los nidos están repletos de pichones, y no se oye más que el cuchicheo de los amores y de los festines en todos los sitios y rincones apacibles.

—Sí, que se descuiden no más, — gruñó el Gato, siempre listo para sus funestos vaticinios, — que ya caerán sobre la comarca los gavilanes anoticiados de esta rara prosperidad.

No concluyó estas palabras, cuando la fatídica profecía comenzó a ser una realidad; pues acababa de oirse con estremecimiento general de todos los ramajes y los nidos, el grito estridente de alarma del Rey de los Pájaros, mientras recorría arbol por arbol, como anunciando una terrible desgracia, y llamando a todo el pueblo alado para la defensa.

—¡Tip, tip, tip, firiiiú...! Tip, tip, tip, firiiiú... tip, tip...

Pero lo raro del caso era que no se veía a ningún pájaro ni ser viviente moverse de sus nidos, cuevas o casuchas, donde calentitos y satisfechos, incubaban sus amores o digerían sus banquetes al abrigo de toda contingencia.

En la lejanía, entre tanto, una bandada de gavilanes famélicos, llegados de lejanas tierras assoladas por la sequía y el hambre, comenzó a asaltar las nidadas, a descogotar pichones, y a despatarrar los más dulces idilios; y como ningún mal llega solo, tras de los rapaces alados, venían los rastros; y por el suelo la invasión de comadreja, utultucus, hurones, chiñis y otras sabandijas, no dejaron pollos ni huevos que no se los devorasen, sembrando el más espantoso cacareo en los corrales, antes tan pacíficos y silenciosos.

Y allá en los aires, con peligro de su vida, el valiente Rey se desgarraba la garganta repitiendo su vibrante cuanto inútil llamamiento. Todos los machos echados en sus nidos y a la espera de la consagración anhelada, se guardaban bien de asomar el pico ni de ir a reunirse con sus vecinos para conjurar juntos el peligro común.

Cansado al fin de lanzar en vano su toque de rebato, el noble caudillo, emprendió vuelo definitivo hacia otros lugares de refugio, y por largo rato se oyó hasta perderse en la distancia, el agudo estridor de su clarín de guerra:

—Tip, tip, tip, firiiiu...! Tip, tip, tip, firiiiu...! tip, tip...!

Entre conmovidos e indignados, pero sin saber a qué atenerse ante aquella escena tan repentina como trágica, los comensales del ágape reanudaron su interrumpida conversación.

—¿Y qué quiere decir ese canto tan raro del Rey de los Pájaros? — inquirió el Galgo. Y como el Gato de la biblioteca ya había leído la *Divina Comedia* con notas, lució su erudición, diciendo:

—Así como los comentadores de Dante han interpretado a su capricho el enigmático, *Papè Satàn, papè Satàn aleppe!* — de Minos, — yo traduzco el *tip, tip, tip, firiiiu...!* de nuestro convecino, velay así:

El Patriotismo es una vana palabra cuando cada uno tiene en su sensualidad o en su ambición el único objetivo de su vida.

XXII

LA ARAÑA Y LA LUCIERNAGA

Entre la espinosa maraña de un rosal, tendió una Araña negra su tela invisible, de manera que todos los insectos amantes del suave néctar, quedasen prisioneros en sus redes al pasar volando hacia su dulce cita.

Aquella noche de primavera fué la fiesta de las luciérnagas, las tímidas y diminutas hadas de la luz, que juegan en el aire cálido cual si ocultas manos de niños trazasen signos de escrituras indescifrables en la tela del firmamento, o quisiesen con trazos fosforescentes ligar las estrellas para hacerles decir su secreto infinito.

Silenciosa y artera espiaba la Araña, escondida en la oscuridad, los vuelos inocentes de las luciérnagas, cuyos focos al irradiar en la tiniebla, solo les servían para señalar a su sigilosa enemiga la ruta de su peregrinación de ensueño hacia el seno de las rosas.

Una incauta de aquéllas que cayeron enredadas en el sutil encaje de la telaraña, fué al punto acometida por la traidora artífice, que al clavar en la pulpa luminosa su dardo emponzoñado, sonrió con maligna y feroz sonrisa, diciendo:

—Ahora ya no te servirá de nada tu linterna eléctrica, con que pretendes remedar el fulgor de los astros, y exponerme a la muerte. Te entrego a la voracidad de mis crías y ellas sabrán dar cuenta de tu frágil vida.

Mientras el pobre insecto luminoso, sentía llegar su instante postrero, pensó, — ¡ay! solo entonces! — en la innumerable falange de miserables, que agazapados entre los matorrales de la vida, tienden sus redes anónimas contra los que llevan en la frente la llama de un ideal, el resplandor de un sentimiento, la aureola de una virtud.

XXIII

LA VIBORA EN EL BAÑO

La siesta ardorosa del verano montañés difundía en el espacio un nervioso reverbero de ondas aéreas, que como vahos de vapor de una caldera próxima, daba sofocación y asfixia a todos los seres vivientes en la selva del valle y en las faldas boscosas. Aleteaban de calor todos los pájaros, y asomaban sus cabezas de mil colores a las bocas de sus cuevas, entre las rocas, en los troncos de los árboles y desde los nidos abandonados, los reptiles. Podría decirse que, como en las comunes aflicciones humanas, se sentían unidas con un cariñoso vínculo solidario, las más antagónicas especies.

A cada momento la quieta superficie del lago se agitaba, y resonaba con el chapaleo de los que se arrojaban desde todos los sitios de la orilla y desde el follaje que lo sombreaba, al fresco baño de las límpidas aguas dormidas entre peñascos, juncos y chilcas olorosas y excitantes.

Sobre una laja de un rincón solitario de la ribera, apareció lenta y silenciosa una Culebra, anulada de rojo, verde, negro y amarillo, matizados y combinados a maravilla por ignoto artista bizantino; detúvose un instante medio enroscada como brazaletes abandonado por una ninfa oculta, y luego, dejando caer sobre la piedra una gota de saliva espumosa y fina, lanzóse, como un collar que se arrojase a la deidad subacuática, dentro del baño incitante, en el cual nadaba en curvas tan graciosas como esquivas.

Un Cisne blanco como un lampo de luna bogaba distraído y absorto a su encuentro, y cuando casi rozó con sus plumas impalpables la eléctrica piel del ofidio, dió un grito de espanto que alarmó a la innúmera pléyade alada, e iba a lanzarse al vuelo, cuando la irizada Víbora le dijo entre confiada y suplicante:

—No te espantes de ese modo, ¡oh, divino fragmento animado del antiguo cielo heleno!; reconoce en mí, en este instante sublime de desnudez y de abandono, un hermano de tu remoto origen sacro. Mi veneno no está conmigo, porque al entrar en la linfa transparente, he despojado mi alma y mi cuerpo de toda idea y esencia mortíferas, para estar toda entera en el seno de la Belleza, en el extasis de la contemplación y en el ensueño de la Pureza Ideal.

—Me hablas como desde un mundo desvanecido, del cual no guardo ni una vaga reminiscencia... Tus palabras me tranquilizan y siento hacia ti una dulce simpatía...

—Sí; las curvas de tu cuello y las de mi cuerpo, son vibraciones unísonas de una misma emoción, y dioses ocultos entre las sombras y las zarzas de este lago, sonrían invisibles al mirarnos juntos, deslizarnos como una dulce melodía sobre el aire adormecido.

—¿Y tu ponzoña, y tus dientes finos como agujas acerradas...?

—Soberano príncipe de la Elegancia y de la Gracia, esa es mi defensa en las luchas brutales de la vida terrena... pero aquí, en presencia de la Línea y de la Armonía perfectas, mi alma y mi cuerpo se sienten purificados y como difusos en la Paz suprema del Arte... Mientras no les es dado comprender este goce ideal, los seres venenosos padecen más que sus víctimas: estas sufren y mueren en un instante, que puede ser su liberación, pero el dolor de los otros es incurable y eterno.

—No olvidaré el encanto de tus palabras, ni la leve melancolía de tus visiones de un reino futuro. Vayamos hacia

él; tu, llevando entre tus anillos de metales preciosos apri-
sionado tu secreto de perfección, y yo, bogando sobre las
adormecidas linfas de los lagos de la tierra, hasta llegar a
ese inmenso y sereno océano azul, que conduce hacia el ol-
vido luminoso de las formas...

Y al separarse, el Cisne inició de nuevo en el agua el
ángulo ilimitado de su estela, y el pintado reptil fué a re-
cobrar de la solitaria piedra su gota de veneno, y a ocultar
en las cuevas inaccesibles su misterio de Perfección.

XXIV

LA ARMONIA OCULTA

Suspendida del gajo más robusto de un viejo algarrobo, una enorme barra de metal, ennegrecida por los años, había quedado como único resto de un trapiche antiguo, y de la cual ignorados mineros acostubrarón servirse como campana para llamar a los obreros al trabajo, y a los creyentes a la oración.

Enfrente de la montaña misteriosa y terrible, que los indios llamaron Wama-Tinak, y de cuyas entrañas inagotables llevaron por siglos cargamentos de oro, plata y cobre a los tesoros del Inca y al sagrado Inti-Huasi del Cuzco, aquellas ruinas informes sólo atestiguaban ahora la fragilidad de las empresas del hombre, ante las fuerzas incontrarrestables de la naturaleza.

Sólo un núcleo de animales salvajes congregábanse a la siesta y a la noche bajo el reparo propicio del árbol centenario; y era de oír las extrañas conjeturas que hacían, entre el miedo y la curiosidad, sobre el origen y objeto de aquella rara reliquia.

—Dicen que es de oro puro, — sugirió un Zorro anciano, lleno de mañas y malicias, — y ha sido puesta por Mandinga para cazar a los avarientos que vengan a llevársela.

—Yo he oído allá, en aquel rancho, — intervino un León ya caduco y desgriado, — que tiene brujería, y que, cuando alguien la haga sonar, será para anunciar el fin del mundo.

—Nada de eso es verdad, — terció un Asno semi-salvaje con ingénita presciencia; — lo único cierto es que en ese trozo de metal está escondida una música deliciosa que sólo será oída cuando los animales y los hombres sean capaces de juntarse para trabajar las minas, reedificar los caseríos derrumbados y cultivar las tierras secas y agrietadas por el abandono y la discordia, que las han despoblado y muerto.

En vez del fin del mundo, — siguió hablando como inspirado por un dios interior, — su sonido anunciará el principio de un tiempo nuevo y más feliz que éste en que vivimos, y en el cual ya no quedan sino escombros de las obras humanas; hiel de odio en vez de resinas dulces y olorosas destilan los árboles; los pájaros cantores, nuestros compañeros que antes alegraban estas soledades, se han ido, y sólo quedan los voraces cuervos, caranchos y lechuzas para devorar y hartarse con los cadáveres del hambre y de la sequía, que blanquean los campos de osamentas...

Yo no hago más que esperar la hora en que un milagro haga sonar esta campana perdida aquí, sin uso ni dueño, como si ella también aguardase al que ha de redimirla de su silencio e inmovilidad estériles y dolorosos. Veamos, — amigos, hermanos de miserias e infortunios, — si unimos nuestras fúerzas, y sin intenciones ni reservas egoístas, salga lo que saliere, y sea quien fuere el beneficiado, podemos nosotros arrancar la armonía oculta y salvar la tierra de tanta desgracia.

Cuando el Asno suspendió su impensada arenga, el concurso de animales había aumentado en busca del abrigo nocturno, y lo escuchaban con asombro creciente y con avidez del prodigio. Y todos a una voz exclamaron de pronto:

—Y bien, ¿qué hacemos? ¡Unámonos y busquemos la manera de hacer resonar la barra!

—¡Que se haga un martillo de piedra y se golpee en el hierro! — aconsejó un Néstor de la asamblea. Y obedecido al punto, se eligió un canto rodado de granito del pedre-

gal, y atado con tientos al extremo de un grueso cabo de tala, como se enastaban las hachas primitivas, se alzó en lomos de todos al Asno, que empuñó la improvisada maza.

Pasó en ese instante por el valle, por el cielo y la falda de la montaña, un estremecimiento como de emoción religiosa; un resplandor de oro del sol poniente, invisible tras de la inmensa cumbre, bañó toda la escena; y de pronto la luna asomó sobre las lejanas cimas de oriente como anticipada para bendecir la eclosión de la misteriosa música.

El mazazo dió tres veces en la aterida barra, con fé, certeza y vigor; todos cayeron de rodillas ante la suprema y solemne armonía de tres notas, que, semejante a un conjuro de resurrección, transfiguró los montes, los valles, los cielos en una epifanía de colores, de nubes y de brisas, augurales de riego, cosechas y bienestar para toda la comarca.

Y el Asno, revestido de esa mística unción con que intervino en los más sacros misterios de la humanidad, aún vibrante con la conmoción de la música inefable, ya a punto de cerrar la noche, pronunció estas sencillas palabras:

—Hermanos: El milagro tan esperado ha venido, al fin, porque hemos olvidado nuestros rencores y hemos unido nuestras almas movidas por una emoción común. El sentido de esta divina música sólo es la realización de la profecía eterna: “Siempre que os halléis reunidos en mi nombre, mi gracia descenderá sobre vosotros, y la abundancia lloverá sobre los pueblos y las viviendas; y la paz de la tierra nunca más será perturbada”.

XXV

EL CONDOR QUE NO QUISO HABLAR

Era apenas pasado el mediodía de un verano de fuego, que parecía incendiar las ráfagas errantes por los cerros y los bajíos pantanosos y enmarañados de las quebradas, en la montaña adusta y adormecida por la siesta, cuando para la abigarrada población de aves, sabandijas, reptiles y de seres rastreros de nidos, grietas y cuevas, ocurrió un suceso que causó de súbito una honda perturbación de la calma habitual de aquellos sitios inviolados por la mirada humana.

Desde las soledades inescrutables del espacio superior, sin que jamás se hubiese podido adivinar su procedencia, y cual si llegase en busca de reposo después de un viaje milenario, bajó, semejante a una nube cuya sombra recorre las laderas, como un astro opaco, un gigantesco Cóndor negro, de golilla blanca, calva rojiza y pico y garras corvos como los garfios de hierro de un tridente.

Crujió con el peso del ave la rama del visco escuálido, sobre la cual posó sus calludas patas con estrépito de racha tempestuosa; y cuando se calmó el balanceo y se recogieron las dos alas, tal las velas arriadas de pronto al arribo de la nave corsaria en puerto escabroso, cerráronse sus ojos de ascuas, en un sueño anhelado durante inmensurables jornadas aéreas por ignorados países de la tierra o de las alturas.

Héroe, heraldo, mensajero de dioses o de batallas lejanas; bandido, raptor o prófugo de un gran delito, en sitio ignoto; desterrado, forzoso o voluntario de una enorme in-

justicia en tierra ingrata; la insólita y repentina aparición y premioso sueño del soberano y déspota de las cumbres, despertó la más punzante alarma entre la multitud alada o rastrera de las hondonadas y los matorrales, y su malvado impulso de vengar en él tanta humillación, y saciar tanta envidia y encono contenidos en la impotencia de la lucha abierta y cuerpo a cuerpo.

Un Carancho alevoso e hipócrita fué el que comenzó la conspiración. Corrió de nido en nido, de charco en charco, de cueva en cueva, y por todos los escondrijos oscuros y nauseabundos, invitando a todos sus moradores a congregarse, y a llevar lazos, lianas, chaguales y fibras, para amarrar en el árbol de su sueño al temido emperador de las cimas y de los espacios, que los tiraniza y los avergüenza. Y como todos aunaron sus odios sin necesidad de proclamas, ni siquiera de una palabra, no tardaron en comenzar su infame y sigilosa tarea de amarrar los pies, alas y cuello en las ramas del árbol al Cóndor, quien, dominado por la fatiga y el sueño, nada sintió hasta quedar aquella consumada.

Cuando lo creyeron asegurado contra toda posibilidad de evasión y quebrantamiento de sus ligaduras, estallaron todos en un coro de gritos, graznidos, aullidos, chirridos, estridores, silbos, coaxes y otros mil ruidos desacordes y chillones, como eco de una orquesta de demonios enloquecidos, para despertarlo y hacerle sentir la retahila de sus insultos, acusaciones, denuestos, injurias y bajezas tan cobardes como contenidas durante la libertad de su víctima.

Hubo miserables que se atrevieron a subir hasta la rama del suplicio de aquel Prometeo alado, y a herirlo con picotazos o mancharlo de babas y ponzonas. Pero él despertó por fin; paseó su mirada profunda en torno suyo, con calma soberana y estoica indiferencia, mientras la infecta nube de sus enemigos se dispersaba aterrada.

Y sin proferir un grito, ni sentir el menor impulso de furor ni de venganza, hizo algunos movimientos de prueba

para desprenderse de sus lazos, los que se rompían y quebraban como hilos de escarcha; y entonces, alzando en toda su amplitud sus alas imperiales, dió un vigoroso aleteo, sacudió con estrépito el árbol, cayeron en trozos sus ramas y en jirones sus cadenas; y después de echar sobre la turba enemiga una mirada intraducible, con el mismo silencio y majestad de su llegada, emprendió de nuevo su vuelo hacia la altura, hasta perderse en los senos azules, como un cometa que no ha de volver nunca más a la vista de este mundo.

INDICE

INDICE

RITMO Y LINEA

	<u>Pág.</u>
JOAQUÍN V. GONZÁLEZ, por Arturo Marasso	9
I. MÚSICA Y DANZAS NATIVAS	21
Lectura en el Museo Nacional de Bellas Artes, 1920.	
1. Naturaleza y arte	23
2. Música y danzas indígenas	33
3. Evolución de la raza y de la expresión musical .	41
4. El alma de la tierra	45
II. RAFAEL OBLIGADO. Algunas impresiones y recuerdos.	
En la velada conmemorativa del poeta, a iniciativa del Consejo Nacional de Mujeres, el 15 de julio de 1920	49
III. EL POETA Y LOS PÁJAROS.	
Sobre <i>El Libro de los Paisajes</i> , de Leopoldo Lugones ..	65
IV. ALMAFUERTE Y LA CONSTELACIÓN DE SUS CONTEMPO- RÁNEOS.	
Discurso en el Senado de la Nación el 27 de setiembre de 1916	83
1. Antecedente parlamentario	85
2. Discurso	86
V. RABINDRANATH TAGORE.	
Prefacio al libro <i>La Cosecha de la Fruta</i> de Rabindranath Tagore, versión castellana de Carlos Muzzio Sáenz Peña	101
VI. EL NIÑO ES DIVINO. Meditación de Navidad	117
VII. DOS TRADUCCIONES	131
1. <i>Dies irae</i> , de fray Tomás de Celano	135
2. <i>Dante en Santa Croce del Corvo</i> , de Arturo Graf	139

	<u>Pág.</u>
VIII. RECUERDOS DE LA TIERRA.	
Prólogo al libro de este título, de Martiniano Leguizamón	149
IX. PRAELUDIUM, al libro de Lucía Bosque Moreno, <i>Voces interiores</i>	169
X. EL DR. ADOLFO E. DÁVILA.	
Discurso en el Senado de la Nación, el 19 de mayo de 1918	175
XI. JAVIER LAZCANO COLODRERO	181
XII. ALMONACID	189
1. La calumnia	191
2. El martirio	194
3. La gloria	199
XIII. BAJO EL ARCO DE TRIUNFO.	
Discurso en ocasión del homenaje al Capitán Almonacid y al soldado doctor Acuña. Setiembre de 1919	205
XIV. PÁGINAS CONFIDENCIALES	217
1. La guerra	219
2. Pax mundi	220
3. El reino ideal	221
4. Ego sum via	223
5. Eva victrix	224
6. El que vendrá	225
7. Rosas y almas	227
8. Penumbra eterna	228
9. Artículos de mi código	229

CIEN POEMAS DE KABIR

DE LA PRIMERA EDICIÓN DE "ATENEA"	237
PRÓLOGO DEL TRADUCTOR	241
I.	243
II.	251
III.	257
IV.	267

	<u>Pág.</u>
OFERTORIO E INVOCACIÓN	283
CIEN POEMAS DE KABIR	287
COLOFÓN	347

RUBAIYAT DE OMAR KHAYYAM

LIBRO PRIMERO

RUBAIYAT

INTRODUCCIÓN, por Julio V. González	357
I. La caravana en el desierto	385
II. Lo fugitivo y lo eterno	389
III. Ayer, hoy, mañana	393
IV. El Gran Secreto	395
V. La magia de la viña	401
VI. El vuelo del alma	405
VII. Predestinación	409
VIII. El coloquio de las ánforas	413
IX. El ocaso del astro	415

LIBRO SEGUNDO

RIMAS ORIENTALES

I.—CONFIDENCIALES:

I. Corazón	421
II. El lenguaje misterioso	421
III. Soy así	422
IV. El vino del amor	422
V. Renovación	423
VI. Incógnita	423
VII. La hez del vino	424
VIII. El ánfora simbólica	424
IX. La copa viva	425

	<u>Pág.</u>
X. La inquietud eterna	426
XI. Bautismo de sangre	426
XII. Sed inextinguible	427
XIII. Renacimiento	427
XIV. Iconoclastia	428
XV. Agua y sal	429
II.—ÉTICAS:	
XVI. La vida universal	431
XVII. El más fuerte	431
XVIII. Mi interrogante	432
XIX. Mis dos secretos	432
XX. ...	433
XXI. Nada	433
XXII. El viaje eterno	434
XXIII. El telar de la ciencia	434
XXIV. La justa misericordia	435
XXV. Lo que pasa	435
XXVI. Vida beata	436
XXVII. Fariseísmo	436
XXVIII. Ofuscación	437
XXIX. Divina complicidad	437
XXX. Perlas e ideas	438
XXXI. El veneno y el antídoto	458
XXXII. Problema insoluble	439
XXXIII. Lo fugitivo y lo eterno	439
XXXIV. Injusticia y desigualdad	440
III.—MÍSTICAS:	
XXXV. Moisés y Jesús	443
XXXVI. Pecado y perdón	443
XXXVII. Sordos y ciegos	444
XXXVIII. Vuelo inútil	445
XXXIX. Círculo vicioso	445
XL. La gota de agua y el océano	446
XLI. La caída de las hojas	446
XLII. ¿Y después?	447
XLIII. Represalia	448
XLIV. ¿Qué hacer?	448

OBRAS COMPLETAS

597

	<u>Pág.</u>
XLV. Mi último amigo	449
XLVI. Transustanciación	450
XLVII. La sombra del astro	451
XLVIII. La visión de lo eterno	451
XLIX. El heraldo del sol	452
L. Lo único eterno	453
LI. Final vanidad	453
LII. El goce vedado	454
LIII. La suprema angustia	455
LIV. Eucaristía	456

LIBRO TERCERO

LA VOZ EN EL DESIERTO	457
-----------------------------	-----

FABULAS NATIVAS

LIBRO PRIMERO

SINFONIA DE LA CALANDRIA

I. Preludio	469
II. La sonata de la cumbre	471
III. El grande acorde	473
IV. Crescendo	475
V. El romance de la Calandria	477
VI. El alma de la noche	479
VII. El pórtico de la Fábula	481
VIII. El Asno y la Cigarra	483
IX. La eterna tragedia	487
X. La Fábula maestra	491
XI. La Fábula clásica	495
XII. Gloria y Amor	497
XIII. Intermezzo	499
XIV. El Himno al Sol	501
XV. Vanitas vanitatum	503
XVI. El ropaje de la Fábula	505
XVII. Lugones, Obligado y Martín Fierro	507
XVIII. La gloria de la Fábula	509

LIBRO SEGUNDO

FABULAS

I. La Rosa y su tutor	513
II. Los perros ladrando a la luna	517
III. El nogal apaleado	519
IV. El Avestruz silbador	523
V. Los dos sabios	525
VI. La Lechuza y el Rey de los pajaritos	527
VII. La táctica del Tero-tero	529
VIII. El Aguila y la Comadreja	533
IX. Una batalla aérea	537
X. Comiendo y gruñendo	541
XI. El Pollino y el Automóvil	543
XII. El Toro y la Locomotiva	545
XIII. La Rosa, la Culebra y el Viandante	549
XIV. La Araña tejedora, la Mosca y la Música	551
XV. La Polilla y el Bibliotecario	553
XVI. La cabellera y el peine	557
XVII. Los gansos del Capitolio	559
XVIII. La Ampalahua y el Zorro	563
XIX. La Víbora, el Sapo y el Camalote	567
XX. El Escuerzo y el Gato del Museo	571
XXI. Tip, tip, tip, firiiiú... ..	573
XXII. La Araña y la Luciérnaga	577
XXIII. La Víbora en el baño	579
XXIV. La armonía oculta	583
XXV. El Cóndor que no quiso hablar	587

